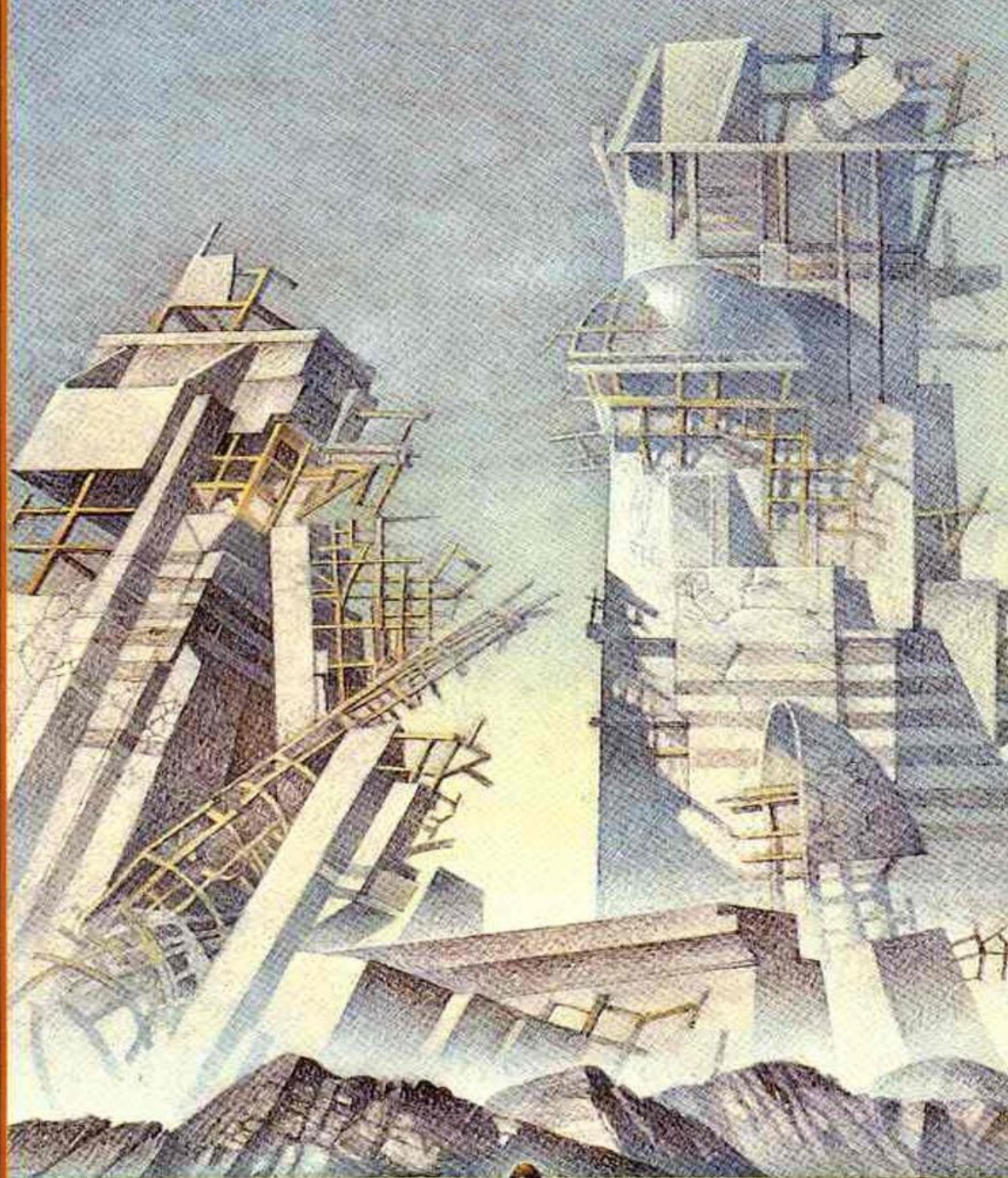


DAVID
**B
R
I
N**

HUGO AND
NEBULA
AWARD-WINNING
AUTHOR OF
BRIGHTNESS REEF

BANTAM BOOKS

EL
CARTERO



Lectulandia

Esta es la historia de una gran mentira que llega a convertirse en una importante verdad. La historia de un hombre que llega a ser una leyenda. Todo empieza en una época futura, próxima a la que estamos viviendo, en los oscuros días siguientes a una limitada pero devastadora guerra en los que un puñado de hombres y mujeres sólo cuentan con enfermedad y hambre, miedo y brutalidad en su lucha para sobrevivir. Gordon Krantz es uno de esos hombres, un narrador itinerante, una especie de juglar, que vive de relatar las obras de los clásicos en los pueblos del noroeste. Una noche, Gordon se apropia de la chaqueta y la bolsa de un cartero, fallecido tiempo atrás, para protegerse del frío. Cuando, tras esto, llega a un pueblo, se da cuenta de que el viejo uniforme es como un símbolo de esperanza en la vuelta de una época que se fue...

Lectulandia

David Brin

El cartero

ePUB v1.0

rosmar71 29.12.11

más libros en lectulandia.com

Aliquam adipiscing libero vitae leo
Maecenas tempus dictum libero
Etiam eu ante non leo egestas nonummy
Aliquam adipiscing libero vitae leo
Mauris aliquet mattis metus

A Benjamín Franklin
genio tortuoso,
y a Lisístrata,
que intentó serlo.

Agradecimientos

Al autor le gustaría expresar su agradecimiento a aquellos que le cedieron tan generosamente su tiempo y sabiduría durante el desarrollo de este libro.

A Dean Ing, Diane y John Brizzolara, Astrid Anderson, Greg Bear, Mark Grygier, Douglas Bolger, Kathleen Retz, Conrad Halling, Pattie Harper, Don Coleman, Sarah Barter, y al Dr. James Arnold, que contribuyeron con sus acertados comentarios.

Especialmente, me gustaría dar las gracias a Anita Everson, Daniel J. Brin, Kristie McCue y al profesor John Lewis por sus importantes indicaciones.

Gracias también a Lou Aronica y a Bantam Books, por su excelente ayuda y comprensión, y a Shawna Mc Carthy, de Davis Publications, por lo mismo.

Y, finalmente, mi agradecimiento a las mujeres que he conocido, quienes nunca han dejado de sorprenderme, justamente cuando más satisfecho me hallaba de mí mismo y más necesitaba ser sorprendido, y que me han hecho parar a reflexionar.

Ahí hay poder, dormitando bajo la superficie. Y hay magia.

David Brin
Abril 1985

Preludio

Trece años de deshielo

Aún soplaban helados vientos. Caía una nieve cenicienta. Pero el antiguo mar no tenía prisa.

La Tierra había girado seis mil veces desde que florecieron las llamas y murieron las ciudades. Ahora, tras dieciséis recorridos del Sol, ya no se elevaban volutas de hollín en los bosques incendiados, transformando el día en noche.

Seis mil ocasos habían llegado y se habían ido brillantes, anaranjados, glorificados por el polvo en suspensión desde que los altos y ardientes embudos perforaron la estratosfera y la llenaron de diminutas partículas de roca y tierra. La oscurecida atmósfera dejó pasar menos luz solar y el frío hizo su aparición.

Apenas importaba ya qué lo había provocado: un gigantesco meteorito, un enorme volcán o una guerra atómica. Las temperaturas y las presiones se descompensaron y soplaron grandes vientos.

Por todo el norte caía una nieve sucia y, en algunos lugares, ni siquiera el verano la hacía desaparecer.

Sólo el Océano, atemporal y obstinado, resistente al cambio, importaba realmente. Oscuros cielos habían venido y desaparecido. Los vientos producían atardeceres ocre y sombríos. En algunos lugares el hielo se acumulaba, y los mares menos profundos empezaban a descender.

Pero la decisión del Océano era lo único importante, y aún no había sido expresada.

La Tierra giraba. Los hombres seguían luchando, aquí y allá.

Y el Océano exhaló un suspiro de invierno.

I — Las cascadas

1

Entre el polvo y la sangre, con el agudo olor del pánico clavado en la nariz, la mente de un hombre a veces atrae hacia sí extrañas correlaciones. Después de pasar media vida en el salvajismo, en su mayor parte dedicada a luchar para sobrevivir, Gordon todavía se asombraba de que aquellos oscuros recuerdos afluyeran a su mente cuando se hallaba en pleno combate a vida o muerte.

Jadeando bajo la reseca maleza, reptando con desesperación para encontrar un refugio, de pronto acudió a su mente una imagen tan nítida como las polvorientas piedras que estaban debajo de él. Era un recuerdo por contraste: una tarde lluviosa en una cálida y segura biblioteca de universidad, hacía mucho tiempo; un mundo perdido lleno de libros, música y despreocupadas divagaciones filosóficas.

«Palabras sobre papel.»

Arrastrando el cuerpo entre correosos y duros helechos casi pudo ver las letras, negro sobre blanco. Y aunque no logró recordar el nombre del autor, las palabras le llegaron con gran claridad.

Salvo la Muerte misma, no existe nada que constituya una derrota «total»... Nunca se produce un desastre tan devastador que no permita que una persona decidida rescate algo de las cenizas, arriesgando todo aquello que le ha quedado...

Nada en el mundo es más peligroso que un hombre sumido en la desesperación.

Cordón deseó que el escritor, fallecido hacía tiempo, estuviese allí en aquellos momentos, compartiendo su situación. Se preguntó a qué podría agarrarse el tipo en la presente catástrofe.

Cubierto de arañazos y contusiones a causa de su desesperada huida entre aquella densa vegetación, reptó tan silenciosamente como pudo, deteniéndose para yacer inmóvil y cerrar los ojos con fuerza cada vez que el polvo en suspensión parecía a punto de hacerle estornudar. Era un lento y doloroso avance, y ni siquiera estaba seguro de adonde se dirigía.

Pocos minutos antes se hallaba tan cómodo y bien provisionado como cualquier viajero solitario podría esperar en aquellos días. Ahora, Cordón se

había quedado con no mucho más que una camisa rota, unos vaqueros gastados y unos mocasines; y las espinas los estaban haciendo trizas.

Un agudo dolor seguía a cada nuevo arañazo en los brazos y espalda. Pero en esta pavorosa jungla, seca como un hueso, no cabía hacer nada excepto arrastrarse hacia adelante y rezar para que el tortuoso sendero no lo devolviera a sus enemigos, que en realidad ya le habían matado.

Al fin, cuando había empezado a pensar que la infernal espesura no terminaría nunca, apareció un claro ante él. Una angosta hendidura dividía los helechos y daba paso a un declive de rocas desprendidas. Gordon se vio libre de las espinas, rodó hasta quedar de espaldas y miró hacia el brumoso cielo, agradeciendo simplemente el aire no contaminado por el calor de la seca podredumbre.

«Bienvenido a Oregón —pensó amargamente—. Y yo que creía que Idaho era malo. —Alzó un brazo y trató de quitarse el polvo de los ojos—. ¿O sólo es que me estoy haciendo demasiado viejo para este tipo de cosas?»

Después de todo, ya había sobrepasado los treinta, expectativa de vida bastante superior a la normal para una persona a quien el holocausto había lanzado a una vida errante.

«Oh, Señor, ojalá estuviera en casa de nuevo.»

No estaba pensando en Minneapolis. La llanura era hoy un infierno del que él había tratado de escapar durante más de una década. No, casa significaba para Gordon algo más que un lugar concreto.

«Una hamburguesa, un baño caliente, música...

... una cerveza fría...»

Cuando su respiración dificultosa se normalizó, otros ruidos pasaron a primer plano: el inequívoco bullicio del reparto de un botín.

Provenía de unos treinta metros más abajo en la ladera de la montaña. Carcajadas, mientras los complacidos ladrones se repartían las pertenencias de Gordon.

«... unos cuantos polis amistosos de la vecindad...», dijo Gordon, clasificando aún con los criterios de un mundo desaparecido desde hacía mucho tiempo.

Los bandidos lo habían cogido desprevenido mientras saboreaba un té de bayas junto a una fogata preparada para la noche. Desde el primer instante, cuando se precipitaron por el sendero hacía él, había estado claro que aquellos sujetos de mala catadura le matarían en cuanto lo vieran.

Él no había esperado a que se decidieran. Arrojando té hirviendo al primer rostro barbudo, se lanzó a las zarzas cercanas. Dos disparos le habían seguido, y eso fue todo. Probablemente, su cadáver no valía tanto

para los ladrones como una irremplazable bala. Ya tenían sus pertenencias, de todos modos.

«O probablemente lo pensaban.»

La sonrisa de Gordon fue amarga y mecánica al incorporarse con cautela y retroceder por el saliente rocoso hasta hallarse seguro de que no era visible desde la parte baja de la ladera. Limpió de ramitas su cinturón de viaje y sacó la cantimplora medio llena para tomar un trago largo y del todo necesario.

«Bendita seas, paranoia», pensó. Ni una sola vez desde la guerra Fatal había dejado que su cinturón estuviese a más de un metro de su lado. Era la única cosa que había conseguido coger antes de lanzarse hacia las zarzas.

El metal gris oscuro de su revólver del 38 brilló, incluso bajo la fina película de polvo, al extraerlo de la funda. Gordon sopló en la chata punta del arma y comprobó atentamente su mecanismo. Leves chasquidos testimoniaron con escueta elocuencia la habilidad y letal precisión de otra época. Incluso para matar, el viejo mundo se las había arreglado bien.

«Especialmente para matar», recordó Gordon.

Oyó unas groseras carcajadas procedentes de la parte baja de la ladera.

Normalmente sólo viajaba con cuatro cartuchos en el cargador. Sacó ahora dos valiosos cartuchos más de un bolsillo del cinturón y llenó las cámaras vacías debajo y detrás del percutor. La seguridad de las armas de fuego ya no era demasiado importante, especialmente porque, de todas formas, esperaba morir esa tarde.

«Dieciséis años persiguiendo un sueño —pensó Gordon—. Primero aquella larga y fútil lucha contra el colapso... debatiéndose para sobrevivir durante el Invierno de los Tres Años... y finalmente, más de una década trasladándose de un lugar a otro, eludiendo la peste y el hambre, luchando contra los malditos holnistas y las jaurías de perros salvajes... media vida pasada como un errante juglar de la edad oscura, actuando para obtener comida y salir del paso un día más, mientras buscaba...

... algún lugar...»

Gordon sacudió la cabeza. Conocía muy bien sus propios sueños. Eran las fantasías de un necio, y no tenían cabida en el mundo actual.

«... algún lugar donde alguien estuviera asumiendo la responsabilidad...»

Desechó aquellos pensamientos. Fuera lo que fuese lo que estaba buscando, su búsqueda parecía haber concluido allí, en las secas y frías montañas de lo que una vez fuera el este de Oregón.

Por los ruidos procedentes de abajo dedujo que los bandidos se preparaban para partir, dispuestos a marcharse con lo robado. Tupidos

grupos de enredaderas resacas impedían a Gordon ver la parte baja del declive entre los grandes pinos, pero pronto apareció un hombre corpulento con un descolorido abrigo de caza a cuadros en la dirección en que había estado su campamento, avanzando hacia el noroeste por una senda que conducía al pie de la montaña.

La indumentaria del hombre confirmó lo que Gordon recordaba de aquellos borrosos segundos del ataque. Al menos sus asaltantes no vestían atuendos militares... la marca de los supervivencialistas de Holn.

«Deben de ser bandidos comunes, carne de cañón, que-se-asen-en-el-infierno.»

De ser así, había una mínima posibilidad de que el plan que tenía en la cabeza diera algún resultado.

Tal vez.

El primer bandido llevaba la chaqueta de Gordon para todo tiempo atada a la cintura. En su brazo derecho se mecía la escopeta que Gordon había llevado consigo durante todo el trayecto desde Montana.

—¡Vamos! —gritó el barbudo ladrón de espaldas al sendero—. Ya basta de comentarios. ¡Reunid esas cosas y cargadlas!

«El jefe», decidió Gordon.

Otro hombre, más bajo y andrajoso, se dejó ver de pronto acarreado un saco de tela y un baqueteado rifle.

—¡Muchacho, qué trofeo! Debemos celebrarlo. Cuando hayamos llevado estas cosas, ¿podremos tomar toda la bebida que queramos, Jas? —el pequeño ladrón aguardó como un pájaro nervioso—. Muchacho, Sheba y las chicas se desternillarán cuando sepan lo del conejito que hemos echado a los espinos. ¡Nunca he visto nada correr tan rápido! —cloqueó.

Gordon frunció el entrecejo ante el insulto añadido al daño. Era igual en casi todas las partes que había visitado: la insensibilidad tras el holocausto a la que nunca había llegado a acostumbrarse ni aun después de tanto tiempo. Escrutando con un solo ojo por entre la maleza que bordeaba la hendidura, inspiró profundamente y gritó:

—¡Yo no contaría con emborracharme aún, Osobuco! —La adrenalina dio a su voz un tono más agudo del que deseaba, pero no podía evitarlo.

El tipo grande se dejó caer torpemente en el suelo, intentando ponerse a cubierto detrás de un árbol cercano. El salteador flaco, sin embargo, miró boquiabierto hacia arriba.

—¿Qué...? ¿Quién está ahí?

Gordon se sintió ligeramente aliviado. Su conducta confirmaba que esos hijos de perra no eran auténticos supervivencialistas. Sin duda no holnistas.

Si lo hubiesen sido, ahora probablemente él estaría muerto.

Los demás bandidos, Gordon contó un total de cinco, bajaron rápidamente por el sendero acarreado los objetos de su pillaje.

—¡Agachaos! —ordenó el jefe desde su escondrijo.

El escuálido pareció percatarse de lo expuesto de su posición y corrió a unirse a sus compañeros tras la espesura.

Todos excepto un ladrón, un sujeto cetrino de cortas patillas medio encanecidas y un sombrero alpino. Éste, en vez de esconderse, avanzó un poco, mordisqueando una aguja de pino y ojeando la maleza de modo indiferente.

—¿Por qué, hermano? —preguntó con sosiego—. Ese pobre tipo llevaba encima poco más que la piel cuando nos lanzamos sobre él. Tenemos su escopeta. Vamos a descubrir lo que quiere.

Gordon mantuvo agachada la cabeza. Pero no pudo dejar de notar la lánguida y afectada pronunciación del sujeto. Era el único que iba bien afeitado e incluso, desde el lugar en que se encontraba, Gordon pudo apreciar que llevaba la ropa más limpia, más cuidada.

Un ronco gruñido del jefe bastó para que el tranquilo bandido se encogiera de hombros y, pausadamente, se situara tras un pino ahorquillado. Apenas a cubierto, gritó hacia la ladera:

—¿Estás ahí, señor Conejo? De ser así, lamento mucho que no te quedaras para invitarnos a té. Aunque, sabiendo cómo Jas y Pequeño Wally tienden a tratar a las visitas, supongo que no puedo culparte porque te largaras.

Gordon no podía creer que fuera a seguir la broma de aquel imbécil. Pero lo hizo.

—Eso imaginé en aquel momento —gritó—. Gracias por comprender mi falta de hospitalidad. A propósito, ¿con quién hablo?

El alto individuo sonrió ampliamente.

—¿Con quién...? Ah, un gramático. Qué gozo. Hace tanto tiempo que no oigo una voz educada —el otro se quitó el sombrero alpino e hizo una reverencia—. Soy Roger Everett Septien, en tiempos agente de cambio y bolsa de la Pacific Stock Exchange, y en la actualidad un asaltante. En cuanto a mis colegas...

Los matorrales susurraron. Septien escuchó, y finalmente se encogió de hombros.

—Ah —dijo a Gordon—. En situación normal me tentaría la oportunidad de tener una auténtica conversación; estoy seguro de que tú la deseas tanto como yo. Desgraciadamente, el jefe de nuestra pequeña hermandad de

degolladores insiste en que descubra lo que quieres y dé el asunto por terminado. Así que haz tu discurso, Señor Conejo. Somos todo oídos.

Gordon sacudió la cabeza. El sujeto obviamente se consideraba ingenioso, pero su humor era pésimo, incluso si se medía por el nivel de la posguerra.

—Observo que no lleváis todas mis pertenencias. ¿No habréis decidido por casualidad coger sólo lo que necesitáis y dejarme lo suficiente para sobrevivir?

Se oyó una estrepitosa risotada procedente de los matorrales de abajo; luego un torrente de soeces carcajadas se unieron a ella. Roger Septien miró a derecha e izquierda, y levantó las manos. Su exagerado suspiro pareció denotar que él, al menos, apreciaba la ironía de la pregunta de Gordon.

—Ay —repitió—. Recuerdo haber mencionado esa posibilidad a mis camaradas. Nuestras mujeres podrían encontrar algún uso para las barras de aluminio de tu tienda y el armazón de la mochila, pero he sugerido que dejáramos la bolsa de nilón y la tienda, que a nosotros no nos sirven. Hmm, eso hemos hecho en cierto sentido. Sin embargo, no creo que apruebes las... alteraciones hechas por Wally.

Aquella estridente risa volvió a oírse desde los matorrales. Gordon se hundió levemente.

—¿Qué hay de mis botas? Todos parecéis bastante bien calzados. ¿Le van bien a alguno? ¿Podrías dejarlas? ¿Y mi chaqueta y mis guantes?

Septien tosió.

—Ah, sí. Son los artículos principales, ¿no es cierto? Aparte de la escopeta, por supuesto, la cual es innegociable.

Gordon escupió. «Por supuesto, idiota. Sólo un cretino expresa lo obvio.»

De nuevo se dejó oír la voz del jefe, amortiguada por el follaje. Y otra vez se produjeron risas. Con expresión de pesar, el ex agente de bolsa suspiró.

—Mi jefe pregunta qué ofreces a cambio. Por supuesto, sé que no tienes nada. Pero a pesar de ello, debo preguntar.

A decir verdad, Gordon poseía unas cuantas cosas que podían interesarles. La brújula del cinturón, por ejemplo, y un cuchillo suizo del ejército.

Aunque ¿cuáles eran sus posibilidades de pactar un intercambio y salir con vida? No se necesitaba telepatía para saber que aquellos bastardos únicamente jugaban con su víctima.

Una ardiente cólera le invadió, especialmente por la falsa muestra de compasión de Septien. Había sido testigo de esta combinación de cruel desprecio y civilizados modales en personas educadas de antaño, en los

años transcurridos desde el Colapso. En su opinión, la gente así era mucho más despreciable que quienes simplemente habían sucumbido a la barbarie de los tiempos.

—¡Escuchad! —gritó—. ¡No necesitáis esas condenadas botas! No tenéis auténtica necesidad de mi chaqueta o de mi cepillo de dientes o de mi cuaderno de notas. Esta zona está limpia, así que ¿para qué necesitáis mi contador Geiger? No soy tan estúpido como para creer que me vais a devolver la escopeta, pero sin algunas de las otras cosas moriré, ¡malditos seáis!

El eco de su discurso pareció derramarse por la ladera de la montaña, dejando una estela de sepulcral silencio.

Luego, hubo un susurro en los matorrales y el corpulento jefe de los bandidos se puso en pie. Escupió con aire desdeñoso y chasqueó los dedos en un gesto dirigido a los otros.

—Ahora ya sé que no tienes armas —les dijo. Frunció las pobladas cejas e hizo un ademán en dirección a Gordon—. Corre, conejito. ¡Corre o te desollaremos y serás nuestra cena! —Sopesó la escopeta de Gordon, se dio la vuelta y caminó lenta y despreocupadamente sendero abajo. Los demás le siguieron, riendo.

Roger Septien se encogió de hombros en dirección a la ladera de la montaña y sonrió, después recogió su parte del botín y siguió a sus compañeros. Desaparecieron tras un recodo del angosto sendero forestal; pero en los minutos que siguieron, Gordon oyó el suave sonido cada vez más leve de alguien que silbaba alegremente.

«¡Qué imbécil!» Siendo mínimas las posibilidades que le quedaban, las había desperdiciado completamente al apelar a la razón y la caridad. En una época encarnizada, nadie hacía eso salvo por impotencia. La incertidumbre de los bandidos se había evaporado tan pronto como pidió estúpidamente juego limpio.

Era evidente que habría podido disparar su 38, malgastando una valiosa bala para demostrar que no estaba del todo indefenso. Eso los hubiera obligado a tomarlo en serio de nuevo...

«¿Por qué no lo he hecho? ¿Estaba demasiado asustado?»

«Posiblemente —admitió—. Es probable que muera esta noche a la intemperie, pero faltan todavía algunas horas, las suficientes para que lo pueda considerar como una amenaza abstracta, menos aterradora e inmediata que cinco hombres despiadados con pistolas.»

Se golpeó la palma de la mano con el puño.

«Oh, déjalo, Gordon. Puedes psicoanalizarte esta noche, mientras te

mueres de frío. De lo que puedes estar seguro, sin embargo, es de que eres un completo necio, y de que probablemente estás ante tu fin.»

Se puso en pie con rigidez y comenzó a bajar por la ladera con precaución. Aunque no se encontraba del todo dispuesto a admitirlo, Gordon sintió la creciente certeza de que sólo podía existir una solución, una remota posibilidad de escapar del desastre.

Tan pronto como se vio libre de la maleza, Gordon fue cojeando hasta la corriente del arroyo para lavarse la cara y los arañazos más profundos. Se apartó de los ojos los mechones de pelo castaño empapados en sudor. Los arañazos le dolían terriblemente pero ninguno tenía tan mal aspecto como para inducirlo a utilizar el delgado tubo de preciado yodo que llevaba en la bolsa del cinturón.

Volvió a llenar la cantimplora y se puso a pensar.

Además de la pistola y de la ropa casi destrozada, una navaja y una brújula, su bolsa contenía un equipo de pesca en miniatura que podía resultar útil si llegaba a cruzar las montañas hasta un remanso de agua decente.

Y por supuesto diez cartuchos sobrantes para el 38, pequeñas, benditas reliquias de la civilización industrial.

Al principio, durante las revueltas y la gran escasez, había parecido que lo único que nunca iba a acabarse era la munición. Si en el cambio de siglo América hubiese almacenado y distribuido comida con la mitad de eficacia de la que sus ciudadanos habían empleado para acumular montañas de balas.

Gordon sentía cómo se le clavaban los pedruscos en su dolorido pie izquierdo mientras, con cautela, se apresuraba a regresar a su antiguo campamento. Estaba claro que sus casi deshechos mocasines no lo llevarían a ninguna parte. Sus destrozadas prendas serían tan eficaces contra las frías noches otoñales en la montaña como sus ruegos lo habían sido contra el duro corazón de los bandidos.

El pequeño claro donde había acampado hacía sólo una hora estaba ya desierto, pero sus temores quedaron eclipsados por los estragos que encontró allí.

Su tienda había sido convertida en un montón de hebras de nailon, su saco de dormir en una pequeña nevada de plumón de ganso. Lo único que Gordon encontró intacto fue el delgado arco que había estado tallando de un arbolito talado, y un cordaje experimental de tiras de tripa de venado.

«Probablemente pensaron que era un bastón.» Dieciséis años después de que la última fábrica hubiese ardido, los asaltantes de Gordon habían

pasado por alto completamente el valor potencial del arco y las cuerdas para cuando la munición se agotara.

Utilizó el arco para hurgar entre los desechos, buscando alguna otra cosa que recuperar.

«No puedo creerlo. ¡Se han llevado mi diario! Ese cretino de Septien probablemente tiene intención de entretenerse con él en la época de las nevadas, riéndose de mis aventuras y de mi candidez mientras mis huesos son roídos por los pumas y los buitres.»

Por supuesto, toda la comida había desaparecido: la carne, la bolsa de cereales molidos que le habían dado en una aldea de Idaho a cambio de unas cuantas canciones e historias, la pequeña provisión de durísimos pastelillos que había encontrado en las entrañas mecánicas de una máquina expendedora.

«Puedo admitir lo de los pastelillos —pensó Gordon mientras recogía del suelo su cepillo de dientes destrozado—. Pero, ¿por qué demonios han tenido que hacer esto?»

Al final del Invierno de los Tres Años, mientras los supervivientes de su pelotón militar luchaban aún para conservar los silos de soja de Wayne, Minnesota, en nombre de un gobierno del que nadie había oído hablar durante meses, cinco de sus camaradas habían muerto a causa de atroces infecciones bucales. Fueron muertes terribles y sin gloria, y nadie estuvo seguro de si el responsable de aquello fue uno de los gérmenes de la guerra, o el frío y el hambre y la casi total carencia de higiene moderna. Todo lo que Gordon sabía era que el espectro de sus dientes pudriéndose se había convertido en su pesadilla personal.

«Cabrones», pensó al tirar el cepillo.

Recorrió los destrozos por última vez. Nada había allí para hacerle cambiar de idea.

«Te estás retrasando. Ve. Hazlo.»

Gordon emprendió la marcha un poco envarado. Pero pronto bajó por el sendero tan rápida y silenciosamente como pudo, abriéndose paso a través de la maleza absolutamente seca.

El fornido jefe de los forajidos había prometido que se lo comerían si volvían a encontrarse. El canibalismo había sido algo común en los primeros tiempos, y aquellos hombres de montaña podían haber adquirido el gusto por el «gran puerco». Aunque así, tenía que persuadirlos de que un hombre sin nada que perder debe ser tenido en cuenta.

Durante aproximadamente un kilómetro fue encontrando sus huellas: dos con los suaves contornos de la piel de ciervo y tres de suelas Vibram

anteriores a la guerra. Caminaban sin prisas, y no le sería difícil alcanzarlos.

Sin embargo, no era eso lo que se proponía. Trató de recordar su subida por aquel mismo camino esa mañana.

«El camino desciende al serpentear hacia el norte, por la cara este de la montaña, antes de desviarse otra vez hacia el sur y el este penetrando en el desierto valle de abajo.

»Pero, ¿y si atajase por encima del camino principal y atravesara la ladera más arriba? Tal vez lograra caer sobre ellos mientras es aún de día... mientras aún se regocijan y no esperan nada.»

Si el atajo está allí...

El sendero serpenteaba gradualmente cuesta abajo hacia el noreste, en la dirección de las sombras crecientes, hacia los desiertos del este de Oregón e Idaho. Gordon debía de haber pasado por debajo de los centinelas de los ladrones el día anterior o aquella misma mañana, y se habían tomado su tiempo siguiéndolo hasta que levantó el campamento. Su guarida tenía que estar en algún lugar próximo al camino.

Pese a su cojera, Gordon fue capaz de avanzar en silencio y con rapidez, la única ventaja que tenían los mocasines sobre las botas. Pronto oyó leves ruidos más abajo y al frente.

Los malhechores. Reían y bromeaban. Resultaba doloroso oírlos.

En realidad, no tenía demasiada importancia que se estuvieran riendo de él. La insensible crueldad ahora formaba parte de la vida, y aunque Gordon no podía aceptarla, al menos reconocía que él era un residuo del Siglo Veinte situado en el salvaje mundo actual.

Pero los ruidos le recordaron otras risas, las rudas bromas de hombres con quienes compartió el peligro.

«Drew Simms, un estudiante de medicina de cara pecosa y gesto expresivo, con una increíble habilidad para el ajedrez y el póquer. Los holnistas lo cogieron cuando invadieron Wayne y quemaron los silos...

»Tiny Kielre me salvó la vida dos veces, y todo lo que deseaba cuando estaba en su lecho de muerte, atormentado por las Paperas de la Guerra, era que le leyese historias...»

Luego estaba el teniente Van, el jefe medio vietnamita de su pelotón. Gordon no supo hasta que fue demasiado tarde que el teniente estaba reduciendo sus propias raciones en beneficio de las de sus hombres. Pidió, al final, ser enterrado envuelto en una bandera americana.

Gordon había estado solo mucho tiempo. Echaba de menos la compañía de estos hombres casi tanto como la amistad de las mujeres.

Observando los matorrales a su izquierda, llegó a un claro que parecía

indicar que había un sendero de bajada, un atajo quizás, al norte, a través de la superficie de la montaña. Dejó el sendero y se abrió camino partiendo la seca y rojiza maleza. Gordon creía recordar el sitio perfecto para una emboscada, una subida en zigzag que pasaba bajo una alta herradura de piedra. Si un francotirador hallaba un lugar un poco más arriba del saliente rocoso tendría a tiro a cualquiera que caminase por la horquilla.

«Si pudiera llegar allí antes que ellos...»

Tenía la posibilidad de cogerlos por sorpresa y obligarlos a negociar. Esa era la ventaja de ser alguien sin nada que perder. Cualquier bandido cuerdo preferiría vivir y robar otro día. Tenía que creer que le cederían las botas, la chaqueta y un poco de comida, ante el riesgo de perder a uno o dos de su banda.

Gordon esperaba no tener que matar a nadie.

«¡Oh, sé realista, por favor!» Su peor enemigo, en las próximas horas, podían ser sus arcaicos escrúpulos. «Sólo por esta vez, sé implacable.»

Las voces del sendero se apagaron cuando atajó por la vertiente de la montaña. Varias veces hubo de desviarse por abruptas gargantas o por zonas de horribles zarzas. Gordon se concentró en encontrar el camino más directo hacia el rocoso lugar de emboscada.

«¿Me he alejado lo suficiente?»

Prosiguió con gesto preocupado. Según su vago recuerdo, la subida en zigzag comenzaba tras una larga curva hacia el norte a lo largo de la cara este de la montaña.

Un angosto sendero de animales le permitió avanzar con rapidez entre las ramas de pinos, deteniéndose con frecuencia para consultar la brújula. Se halló ante un dilema. Para tener una oportunidad de atrapar a sus adversarios tenía que estar más arriba que ellos. Pero si se mantenía a demasiada altura, podía dejar atrás su objetivo sin darse cuenta.

Y no tardaría en oscurecer.

Una bandada de pavos salvajes se dispersó cuando se internó en un pequeño claro. Estaba claro que el descenso demográfico tenía algo que ver con el retorno de la vida salvaje, pero aquello era también señal de que había llegado a una región con más agua que las áridas tierras de Idaho. Su arco podría serle útil algún día, si vivía lo bastante para aprender a usarlo.

Inició el descenso, empezando a sentirse preocupado. Seguramente el camino principal se hallaba en este momento bastante por debajo de él, en el caso de que no se hubiera desviado. Era posible que hubiese ido ya demasiado al norte.

Al fin Gordon se dio cuenta de que aquel camino giraba directamente

hacia el oeste. También daba la impresión de que ascendía de nuevo hacia lo que parecía ser otra brecha en las montañas, envueltas en la niebla del atardecer.

Se detuvo un momento para recuperar el aliento y orientarse. Tal vez fuera éste otro paso más a través de la fría y semiárida Sierra de la Cascada, que conducía al Valle del Río Willamette y desde allí al océano Pacífico. Su mapa había desaparecido, pero sabía que si caminaba como mucho un par de semanas en esa dirección encontraría agua, refugio, riachuelos con pesca, animales para cazar y quizás...

Y quizás algunas personas tratando de volver a enderezar algo en el mundo. La luz del sol percibida a través de aquella alta franja de nubes era como un halo luminoso, semejante al fulgor vagamente recordado que producían en el cielo las luces de la ciudad, una promesa que le había empujado siempre hacia adelante desde el medio-oeste, buscando. Por inalcanzable que fuera aquel sueño, no se desvanecía.

Gordon sacudió la cabeza. Seguro que habría nieve en aquellas montañas, y pumas, e inanición. No podía abandonar su plan. No si quería seguir viviendo.

Intentó atajar ladera abajo, pero las estrechas sendas hechas por los animales siguieron obligándolo a ir hacia el noroeste. El tramo en zigzag ahora tenía que estar detrás de él. Pero la tupida y reseca maleza lo desvió aún más hacia el nuevo paso.

En su frustración, Gordon casi no percibió el ruido. Pero luego se detuvo bruscamente para escuchar.

¿Eran voces?

Una escarpada garganta abría la vegetación justo al frente. Corrió hacia allí hasta que vio la silueta de esta montaña y otras de la cadena, envueltas en una espesa bruma, de color ámbar en lo alto del lado oeste y de un púrpura oscuro donde el sol acababa de ponerse.

Los sonidos parecían provenir de abajo y del este. Y sí, eran voces. Gordon escudriñó la serpenteante línea de un sendero en el flanco de la montaña. Divisó a lo lejos un breve estallido de color que ascendía lentamente por los bosques.

¡Los bandidos! Pero ¿por qué están subiendo de nuevo? No podían ser ellos, a menos...

A menos que Gordon estuviese ya muy al norte del camino que había tomado el día anterior. Debía de haber pasado de largo del lugar de la emboscada y salido por un sendero lateral. Los bandidos estaban escalando una bifurcación que él no había visto el día anterior y que conducía a aquel

paso más directamente que la que él había tomado.

¡Éste debía de ser el camino que conducía a la guarida de los ladrones!

Gordon escrutó la montaña. Sí, logró ver una especie de pequeña cueva que podía servir, al oeste, sobre un saliente cerca del paso menos utilizado. Sería defendible y muy difícil de descubrir por casualidad.

Gordon sonrió aviesamente y giró también al oeste. La emboscada era una oportunidad perdida, pero si se apresuraba podría desvalijar el refugio de los bandidos, si conseguía adelantárseles unos minutos y robar lo que necesitaba: comida, ropa y algo para llevarlas.

¿Y si el escondrijo no estaba deshabitado?

Bueno, tal vez pudiera tomar a sus mujeres como rehenes e intentar hacer un trato.

«Sí, eso es mucho mejor. Igual que tener una bomba de relojería rellena de nitroglicerina.»

Realmente, odiaba todas sus alternativas. Echó a correr, agachándose bajo las ramas y esquivando mustias cepas mientras avanzaba por la angosta senda. Pronto lo invadió una extraña euforia. Se sentía seguro, y ninguna de sus típicas dudas se interpondría ahora en su camino. La adrenalina de la lucha casi lo embriagó mientras su carrera se hacía más rápida e iba pasando veloz junto a borrosos arbustos. Saltó un podrido tronco de árbol derribado y...

Cuando el pie izquierdo llegó al suelo sintió un agudo dolor que le subió por la pierna, como si algo le hubiese atravesado los frágiles mocasines. Cayó de bruces contra los guijarros del seco lecho de un río.

Gordon rodó apretándose la herida. Con ojos húmedos y dilatados por el dolor vio que la causa había sido un trozo de grueso cable de acero, oxidado y torcido, sin duda abandonado tras alguna antigua operación de rastreo anterior a la guerra. De nuevo, mientras la pierna le dolía de forma terrible, sus primeros pensamientos fueron absurdamente lógicos.

«Dieciocho años después de la última inyección contra el tétanos. Estupendo.»

Pero no, no le había producido ningún corte, sólo le había hecho caer.

No obstante, eso ya era suficiente. Se agarró el muslo y apretó la boca con fuerza, tratando de resistir un horrible calambre.

Finalmente los temblores remitieron y pudo arrastrarse hasta el árbol caído. Después, se irguió con precaución para sentarse. Suspiró entre los dientes aún apretados mientras las oleadas de dolor cesaban lentamente.

Durante todo ese rato oyó a los bandidos que pasaban un poco más abajo de donde él se encontraba, lo que significaba que había perdido la

oportunidad de llegar antes que ellos, lo cual era su única ventaja.

«¡Al infierno todos esos grandes planes de atacar su guarida!» Mantuvo el oído aguzado hasta que las voces se perdieron sendero arriba.

Por último Gordon utilizó el arco como bastón para intentar ponerse en pie. Dejó descansar su peso lentamente sobre la pierna izquierda y le pareció que lo sostendría aunque aún temblaba un poco.

«Hace diez años habría podido sufrir una caída como ésta y levantarme y echar a correr sin pensarlo. Afróntalo. Estás obsoleto, Gordon. Quemado. En estos tiempos, tener treinta y cuatro años y estar solo es igual que hallarse dispuesto para morir.»

Ya no habría emboscada. Ni siquiera podría perseguir a los bandidos, no por el camino ascendente hasta aquella hendidura de la montaña. Sería inútil tratar de seguir sus huellas en una noche sin luna.

Dio unos pasos cuando la palpitación cedió. Pronto fue capaz de andar sin apoyarse demasiado en el improvisado bastón.

Bien, ¿pero adonde ir? Quizá debiera pasar el resto del día buscando una cueva, un montón de agujas de pino, cualquier cosa que le ofreciese una oportunidad de sobrevivir a la noche.

En el creciente frío, Gordon observó cómo las sombras se extendían sobre el suelo del desierto valle, trepando por las faldas de las montañas cercanas y oscureciéndolas. El rojizo sol se introducía en las grietas de la cadena de nevadas cumbres situada a su izquierda.

Estaba de cara al norte, incapaz aún de reunir la suficiente energía para moverse, cuando su mirada quedó atrapada en un súbito destello de luz, un agudo reflejo contra la ondulante vegetación verde de la ladera opuesta al estrecho paso. Protegiendo todavía su débil pie, Gordon dio unos cautelosos pasos al frente. Frunció el entrecejo.

Los incendios forestales que habían calcinado un gran sector de las resacas Cascadas habían perdonado los tupidos bosques de aquella parte de la ladera. Y sí, algo en el camino estaba captando la luz del sol como un espejo. Dados los desniveles del terreno supuso que el reflejo sólo podía ser visto desde el punto en que se encontraba y únicamente a última hora de la tarde.

Así que había supuesto mal. La guarida de los bandidos no estaba en la cavidad situada sobre el paso y al oeste, sino mucho más cerca. Sólo un golpe de suerte se lo había revelado.

«¿Me estás dando pistas ahora? ¿Ahora? —Acuso al mundo—. ¿No tengo ya bastantes problemas tal como están las cosas, sin que se me ofrezca una posibilidad para que me agarre a ella?»

La esperanza constituía una adicción. Lo había conducido hacia el oeste durante media vida. Cuando ya iba a rendirse, Gordon se encontró esbozando un nuevo plan.

¿Podía intentar robar en una cabaña llena de hombres armados? Se imaginó a sí mismo abriendo la puerta de una patada ante los ojos atónitos de los otros, paralizándolos a todos con la pistola en una mano mientras con la otra los ataba.

¿Por qué no? Seguramente estaban borrachos, y él se encontraba lo bastante desesperado para intentarlo. ¿Podría coger rehenes? ¡Demonios, incluso una cabra lechera sería más valiosa para ellos que sus botas! Si capturaba a una mujer podría negociar para conseguir algo más.

La idea le dejó un sabor amargo en la boca. Todo dependía de que el jefe de los bandidos se comportase racionalmente. ¿Reconocería aquel cabrón el poder secreto de un hombre desesperado y lo dejaría irse con lo que necesitaba?

Gordon había visto a los hombres actuar por orgullo estúpidamente. La mayoría de las veces. «Si esto provoca una persecución, estoy perdido. Ahora no podría aventajar ni a un tejón.»

Miró el reflejo y decidió que, en definitiva, tenía poco donde elegir.

La marcha fue lenta desde el principio. Aún le dolía la pierna y tenía que detenerse cada treinta metros para escrutar senderos que confluían y se entrecruzaban, buscando el rastro de sus enemigos. Se encontró también observando entre las sombras para descubrir posibles emboscadas, y decidió dejar de hacerlo. Aquellos hombres no eran holnistas. Por el contrario, parecían indolentes. Gordon supuso que sus vigilantes estarían cerca de la casa, si es que había alguno.

Al disminuir la luz las huellas se perdieron en el pedregoso suelo. Pero Gordon sabía adonde iba. El brillante reflejo ya no era visible, pero la quebrada en el margen opuesto del collado de la montaña era una oscura silueta arbolada en forma de V. Escogió un sendero probable y avanzó por él.

La oscuridad aumentaba con rapidez. Una densa, fría y húmeda brisa soplaba desde las brumosas cumbres. Gordon se acercó cojeando al lecho de un arroyuelo seco y se apoyó en el bastón para trepar por una serie de subidas en zigzag. Después, cuando supuso que estaba a unos cuatrocientos metros de su objetivo, el sendero se interrumpió de repente.

Mantuvo en alto los antebrazos para protegerse la cara mientras intentaba avanzar silenciosamente por la seca maleza. Hizo esfuerzos por contener una persistente y amenazadora necesidad de estornudar causada

por el polvo en suspensión.

Una gélida niebla nocturna flotaba ladera abajo. Pronto el campo brillaría con la leve luminosidad de la escarcha. Sin embargo, Gordon temblaba menos por el frío que por los nervios. Sabía que se estaba acercando. De una forma u otra estaba a punto de tener un encuentro con la muerte.

En su juventud había leído relatos sobre héroes, históricos y de ficción. Casi todos ellos, llegado el momento de actuar, parecían capaces de apartar de sí sus cargas personales de preocupación, confusión, angustia, al menos durante el tiempo requerido para la acción. Pero la mente de Gordon no parecía funcionar de esa forma. Por el contrario, se llenaba de complicaciones, se convertía en un torbellino de inquietud.

No era que tuviese dudas sobre lo que había que hacer. Según las normas que regían la vida esto era lo correcto. La supervivencia lo exigía. Y de cualquier modo, si iba a ser un hombre muerto, al menos haría que las montañas fueran un poco más seguras para el próximo viajero si se llevaba consigo a unos cuantos bastardos.

Pero cuanto más se acercaba al enfrentamiento, mejor comprendía que no había deseado llegar a esto. Realmente no quería matar a ninguno de aquellos hombres.

Siempre había sido así, incluso cuando con el pequeño pelotón del teniente Van luchó con la esperanza de mantener una paz y un fragmento de nación que ya habían muerto.

Y después, había escogido una vida de juglar, de actor itinerante y jornalero. En parte para mantenerse en movimiento, buscando una luz, en algún lugar.

Algunas de las comunidades supervivientes de la posguerra eran conocidas por aceptar a extraños como nuevos miembros. Las mujeres eran siempre bien recibidas, por supuesto, pero varias aceptaban a hombres nuevos. E incluso así, con frecuencia había algún impedimento. Un nuevo macho a veces tenía que batirse en duelo por el derecho a sentarse en una mesa comunal, o llevar un cuero cabelludo de un clan rival para probar su valor. Quedan pocos holnistas auténticos en las llanuras y en las Rocosas. No obstante, muchas de las avanzadas de supervivientes que había encontrado exigían rituales en los que Gordon no quería participar.

Y allí estaba ahora, contando las balas; una parte de él confiaba fríamente en que, si las usaba, serían suficientes para todos los bandidos.

Otros matorrales de bayas poco espesos le bloquearon el camino. Su falta de frutos estaba compensada por un exceso de espinas. Esta vez Gordon avanzó bordeándolos, caminando con cuidado en la densa

oscuridad.

Su sentido de la orientación, aguzado tras catorce años de deambular, era automático. Se movía sigilosamente, con cautela, sin dejarse atrapar por el creciente remolino de sus propios pensamientos.

Bien mirado, resulta increíble que un hombre como él hubiese vivido tanto. Todos los que había conocido o admirado siendo un muchacho habían muerto, junto con las ilusiones que cualquiera de ellos hubiera tenido. El mundo suave hecho para soñadores como él se rompió cuando tenía dieciocho años. Desde entonces, con el paso del tiempo, había llegado a creer que su persistente optimismo podía atribuirse a una especie de demencia histérica.

«Demonios, todo el mundo está loco en estos tiempos.»

«Sí —se respondió—. Pero la paranoia y la depresión ahora son una forma de adaptarse. El idealismo sólo es una estupidez.»

Gordon se detuvo junto a una pequeña zona de color. Miró dentro de las zarzas y vio, aproximadamente a un metro de distancia, un solitario grupo de bayas que, en apariencia, había escapado a la atención del oso negro del lugar. La niebla avivó el sentido del olfato de Gordon y éste captó en el aire la leve ranciedad otoñal de las bayas.

Sin hacer caso de las afiladas espinas se internó y cogió un pegajoso puñado. El acre dulzor le resultó corrosivo en la boca. Como la Vida.

El crepúsculo casi se había ido y unas pálidas estrellas titilaban en la brumosa oscuridad. La fría brisa hizo ondear su camisa desgarrada y recordó a Gordon que era hora de acabar con aquel asunto, antes de tener las manos demasiado heladas para apretar un gatillo.

Se limpió la pegajosidad de las manos en los pantalones mientras rodeaba el extremo de la maleza. Y allí, de pronto, a unos tres metros, un ancho cuadro de vidrio destelló ante él a la débil luz ambiental.

Gordon se agachó de nuevo tras los espinos. Sacó el revólver y se sujetó la muñeca derecha con la mano izquierda hasta que su respiración se serenó. Luego comprobó el mecanismo de la pistola. Produjo un leve chasquido, con una casi amable, mecánica complacencia. Notaba el peso de la munición restante en el bolsillo de la camisa.

La maleza cedió cuando se apoyó en ella; era el peligro de un gesto rápido o enérgico. Sin preocuparse por unos arañazos más, Gordon cerró los ojos y meditó para calmarse y, sí, para obtener perdón. En la fría oscuridad, el único acompañamiento a su respiración era el rítmico canto de los grillos.

Un torbellino de gélida bruma sopló a su alrededor. «No, —suspiró—. No

hay otro medio.» Levantó el arma y dio la vuelta.

La estructura era extraña. En primer lugar, el distante cuadrado de cristal estaba a oscuras.

Aquello era insólito, pero lo era aún más el silencio. Había creído que los ladrones tendrían un fuego encendido, y que lo estarían celebrando a lo grande.

Estaba tan oscuro que apenas podía ver su propia mano. Los árboles surgían como amenazantes figuras por todos lados. Vagamente, el cuadrado de cristal parecía asentado sobre una negra estructura y reflejaba el plateado fulgor de una móvil masa de nubes. Leves jirones de niebla flotaban entre Gordon y su objetivo, enturbiando la imagen, haciéndola oscilar.

Caminó despacio, prestando la mayor parte de su atención al terreno. No era el momento de pisar una rama seca, o de clavarse una afilada piedra mientras avanzaba.

Levantó la vista, y una vez más le inundó aquella misteriosa sensación. Algo no encajaba en el edificio, especialmente en su silueta tras el cristal débilmente reluciente. De alguna manera, no parecía correcto. Con forma de caja, su parte superior daba la impresión de ser casi en su totalidad una ventana. La de abajo, más se asemejaba a metal pintado que a madera. En las esquinas...

Las niebla se hizo más densa. Gordon pudo apreciar que su perspectiva era errónea. Había estado buscando una casa, o una choza grande. Al acercarse, comprendió que la cosa estaba mucho más próxima de lo que había creído. La forma le era familiar, como si...

Apoyó un pie sobre una rama. El ¡crac! llenó sus oídos y Gordon se agazapó, escudriñando la oscuridad con una desesperada necesidad que excedía a la vista. Era como si un frenético poder saliera de sus ojos, impulsado por el terror, exigiendo que la niebla se rompiera para poder ver.

Obedientemente, al parecer, la espesa niebla se abrió de pronto ante él. Con las pupilas dilatadas, Gordon vio que estaba a menos de dos metros de la ventana..., en la que se reflejaba su propio rostro, con los ojos muy abiertos y el pelo desgredado..., y vio, sobrepuesta a su propia imagen, una vacua y esquelética máscara de muerte. Una calavera encapuchada que le daba la bienvenida con una mueca.

Gordon se acuclilló, hipnotizado, cuando un estremecimiento supersticioso le recorrió la espalda. Era incapaz de blandir el arma, incapaz de hacer que su laringe emitiera un sonido. La niebla se arremolinó mientras aguzaba el oído para conseguir una prueba de que realmente se había

vuelto loco; deseaba con todas sus fuerzas que la cabeza de la muerte fuera una ilusión.

¡Sí, pobre Gordon! La sepulcral imagen ocultó su reflejo y pareció rielar una salutación. Nunca, en todos aquellos pavorosos años, se le había manifestado la Muerte, ahora dueña del mundo, como un espectro. La embotada mente de Gordon no podía pensar en nada excepto en atender cualquier indicación de la figura.

Esperó, incapaz de apartar la vista e incluso de moverse. La calavera y su cara... su cara y la calavera... Aquella lo había capturado sin luchar, y ahora parecía contenta y mostraba una sonrisa burlona.

Al fin aquello se convirtió en algo tan poco sobrenatural como el reflejo de un mono.

Por magnética o terrorífica que sea, ninguna visión invariable puede mantener a un hombre absorto indefinidamente. No cuando parecía que nada en absoluto estaba sucediendo, que nada estaba cambiando. Donde el valor y la educación le habían fallado, donde su sistema nervioso le había permitido hundirse, el aburrimiento asumió el mando.

Exhaló el aliento. Lo oyó silbar entre los dientes. Sin que influyera su voluntad, Gordon sintió que sus ojos se desviaban ligeramente del semblante de la Muerte.

Una parte de él se dio cuenta de que la ventana estaba encastrada en una puerta. El pomo estaba situado ante él. A su izquierda, otra ventana. A la derecha... a la derecha estaba la capota.

La... capota...

La capota de *un jeep*.

La capota de un abandonado y oxidado *jeep* hundido en un surco poco profundo del bosque...

Gordon miró atónito la capota del *jeep* abandonado y oxidado con inscripciones del antiguo gobierno de EE UU. y el esqueleto de un pobre Funcionario civil muerto en su interior, con el cráneo pegado a la ventanilla lateral del pasajero, de cara a Gordon.

El suspiro ahogado que dejó escapar fue casi ectoplásmico, tan palpables eran el alivio y el estupor. Gordon se irguió y fue como si saliera de una posición fetal, como si estuviera naciendo.

—Oh. Oh Señor —dijo, sólo para oír su propia voz. Cuando logró que sus brazos y piernas se movieran describió un amplio círculo en torno al vehículo, mirando obsesivamente a su ocupante muerto y volviendo a la realidad. Respiró hondo mientras su pulso se normalizaba y los zumbidos disminuían gradualmente en sus oídos. Al fin se sentó en el suelo con la

espalda apoyada en la fría portezuela del lado izquierdo del *jeep*. Temblando, utilizó ambas manos para poner el seguro al revólver y deslizado en la pistolera. Luego sacó la cantimplora y bebió a lentos y largos tragos. Gordon deseó disponer de algo más fuerte, pero en aquellos momentos el agua tenía el dulce sabor de la vida.

Ya era completamente de noche y el frío calaba hasta los huesos. Aun así, dejó pasar unos momentos antes de enfrentarse a lo que era obvio. Nunca encontraría el refugio de los bandidos, ya que había seguido una pista falsa hasta tan lejos en un desierto oscuro como la pez. El *jeep*, al menos, le ofrecía una protección mejor que cualquier otra cosa de las que lo rodeaban.

Se enderezó y puso la mano en la manecilla de la puerta, reviviendo los movimientos que una vez habían sido como una segunda naturaleza para doscientos millones de sus compatriotas y que, tras un momento de terquedad, obligaron a la cerradura a ceder. La puerta dejó escapar un agudo chirrido cuando Gordon tiró con fuerza y la forzó a abrirse. Se deslizó sobre el agrietado vinilo del asiento e inspeccionó el interior.

El *jeep* era uno de aquellos vehículos a la inversa, del tipo conductor a la derecha, que Correos había utilizado en otro tiempo, antes de la guerra Fatal. El cartero muerto, lo que quedaba de él, estaba desplomado al otro extremo. Gordon evitó mirar el esqueleto por el momento.

La zona de carga del furgón estaba casi repleta de sacas de lona. El olor a papel viejo llenaba la pequeña cabina al menos tanto como el debilitado hedor de los restos momificados.

Lanzando una exclamación llena de esperanza, Gordon sacó un frasco metálico del hueco de la caja de cambios. ¡Parecía lleno! Para haber contenido líquido durante dieciséis años o más tenía que estar bien cerrado. Gordon profirió un juramento mientras retorció y tiraba del tapón. Lo golpeó contra el marco de la puerta, y luego volvió al ataque.

La frustración hizo que sus ojos lagrimearan, pero al fin notó que el tapón cedía. Pronto fue recompensado con un lento y duro movimiento de giro del tapón y después con el fuerte y ligeramente familiar aroma del whisky.

«Tal vez yo haya sido un buen chico, después de todo.

»Tal vez haya en verdad un Dios.»

Tomó un trago y tosió cuando el suave fuego se deslizó garganta abajo. Dos pequeños tragos más y cayó contra el asiento, casi exhalando un suspiro.

Todavía no estaba preparado para afrontar la tarea de apropiarse de la chaqueta que cubría los estrechos hombros del esqueleto. Gordon cogió las sacas, que llevaban impreso: EE UU SERVICIO POSTAL, y las apiló a su

alrededor. Dejó una estrecha abertura en la puerta para que entrase el fresco aire de la montaña y se ovilló bajo las improvisadas mantas con la botella.

Por último miró a su anfitrión y clavó la vista en la hombrera con la bandera americana del Funcionario muerto. Desenroscó el tapón del frasco y esta vez lo alzó hacia la prenda.

—Lo crea o no, señor Cartero, siempre pensé que ustedes prestaban un servicio honesto y bueno. Oh, la gente los utilizaba como cabeza de turco, pero yo sé cuán duro era el trabajo que hacían. Estaba orgulloso de ustedes, incluso antes de la guerra.

»Pero esto, señor Cartero —alzó el frasco—, esto va más allá de cuanto podía esperar. Considero que mis impuestos fueron bien gastados. —Bebió a la salud del cartero, tosiendo un poco pero deleitándose en la cálida bebida.

Se acomodó mejor entre las sacas de correo y miró la chaqueta de cuero, las costillas marcadas en los costados, los brazos colgando flácidos en ángulos extraños. Allí, inmóvil, Gordon sintió una amarga tristeza, algo semejante a la añoranza. *El jeep*, el simbólico y leal cartero, la bandera... le recordaban la comodidad, la inocencia, la cooperación, una vida fácil que permitió a millones de hombres y mujeres relajarse, sonreír o discutir según escogieran; ser tolerantes unos con otros y esperar mejorarse a sí mismos con el paso del tiempo.

Había estado dispuesto, hoy, a asesinar o a ser asesinado. Ahora se alegraba de haber podido evitarlo. Le habían llamado «señor Conejo» y lo habían abandonado para que muriese. Pero su privilegio era, aunque ellos no llegaran a saberlo nunca, llamar a los bandidos «compatriotas», y permitirles seguir con vida.

Gordon dejó que lo invadiera el sueño y dio de nuevo la bienvenida al optimismo, por estúpido y anacrónico que esto pudiese ser. Yació en las sábanas de su propio honor y pasó el resto de la noche soñando con mundos paralelos.

2

La nieve y el hollín cubrían las quebradas ramas del viejo árbol y agostaban su corteza. No estaba muerto, todavía no. Aquí y allá diminutos brotes verdes luchaban por brotar, pero no lograban crecer. El final estaba cerca.

Apareció una sombra y una criatura se posó en el suelo, un viejo ser de los cielos, herido, tan próximo a la muerte como el árbol. Con las alas plegadas, comenzó laboriosamente a construir un nido, un lugar para morir. Astilla por astilla, escogió entre la arruinada madera del suelo, apilando los trocitos unos sobre otros hasta que fue evidente que aquello no era un nido, en absoluto. Era una pira. El sangrante moribundo se situó en la cumbre del montoncito de leña y trino melancólicamente una suave melodía distinta a cualquiera que jamás se hubiera oído. Empezó a formarse un resplandor que pronto envolvió al animal en una brillante claridad de color púrpura. Surgieron llamas azules. Y el árbol pareció responder. Las viejas y decadentes ramas se combaron hacia el calor, como un anciano calentándose las manos. La nieve tembló y cayó, los verdes vástagos crecieron y empezaron a llenar el aire con una fragancia de renovación.

No era que la criatura de la pira renaciese, pese a ser un sueño, eso sorprendió a Gordon. El gran pájaro estaba consumido; sólo quedaban sus huesos.

Pero el árbol floreció, y de sus floridas ramas se desprendieron cosas que se arremolinaron en el aire. El las contempló lleno de admiración cuando vio que eran globos aerostáticos, aeroplanos y naves espaciales. Sueños.

Se alejaron flotando en todas direcciones y el aire se llenó de esperanza.

3

Un pájaro saltador de campamentos, en busca de grajos azules que perseguir, aterrizó en la capota del *jeep* con un golpe seco. Graznó, una vez para reclamar el territorio y otra por placer, y luego se puso a hurgar entre los espesos detritus con el pico.

El tableante ruido despertó a Gordon. Este miró hacia arriba, con ojos legañosos, y vio al pájaro de costados grises a través del polvoriento cristal de la ventanilla. Tardó unos momentos en recordar dónde estaba. La ventanilla, el volante, el olor a metal y papel, todo parecía la continuación de uno de los más vividos sueños de la noche, una visión de los viejos días anteriores a la guerra. Se quedó sentado unos momentos, aturdido, analizando sus sensaciones mientras las imágenes del sueño se desplegaban y desvanecían, ya fuera de su alcance.

Gordon se frotó los ojos y comenzó a considerar su situación.

Si la noche anterior no había dejado un rastro de elefante en el camino hacia aquella hondonada, ahora debería estar completamente a salvo. El hecho de que el whisky hubiese permanecido allí, intacto, durante dieciséis años significaba obviamente que los bandidos eran cazadores indolentes. Tenían sus tradicionales puntos de acecho y escondrijos y nunca se habían molestado en explorar la totalidad de su propia montaña.

Gordon sentía cierto embotamiento en la cabeza. La guerra había comenzado cuando tenía dieciocho años y estudiaba segundo curso en la universidad, y desde entonces había tenido pocas oportunidades para adquirir tolerancia a los licores de alta graduación. Esto, añadido a la serie de traumas y a las oleadas de adrenalina del pasado día, había hecho que el whisky le dejara la boca pastosa y los párpados enrojecidos e irritados.

Se lamentó por las comodidades perdidas, como de costumbre. No habría té aquella mañana. Ni carne seca de venado para desayunar. Ni cepillo de dientes.

Aun así, Gordon trató de ser filosófico. Después de todo, estaba vivo. Tenía la impresión de que llegaría un momento en el cual todos los objetos que le habían robado serían de los «perdidos para siempre».

Con suerte, el contador Geiger no entraría en esa categoría. La radiación había constituido una de las principales razones para que se desplazara hacia el oeste, desde que dejó las Dakotas. Se había cansado de ir a todas partes esclavizado por su valioso contador, bajo el continuo temor de que se lo robaran o se estropease. Se rumoreaba que la costa Oeste se había salvado de lo peor de la lluvia radiactiva, sufriendo más, por el contrario, a

causa de las plagas que el viento trasladaba desde Asia.

Así se desarrolló aquella extraña guerra. Inconsistente, caótica, había finalizado poco antes del colapso vaticinado por todos. Más bien fue como una ráfaga explosiva de sucesivas catástrofes a media escala. Aisladamente, cualquiera de los desastres podía haberse superado.

La «tecnoguerra» iniciada en el mar y en el espacio podría no haber sido tan terrible si se hubiera limitado a esos medios, y no se hubiera volcado sobre los continentes.

Las enfermedades no fueron tan graves como en el hemisferio oriental, donde las armas del Enemigo perdieron el control entre su propia población. Probablemente no hubieran matado a tantos en América si las zonas de lluvia radiactiva no hubiesen impulsado a reunirse a multitudes de refugiados haciendo ineficaz la delicada trama de servicios médicos.

Y el hambre no hubiera sido tan atroz si las aterrorizadas comunidades no hubieran bloqueado las vías férreas y las carreteras para protegerse de los gérmenes.

En cuanto al tan temido átomo, sólo una mínima fracción de los arsenales nucleares del mundo fueron utilizados antes de que el Resurgimiento Eslavo se hundiera desde dentro y se declarara una inesperada victoria. Aquellas escasas veintenas de bombas fueron suficientes para desencadenar el Invierno de los Tres Años, pero no la Larga Noche del Siglo que podía haber enviado al Hombre por la senda de los dinosaurios. Durante semanas pareció que un gran milagro de moderación había salvado al planeta.

Eso pareció. Y, ciertamente, ni la combinación de unas cuantas bombas, algunos microbios y tres cosechas escasas, hubiese sido suficiente para destruir a una gran nación y, con ella, al mundo.

Pero hubo otra enfermedad, un cáncer interno.

«Maldito seas para siempre, Nathan Holn,» pensó Gordon. Esta era una letanía común de un extremo a otro del oscuro continente.

Echó a un lado las sacas de correo. Sin hacer caso del frío matutino abrió la bolsa izquierda de su cinturón y extrajo un pequeño bulto envuelto en papel de aluminio, recubierto de cera fundida.

Si alguna vez había existido una emergencia era ahora. Gordon necesitaría energía para enfrentarse a la jornada. Una docena de cubitos de caldo concentrado de ternera era todo cuanto tenía, pero debían bastar.

Tomó un trago de agua de su cantimplora y, junto con él, se introdujo en la boca un cubito amargo y salado. Después, abrió de una patada la portezuela izquierda *del jeep*, dejando caer varias sacas sobre el suelo escarchado. Se giró a la derecha y miró al enfundado esqueleto que había

compartido en silencio la noche con él.

—Señor Cartero, voy a tratar de enterrarle del modo más decente que pueda, aunque sólo cuente con la ayuda de mis manos. Sé que no es mucho como pago de lo que usted me ha dado. Pero es cuanto puedo ofrecer. —Asió el estrecho y huesudo hombro y quitó el seguro de la puerta del conductor.

Sus mocasines resbalaron sobre la tierra helada al salir y dirigirse con cuidado al otro lado *del jeep*.

«Al menos anoche no nevó. Esto está tan seco que tendré que esperar a que se deshiele un poco para cavar.»

La herrumbrosa puerta de la derecha chirrió cuando tiró de ella. Resultaba complicado coger el esqueleto con una saca de correo vacía mientras éste se desplomaba hacia adelante. Gordon se las arregló para que la ropa y los huesos cayeran al suelo.

Le sorprendió el estado de conservación. El seco clima casi había momificado los restos del cartero, dando tiempo a los insectos para que lo limpiaran sin destruirlo demasiado. El *jeep* no parecía haber sido invadido por el moho durante todos aquellos años.

Primero examinó el atuendo del cartero.

«Tiene gracia. ¿Por qué llevaría una camisa de franela bajo la chaqueta?»

Las prendas, en otro tiempo de vivos colores y ahora desteñidas y manchadas, no eran aprovechables, pero la chaqueta de cuero constituía todo un hallazgo. Si era lo suficientemente grande, mejoraría las posibilidades de Gordon de forma notable.

Los zapatos parecían viejos y agrietados, aunque tal vez pudiera utilizarlos. Con cuidado, Gordon los quitó de los horribles y secos pies y los puso junto a los suyos.

«Quizá me estén un poco grandes.» Pero cualquier cosa sería mejor que los destrozados mocasines.

Colocó los huesos sobre la saca de correos con todo el cuidado que pudo, sorprendido de lo fácil que le resultaba. Todas las supersticiones lo habían abandonado la noche anterior. Lo único que quedaba era un cierto respeto y una irónica gratitud al antiguo propietario de aquellas cosas. Sacudió la ropa, conteniendo el aliento para no tragar el polvo, y las colgó de una robusta rama para que se airease. Volvió *al jeep*.

«Ajá —pensó entonces—. El misterio de la camisa está resuelto.» Exactamente al lado de donde había dormido se hallaba la camisa azul de uniforme de mangas largas, con la insignia del Servicio Postal en las

hombreras. Parecía casi nueva, a pesar de los años transcurridos. Una por comodidad y otra para el jefe.

Gordon sabía desde que era un muchacho que algunos carteros hacían eso. Recordaba un tipo que, en las bochornosas tardes de verano, repartía el correo con vistosas camisas hawaianas. Aquel cartero siempre agradecía que le ofrecieran un vaso de limonada fría. Gordon deseó poder recordar su nombre.

Temblando en la gélida mañana se puso la camisa del uniforme. Sólo le quedaba un poco ancha.

—Tal vez engorde lo suficiente para llenarla —murmuró, bromeando consigo mismo. A los treinta y cuatro años quizá pesaba menos que a los diecisiete.

La guantera contenía un quebradizo mapa de Oregón que le serviría para sustituir el que había perdido. Después, tras exhalar una exclamación, Gordon cogió un pequeño dado de plástico transparente. ¡Un fulgurómetro! Era mucho mejor que su contador Geiger; el diminuto cristal emitiría pequeños destellos cuando su interior cristalino fuera invadido por radiaciones gamma. ¡Ni siquiera necesitaba energía! Gordon lo situó ante uno de sus ojos y observó algunas chispas espaciadas, causadas por los rayos cósmicos. Además, el cubo no producía ruido.

«¿Qué hacía un cartero de antes de la guerra con un artilugio como ése?», se preguntó Gordon distraídamente mientras se guardaba su hallazgo en el bolsillo del pantalón.

La luz de la guantera estaba estropeada, por supuesto; las bengalas de emergencia se habían convertido en una reseca y agrietada pasta.

La cartera. En el suelo, bajo el asiento del conductor, había una bolsa de cuero grande para llevar cartas. Estaba cuarteada, pero las correas aguantaron cuando tiró de ellas y sus laterales no dejarían pasar el agua.

No es que fuera un buen sustituto de su perdida mochila Kelty, pero sería mejor que nada. Abrió el compartimiento principal y se desparramaron varios fajos de cartas viejas, que se diseminaron cuando se rompieron las podridas bandas de goma que las sujetaban. Gordon cogió algunas de las más cercanas.

«Del Alcalde de Bend, Oregón, al Decano de la Facultad de Medicina, Universidad de Oregón, Eugene.» Gordon declamó la dirección como si estuviese representando a Polonius. Miró algunas cartas más. Las direcciones le parecieron pomposas y arcaicas.

El doctor Franklin Davis, de la pequeña ciudad de Gilchrist enviaba, con la palabra URGENTE impresa claramente en el sobre, una carta muy

voluminosa al director de la Pagaduría Regional de Suministros Médicos... sin duda rogando prioridad para sus peticiones.

La irónica sonrisa de Gordon se tornó ceñuda al seguir pasando una carta tras otra. Allí había algo que no encajaba.

Esperaba entretenerse con una variada correspondencia comercial y personal. Pero al parecer, la mochila no contenía ni una sola carta publicitaria. Y, aunque había muchas privadas, la mayoría de los sobres llevaban algún tipo de membrete oficial.

Bueno, no había tiempo para el *voyurismo*, de todos modos. Cogería una docena de cartas para entretenerse y usaría las zonas blancas para escribir su nuevo diario.

Trato de no pensar en el viejo volumen perdido —dieciséis años de pequeñas anotaciones— que ahora, sin duda alguna, estaría siendo examinado atentamente por aquel ladrón, ex corredor de bolsa. A menos que se equivocara al juzgar la personalidad de Roger Septien, estaba convencido de que lo leería y conservaría junto con los pequeños volúmenes de poesía que llevaba en su equipaje.

Algún día volvería y se lo llevaría de nuevo.

De todas formas, ¿qué hacía aquí *un jeep* del Servicio Postal de EE UU? ¿Y qué le había causado la muerte al cartero? Encontró parte de la respuesta cuando rodeó el vehículo: agujeros de bala en el cristal de la puerta trasera, agrupados hacia la mitad del lado derecho.

Gordon miró hacia la rama donde había colgado la ropa. Sí, la camisa y la chaqueta tenían dos agujeros en la parte superior del pecho.

El intento de secuestro o robo no podía haber sido anterior a la guerra. Los carteros casi nunca eran atacados, ni siquiera en las revueltas de la depresión a finales de los ochenta, que precedió a la «época dorada» de los noventa.

Además, un cartero perdido hubiera sido buscado hasta que lo encontraran.

Por tanto, el ataque se produjo después de la guerra de una Semana. Pero, ¿qué hacía un cartero conduciendo solo por la campaña después de que EE UU hubiera dejado de existir? ¿Durante cuánto tiempo lo había hecho?

El tipo debía de haber escapado de una emboscada y buscado carreteras secundarias y caminos para eludir a sus asaltantes. Tal vez no conocía la gravedad de sus heridas, o simplemente estaba aterrorizado.

Pero Gordon sospechaba que había otra razón por la que el cartero había optado por ir sorteando la maleza de moras para poder esconderse en las

profundidades del bosque.

—Estaba protegiendo su misión —siseó Gordon—. Sopesó si era más probable quedarse inconsciente en medio de la carretera o llegar a obtener ayuda... y decidió salvar el correo antes que su propia vida.

O sea que era un honrado cartero de posguerra. Un héroe del vacilante ocaso de la civilización. Gordon evocó la antigua oda de los carteros... «Ni la ventisca, ni el granizo...», y se maravilló del hecho de que algunos hubiesen intentando con tanto valor mantener viva la llama.

Eso explicaba las cartas oficiales y la escasez de correo intrascendente. No se había dado cuenta de que algo parecido a la normalidad improbable hubiese durado tanto. Por supuesto, era improbable que un recluta de diecisiete años hubiera visto algo normal. El populacho gobernaba y el saqueo general de los centros en que había dinero mantuvo ocupados y divididos a los altos mandos hasta que el ejército desapareció en los tumultos que había ido a sofocar. Si quedaban hombres y mujeres en alguna parte que se comportaban como seres humanos durante aquellos meses de horror, él nunca lo presenció.

La valerosa historia del cartero sólo sirvió para deprimir a Gordon. Resultaba demasiado amargo detenerse a pensar en aquella historia de alcaldes, profesores universitarios y carteros que tan esperanzadamente lucharon contra el caos.

La portezuela de atrás se abrió a desgana, tras cierto forcejeo. Apartando sacas de correo encontró la gorra del cartero, con su deslustrada insignia, una fiambarrera vacía y unas valiosas gafas de sol cubiertas de una gruesa capa de polvo sobre la caja de una rueda.

Una pala pequeña, para sacar al *jeep* de los surcos del camino, le ayudaría ahora a enterrar al conductor.

Por último, detrás del asiento del conductor, bajo varias sacas pesadas, Gordon encontró una guitarra destrozada. Una bala de gran calibre la había horadado. Junto a ella, una bolsa de plástico amarillo contenía una libra de hierbas secas que desprendían un fuerte olor almizclado. La memoria de Gordon no se había ofuscado lo bastante para no reconocer el aroma de la marihuana.

Había imaginado al cartero como un hombre de mediana edad, calvo, conservador. Ahora, Gordon recreó la imagen e hizo que el tipo se pareciera más a él mismo: musculoso, barbudo, con una perpetua expresión de asombro en el rostro.

Un neohippy quizá, un miembro de una generación que apenas había empezado a florecer antes de que la guerra la aniquilara junto a cualquier

clase de optimismo. Un neohippy que murió para proteger el correo del sistema. Esa posibilidad no sorprendió a Gordon lo más mínimo. Había tenido amigos en el movimiento; gente sincera, aunque tal vez un poco rara.

Reparó las cuerdas de la guitarra y, por primera vez aquella mañana se sintió culpable.

¡El cartero ni siquiera iba armado! Gordon recordó haber leído en alguna ocasión que el servicio de correo de EE UU había funcionado entre las líneas de batalla durante la guerra civil de 1860. Acaso aquel tipo había confiado en que sus compatriotas respetasen esa tradición.

La América postcaos no tenía otra tradición que la supervivencia. En sus viajes, Gordon había sido recibido en algunas comunidades aisladas del mismo modo en que los juglares eran acogidos en los lejanos días del Medievo. En otras, reinaban salvajes variedades de paranoia. Incluso en aquellos raros casos en los que había encontrado amistad, donde la gente honrada parecía deseosa de recibir a un extraño, Gordon siempre había seguido adelante a los pocos días. Siempre se sorprendía soñando con ruedas que giraban y cosas que volaban en el cielo.

Era ya media mañana. Lo que había encontrado allí era suficiente para mejorar sus posibilidades de supervivencia sin enfrentarse a los bandidos. Cuanto antes cruzase el paso y estuviera en una vertiente adecuada, mejor se hallaría.

En aquellos momentos, nada le iría tan bien como un riachuelo, en algún lugar lejos del alcance de la banda de salteadores, donde pudiera pescar truchas para llenarse el estómago.

Pero todavía le quedaba algo que hacer allí. Cogió la pala.

«Hambriento o no, le debes mucho a éste.»

Miró alrededor buscando un lugar a la sombra con tierra blanda para cavar y un paisaje.

4

«... Ellas dijeron: "No temas, Macbeth, hasta que el Bosque de Birnam venga a Dunsinane", ¡y ahora un bosque viene a Dunsinane!

»¡Armaos, armaos, armaos a vosotros mismos! ¡Si esto es de lo que las brujas hablaron... de eso de ahí afuera... no habrá modo de escapar ni de esconderse aquí.»

Gordon empuñó su espada de madera, hecha con una tabla y un poco de hojalata. Gesticuló hacia un invisible ayudante de campo.

«Me siento abrumado por el sol y desearía que el mundo no existiera.

»¡Tocad la campana de rebato! ¡Sopla, viento! ¡Ruina, ven! ¡Al menos moriremos en la lucha!»

Gordon cuadró los hombros, blandió la espada e hizo salir a Macbeth del escenario hacia su perdición.

Una vez fuera del alcance de la luz de las velas de sebo, se volvió para echar una ojeada a su público. Habían apreciado sus anteriores actuaciones. Pero aquella degradada versión de Macbeth, representada por un hombre solo, podía haberles resultado inaceptable.

No obstante, un instante después de su retirada se oyó un entusiástico aplauso, liderado por la señora Adele Thompson, la jefa de la pequeña comunidad. Los adultos silbaron y patearon. Los niños palmotearon torpemente. Los jóvenes de menos de veinte años observaron a sus mayores y los imitaron, como si participaran en este extraño rito por vez primera.

Obviamente, les había gustado su versión abreviada de la antigua tragedia. Gordon se sintió aliviado. A decir verdad, tenía que reconocer que había simplificado varias partes, menos por abreviar que debido a su imperfecto recuerdo del original. Había pasado casi una década desde la última vez que vio un ejemplar de la obra, y estaba incompleto y medio quemado.

Aun así, las frases finales de su soliloquio habían sido bastante exactas. Nunca olvidaría esa parte del «viento y la ruina».

Sonriendo, Gordon volvió al escenario para ser aclamado; un elevador de garaje cubierto de tablas en lo que fuera la única gasolinera de la pequeña aldea de Pine View.

El hambre y la soledad lo habían conducido a poner a prueba la hospitalidad de aquel pueblecito de montaña con campos vallados y sólidos muros de troncos, y había obtenido mejores resultados de lo que esperaba. Una buena mayoría de los adultos votantes había aceptado a prueba un

intercambio de una serie de actuaciones por sus comidas y posterior aprovisionamiento, y ahora el trato parecía cerrado.

—¡Bravo! ¡Excelente!

La señora Thompson estaba en primera fila, aplaudiendo con brío. Huesuda y de pelo cano, pero robusta aún, se giró para alentar a los otros cuarenta y pico, incluidos niños pequeños, a que mostrasen su agrado. Gordon hizo un floreo con una mano y se inclinó más que antes.

Por supuesto, su representación había sido bastante mala. Pero era probablemente la única persona en cien kilómetros a la redonda que había intervenido una vez en la representación de un drama. De nuevo existían «campesinos» en América, y como sus predecesores en el oficio de juglar, Gordon había aprendido a actuar sin sutilezas.

Sincronizando su reverencia final con el momento anterior al descenso de los aplausos, Gordon salió del escenario y empezó a quitarse su improvisada indumentaria. Había fijado unos límites; no habría repeticiones. Su mercancía era el teatro y pretendía tenerlos hambrientos hasta el momento de su partida.

—¡Maravilloso! ¡Fantástico! —le dijo la señora Thompson cuando se unió a los aldeanos, ahora reunidos junto a una mesa servida en la pared trasera. Los niños mayores formaron un círculo a su alrededor, mirándolo asombrados.

Pine View era bastante próspera, comparada con tantas otras aldeas indigentes en las llanuras y montañas. En algunos lugares una gran parte de una generación estaba casi a punto de perderse a causa de los devastadores efectos que el Invierno de los Tres Años había tenido en los niños. Pero allí vio a varios que no llegaban a los veinte años y adultos jóvenes, e incluso a algunos mayores que debían de sobrepasar la mediana edad cuando cayó la maldición.

«Debieron de luchar para salvar a todos.» Aquella forma de actuar había sido poco frecuente, pero la había visto en algunos sitios.

Por todas partes había vestigios de aquellos años. Caras marcadas por las enfermedades o por la necesidad y la guerra. Dos mujeres y un hombre tenían amputaciones; otro había perdido un ojo y el otro era una masa nubosa de cataratas.

Estaba acostumbrado a este tipo de cosas, al menos a un nivel superficial. Inclinó la cabeza mostrando su agradecimiento a su anfitriona.

—Gracias, señora Thompson. Aprecio las amables palabras de una crítica perceptiva. Me alegro de que le haya gustado la actuación.

—Me ha gustado de veras —insistió la líder del clan, como si Gordon

hubiese tratado de mostrarse modesto—. No me divertía tanto desde hace años. El papel de Macbeth y el final me han provocado un escalofrío en la espalda. Ojalá la hubiera visto en televisión cuando tuve la oportunidad. ¡No sabía que fuese tan buena! Y ese inspirado discurso que nos ha dirigido antes, ese de Abraham Lincoln... Bueno, aquí intentamos crear una escuela, al principio. Pero no funcionó. Necesitábamos todas las manos, hasta las de los niños. Ahora, bueno, ese discurso me ha dado que pensar. Hemos guardado algunos viejos libros. Tal vez sea el momento de intentarlo de nuevo.

Gordon asintió cortésmente. Había visto este síndrome antes; era el mejor de los aproximadamente doce tipos de acogida que había experimentado durante años, pero también el más triste. Siempre hacía que se sintiera como un charlatán, cuando sus espectáculos despertaban grandes esperanzas adormecidas en algunas personas honradas, ya entradas en años, que recordaban tiempos mejores... esperanzas que, por lo que sabía, siempre se derrumbaban pocas semanas o meses después.

Era como si las semillas de la civilización necesitaran algo más que la buena voluntad y los sueños de maduros bachilleres para regarlas. Gordon se preguntaba con frecuencia si el símbolo correcto resolvería el problema... la idea correcta. Pero sabía que sus breves representaciones, aunque bien recibidas, no eran la clave. Podían impulsar algo, una vez entre muchas, pero el entusiasmo local siempre fallaba poco después. Él no era ningún mesías errante. Las leyendas que ofrecía no eran la clase de sustento que se precisaba para superar la inercia de una época oscura.

«El mundo gira y pronto la última de las antiguas generaciones se habrá ido. Diseminadas tribus gobernarán el continente. Quizás en un millar de años la aventura comience de nuevo. Mientras tanto...»

Ahorraron a Gordon el seguir escuchando los tristes e improbables planes de la señora Thompson. Del grupo salió una mujer negra flaca y menuda, con el pelo plateado y la piel como el cuero, que asió del brazo a Gordon con un amistoso y fuerte apretón.

—Ahora no, Adele —le dijo a la matriarca del clan—, el señor Krantz no ha probado bocado desde el mediodía. Creo que debemos alimentarlo si queremos que actúe mañana por la noche. ¿De acuerdo? —Le apretó aún más el brazo derecho y obviamente pensó que estaba desnutrido. Una impresión que él no trató de cambiar, pues percibía el aroma de comida que flotaba en el aire.

La señora Thompson dirigió a la otra mujer una mirada de paciente indulgencia.

—Por supuesto, Patricia —dijo—. Hablaré con usted sobre esto más tarde, señor Krantz. Después de que la señora Howlett lo haya engordado un poco. —Su sonrisa y sus chispeantes ojos tenían un toque de inteligente ironía, y Gordon reevaluó a Adele Thompson. Ciertamente no era tonta.

La señora Howlett le hizo pasar entre la gente. Gordon sonreía y hacía gestos de asentimiento mientras algunas manos se extendían para tocarle las mangas. Ojos muy abiertos seguían cada uno de sus movimientos.

«El hambre debe de convertirme en un mejor actor. Nunca he tenido unos espectadores que reaccionaran así. Desearía saber qué he hecho exactamente para conseguir que se sientan de esta forma.»

Uno de los que lo observaban desde detrás de la larga mesa era una mujer joven poco más alta que la señora Howlett, con unos profundos ojos almendrados y el cabello más negro que Gordon recordaba haber visto nunca. Por dos veces ella se volvió para dar una palmadita amable a la mano de un niño que intentaba servirse antes que el huésped de honor, y cada vez la mujer dirigía una rápida mirada a Gordon y sonreía.

Junto a ella, un fornido joven se mesaba la rojiza barba y miraba a Gordon de una forma extraña, como si sus ojos estuviesen llenos de desesperada resignación. Gordon sólo había tenido un momento para examinarlos cuando la señora Howlett lo situó frente a la bella morena.

—Abby —dijo—, pon un poco de cada cosa en un plato para el señor Krantz. Luego podrá decidir de qué quiere repetir. Yo he hecho la tarta de bayas, señor Krantz.

Aturdido, Gordon tomó nota de que tenía que comer dos porciones de tarta de bayas. Sin embargo, le era difícil concentrarse en la diplomacia. No había visto ni olido nada como aquello desde hacía años. Los aromas lo distrajerón de las desconcertantes miradas y de las manos que lo tocaban.

Había un gran pavo relleno. Un enorme y humeante cuenco de patatas hervidas, aderezadas con carne, cerveza, zanahorias y cebollas era el segundo plato. Al otro extremo de la mesa Gordon vio licor de manzana y una cubeta abierta de copos de manzana seca. «Tengo que birlar una provisión de eso antes de marcharme.»

Gordon dejó de hacer inventario y tendió ávidamente su plato. Abby mantuvo su mirada fija en él mientras lo cogía.

El alto y ceñudo pelirrojo murmuró de repente algo que no pudo entender y se adelantó para coger la mano derecha de Gordon entre las suyas. Gordon vaciló, pero el taciturno tipo no lo soltó hasta que respondió a su gesto y le estrechó las manos con firmeza.

El hombre murmuró algo inaudible, asintió y lo soltó. Se inclinó para dar

un beso fugaz a la morena y luego se fue, con la mirada fija en el suelo.

Gordon parpadeó. «¿Me he perdido algo?» Era como si acabara de ocurrir algún incidente y le hubiera pasado totalmente inadvertido.

—Ése era Michael, el marido de Abby —dijo la señora Howlett—. Tiene que ir a relevar a Edward en el garlito. Pero quería quedarse para ver su actuación. De pequeño le encantaba ver los espectáculos de televisión...

El humo del plato le llegó a la cara e hizo que Gordon casi se marease de hambre. Abby se sonrojó y sonrió cuando él le dio las gracias. La señora Howlett lo empujó con suavidad para que se sentara sobre un montón de viejos neumáticos.

—Hablará con Abby más tarde —prosiguió la mujer negra—. Ahora coma. Disfrute.

Gordon no necesitaba que le animaran a hacerlo. Se atiborró mientras la gente seguía mirándolo con curiosidad y la señora Howlett continuaba hablando.

—Bueno, ¿eh? Usted siéntese, coma y no piense en nosotros. Y cuando esté satisfecho y dispuesto a charlar de nuevo, creo que a todos nos gustará oír, una vez más, cómo se hizo cartero.

Gordon alzó la mirada hacia los ansiosos rostros. Tomó un apresurado trago de cerveza para enfriar las patatas que estaban demasiado calientes.

—Sólo soy un viajero —dijo con la boca medio llena y levantando una pata de pavo—. No tiene gran interés la historia de cómo obtuve la mochila y la ropa.

¡Le tenía sin cuidado que lo mirasen, o lo tocasen o le hablasen, mientras lo dejaran comer!

La señora Howlett lo observó durante unos momentos. Después, incapaz de contenerse, empezó de nuevo.

—Cuando yo era niña solíamos darle al cartero leche y pasteles. Y mi padre siempre le dejaba un vasito de whisky en la valla la víspera de Año Nuevo. Papá solía recitarnos ese poema: «A través de la ventisca, el barro, la guerra, el ardiente calor, los bandidos y la noche más oscura...».

Gordon se atragantó con un bocado que se fue de repente por donde no debía. Tosió y levantó la mirada para ver si ella hablaba en serio. Un destello en su cerebro *danzó* sobre el recuerdo accidentalmente magnífico de la vieja mujer. Era brillante.

Sin embargo, la chispa se apagó rápidamente cuando mordió la deliciosa gallina asada. No tenía ganas de adivinar a dónde quería llegar la anciana.

—¡Nuestro cartero solía cantar para nosotros!

Incongruentemente, el que había hablado era un gigante de pelo negro y

barba con hebras de plata. Sus ojos parecieron nublarse al recordar.

—Lo oíamos llegar, los sábados al volver a casa de la escuela, a más de una manzana de distancia. Era negro, mucho más que la señora Howlett, o que Jim Horton, el que está allí. ¡Tenía buena voz! Supongo que por eso consiguió el trabajo. Me traía todos aquellos pedidos contra reembolso que yo solía hacer. Llamaba a la campanilla de la puerta para entregármelos personalmente, con sus propias manos.

Su voz fue silenciada por un oculto pesar.

—Cuando yo era pequeña, nuestro cartero solamente silbaba —dijo una mujer de mediana edad con profundas arrugas en el rostro. Parecía un poco frustrada—. Pero era estupendo. Más tarde, cuando fui mayor, un día, al volver a casa del trabajo, descubrí que el cartero había salvado la vida de uno de mis vecinos. Oí cómo tomaba aire y le hacía la respiración boca a boca hasta que llegó la ambulancia.

Un suspiro colectivo escapó del círculo de oyentes, como si estuviesen escuchando las heroicas aventuras de un héroe antiguo. Los niños atendían en silencio, abriendo los ojos cada vez más a medida que los relatos se complicaban. Por último, la pequeña parte de él que seguía prestando atención imaginó que debían de ser inventados. Algunos eran demasiado extraordinarios para resultar creíbles.

La señora Howlett tocó a Gordon en la rodilla.

—Vuelva a contarnos cómo se hizo cartero.

Gordon se encogió de hombros con cierta desesperación.

—¡Sólo me encontré las cosas del cartero! —enfaticó con la boca llena. Los sabores lo habían dominado y casi sintió pánico por la forma en que todos se cernían sobre él. Si los aldeanos adultos querían llenar de romanticismo sus recuerdos de los hombres a quienes antes habían considerado, en el mejor de los casos, funcionarios poco importantes, no le importaba. Aparentemente asociaban su representación de aquella noche con los pequeños detalles de amabilidad que habían observado en los carteros de su barrio cuando eran niños. Eso tampoco le importaba. ¡Podían pensar cualquier maldita cosa que quisieran, siempre que no interrumpieran su comida!

—Ah... —Varios aldeanos intercambiaron una mirada de complicidad y asintieron, como si la respuesta de Gordon tuviera algún significado profundo. Gordon oyó sus propias palabras repetidas a los que estaban más apartados en el círculo.

—Encontró las cosas del cartero... así que naturalmente se convirtió...

Su respuesta debió de bastarles, de alguna manera, porque el número de

personas que lo rodeaban disminuyó cuando algunas se marcharon cortésmente para acercarse a la mesa. Hasta mucho más tarde, cuando pensó en ello, no captó el significado de lo ocurrido allí, bajo las ventanas tapiadas con tablas y las lámparas de sebo, mientras él se atiborraba de buena comida hasta casi reventar.

5

... hemos descubierto que nuestra clínica cuenta con una abundante reserva de desinfectantes y analgésicos de distintos tipos. Hemos oído decir que escasean en Bend y en los centros de reunión de evacuados del norte. Estamos deseosos de intercambiar algunos de ellos, junto con un camión cargado de pilares de resina antiionización que ha sido casualmente abandonado aquí, por mil dosis de tetraciclina, para actuar contra la plaga bubónica declarada en el este. Quizás en lugar de ésta, podríamos aceptar un cultivo activo de levadura productora de balomicina, si alguien pudiese venir y enseñarnos cómo mantenerlo. También necesitamos desesperadamente...

El Alcalde de Gilchrist debía de ser un hombre de temple para persuadir a su comité local de emergencia de que ofreciera tal cambio. El atesoramiento, ilógico e insolidario, fue lo que más contribuyó al Colapso. A Gordon le sorprendía que hubiese existido gente con tan buen sentido en los primeros dos años del Caos.

Se frotó los ojos. No resultaba fácil leer a la luz de un par de velas hechas en casa. Pero le resultó agradable dormir sobre el mullido colchón, ¡y maldito si iba a dormir en el suelo después de haber soñado tanto con una cama como aquélla, en una habitación semejante!

Al principio se había sentido un poco mareado. Toda aquella comida y cerveza casera casi le habían hecho atravesar la línea que separa la delirante felicidad de la más absoluta desdicha. De alguna forma, se había balanceado en ella durante vanas horas de celebración vagamente recordadas antes de entrar por fin, tambaleante, en la habitación que le habían preparado.

Le esperaban un cepillo de dientes en la mesilla de noche y una tina de hierro llena de agua caliente.

¡Y jabón! En el baño, su estómago se asentó y un cálido y limpio fulgor se extendió por su piel.

Gordon sonrió al ver el uniforme de cartero lavado y planchado. Estaba en una silla cercana; los desgarrones y agujeros que él había remendado torpemente estaban ahora cosidos con esmero.

No pudo reprochar a la gente de aquel pueblecito que desatendiera el único deseo que le quedaba... algo de lo que había carecido demasiado tiempo incluso para pensar en ello. Pero no importaba. Aquello era casi el

Paraíso.

Mientras yacía con nebulosa satisfacción entre un par de sábanas viejas pero limpias, esperando apaciblemente a que el sueño llegase, leyó otro fragmento de la carta enviada por un hombre ya muerto a otro hombre muerto hacía ya mucho tiempo.

El Alcalde de Gilchrist proseguía:

Estamos teniendo serias dificultades con bandas locales de «supervivencialistas». Afortunadamente, estas infestaciones de egotistas son en su mayoría demasiado paranoides para agruparse. Constituyen un problema tanto para ellos mismos como para nosotros, supongo. Aun así, son un peligro.

A nuestro diputado le disparan regularmente hombres bien armados vestidos con ropas de camuflaje procedentes de los almacenes del ejército. Sin duda esos imbéciles creen que es un «lacayo ruso» o alguna insensatez por el estilo.

Se han dedicado a cazar de forma masiva, matando todo lo que encuentran en el bosque y haciendo una tarea típicamente desastrosa de matanza y conservación de la carne.

Nuestros cazadores vuelven disgustados por el despilfarro, y con frecuencia son tiroteados sin mediar provocación.

Sé que es mucho pedir, pero cuando le sea posible prescindir de un pelotón de los dedicados a sofocar los tumultos de la evacuación, ¿podría mandarlo aquí para que nos ayudara a echar a estos egocéntricos, acaparadores y románticos canallas de sus protegidos cuarteles? Tal vez una unidad o dos del ejército de EE UU los convenza de que ganamos la guerra y hemos de cooperar unos con otros de ahora en adelante...

Dejó la carta.

Así que también había ocurrido allí. La consabida «última gota» había sido esa plaga de «supervivencialistas»; particularmente los seguidores del sumo sacerdote de la anarquía violenta, Nathan Holn.

Uno de los deberes de Gordon en la milicia había sido ayudar a eliminar algunos de los pequeños grupos de delincuentes urbanos que ponían la navaja en el cuello y la pistola bajo la barbilla. El número de cuevas y cabañas fortificadas que su unidad había encontrado, en la pradera y en pequeñas islas del lago, había sido sorprendente... todas ellas fruto de la irreflexiva paranoia de las difíciles décadas anteriores a la guerra.

«¡Lo irónico es que cambiamos las cosas! La depresión había finalizado. La gente volvía a tener trabajo y ayudas. Excepto por unos cuantos chiflados, parecía que se acercaba un renacimiento, para América y para el mundo.

»Pero nos olvidamos precisamente de cuánto daño pueden hacer unos cuantos chiflados, en América y en el mundo.»

Por supuesto, cuando llegó el colapso, las solitarias y preciadas fortalezas de los supervivencialistas no fueron suyas por mucho tiempo. La mayoría de los pequeños bastiones cambiaron de manos una docena o más de veces en las primeras semanas; eran objetivos muy tentadores. Las batallas asolaron lo que había sobre las llanuras hasta que todos los colectores solares fueron destrozados, todos los molinos de viento destruidos y todos los depósitos de valiosas medicinas desperdigados en la infatigable búsqueda de drogas duras.

Sólo los ranchos y las aldeas, aquellos que poseían la mezcla exacta de crueldad, cohesión interna y sentido común, sobrevivieron al final. Cuando todas las unidades de la Guardia habían muerto en sus puestos, o se habían disuelto en bandas erráticas de supervivencialistas combatientes, muy pocos de la población original de armados y acorazados solitarios seguían con vida.

Gordon volvió a mirar el matasellos de la carta. «Casi dos años después de la guerra. Sacudí la cabeza. Nunca conocí a nadie que aguantara tanto.»

La idea dolía, como una profunda herida en su interior. Cualquier cosa que hiciera parecer que los últimos dieciséis años podían haberse evitado era demasiado terrible para ser aceptada.

Oyó un leve ruido. Gordon levantó la vista preguntándose si lo había imaginado. Luego, se repitió un poco más fuerte: un seco golpecito en la puerta de su habitación.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió hasta la mitad. Abby, la joven menuda con un aire vagamente oriental en los ojos, sonrió con timidez. Gordon dobló la carta y la metió en el sobre. Sonrió también.

—Hola, Abby. ¿Qué hay?

—He... He venido a preguntar si necesita algo más —respondió con cierta prisa—. ¿Ha disfrutado del baño?

—¿Que si lo he disfrutado? —Gordon suspiró. Se encontró durmiendo otra vez bajo la luz de la luna—. Sí, muchacha. Y en particular aprecio el detalle del cepillo de dientes. Un regalo del cielo.

—Ha mencionado que había perdido el suyo —dijo ella, bajando la vista—. He hecho notar que teníamos al menos cinco o seis sin usar en el almacén. Me alegro de que le haya gustado.

—¿Ha sido idea tuya? —se inclinó—. Estoy en deuda contigo.

Abby levantó los ojos y sonrió.

—¿Lo que estaba leyendo era una carta? ¿Puedo verla? Nunca he visto ninguna.

Gordon rió.

—¡Oh, no pareces tan joven! ¿Y antes de la guerra?

Abby se ruborizó ante su risa.

—Sólo tenía cuatro años cuando ocurrió. Fue tan horrible y confuso que yo... realmente no recuerdo mucho de lo anterior.

Gordon parpadeó. ¿Había transcurrido realmente tanto tiempo? Sí. Dieciséis años era tiempo suficiente para que en el mundo hubiera mujeres guapas que no conocían más que la edad oscura.

«Asombroso», pensó.

—De acuerdo, entonces. —Acercó la silla a la cama. Con una sonrisa, ella fue a sentarse a su lado. Gordon metió la mano en la bolsa y sacó otro de los frágiles y amarillentos sobres. Con cuidado, desdobló la carta y se la tendió.

Abby la miró con tanta fijeza que él pensó que la estaba leyendo entera. Ella se concentró, sus finas cejas casi juntándose en un pliegue de la frente. Por último, se la devolvió.

—Creo que no sé leer tan bien. Quiero decir que puedo leer las etiquetas de las latas y cosas por el estilo. Pero nunca he tenido mucha práctica con lo escrito a mano y... con las frases.

Su voz se quebró al final. Parecía avergonzada, pero sincera y confiada, como si Gordon fuese su confesor.

Él sonrió.

—No importa. Te explicaré de qué trata. —Alzó la carta hacia la vela. Abby fue a sentarse junto a sus rodillas, en el borde de la cama, los ojos fijos en las páginas.

—Es de un tal John Briggs, de Fort Rock, Oregón, a su antiguo empleador en Klamath Falls... Por el torno y el caballito de madera del membrete diría que Briggs era un mecánico retirado o un carpintero, o algo así. Humm.

Gordon se concentró en la letra, apenas legible.

—Parece que el señor Briggs era un hombre estupendo. Aquí se ofrece para ocuparse de los hijos de su ex jefe hasta que acabara la emergencia. También dice que dispone de un buen almacén de venta de maquinaria, energía propia y muchas existencias de metal. Quiere saber si el otro desea encargar alguna cosa, especialmente de las que escasean...

Gordon se quedó sin habla. Estaba aún tan aturdido por sus excesos que acababa de darse cuenta de que una hermosa mujer estaba sentada en su cama. La depresión que producía en el colchón inclinaba su cuerpo hacia ella. Se aclaró la garganta rápidamente y volvió a examinar la carta.

—Briggs menciona algo sobre niveles energéticos de la reserva de Fort Rock... Los teléfonos estaban cortados pero él, extrañamente, seguía recibiendo a Eugene en su red computerizada de datos...

Abby lo miró. La mayor parte de lo que había dicho sobre el autor de la carta le sonaba como si hubiera sido expresado en un idioma extranjero desconocido para ella. «Almacén de venta de maquinaria» y «red de datos» podían haber sido antiguas y mágicas palabras de poder.

—¿Por qué no nos ha traído ninguna carta a Pine View? —preguntó ella de repente.

Gordon parpadeó ante el *non sequitur*. La chica no era estúpida. Esas cosas se notan. Entonces, ¿por qué habían entendido mal todo lo que había dicho, cuando llegó allí y después en la fiesta? Ella seguía creyendo que era un cartero, como, al parecer, casi todos los habitantes de la pequeña aldea.

¿De quién se imaginaba ella que iban a recibir carta?

Probablemente no se había dado cuenta de que las cartas que llevaba habían sido enviadas hacía mucho tiempo, por hombres y mujeres ya muertos a otros hombres y mujeres también muertos, o de que las llevaba por... por sus propias razones.

El mito que se había desarrollado espontáneamente allí, en Pine View, deprimió a Gordon. Era un signo más del deterioro de las mentes civilizadas, muchas de las cuales se habían graduado en el instituto o incluso en un colegio privado. Pensó en decirle la verdad, tan brutal y francamente como pudiera, para que aquella fantasía acabara de una vez por todas. Empezó:

—No hay ninguna carta porque...

Se detuvo. De nuevo fue consciente de su proximidad, de su olor y de las gráciles curvas de su cuerpo. También de su confianza.

Suspiró y desvió la mirada.

—No hay ninguna carta para vosotros porque... porque vengo del oeste de Idaho, y nadie de allí conoce a los de Pine View. Desde aquí iré a la costa. Puede que allí queden algunas grandes ciudades. Quizás...

—Quizás alguien de allí nos escriba, si nosotros le enviamos una carta antes. —A Abby le brillaban los ojos—. Entonces, cuando vuelva a recorrer este camino, de regreso a Idaho, podría darnos las cartas que envíen y tal vez actuar para nosotros como esta noche, ¡y tendremos tanta cerveza y tarta para usted que reventará! —Saltó un poco sobre el borde de la cama—.

¡Para entonces seré capaz de leer mejor, lo prometo!

Gordon meneó la cabeza y sonrió. No tenía derecho a defraudar tales sueños.

—Tal vez, Abby. Tal vez. Pero tienes que aprender a leer con más soltura. La señora Thompson prometió someter a votación que se me permitiera pasar aquí cierto tiempo. Supongo que oficialmente se me considerará profesor de escuela, pero tengo que demostrar que puedo ser tan buen cazador y granjero como cualquiera. Podría enseñar a disparar con arco...

Se detuvo. Abby estaba boquiabierta por la sorpresa. Sacudió la cabeza con fuerza.

—¿Pero no se ha enterado? Han votado después de que fuera a bañarse. La señora Thompson se avergonzaría de intentar sobornar a un hombre como usted de esa forma, con el importante trabajo que tiene usted que hacer.

Gordon se incorporó sin dar crédito a sus oídos.

—¿Qué has dicho? —Había abrigado la esperanza de quedarse en Pine View al menos durante la estación fría, quizás un año o más. ¿Quién podía decirlo? Tal vez la pasión por viajar lo abandonara y lograra encontrar finalmente un hogar.

Su profundo estupor se disipó. Gordon hizo esfuerzos por contener la ira. ¡Perder su oportunidad a causa de las infantiles fantasías de aquella gente!

Abby observó su agitación y agregó:

—Esa no ha sido la única razón, desde luego. Está el problema de que no hay ninguna mujer para usted. Y luego... —su voz bajó de tono—. Y luego la señora Howlett ha creído que usted sería perfecto para ayudarnos a Michael y a mí a tener un hijo...

Gordon parpadeó.

—Mmm... —dijo, expresando el completo contenido de su mente.

—Lo hemos estado intentando durante cinco años —explicó ella—. Realmente queremos hijos. Pero la señora Horton cree que Michael no puede porque tuvo unas paperas muy malas a los doce años. Recuerda las paperas muy malas, ¿verdad?

Gordon asintió, pensando en sus amigos que habían muerto. La esterilidad resultante había dado lugar a extraños comportamientos sociales en todos los lugares que había visitado.

Incluso...

Abby se apresuró a agregar:

—Bueno, podría ser una fuente de problemas que le pidiéramos a alguno de los otros hombres de aquí que... que fuera el padre carnal. Quiero decir

que cuando vives cerca de gente como ésta tienes que mirar a los hombres que no son tu marido como si realmente no fuesen «hombres»... al menos en ese sentido. No creo que me gustara esa situación y podría causar problemas.

Se sonrojó.

—Además, le contaré algo si promete guardar el secreto. No creo que ninguno de los otros hombres fuese capaz de dar a Michael la clase de hijo que merece. Es de veras muy listo. Es el único de los jóvenes que sabe leer realmente...

El caudal de extraña lógica le estaba llegando a Gordon con demasiada rapidez para captarla por completo. Parte de él advirtió desapasionadamente que todo aquello era una complicada y sutil adaptación tribal a un difícil problema social. Sin embargo, esa parte de él, el intelectual de finales del Siglo Veinte, estaba todavía un poco ebria, y mientras tanto el resto empezaba a apercebirse de lo que Abby estaba provocando.

—Usted es diferente —le sonrió—. Incluso Michael ha visto eso desde el principio. No le hace mucha gracia, pero se imagina que usted pasará una vez al año o así, y eso podrá soportarlo. Lo prefiere a no tener nunca hijos.

Gordon se aclaró la garganta.

—¿Estás segura de que piensa así?

—Oh, sí. ¿Por qué cree que la señora Howlett ha procurado en seguida que nos conociéramos? Ha sido para facilitarlo sin decirlo en voz alta. A la señora Thompson no le gusta mucho, pero creo que es porque quería que usted se quedase.

Gordon notó que tenía la boca seca.

—¿Qué piensas tú de todo esto?

Su expresión fue respuesta suficiente. Lo miró como si se tratara de una especie de profeta visitante, o al menos un héroe sacado de un libro de cuentos.

—Me sentiré honrada si dice que sí —repuso con serenidad, y bajó los ojos.

—¿Y podrás pensar en mí como en un hombre, «en ese sentido»?

Abby sonrió. Respondió abrazándolo y besando sus labios intensamente.

Hubo una pausa mientras ella se quitaba la ropa y Gordon se volvía para apagar las velas de la mesilla. Junto a ellos yacía la gorra gris del uniforme del cartero, la insignia de latón que recogía múltiples reflejos de las llamas danzarinas. La figura de un jinete, inclinado sobre el caballo ante abultadas alforjas, pareció avanzar en un vacilante galope.

«Este es otro favor que te debo, señor Cartero.» La suave piel de Abby se deslizó a su lado. La mano de ella cogió la suya cuando inspiró profundamente y apagó las velas de un soplo.

6

Durante diez días, la vida de Gordon siguió una nueva pauta. Para superar seis meses de cansancio del camino dormía hasta muy entrada la mañana, y cuando despertaba encontraba que Abby se había ido, como los sueños de la noche.

Pero su calidez y su aroma permanecían en las sábanas cuando él se despertaba y abría los ojos. La luz del sol que entraba a través de la ventana orientada al este era como algo nuevo, una primavera en su corazón, y en absoluto el principio del otoño real.

No solía verla durante el día mientras él limpiaba y ayudaba en las faenas domésticas hasta la hora de comer: cortaba y almacenaba leña para el suministro de la comunidad y cavaba una profunda zanja para los cimientos de un nuevo cobertizo. Cuando la mayoría de los habitantes de la aldea se reunían para la comida principal, Abby volvía de cuidar los rebaños. Pero ella se pasaba la hora de la comida con los niños más pequeños, relevando al viejo y cojo señor Lothes, el supervisor de sus trabajos. Los niños reían cuando Abby bromeaba con ellos y les arrancaba las hebras adheridas a su ropa después de una mañana pasada cardando lana para las madejas destinadas a hilar en invierno, y les ayudaba a mantener las grises hebras fuera de la comida.

Apenas miraba a Gordon, pero una leve sonrisa era suficiente. Él sabía que no tendría ningún derecho pasados aquellos pocos días; y aun así, una mirada cruzada a la luz del sol hacía que sintiera que todo era real y no un sueño.

Por la tarde conversaba con la señora Thompson y las demás personas importantes de la aldea, y les ayudaba a inventariar libros y otros objetos salvados que habían sido descuidados durante mucho tiempo. Esporádicamente daba clases de lectura y arco.

Un día la señora Thompson y él intercambiaron conocimientos sobre el arte de la medicina natural mientras trataban a un hombre herido por un «tigre», como los habitantes del lugar llamaban a esa nueva especie de león montañés cruzado con leopardo que había escapado de los zoos en el caos de la posguerra. El trampero había sorprendido a la bestia con su presa; pero afortunadamente, ésta sólo lo había hostigado hacia la maleza, dejándolo escapar. Gordon y la matriarca de la aldea estaban convencidos de que la herida sanaría.

Por las tardes, todo Pine View se reunía en el gran garaje y Gordon recitaba historias de Twain, Sayles y Keillor. Los dirigía en el canto de viejas

canciones populares y estribillos de anuncios comerciales de grato recuerdo, y en la interpretación de *Recuerda cuando*. Después llegaba la hora del teatro.

Vestido con retales y papel de estaño era John Paul Jones, gritando su desafío desde la cubierta del *Bonne Homme Richard*. Era Antón Perceveral explorando los peligros de un mundo lejano y las profundidades de su propio potencial con un robot loco por compañero. Y era el doctor Hudson atravesando el horror del Conflicto de Kenia para tratar a las víctimas de la guerra biológica.

Al principio Gordon siempre se sentía inseguro, ataviado con un frívolo disfraz y recorriendo el improvisado escenario agitando los brazos y gritando frases que sólo recordaba vagamente o inventaba para la ocasión. En *realidad* nunca había admirado la profesión de actor, ni siquiera antes de la gran guerra.

Pero ésta había hecho posible que recorriera medio continente y él había conseguido actuar bien. Sentía la extasiada mirada del público, su sed de prodigios y de algo de un mundo situado más allá de su angosto valle, y su avidez lo alentaba en la tarea. Marcados por la enfermedad y las heridas, encorvados por años y años de trabajo extenuante con el solo objeto de sobrevivir, buscaban, con la necesidad reflejada en los ojos nublados por la edad, algo que les ayudara a hacer lo que ellos ya no podían por sí solos: recordar.

Ayudado por los personajes que interpretaba les daba fragmentos y relatos completos de ficciones perdidas. Y cuando las últimas frases de su soliloquio concluían, también él era capaz de olvidar el presente, al menos durante un rato.

Cada noche, después de retirarse, ella acudía a él. Se sentaba unos momentos en el borde de la cama y hablaba de su vida, de los rebaños, de los niños de la aldea, y de Michael. Le llevaba libros para preguntar lo que no entendía y se interesaba por la época de la juventud de Gordon, por la vida de un estudiante en los maravillosos tiempos anteriores a la guerra Fatal.

Después, Abby sonreía, apartaba los polvorientos volúmenes y se deslizaba bajo las mantas mientras él se inclinaba y apagaba la vela.

En la mañana del décimo día, ella no se marchó con las primeras luces del alba, sino que despertó a Gordon con un beso.

—Mmm, buenos días —dijo él y le tendió los brazos, pero Abby retrocedió y recogió su ropa.

—Debería dejarte dormir —le dijo—. Pero quiero preguntarte algo.

—¿Mmm? ¿Qué es? —Gordon dobló la almohada detrás de la cabeza para incorporarse.

—Te vas hoy, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —asintió él con seriedad—. Probablemente es lo mejor. Me gustaría quedarme más, pero no puedo; es mejor que continúe mi viaje hacia el oeste.

—Lo sé —ella asintió—. Todos lamentaremos verte marchar. Pero... bien, esta noche voy a reunirme con Michael fuera del vallado. Le echo muchísimo de menos. —Le tocó la mejilla—. No te molesta, ¿verdad? Quiero decir que he estado muy bien aquí contigo, pero él es mi marido y...

Gordon sonrió y le cogió la mano. Para su sorpresa, sus sentimientos no le plantearon muchas dificultades. Sentía más envidia que celos de Michael. La desesperada lógica de su deseo de tener hijos, y su evidente amor recíproco, hacían la situación tan clara como la necesidad de una ruptura total. Sólo esperaba haberles hecho el favor que pretendían. A pesar de las fantasías de los habitantes de la aldea, era improbable que regresara.

—Tengo algo para ti —anunció Abby. Buscó bajo la cama y sacó un pequeño objeto plateado colgado de una cadena, y un sobre.

»Es un silbato. La señora Howlett dice que deberías tener uno. —Se lo colgó al cuello y lo colocó hasta quedar satisfecha con el resultado—. También me ayudó a escribir esta carta. —Abby recogió el sobre—. Encontré algunos sellos en un cajón de la gasolinera, pero no se pegaban. Así que cogí algún dinero, a cambio. Son catorce dólares. ¿Bastarán?

Alargó un puñado de billetes viejos.

Gordon no pudo por menor de sonreír. El día anterior, otros cinco o seis se habían acercado a él con la misma pretensión. Aceptó sus pequeños sobres y un pago similar para el franqueo con la mayor seriedad posible. Podía haber aprovechado la oportunidad para pedirles algo que le fuera útil, pero la comunidad ya le había dado carne para un mes, manzanas secas y veinte flechas para su arco. No necesitaba ni deseaba pedir nada más.

Algunos de los ciudadanos más viejos habían tenido parientes en Eugene, o en Portland, o en pueblos de Willamette Valley. Él se dirigía hacia aquella dirección, así que cogió las cartas. Algunas iban destinadas a personas que habían vivido en Oakridge y Blue River. Esas las guardó en la parte más segura de su saco. Podía tirar las restantes al lago Cráter, puesto que no servirían para nada, pero fingió tratarlas del mismo modo.

Contó atentamente algunos billetes, y después le devolvió el resto del dinero sin valor.

—¿Y a quién le escribes? —preguntó Gordon a Abby al coger la carta. Se

sentía como si estuviese haciendo de Santa Claus y se dio cuenta de que estaba disfrutando.

—Escribo a la universidad. Ya sabes, a la Universidad de Eugene. Hago un montón de preguntas como si ya admiten nuevos alumnos. Y si admiten estudiantes casados. —Abby se ruborizó—. Sé que he de trabajar mucho para aprender a leer bien. Y quizás ellos no se han recuperado lo bastante para admitir a muchos estudiantes nuevos. Pero Michael es ya tan listo... y para cuando tengamos su respuesta quizá las cosas vayan mejor.

—Para cuando tengas... —Gordon sacudió la cabeza.

Abby asintió.

—Para entonces seguro que leeré mucho mejor. La señora Thompson ha prometido que me ayudará. Y su marido ha aceptado organizar una escuela este invierno. Voy a ayudar con los pequeños. Espero aprender para ser maestra. ¿Crees que es una tontería?

Gordon negó con la cabeza. Creía que ya nada podía sorprenderle, pero aquello le conmovió. A pesar de la idea totalmente equivocada que Abby tenía del estado del mundo, su esperanza lo emocionó y se sorprendió compartiendo los sueños de la muchacha. No había nada malo en desear, ¿verdad?

—Con sinceridad —prosiguió Abby confidencialmente, retorciendo el vestido con las manos—, una de las principales razones por las que he escrito es para tener... un compañero de pluma. ¿Es ésa la palabra? Espero que alguien de Eugene me escriba. De esa forma tendremos cartas aquí. Me encantaría recibir una carta. También —bajó la mirada— eso te dará otra razón para volver, dentro de un año o así... además, quizá deseas ver al niño. —Alzó los ojos y esbozó una sonrisa—. Saqué la idea de tu representación de Sherlock Holmes. Eso es un «motivo ulterior», ¿me equivoco?

Estaba tan satisfecha de su propia inteligencia, y tan deseosa de su aprobación... Gordon sintió una enorme y casi dolorosa oleada de ternura. Las lágrimas se le desbordaron cuando se inclinó hacia ella para abrazarla. La estrechó con fuerza y la acunó lentamente, cerrando los ojos a la realidad, y aspiró junto con su dulce olor una luz y un optimismo que había creído desaparecidos en el mundo.

7

—Bueno, aquí es donde yo me vuelvo. —La señora Thompson estrechó la mano a Gordon—. Por esta carretera no debería tener ningún problema hasta llegar a Davis Lake. Los últimos de los viejos supervivencialistas solitarios que asaltaban los caminos se exterminaron unos a otros hace varios años, aunque yo en su lugar tendría cuidado.

El aire era frío, pues era ya entrado el otoño. Gordon se subió la cremallera de la vieja chaqueta del cartero y abrió la mochila de cuero cuando la erguida anciana le dio un antiguo mapa de carreteras.

—Hice que Jimmie Horton marcara los lugares que conocemos, donde se han establecido granjeros. Yo no molestaría a ninguno de ellos a menos que fuera muy necesario. La mayoría son suspicaces y suelen disparar primero. Hemos comerciado poco tiempo con los más próximos.

Gordon asintió. Dobló el mapa cuidadosamente y lo metió en una bolsa. Se sentía descansado y dispuesto. Lamentaba dejar Pine View tanto como cualquier refugio de reciente recuerdo. Pero ahora que se había resignado a partir experimentaba una creciente ansiedad por viajar, por ver lo que había ocurrido en el resto de Oregón.

En los años transcurridos desde que dejó las ruinas de Minnesota, había encontrado señales cada vez más notorias de la edad oscura. Pero ahora estaba en una nueva vertiente. Este había sido un estado amable con pequeñas industrias dispersas, granjas productivas y un elevado nivel cultural. Acaso lo que le ocurría sólo fuera que se había contagiado de la inocencia de Abby. Pero lógicamente, Willamette Valley sería el lugar adecuado para buscar civilización, si ésta aún existía en alguna parte.

Volvió a estrechar la mano de la anciana.

—Señora Thompson, no estoy seguro de que alguna vez pueda pagar lo que ustedes han hecho por mí.

Ella sacudió la cabeza. Su rostro estaba tan curtido y arrugado que Gordon pensó que tenía más de los cincuenta años que proclamaba.

—No, Gordon, ya ha pagado su deuda. Me hubiera gustado que pudiera quedarse y ayudarme a dirigir la escuela. Pero ahora veo que quizá no sea tan difícil que nos bastemos nosotros mismos. —Miró más allá del valle—. Hemos estado viviendo en una especie de limbo estos últimos años, desde que las cosechas empezaron a crecer y la caza volvió. Puede darse cuenta de lo mal que fueron las cosas cuando un grupo de hombres y mujeres adultos, que una vez tuvieron trabajos, que leyeron revistas y rellenaron sus declaraciones de renta, empiezan a tratar a un pobre y baqueteado

comediante vagabundo como si se tratara del conejo de Pascua. —Volvió a mirarlo—. Incluso Jim Horton le ha dado un par de «cartas» para entregar, ¿no es cierto?

Gordon sintió que la cara le ardía. Por un momento estuvo demasiado azorado para decir nada. Luego, de repente, se echó a reír. Se enjugó los ojos, aliviado porque le retiraban de los hombros la carga de las fantasías del grupo.

La señora Thompson rió también.

—Oh, no creo que sea nada malo. Incluso puede ser bueno. Usted ha servido como... esa cosa de los viejos automóviles... un catalizador. Los niños están explorando ya las ruinas en kilómetros a la redonda, entre su trabajo y la cena, y me traen todos los libros que encuentran. No tendré ningún problema en hacer de la escuela un privilegio. ¡Imagínese, castigarlos impidiéndoles asistir a clase! Espero que Bobbie y yo sepamos actuar correctamente.

—Le deseo la mejor suerte, señora Thompson —dijo Gordon con sinceridad—. Dios mío, sería agradable ver una luz, en algún lugar de toda esta desolación.

—Sí, hijo. Eso sería una bendición. —La señora Thompson suspiró—. Le recomendaría que esperase un año, pero vuelva. Usted es amable... ha tratado bien a mi gente. Y es discreto en algunas cosas, como en ese asunto de Abby y Michael. —Frunció el ceño durante un momento—. Creo que comprendo lo que pasó, y espero que sea para bien. He de acostumbrarme, supongo. De todas formas, como ya he dicho, siempre será bienvenido.

La señora Thompson se volvió para irse, dio dos pasos y se detuvo. Se giró a medias para mirar a Gordon. Por un momento su rostro reveló cierta confusión y sorpresa.

—En realidad usted no es cartero, ¿verdad? —preguntó de pronto.

Gordon sonrió. Se puso la gorra, con su brillante emblema de latón, en la cabeza.

—Si cuando vuelva traigo cartas, lo sabrá con toda seguridad.

Ella asintió bruscamente; después, se alejó caminando por el estropeado asfalto de la carretera. Gordon la observó hasta que dobló la primera curva; luego, se volvió hacia el oeste y la larga pendiente hacia el Pacífico.

8

Las barricadas habían sido abandonadas hacía mucho tiempo. El muro protector de la Autopista 58, en el extremo oeste de Oakridge, se había convertido en un montón de escombros de hormigón y acero retorcido y oxidado. La ciudad estaba en silencio. Era evidente que al menos aquel sector llevaba un largo período despoblado.

Gordon bajó la vista hacia la calle principal y en ella leyó la historia de lo ocurrido. Dos, posiblemente tres, violentas batallas se habían librado allí. Una fachada con un letrero inclinado, CLÍNICA DE SERVICIOS DE URGENCIA, se encontraba en el centro de un círculo mayor de devastación.

Tres vidrios de ventana intactos reflejaban los rayos del sol de la mañana desde el último piso de un hotel. En el resto del edificio, incluso donde los escaparates habían sido tapiados, los trozos esparcidos de cristal relucían sobre el destrozado pavimento.

En realidad no es que hubiera esperado algo mejor, pero algunos de los sentimientos que lo acompañaban desde Pine View le habían llevado a creer en la posibilidad de hallar otras islas de paz, sobre todo ahora que se encontraba en la próspera vertiente de Willamette Valley. Si no una ciudad viva, Oakridge al menos podía haber mostrado algunos signos que permitieran ser optimista. Podía haber indicios de una metódica restauración, por ejemplo. Si existía una civilización industrial allí en Oregón, las ciudades como aquella debían de haber sido despojadas de todos los objetos que tuvieran alguna utilidad.

A unos dieciséis metros de su ventajosa posición, Gordon vio una gasolinera destruida. Una gran bolsa de herramientas yacía a un lado; su provisión de llaves inglesas, alicates y cables de repuesto estaba esparcida por el suelo manchado de aceite. Una hilera de neumáticos nunca usados colgaba aún de una viga encima de los elevadores de servicio.

De esto Gordon dedujo que Oakridge era la peor de todas las Oakridges posibles, al menos desde su punto de vista. Las cosas necesarias para una cultura mecánica estaban al alcance de cualquiera, intactas y herrumbrosas... lo que indicaba que no había tal sociedad tecnológica en las proximidades. Al mismo tiempo, tendría que recoger entre los destrozos producidos por cincuenta saqueos previos cualquier cosa útil para un viajero como él.

«Bueno —suspiró—. Ya lo he hecho otras veces.»

Aunque habían cribado las ruinas del centro de Boise, a los expoliadores anteriores se les había pasado por alto un tesoro consistente en comida

enlatada guardado en el almacén trasero de una zapatería... las reservas de algún acaparador, intactas durante largo tiempo. Existía una regla para tales cosas, desarrollada a través de los años. El tenía sus propios métodos para realizar una búsqueda.

Descendió hacia el bosque situado a uno de los lados del muro protector. Caminó zigzagueando ante la posibilidad de haber sido observado. En un lugar donde encontró mojones en tres direcciones distintas, Gordon dejó caer la mochila de cuero y la gorra bajo un cedro de otoñales tonos rojizos. Se quitó la chaqueta marrón oscuro del cartero y la puso encima; luego cortó algunas ramas para ocultar el escondite.

Haría lo imposible por evitar conflictos con cualquier suspicaz habitante del lugar, pero sólo un tonto prescindiría de sus armas. Había dos tipos de lucha que podían resultar de una situación como aquélla. Para una, el silencio del arco sería la mejor. Para la otra, valdría la pena gastar algunos valiosos e irremplazables cartuchos del 38. Gordon comprobó el mecanismo de la pistola y volvió a enfundarla. Cogió el arco, junto con flechas y un saco de tela para lo que encontrara.

En las casas de las afueras de la ciudad los saqueadores precedentes habían sido más entusiastas que meticulosos. A menudo, los destrozos realizados en tales lugares desalentaban a quienes llegaban después, con lo que dejaban cosas útiles. Lo había comprobado con frecuencia anteriormente.

Sin embargo, estaba ya en la cuarta casa y poco de lo que había conseguido reforzaba su teoría. El saco contenía un par de botas casi inservibles a causa del moho, una lupa y dos carretes de hilo. Había buscado en los escondites usuales y en algunos desacostumbrados donde era posible que los acaparadores guardaran sus provisiones, y no había hallado comida de ninguna clase.

Aún le quedaba carne de la que le habían dado en Pine View, pero había consumido más de lo que hubiera deseado. El arco le era de gran utilidad, y hacía dos días había cazado con él un pavo pequeño. Pero si no tenía mejor suerte en la búsqueda, se vería obligado a dejar Willamette Valley por el momento y conseguir trabajo en un campamento de caza invernal.

Lo que realmente deseaba era otro refugio como Pine View. Pero el destino había sido bastante amable últimamente. La excesiva buena suerte despertaba recelos en Gordon.

Hasta que llegó a la quinta casa.

La cama de cuatro columnas se hallaba en lo que fuera el hogar de dos plantas de un médico próspero. Como el resto de la casa, el dormitorio había

sido despojado de casi todo salvo el mobiliario. No obstante, al acuciarse sobre la gran alfombra Gordon pensó que podría encontrar algo que hubiera pasado inadvertido a los anteriores saqueadores.

La alfombra parecía estar fuera de lugar. La cama descansaba sobre ella, pero sólo las patas de la derecha. Las de la izquierda lo hacían directamente sobre la dura madera del suelo. O el propietario se había descuidado al colocar la gran alfombra ovalada o...

Gordon soltó su carga y cogió el borde de la alfombra.

«Bien. Es pesada.»

Empezó a enrollarla hacia la cama.

«¡Sí!» Bajo la alfombra había una delgada rendija cuadrada en el suelo. Una pata de la cama sujetaba la alfombra sobre una de las dos bisagras de latón. «Una trampilla.»

Empujó con fuerza la columna de la cama. La pata se levantó y volvió a caer con estrépito. Lo intentó dos veces más y el eco resonó.

Al cuarto empujón, la columna se partió en dos. Gordon se libró por poco de quedar empalado por la afilada astilla cuando cayó sobre el colchón. El dosel le siguió y la vieja cama se desplomó con un enorme crujido. Gordon maldijo, luchando con la asfixiante cubierta. Estornudó violentamente formando una nube de polvo.

Al fin, recobrado parcialmente el sentido, consiguió deslizarse fuera de la antigua y polvorienta tela. Salió de la habitación dando traspiés, estornudando y tosiendo aún. Poco a poco el ataque remitió. Se asió a la barandilla, bizqueando en ese tortuoso y semiorgásmico estado que precede a un descomunal estornudo. En sus oídos se produjeron zumbidos que casi parecían voces.

«Lo próximo que oírás serán campanas de iglesia», se dijo.

El gran estornudo llegó al fin, estrepitosamente. Secándose los ojos volvió a entrar en el dormitorio. La trampilla había quedado al descubierto, bajo una nueva capa de polvo. Gordon tuvo que hacer palanca en el borde del panel secreto. Al fin la trampilla se alzó con un fuerte y agudo chirrido.

De nuevo, le pareció que parte del ruido procedía de fuera de la casa. Pero cuando se detuvo y escuchó atentamente, no oyó nada. Dominado por la impaciencia, se agachó y apartó las telarañas para escudriñar el escondite.

Dentro había una caja metálica grande. Buscó alrededor esperando hallar algo más. Después de todo, las cosas que un médico de preguerra podía haber guardado en un cofre cerrado, dinero y documentos, serían menos útiles para él que alimentos enlatados escondidos en un arrebatado de

acaparamiento propio de tiempos de guerra. Pero no había nada más que la caja. Gordon la sacó con esfuerzo.

«Bueno. Pesa mucho. Ahora esperemos que no sea oro o alguna fruslería por el estilo.» Las bisagras y la cerradura estaban oxidadas. Alzó el mango de su cuchillo para romper la pequeña cerradura. Entonces se detuvo bruscamente.

Ahora no había duda. Las voces estaban cerca, demasiado cerca.

—¡Creo que venía de esta casa! —exclamó alguien desde el descuidado jardín exterior. Los pies se arrastraban entre las hojas secas. Se oyó ruido de pasos en el porche de madera.

Gordon envainó el cuchillo y cogió su fardo. Dejó la caja junto a la cama y salió rápidamente de la habitación hasta el hueco de la escalera.

Éstas no eran las mejores circunstancias para conocer a otros hombres. En Boise y en otras ruinas de montaña había existido casi un código: los expoliadores de los ranchos de los alrededores podían probar suerte en la ciudad; y aunque los grupos e individuos eran cautelosos, rara vez se atacaban entre sí. Sólo una cosa podía reunidos a todos: el rumor de que alguien había visto a un holnista en alguna parte. De lo contrario, permanecían aislados.

En otros sitios, sin embargo, la territorialidad era la norma, ferozmente impuesta. Quizá Gordon estaba buscando en el coto de uno de estos clanes. En cualquier caso una huida rápida sería prudente.

Aun así... volvió a mirar la caja fuerte con ansiedad. «¡Es mía, maldita sea!»

Las botas pisaban ruidosamente en el piso de abajo. Era demasiado tarde para cerrar la trampilla o para esconder el pesado cofre del tesoro. Gordon maldijo en silencio y corrió con tanto sigilo como pudo por el rellano hasta la estrecha escalerilla del desván.

Éste era pequeño, poco más que una simple buhardilla en forma de A. Ya había buscado antes allí, entre los inútiles recuerdos. Lo que ahora deseaba era un escondite. Se mantenía pegado a las inclinadas paredes para evitar los crujidos del entarimado. Escogió un baúl junto a una pequeña ventana que daba al tejado, y allí dejó el saco y el carcaj. Rápidamente, preparó el arco.

¿Buscarían? En ese caso, sin duda la caja fuerte llamaría su atención.

Si la encontraban, ¿lo tomarían como un ofrecimiento y le dejarían una parte de su contenido? Sabía que tales cosas ocurrían, en lugares donde existía un primitivo concepto del honor.

Haría blanco en cualquiera que entrase en el desván, aunque no sabía de

qué le iba a servir eso, acorralado como estaba en un edificio de madera. Los habitantes del lugar conservarían sin duda, incluso en una época oscura, la capacidad de producir fuego.

Ahora se oían al menos tres pares de pies calzados con botas. Subieron la escalera con rápidos y fuertes pasos, y llegaron al rellano todos a la vez. Cuando estuvieron en la segunda planta, Gordon oyó un grito.

—¡Eh, Karl, mira esto!

—¿Qué? Coges a una pareja de muchachos jugando a los médicos en una vieja cama ag... ¡Mierda!

Se produjo un fuerte estrépito, seguido del martilleo de metal sobre metal.

—¡Mierda! —Gordon meneó la cabeza. Karl tenía un vocabulario limitado aunque expresivo.

Se oyeron ruidos de arrastre y forcejeo, acompañados de más exclamaciones escatológicas. Al fin, un tercero habló en voz alta.

—Qué amable ha sido ese tipo, encontrando esto para nosotros. Ojalá pudiéramos darle las gracias. Deberíamos conocerlo para no disparar primero si lo encontramos otra vez.

Si aquello era un señuelo, Gordon no picó. Aguardó.

—Bueno, al menos merece una advertencia —dijo la primera voz en tono aún más alto—. En Oakridge tenemos por norma disparar primero. Más vale que se largue antes de que alguien le haga un agujero más grande que el hueco entre las orejas de un supervivencialista.

Gordon asintió, captando todo el valor de esa advertencia.

Los pasos se alejaron. Resonaron escaleras abajo y después en el porche de madera.

Desde la ventana del tejado, que dominaba la entrada delantera, Gordon vio a tres hombres abandonar la casa y dirigirse hacia el bosquecillo de abetos circundante. Llevaban rifles y abultados fardos de lona. Corrió hasta las demás ventanas cuando desaparecieron en el bosque, pero no vio ningún otro movimiento. Ninguna señal de alguien que volviera apresuradamente.

Habían sido tres pares de pies. Estaba seguro de ello. Tres voces. Y no era probable que un hombre solo permaneciera escondido de todas formas. Sin embargo, Gordon salió con cautela. Se tendió junto a la trampilla abierta del desván, el arco, la bolsa y el carcaj a su lado, y se arrastró hasta que la cabeza y los hombros estuvieron sobre la abertura, ligeramente sobre el nivel del suelo. Sacó el revólver, lo colocó ante sí y luego dejó que la gravedad balanceara su cabeza y torso vanas veces hacia abajo de una manera que alguien que estuviera emboscado difícilmente esperaría. Cuando la sangre afluyó a su cabeza, Gordon estuvo dispuesto a descargar seis rápidos

disparos a cualquier cosa que se moviera.

Nada se movió. No había nadie en el distribuidor de la segunda planta.

Cogió la bolsa de lona, sin apartar la mirada del distribuidor, y la dejó caer con estrépito.

El ruido no provocó ninguna reacción.

Gordon cogió sus bártulos y se dejó caer también, agazapado. Cruzó de prisa el distribuidor, al estilo escaramuza.

La caja fuerte yacía abierta y vacía junto a la cama, rodeada de papeles revueltos. Como esperaba, había curiosidades tales como certificados de depósito, una colección de sellos y la escritura de propiedad de la casa.

Pero había algo más.

Una caja de cartón rota, cuya envoltura de celofán acababa de ser retirada, mostraba a todo color un par de felices piragüistas con sus nuevos rifles desmontables. Gordon miró las armas dibujadas en la caja y ahogó un grito de extrañeza. Sin duda allí también había habido cajas de munición.

«Malditos ladrones», pensó amargamente.

Pero los demás envoltorios abandonados casi lo sacaron de quicio. ASPIRINA CON CODEÍNA, ERITROMICINA, COMPLEJO MEGAVITAMÍNICO, MORFINA... las etiquetas y cajas estaban desparramadas, pero se habían llevado los frascos.

Cuidadosamente administrados... escondidos e intercambiados regateando oportunamente... le habrían dado entrada a Gordon en casi cualquier aldea. ¡Incluso habría podido ser miembro a prueba en una de las prósperas comunidades rancheras de Wyoming!

Se acordó de un buen médico cuya clínica situada en las ruinas de Butte era un santuario protegido por todos los pueblos y clanes de los alrededores. Gordon pensó en lo que ese santo varón podría haber hecho con aquello.

Pero sus ojos casi se quedaron ciegos de ira cuando observó una caja de cartón vacía en la que podía leerse: POLVO DENTAL.

«¡Mi polvo dental!»

Gordon contó hasta diez. No fue suficiente. Trató de controlar la respiración. Sólo le sirvió para concentrar su rabia. Se quedó allí, con los hombros caídos, sintiéndose impotente para reaccionar ante esta nueva atrocidad del mundo.

«Está bien —se dijo—. Estoy vivo. Y si puedo volver hasta mi mochila, probablemente seguiré con vida. El año que viene, si es que llega, me preocuparé por mis dientes.»

Gordon recogió su fardo y volvió a sus precauciones para salir de aquella casa de falsas expectativas.

Un hombre que pasa largo tiempo solo en el páramo goza de una gran ventaja incluso sobre el mejor cazador, si ese cazador va no obstante a casa de sus amigos y compañeros la mayoría de las noches. La diferencia es un rasgo común con los animales, con la misma naturaleza. Era algo tan indefinible que lo ponía nervioso. Gordon percibía que algo era extraño mucho antes de saber a qué atribuirlo. La sensación no lo abandonaba.

Había desandado el camino hasta el límite oriental de la ciudad, donde había escondido sus pertenencias. Ahora, sin embargo, se detuvo y reflexionó. ¿Se estaba excediendo? No era Jeremiah Johnson, para interpretar los ruidos y olores del bosque como si leyera los letreros de las calles de una ciudad. Aun así, miró alrededor en busca de algo que justificara su desasosiego.

El bosque estaba formado en su mayor parte por abetos occidentales y arces de hoja grande, con vástagos de alisos que crecían como cizaña en casi todo lo que antiguamente había sido zonas despejadas. Era muy distinto de los secos bosques que cruzó en el lado este de las Cascadas, donde había sido asaltado bajo los escasos pinos ponderosa. Aquí se percibía un olor a vida más acusado que cualquiera que recordase desde antes del Invierno de los Tres Años.

Los ruidos animales habían sido escasos hasta que dejó de moverse. Pero cuando se quedó quieto, pronto empezó a percibir un aluvión de parloteos y movimientos de pájaros. Ladrones de campo de gris plumaje revoloteaban en pequeños grupos de un lado a otro, jugando a la guerrilla con grajos más pequeños por los claros donde más abundaban las sabandijas. Los pájaros de menor tamaño brincaban de rama en rama, gorjeando y hurgando.

Estos pájaros no sentían gran amor por el hombre, pero tampoco volaban grandes distancias para rehuirlo, si se estaba quieto.

«Entonces, ¿por qué estoy tan nervioso?»

Se oyó un leve chasquido a su izquierda, cerca de una de las omnipresentes matas de zarzamora, a unos quince metros. Gordon se volvió, pero allí también había pájaros.

Un pájaro, para ser exactos. Un sinsonte.

La criatura voló sobre la maleza y se posó sobre un montón de ramitas que Gordon supuso constituían su nido. Se quedó allí, como un pequeño señor, altivo y orgulloso; luego, graznó y descendió a la maleza otra vez. Cuando quedó fuera de su vista oyó otro leve susurro y el sinsonte reapareció.

Gordon picoteó con el arco en el barro con gesto distraído mientras soltaba el seguro del revólver, tratando de aparentar una fría indiferencia. Silbó con los labios reseco por el miedo mientras caminaba lentamente, sin acercarse ni alejarse de la maleza, en dirección a un gran abeto.

Detrás de aquella maleza se hallaba algo que había llevado al sinsonte a su nido en un acto de precavida defensa, y ese algo estaba intentando no hacer caso de las molestias consiguientes y permanecer escondido en silencio.

Alertado, Gordon reconoció un puesto de caza y vagó con exagerada despreocupación. Pero tan pronto como pasó tras el abeto, sacó el revólver y corrió hacia el bosque en ángulo agudo para esconderse, tratando de mantener la masa del árbol entre él y las zarzamoras.

Permaneció bajo la protección del árbol sólo un momento. La sorpresa lo protegió un instante más. Luego, el estampido de tres disparos, de diferentes calibres, se esparció bajo la celosía formada por los árboles. Gordon se desplazó hasta un tronco caído en lo alto de una pequeña elevación. Resonaron tres disparos más cuando se arrojó sobre el tronco podrido y cayó al suelo al otro lado con un fuerte ruido y un punzante dolor en el brazo derecho.

Por un instante lo cegó el pánico cuando se le agarrotó la mano que sostenía el revólver. Si se había roto el brazo...

La sangre le empapaba el puño de la camisa con la inscripción de EE UU. El temor exageró el dolor hasta que se subió la manga y vio un largo corte superficial, con astillas de madera colgando de él. Era el arco, que se había roto al caerse.

Gordon extrajo las astillas y gateó hacia una angosta zanja situada a su derecha, manteniéndose agazapado para aprovechar la protección que le ofrecían el lecho del arroyo y la maleza. Por detrás de él los aullidos de unos perseguidores que se divertían llegaron hasta el montecillo.

Los minutos siguientes fueron una confusión de crujidos de ramas y súbitos zigzagueos. Gordon se zambulló en un estrecho arroyo, dio la vuelta y echó a correr contra corriente.

Recordó que los cazadores se desplazan con frecuencia siguiendo el curso de las aguas; mientras se apresuraba en el sentido opuesto, esperó que sus enemigos conocieran ese detalle. Saltó de piedra en piedra, tratando de no remover el barro del fondo. Luego saltó de nuevo hacia el bosque.

Sonaban gritos a su espalda. Los pasos del propio Gordon parecían lo bastante ruidosos para despertar a un oso dormido. En dos ocasiones contuvo el aliento tras un montículo de piedra y un macizo de vegetación,

tanto para pensar como para no producir ruido alguno.

Finalmente, los gritos se perdieron en la lejanía. Gordon suspiró al apoyarse contra un gran roble y sacó el botiquín de la bolsa del cinturón. La herida no le causaría problemas. No había motivos para esperar que la limpia madera del arco le produjera una infección. Dolía como un infierno pero el corte estaba lejos de las venas y los tendones. Lo cubrió con una tela esterilizada y procuró no hacer caso del dolor mientras se enderezaba y miraba alrededor.

Para su sorpresa, reconoció dos indicadores a la vez... el alto y deteriorado rótulo del motel Oakridge, visible sobre las copas de los árboles, y una cerca para ganado tras un trillado camino de asfalto, en el lado este.

Gordon se dirigió rápidamente al lugar donde había escondido sus cosas. Estaban tal como las había dejado. En apariencia, los hados tenían la suficiente sutileza para no propinarle otro golpe en tan poco tiempo. Sabía que no actuaban de ese modo. Siempre permitían conservar la esperanza; luego la destruían antes de dejar que realmente la poseyeras.

Aumentó sus precauciones. Buscó con cautela la mata de zarzamoras, con su airado habitante sinsonte. Como esperaba, estaba vacía. Reptó por detrás para tener el punto de vista de los emboscados y se quedó allí hasta unos minutos después de que se desvaneciera la tarde, mirando y pensando.

Lo habían tenido a tiro, eso era seguro. Desde este punto de mira era difícil comprender cómo habían errado los tres hombres al dispararle.

¿Tan sorprendidos quedaron por su repentina reacción? Debían de tener armas semiautomáticas, pero sólo recordaba seis tiros. O estaban siendo muy ahorradores con las balas o...

Se aproximó al gran abeto situado frente al claro. Dos muescas recientes marcaban la corteza, a unos tres metros de altura.

«Tres metros. No podían ser tan malos tiradores.»

Así, todo encajaba. En ningún momento habían pretendido en absoluto matarlo. Habían apuntado alto a propósito, para asustarlo y ahuyentarlo. No era extraño que sus perseguidores nunca hubieran estado demasiado cerca en su huida hacia el bosque.

Los labios de Gordon se curvaron. Irónicamente, esto hacía más odiosos a sus asaltantes. Había llegado a aceptar la maldad irracional, como uno debe aceptar el mal tiempo o las bestias salvajes. Muchos antiguos americanos se habían convertido en algo poco mejor que bárbaros.

Pero una diversión calculada como ésta tenía que tomarla como cosa personal. Aquellos hombres poseían el concepto de la piedad; pero le habían

robado, herido y aterrorizado.

Recordó a Roger Septien, burlándose de él desde aquella ladera de colina seca como un hueso. Estos bastardos no eran mejores.

Gordon siguió su rastro a lo largo de unos ochenta metros al oeste del puesto. Las huellas de botas eran claras... casi arrogantes por indisimuladas.

Se tomó tiempo, pero en ningún momento pensó en la posibilidad de volverse.

El crepúsculo se aproximaba cuando apareció a la vista la empalizada que rodeaba Nueva Oakridge. La zona abierta que una vez había sido un parque urbano estaba cerrada por una alta valla de madera. Desde dentro podía oírse el mugir del ganado. Un caballo relinchó. Gordon percibió el olor del heno y otros olores producidos por el ganado.

Cerca de allí, una valla aún más alta rodeaba tres bloques de viviendas de lo que fuera el sector sudeste de la ciudad de Oakridge. Una hilera de edificios de dos plantas de un largo aproximado de medio bloque ocupaba el centro de la ciudad. Gordon vio los tejados que sobresalían del muro y un depósito de agua con un nido de cuervos en la parte más alta. La silueta de una figura vigilaba, mirando hacia el bosque en penumbra.

Parecía una comunidad próspera, quizá la mejor que había encontrado desde que salió de Idaho.

Los árboles habían sido talados para hacer un cortafuego alrededor del muro de la aldea, pero de eso hacía ya algún tiempo. Maleza de la mitad de la altura de un hombre había invadido la zona despejada.

«Bueno, no debe de haber ya muchos supervivencia-listas por aquí — pensó Gordon— o serían menos descuidados.

»Voy a ver cómo es la entrada principal.»

Rodeó el área despejada hacia el lado sur de la aldea. Al oír voces se ocultó cautelosamente tras una cortina de maleza.

Se abrió un portón de madera. Dos hombres armados salieron, miraron en torno e hicieron seña a alguien del interior. Con un grito y un chasquido de riendas, una carreta tirada por dos caballos de carga lo cruzó y luego se detuvo. El conductor se volvió para hablar a los dos guardianes.

—Dile al Alcalde que aprecio el préstamo, Jeff. Sé que mi colaboración no es muy valiosa. Pero le pagaremos cuando recojamos la cosecha del próximo año, seguro. Él ya es propietario de una parte de la granja, así que esto debería ser una buena inversión para él.

Uno de los guardianes asintió.

—Claro, Sonny. Ahora ten cuidado ahí afuera. Algunos de los chicos hoy

han divisado a un solitario en el extremo este de la ciudad vieja. Ha habido algunos tiros.

El granjero contuvo el aliento audiblemente.

—¿Alguien ha resultado herido? ¿Estás seguro de que era un solitario?

—Sí, completamente. Según Bob ha corrido como un conejo.

El pulso de Gordon se aceleró. Los insultos habían llegado a un punto casi intolerable. Metió la mano izquierda dentro de la camisa y palpó el silbato que Abby le había dado, que llevaba colgado de su cadena en torno al cuello. Aquello lo confortó haciéndole recordar la decencia.

—Ese tipo le ha hecho un auténtico favor al Alcalde —prosiguió el primer guardián—. Había encontrado un agujero oculto lleno de drogas antes de que los muchachos de Bob lo echaran. El Alcalde dejará que algunos de los propietarios las prueben esta noche en una fiesta, para descubrir lo que hacen. Te aseguro que me gustaría moverme en esos círculos.

—También a mí —agregó el vigilante más joven—. Eh, Sonny, ¿crees que el Alcalde podría pagarte algunas de tus primas en drogas, si alcanzas la cuota este año? ¡Podrías celebrar una buena fiesta!

Sonny sonrió tímidamente y se encogió de hombros. Luego, por alguna razón, agachó la cabeza. El guardián más viejo lo miró con curiosidad.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Sonny meneó la cabeza. Gordon apenas pudo oírlo cuando habló.

—Ya no deseamos mucho, ¿verdad, Gary?

Gary frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que deseamos ser como los compinches del Alcalde, ¿por qué no deseamos tener un Alcalde sin compinches?

—Yo...

—Sally y yo tuvimos tres niñas y dos niños antes del Desastre, Gary.

—Lo recuerdo, Sonny, pero...

—Hal y Peter murieron en la guerra, pero consideré que Sally y yo seríamos afortunados si conservábamos a las tres niñas. ¡Afortunados!

—Sonny, no es culpa tuya. Sólo fue mala suerte.

—¿Mala suerte? —masculló el granjero—. Una, violada hasta morir cuando llegaron aquellos ladrones; Peggy muerta de parto, y mi pequeña Susan... tiene el pelo gris, Gary. ¡Parece hermana de Sally!

Se produjo un largo silencio. El guardián más viejo puso la mano en el brazo del granjero.

—Llevaré una jarra mañana, Sonny, lo prometo. Hablaremos de los viejos tiempos, como solíamos hacer.

El granjero asintió, sin levantar la vista.

—¡Arre! —gritó, y chasqueó las riendas.

Durante unos instantes, el guardián contempló la traqueteante carreta mascando un tallo de hierba. Al fin, se volvió hacia su compañero más joven.

—Jimmie, ¿te he hablado alguna vez de Portland? Sonny y yo acostumbábamos ir allí antes de la guerra. Tenían un Alcalde, cuando yo era un muchacho, que pretendía...

Cruzaron el portón y se alejaron del alcance del oído de Gordon.

En otras circunstancias Gordon habría pensado durante horas en lo que aquella breve conversación le había revelado sobre la estructura social de Oakridge y su entorno. El pago de una deuda con frutas del granjero, por ejemplo, era una clásica fase previa a una especie de servidumbre de la gleba. Había leído algo sobre esto en un curso de historia cuando estudiaba segundo grado, en otros tiempos y en otro mundo. Era una característica del feudalismo.

Pero ahora Gordon no tenía tiempo para la filosofía ni la sociología. Sus emociones estaban al rojo vivo. El ultraje que suponía lo ocurrido aquel día no era nada comparado con la cólera que le provocaba el uso propuesto para las drogas que él había encontrado. Cuando pensaba en lo que aquel médico de Wyoming podía haber hecho con esas medicinas... ¡La mayoría de las sustancias ni siquiera producirían los efectos buscados por aquellos ignorantes salvajes!

Gordon estaba cansado. El brazo derecho vendado le producía un gran dolor.

«Apostaría a que puedo escalar esos muros sin grandes problemas, hallar el almacén y reclamar lo que he encontrado... además de algún extra para compensar los insultos, el dolor y mi arco roto.»

La imagen no era lo bastante satisfactoria. Gordon la adornó. Se vio colándose en la «fiesta» del Alcalde y despreciando a todos aquellos bastardos sedientos de poder que estaban haciendo un pequeño imperio de aquel rincón de la edad oscura. Se imaginó adquiriendo poder, poder para hacer el bien... poder para obligar a aquellos palurdos a usar la educación de los días de su primera juventud antes de que la generación culta desapareciese para siempre del mundo.

«¿Por qué, por qué no hay nadie que asuma la responsabilidad de enderezar las cosas de nuevo? Yo ayudaría. Yo dedicaría mi vida a ese líder.

»Pero todos los grandes sueños parecen haberse desvanecido. Todos los hombres buenos, como el teniente Van y Drew Simms, murieron

defendiéndolos. Debo de ser el único que queda que sigue creyendo en ellos.»

Marcharse era impensable, por supuesto. Una combinación de orgullo, obstinación y simple furia gonadal lo hacía mantenerse firme en su empeño. Pelearía y eso era todo.

«Tal vez haya una milicia de idealistas, en el Cielo o en el Infierno. Supongo que la hallaré pronto.»

Afortunadamente, las hormonas de la guerra dejaban un poco de espacio para que su cerebro anterior escogiera la táctica. Después, se dedicó a pensar en lo que iba a hacer.

Gordon volvió a internarse en las sombras y una rama lo rozó y le hizo caer la gorra. La cogió antes de que llegara al suelo y estaba a punto de volver a ponérsela cuando se detuvo bruscamente y la miró.

Su rostro se reflejó en la bruñida imagen de un jinete, una figura de latón inclinada junto a una cinta con una frase en latín. Gordon observó los cambiantes destellos sobre el brillante emblema y sonrió lentamente.

Aquello sería audaz, quizá mucho más que escalar la cerca en la oscuridad. Pero la idea poseía una grata connotación que atrajo a Gordon. Era probablemente el último hombre vivo que escogería un camino más peligroso sólo por razones estéticas, y eso lo alegraba. Aunque el plan fallara, sería espectacular.

Tendría que efectuar una breve incursión en las ruinas de la vieja Oakridge, más allá de la aldea construida en la posguerra, hasta un edificio que seguramente estaría entre los menos saqueados de la ciudad. Volvió a ponerse la gorra mientras avanzaba para aprovechar lo que quedaba de luz.

Una hora después, Gordon abandonó los destruidos edificios de la vieja ciudad y caminó decididamente por la carretera de asfalto llena de baches volviendo sobre sus pasos en el crepúsculo. Dio un largo rodeo a través del bosque, y por último llegó a la carretera que Sonny había tomado, al sur de la muralla de la aldea. Ahora se acercó sin ocultarse, guiado por una solitaria linterna que colgaba sobre el ancho portón de entrada.

El guardián debía de estar muy distraído, ya que Gordon se situó a unos seis metros de distancia sin que le diera el alto. Vio un centinela entre las sombras, sobre un parapeto, cerca del extremo opuesto de la empalizada, pero el idiota estaba mirando a otra parte.

Gordon respiró hondo, se llevó el silbato de Abby a los labios y sopló tres veces con fuerza. Los estridentes pitidos resonaron en los edificios y el bosque como el grito de un ave rapaz. Del parapeto le llegó el ruido de pasos

apresurados. Tres hombres, con escopetas y lámparas de aceite, aparecieron sobre la puerta y lo miraron a la luz del atardecer.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Debo hablar con alguien que tenga autoridad —voceó Gordon—. ¡Se trata de un asunto oficial y exijo entrar a la ciudad de Oakridge!

Aquello ciertamente los sacó de su rutina. Hubo un largo y anonadado silencio mientras los guardias miraban con sorpresa, primero a él y luego entre sí. Al fin, uno de los hombres se marchó mientras el que había hablado se aclaraba la garganta.

—Mmm... ¿vuelve? ¿Tiene fiebre? ¿Ha cogido la Enfermedad?

Gordon negó con la cabeza.

—No estoy enfermo. Estoy cansado y hambriento. Y furioso por haber sido tiroteado. Pero esos asuntos pueden esperar hasta que haya cumplido con mi deber aquí.

Esta vez la voz del jefe de la guardia denotó una confusa perplejidad:

—Cumplir con su... ¿De qué demonios está hablando, amigo?

Le llegaron los ecos de pasos rápidos procedentes del parapeto. Aparecieron varios hombres más, seguidos de varios niños y mujeres que se situaron a izquierda y derecha. La disciplina, aparentemente, no era práctica común en Oakridge. El tirano local y sus compinches habían hecho las cosas a su manera durante largo tiempo.

Gordon repitió, lenta y firmemente, adoptando su mejor voz de Polonius:

—Exijo hablar con sus superiores. Están poniendo a prueba mi paciencia dejándome aquí fuera, y esto habrá de constar en mi informe. ¡Ahora traiga a alguien que tenga autoridad ahí para abrir esa puerta!

El número de personas aumentó hasta que un tupido bosque de siluetas llenó la empalizada. Miraban a Gordon cuando un grupo de figuras portando linternas apareció en la parte derecha del parapeto. Los espectadores de ese lado abrieron paso a los recién llegados.

—Mire, solitario —dijo el guardián jefe—, está pidiendo una bala a gritos. No tenemos ningún «asunto oficial» con nadie fuera de este valle, desde que rompimos las relaciones con el centro comunista de Blakeville, hace años. Puede apostar el cuello a que no voy a molestar al Alcalde por un chiflado...

El hombre se volvió, sorprendido, cuando el grupo de dignatarios llegó.

—Señor Alcalde... Lamento el alboroto, pero...

—Estaba cerca de todas formas. Lo he oído. ¿Qué está pasando aquí?

El guardián señaló.

—Tenemos fuera a un tipo que habla de una forma que no había oído desde los tiempos locos. Debe de estar enfermo, o quizá sea uno de esos

solitarios que solían venir.

—Yo me ocuparé de esto.

En la creciente oscuridad la nueva figura se asomó al parapeto.

—Soy el Alcalde de Oakridge —anunció—. Nosotros no creemos en la caridad. Pero si usted es el sujeto que ha encontrado las mercancías esta tarde y las ha donado cortésmente a mis muchachos, admitiré que estamos en deuda con usted. Haré que le bajen buena comida caliente a la puerta. Y una manta. Puede dormir junto a la carretera. Mañana, sin embargo, tendrá que irse. No queremos enfermedades aquí. Y por lo que los guardianes me cuentan, usted debe de estar delirando.

Gordon sonrió.

—Su generosidad me impresiona, señor Alcalde. Pero he venido desde demasiado lejos con un asunto oficial para marcharme ahora sin cumplimentarlo. Ante todo, ¿puede decirme si Oakridge tiene en funcionamiento una línea telegráfica o de fibra óptica?

El silencio producido por su inesperada salida fue largo y pesado. Gordon podía imaginar el estupor del Alcalde. Al fin, el cacique respondió:

—Durante diez años no hemos tenido ni radio. Nada funciona desde entonces. ¿Por qué? ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Es una lástima. Las ondas han sido un desbarajuste desde la guerra, desde luego... —improvisó—, toda la radiactividad, ya sabe. Pero creía que me sería posible usar su transmisor para informar a mis superiores.

Pronunció esas palabras con aplomo. Esta vez no se produjo silencio en el parapeto, sino una oleada de asombrados murmullos. Gordon imaginó que la mayoría de la población de Oakridge debía de estar ya allí arriba. Deseó que el muro estuviera bien construido. No formaba parte de su plan entrar en la ciudad como Josué.

Tenía otra idea en la mente.

—¡Traed una linterna! —ordenó el Alcalde—. ¡Esta no, idiota! ¡La que tiene reflector! Sí. Ahora enfócala sobre ese hombre. ¡Quiero echarle un vistazo!

Llevaron una voluminosa lámpara y se oyeron susurros cuando la luz iluminó a Gordon. Lo estaba esperando y no se cubrió los ojos ni parpadeó. Se cambió de mano la mochila de cuero y se giró para mostrar su atavío desde el mejor ángulo. Llevaba la gorra de cartero, con su bruñido emblema, inclinada hacia el rostro.

El murmullo de la muchedumbre creció en intensidad.

—Señor Alcalde —gritó—, mi paciencia tiene un límite. He de hablar con usted sobre el comportamiento de sus muchachos esta tarde. No me obligue

a ejercer mi autoridad de un modo que a ambos nos parecería desagradable. Está a punto de perder su privilegio de comunicarse con el resto de la nación.

El Alcalde se balanceaba adelante y atrás con rapidez.

—¿Comunicación? ¿Nación? ¿Qué broma es ésta? Sólo existe la comuna de Blakeville, esos adustos mentecatos de Culp Creek, y Satán sabe qué otros salvajes además de ellos. ¿Quién demonios es usted, en cualquier caso?

Gordon se tocó la gorra.

—Gordon Krantz, del Servicio Postal de Estados Unidos. Soy el mensajero asignado para restablecer una ruta de correo entre Idaho y el bajo Oregón, e Inspector Federal General para la región.

¡Y pensar que se había avergonzado de representar a Santa Claus en Pine View! Gordon no pensó en las consecuencias de ser «Inspector federal» hasta que la expresión hubo salido de su boca. ¿Era inspiración o una temeridad?

«Bueno, igual da ser colgado por poco que por mucho», pensó.

La muchedumbre se había convertido en un tumulto. Varias veces, Gordon oyó las palabras «fuera» e «Inspector», y especialmente «cartero». Cuando el Alcalde pidió silencio, éste llegó despacio, remolcado por un expectante bisbiseo.

—Así que es usted cartero —el tono era sarcástico—, ¿por qué clase de idiotas nos toma, Krantz? ¿Un brillante traje lo convierte en oficial del gobierno? ¿De qué gobierno? ¿Qué prueba puede darnos? ¡Demuéstrenos que no es un insensato lunático, que delira con la fiebre de la radiación!

Gordon extrajo los papeles que había preparado hacía sólo una hora, utilizando el sello encontrado en las ruinas de la estafeta de correos de Oakridge.

—Aquí tengo credenciales... —Pero fue interrumpido al instante.

—Guárdese sus papeles, solitario. ¡No vamos a dejar que se acerque lo bastante para contagiarnos su fiebre!

El Alcalde se irguió y agitó un brazo en el aire, dirigiéndose a sus súbditos.

—Todos recordáis cómo solían venir los locos y los impostores, durante los años del Caos, fingiendo ser todo, desde el Anticristo al cerdito Porky. Bien, hay un hecho del que todos podemos estar seguros. Los locos vienen y los locos se van, pero sólo hay un «gobierno»... ¡el que tenemos aquí! —Se volvió hacia Gordon—. Tiene suerte de que ahora no sea como en los años de la plaga, solitario. Entonces un caso como el suyo hubiera reclamado una

cura inmediata... ¡mediante cremación!

Gordon maldijo en silencio. El tirano local era astuto y sin duda no fácil de engañar. Si no iban a mirar las «credenciales» que había falsificado, el viaje a la vieja ciudad de aquella tarde había sido inútil. A Gordon le quedaba su último as. Sonrió para la muchedumbre, aunque lo que deseaba era cruzar los dedos.

De un bolsillo lateral de la bolsa de cuero sacó un pequeño paquete. Gordon fingió repasar los sobres, leyendo los nombres que sabía de memoria.

—¿Hay algún... Donald Smith aquí? —gritó a los habitantes de la aldea.

Las cabezas se volvieron a izquierda y derecha para cambiar impresiones en voz baja. Su confusión era visible incluso en la creciente oscuridad. Al fin alguien respondió:

—¡Murió un año después de la guerra! En la última batalla de los almacenes.

Se percibía un temblor en la voz del que hablaba. Bien. La sorpresa no era la única emoción que habitaba allí. No obstante, Gordon necesitaba algo mucho mejor que eso. El Alcalde continuaba mirándolo, tan perplejo como los demás, pero cuando comprendiera lo que Gordon estaba tratando de hacer, habría problemas.

—Ah, bueno —repuso Gordon—. Tendré que confirmarlo, por supuesto. —Antes de que nadie pudiese hablar, continuó el apresurado repaso del paquete que tenía en la mano.

—¿Hay algún señor o señora Franklin Thompson en la población? ¿O su hijo o hija?

Ahora la marea de murmullos contenía connotaciones supersticiosas. Una mujer contestó:

—¡Muertos! El chico vivió hasta el año pasado. Trabajaba en la granja de Jascowisc. Sus parientes estaban en Portland cuando estalló la guerra.

«¡Maldita sea!»

A Gordon sólo le quedaba un nombre. Estaba bien impresionarlos con sus conocimientos, ¡pero lo que necesitaba era a alguien vivo!

—¡De acuerdo! —dijo—. Confirmaremos eso. Finalmente, ¿hay alguna Grace Horton? Señorita Grace Horton...

—¡No hay ninguna Grace Horton! —gritó el Alcalde; la confianza y el sarcasmo habían vuelto a su voz—. Conozco a todos los de mi territorio. ¡Nunca ha habido una Grace Horton desde que llegué hace diez años, impostor!

»¿No veis todos lo que hace? Encontró una vieja guía de teléfonos en la

ciudad y copió algunos nombres para impresionarnos. —Agitó el puño hacia Gordon—. ¡Amigo, he decidido que está usted alterando el orden y poniendo en peligro la salud pública! ¡Tiene cinco segundos para irse antes de que ordene a mis hombres abrir fuego!

Gordon suspiró pesadamente. Ahora no tenía elección. Al menos podía batirse en retirada y no perder nada más que un poco de orgullo.

«Era un buen farol, pero sabías que las posibilidades de que funcionara eran escasas. Al menos has inquietado a ese bastardo durante unos momentos.»

Era hora de marcharse; pero para su sorpresa, Gordon vio que su cuerpo no le obedecía. Sus pies se negaban a moverse. Toda voluntad de escapar se había evaporado. Su sensatez quedó horrorizada cuando cuadró los hombros y fanfarroneó ante el Alcalde:

—Atacar a un mensajero postal es uno de los pocos crímenes federales que el Congreso provisional no ha suspendido durante el período de restauración, señor Alcalde. Estados Unidos siempre ha protegido a sus carteros. —Miró fríamente bajo la luz de la lámpara—. Siempre —enfaticó.

Y por un instante sintió un estremecimiento. Era un mensajero, al menos en espíritu. Un anacronismo que la edad oscura había perdido cuando se dedicó sistemáticamente a eliminar cualquier manifestación de idealismo en el mundo. Gordon miró con fijeza la oscura silueta del Alcalde y lo desafió en silencio a matar lo que quedaba de la ya mermada individualidad.

Durante varios segundos el silencio se intensificó. Luego el Alcalde levantó la mano.

—¡Uno! —contó lentamente, acaso para dar tiempo a Gordon para correr, o tal vez por sadismo.

—¡Dos!

El juego estaba perdido. Gordon sabía que debía marcharse. Sin embargo, su cuerpo no se movió.

—¡Tres!

«De este modo muere el último idealista», pensó. Aquellos dieciséis años de supervivencia habían sido un accidente, un descuido de la Naturaleza, dispuesto a ser corregido. Al final, todo su pragmatismo, duramente conseguido, era sacrificado a... un gesto.

Había movimiento en el parapeto. Alguien hacía esfuerzos por avanzar desde el extremo de la izquierda.

Los guardianes levantaron las escopetas. A Gordon le pareció ver que algunos de ellos se movían, indecisos, con desgana. Aunque aquello no iba a beneficiarlo.

El Alcalde alargó la cuenta final, tal vez un poco intimidado por la testarudez de Gordon. El puño alzado empezó a descender.

—¡Señor Alcalde! —exclamó una trémula voz de mujer; sus palabras fueron pronunciadas en un tono agudo, debido al miedo, cuando alzó la mano para sujetar la del cacique—. Por favor..., yo...

El Alcalde se libró de ella.

—Vete, mujer. Llévala de aquí.

La frágil figura retrocedió ante los guardianes, pero gritó claramente.

—Yo... ¡yo soy Grace Horton!

—¿Qué? —El Alcalde no fue el único que se volvió para mirarla.

—Es mi nombre de soltera. Me casé al año siguiente de la segunda época de escasez. Eso fue antes de que usted y sus hombres llegaran...

El gentío reaccionó ruidosamente. El Alcalde gritó:

—¡Imbéciles! ¡Él copió su nombre de una guía telefónica, os lo aseguro!

Gordon sonrió. Sostuvo en alto el paquete que tenía en la mano y se tocó la gorra con la otra.

—Buenas noches, señorita Horton. Hace una hermosa noche, ¿verdad? A propósito, tengo una carta para usted, de un tal señor Jim Horton, de Pine View, Oregón. Me la dio hace doce días...

Toda la gente del parapeto parecía estar hablando al mismo tiempo. Hubo movimientos súbitos y gritos emocionados. Gordon aguzó el oído para escuchar la atónita exclamación de la mujer y hubo de elevar la voz para hacerse oír.

—Sí, señora. Parecía estar muy bien. Me temo que eso es todo lo que tengo en este viaje. Pero me alegrará llevar su respuesta a su hermano a la vuelta, tras terminar mi recorrido por el valle. —Se adelantó, acercándose más a la luz—. Otra cosa, señora. El señor Horton no tenía suficiente franqueo, en Pine View, así que tendré que pedirle diez dólares... Reembolso.

La multitud rugió.

Junto a la linterna encendida, la figura del Alcalde se giró a derecha e izquierda, agitando los brazos y voceando. Pero nada de lo que dijo fue oído pues cuando se abrió la puerta la gente salió en tropel adentrándose en la noche. Rodearon a Gordon, un estrecho cerco de hombres, mujeres y niños de ávidos rostros. Algunos cojeaban. Otros tenían lívidas cicatrices o tosían a causa de la tuberculosis. Y no obstante, en ese momento, el dolor de vivir parecía no ser nada comparado con un fulgor de repentina fe.

En medio de todo esto Gordon mantuvo la compostura y caminó despacio hacia el portón. Sonreía y asentía, especialmente a aquellos que le tendían

la mano y le tocaban el codo o la amplia curva de su abultada bolsa de cuero. Los más jóvenes lo miraban con supersticioso asombro. En muchos rostros más maduros corrían las lágrimas.

Gordon era presa de una temblorosa reacción de adrenalina, pero se agarró con fuerza al leve atisbo de conciencia... sintiendo cierta vergüenza a causa de su mentira.

«Al diablo con eso. No es culpa mía que quieran creer en el ratón Pérez. Yo por fin he crecido. ¡Sólo quiero lo que me pertenece!

«Mentecatos.»

Sin embargo, sonrió a diestro y siniestro mientras le tendían las manos y el amor lo inundaba. Fluía en torno a él como una impetuosa corriente y lo transportó en una ola de desesperada e imprevista esperanza hacia la ciudad de Oakridge.

Interludio

En alegres llamas anaranjadas,
Arden las cenizas de los ancestros...
Helando tierras con sus humos.

II — Cíclope

ACTA DE RECUPERACIÓN NACIONAL

CONGRESO PROVISIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS RESTABLECIDOS

DECLARACIÓN

A TODOS LOS CIUDADANOS: Se hace saber a todos los que actualmente viven dentro de las fronteras legales de Estados Unidos de América que el pueblo y las instituciones fundamentales de la nación subsisten. Vuestros enemigos han fracasado en su agresión contra la humanidad y han sido destruidos. Un Gobierno Provisional, actuando en sucesión continua con el último Congreso y Ejecutivo, libremente elegidos, de Estados Unidos, está actuando enérgicamente para restaurar la ley, la seguridad pública y la libertad una vez más en esta amada tierra, bajo la Constitución y la justa misericordia del Todopoderoso.

A ESTOS FINES: Se hace saber que todas las leyes menores y estatutos de Estados Unidos quedan en suspenso, incluidos las deudas, embargos y sentencias dictadas antes del estallido de la Tercera Guerra Mundial. Hasta que se adopten nuevos códigos mediante el debido procedimiento, los distritos locales son libres de afrontar las situaciones de emergencia como sea pertinente, teniendo en cuenta que:

1. Las libertades garantizadas por la Constitución no serán denegadas a ningún hombre o mujer en el territorio de Estados Unidos. Los juicios para todos los delitos graves se celebrarán con la intervención de un jurado imparcial compuesto por personas honradas. Excepto en casos de extrema emergencia militar, los juicios sumarios y las ejecuciones que infrinjan el debido proceso quedan absolutamente prohibidos.

2. La esclavitud está prohibida. La deuda de servidumbre no será de por vida, ni puede pasar de padre a hijo.

3. Los distritos, pueblos y otras entidades celebrarán sus propias elecciones con votación secreta en cada año par, en las cuales podrán participar todos los hombres y mujeres mayores de dieciocho años. Ninguna

persona puede utilizar la coacción oficial sobre otra a menos que haya sido elegido para ello o sea directamente responsable ante alguien elegido a tal fin.

4. Con el fin de ayudar a la recuperación nacional, los ciudadanos deberán proteger los recursos físicos e intelectuales de Estados Unidos. Siempre que sea posible, los libros y la maquinaria anteriores a la guerra serán rescatados y almacenados para beneficio de futuras generaciones. Los distritos locales mantendrán escuelas para enseñar a los jóvenes.

El Gobierno Provisional espera restablecer una red nacional de radio para el año 2021. Hasta entonces, todas las comunicaciones deberán ser transportadas por tierra a través del Correo. El Servicio Postal debería ser restablecido en los Estados centrales y del este para el año 2011, y en el oeste para el 2018.

5. La cooperación con los carteros de Estados Unidos es una obligación de todos los ciudadanos. Impedir la función de un portador de cartas es un delito capital.

Por orden del Congreso Provisional Restablecido de Estados Unidos de América.

Mayo de 2009

1

Curtin

El dogo negro gruñía y babeaba. Tiraba de la correa y forcejeaba, salpicando de espuma a los excitados hombres que gritaban apoyados sobre la cerca de madera del ruedo. Un perro callejero tuerto y lleno de cicatrices gruñó en respuesta al dogo desde el otro lado del círculo. Su correa estaba tensa como la de un arco, amenazando con arrancar la anilla que lo sujetaba clavada en la pared.

El lugar hedía. El agridulce humo del tabaco de cultivo local, mezclado con abundante marihuana, se alzaba en densas y ondulantes volutas. Los granjeros y los aldeanos gritaban de un modo ensordecedor desde las hileras de bancos que dominaban el tosco ruedo. Los que estaban más cerca de él golpeaban las tablas de madera, para aumentar el histérico frenesí de los perros.

Cuidadores con guantes de cuero tiraron hacia atrás a sus gladiadores caninos hasta lograr agarrar sus collares; después se volvieron de cara a la tribuna, que dominaba el centro del ruedo.

Un recio y barbudo dignatario, mejor vestido que la mayoría, dio una chupada a su puro casero. Lanzó una rápida mirada al enjuto hombre que estaba sentado impasible a su derecha, cuyos ojos quedaban medio ocultos por una visera. El forastero estaba muy quieto, y no revelaba sus sentimientos en forma alguna.

El corpulento Funcionario se volvió hacia los cuidadores y asintió.

Cien hombres gritaron a la vez cuando soltaron a los perros. Los furiosos animales se atacaron con contundencia, dirimiendo la cuestión sin concesiones. Piel y sangre se entremezclaban en el aire en medio del griterío de la gente.

En el banco de los dignatarios, los ancianos daban gritos con no menos fogosidad que el resto. Como ellos, la mayoría tenía apuestas pendientes del resultado. Pero el corpulento hombre del cigarro, presidente de Seguridad Pública para la ciudad de Curtin, Oregón, resoplaba furioso sin divertirse, sus pensamientos atropellados y confusos. Una vez más miró al forastero que se sentaba a su derecha.

El delgado sujeto no se parecía a ninguno de los allí presentes. Su barba estaba cuidada con esmero, su negro pelo cortado y peinado justo hasta detrás de las orejas. Los semiocultos ojos azules parecían horadar e

inspeccionar críticamente, como los de las imágenes de los profetas del Antiguo Testamento que el presidente había visto en la escuela dominical de niño mucho antes de la guerra Fatal.

Tenía el aspecto curtido de un viajero. Y vestía un uniforme... que ningún ciudadano viviente de Curtin había esperado volver a ver nunca.

En la visera de la gorra del forastero, la bruñida imagen de un jinete brillaba a la luz de las lámparas de aceite. De alguna forma parecía más resplandeciente de lo que ningún metal tenía derecho a ser.

El presidente observó a sus chillones aldeanos y percibió en ellos algo diferente aquella noche. Los hombres de Curtin gritaban más de lo que solían en las peleas de las noches de los miércoles. Ellos también se daban cuenta de la presencia del visitante, que había cabalgado hasta las puertas de la ciudad cinco días antes, erguido y orgulloso como un dios, exigiendo comida, abrigo y un lugar en el que depositar sus noticias...

... y que comenzó a distribuir el correo.

El presidente había apostado dinero por uno de los perros: *Walleye*, del viejo Jim Schmidt. Pero su mente no estaba en la sangrienta contienda que se desarrollaba en la arena. No podía dejar de mirar al cartero.

Habían organizado una pelea especial para él, puesto que al día siguiente partiría de Curtin hacia Cottage Grove. «No se divierte», comprendió el presidente. El hombre que había cambiado sus vidas trataba de ser cortés. Pero era obvio que no aprobaba las peleas de perros.

El presidente se inclinó para hablar a su invitado.

—Supongo que no hacen este tipo de cosas en el este, ¿verdad, señor Inspector?

La fría mirada que exhibía el rostro del hombre fue su respuesta. El presidente se maldijo por necio. Por supuesto que no tendrían peleas de perros, ni en St. Paul City, ni en Topeka, ni en Odessa, ni en ninguna de las regiones civilizadas de Estados Unidos Restablecidos. Pero allí, en el arruinado Oregón, tanto tiempo aislado de la civilización...

—Las comunidades locales son libres de manejar sus asuntos como crean conveniente, señor presidente —dijo el hombre. Su imponente voz se impuso suavemente sobre el griterío—. Las costumbres se adaptan a los tiempos. El gobierno de St. Paul City lo sabe. He visto cosas mucho peores en mis viajes.

«Absuelto», pudo leer en los ojos del Inspector postal. El presidente se sintió un poco deprimido y apartó la mirada.

Parpadeó, y al principio creyó que el humo le irritaba los ojos. Tiró el puro y lo aplastó con la bota, pero el escozor continuó. El ruedo estaba

desenfocado, como si lo viera en un sueño... como si lo estuviera viendo por primera vez.

«¡Dios mío! —pensó el presidente—. ¿Estamos haciendo esto realmente? Yo era miembro de la Sociedad Protectora de Animales de Willamette Valley hace sólo diecisiete años.

»¿Qué nos ha pasado?

«¿Qué me ha pasado?»

Tosiendo tras su mano, se secó los ojos con disimulo. Después miró alrededor y vio que el no era el único. Aquí y allá en la multitud al menos una docena de hombres habían dejado de gritar y se miraban las manos. Varios lloraban abiertamente, las lágrimas corriendo por sus toscas caras, endurecidas por la larga batalla de la supervivencia.

De pronto, para algunos de los presentes, los años pasados desde la guerra les parecieron una excusa vana, insuficiente.

Las aclamaciones fueron escasas al final de la pelea. Los cuidadores saltaron al ruedo para atender al vencedor y retirar los despojos. Pero la mitad de los asistentes parecía estar mirando con nerviosismo a su líder y a la figura severa y uniformada situada junto a él.

El hombre enjuto se enderezó la gorra.

—Gracias, señor presidente. Pero creo que es mejor que me retire ahora. Mañana me espera un largo viaje. Buenas noches a todos.

Saludó a los ancianos, se levantó y se puso una gastada chaqueta de cuero con una hombrera multicolor: un emblema rojo, blanco y azul. Mientras avanzaba lentamente hacia la salida, los aldeanos se pusieron en pie en silencio y le abrieron paso mirando al suelo.

El presidente de Curtin titubeó; luego, se levantó y lo siguió, seguido por un creciente murmullo de voces.

Aquella noche no se celebró el segundo combate.

Grove Grove

Cottage Grove,
Oregón.
16 de Abril, 2011.

A la Sra. Adele Thompson,
Alcaldesa de Pine View Village.
Estado No Reclamado de Oregón.

Ruta de transmisión: Cottage Grove, Curtin, Culp Creek, McFarland Pt.,
Oakridge, Pine View.

Querida Sra. Thompson:

Ésta es la segunda carta que envío por nuestra nueva ruta postal a través de la región de Willamette Forest. Si recibió la primera, ya sabrá que sus vecinos de Oakridge han decidido cooperar, tras algunos malentendidos iniciales. Nombré allí al señor Sonny Davis como Jefe de Correos, un residente de antes de la guerra estimado por todos. En estos momentos debería haber restablecido contacto con usted en Pine View.

Gordon Krantz alzó el lápiz del montón de amarillentos papeles que los ciudadanos de Cottage Grove habían donado para su uso. Las llamas de dos velas sostenidas en la abrazadera de una lámpara de cobre fluctuaban sobre el antiguo escritorio, proyectando brillantes reflejos en los cristales de las fotografías enmarcadas que colgaban de las paredes del dormitorio.

Los lugareños habían insistido en que Gordon aceptara el mejor alojamiento que había en la ciudad. La habitación era cómoda, limpia y cálida.

Constituía un gran cambio respecto a la clase de vida que había llevado hasta hacía sólo unos meses. En la carta, por ejemplo, poco decía de las dificultades a que había tenido que enfrentarse el pasado octubre en la

ciudad de Oakridge.

Los ciudadanos de esa montañosa población le habían abierto sus corazones desde el momento en que se reveló como representante de Estados Unidos Restablecidos. Pero el tiránico «Alcalde» estuvo a punto de asesinar a su poco grato huésped antes de que éste consiguiera aclarar que sólo le interesaba montar una estafeta de correos y marcharse, que no constituía una amenaza para el poder del Alcalde.

Quizás el cacique temió la reacción de su pueblo si no le ayudaba. Al fin, Gordon recibió las provisiones que solicitó, e incluso un valioso, aunque algo viejo, caballo. Al marcharse de Oakridge había visto alivio en la cara del Alcalde. El jefe local parecía confiar en la posibilidad de conservar el control a pesar de las asombrosas noticias que informaban de que Estados Unidos existía aún en alguna parte.

Y no obstante, los aldeanos siguieron a Gordon durante más de kilómetro y medio; aparecían desde detrás de los árboles para poner cartas en sus manos con timidez, hablando con ansiedad de la reivindicación de Oregón y preguntando qué podían hacer para ayudar. Se quejaron abiertamente de su tirano, y para cuando hubo dejado al último grupo atrás en la carretera, estuvo claro que soplaban vientos de cambio.

Gordon imaginó que los días del Alcalde estaban contados.

Desde mi última carta desde Culp Creek, he establecido estafetas postales en Palmerville y Curtin. Hoy he finalizado las negociaciones con el Alcalde de Cottage Grove. Incluido en este paquete hay un informe de mis progresos hasta ahora, para que sea pasado a mis superiores en el Estado Reclamado de Wyoming. Cuando el mensajero que sigue mi ruta llegue a Pine View, déle por favor mis informes y exprésele mis mejores deseos.

Y sea paciente si se retrasa. La ruta al oeste desde St. Paul City es peligrosa, y puede transcurrir más de un año hasta que llegue el próximo hombre.

Gordon imaginó la reacción de la señora Thompson al leer ese párrafo. La puntillosa y vieja matriarca menearía la cabeza, y tal vez incluso riese a carcajadas, ante las paparruchas contenidas en la carta.

Adele Thompson sabía, mejor que nadie en el salvaje territorio que antes había sido el gran Estado de Oregón que no llegarían mensajeros procedentes del civilizado este. No había ningún cuartel general al que Gordon informase. Lo único de lo que la ciudad de St. Paul era capital era

una curva aún ligeramente radiactiva del río Mississippi.

Nunca había existido un Estado Reclamado de Wyoming, ni unos Estados Unidos Restablecidos, por supuesto, excepto en la imaginación de un viajero de la edad oscura que sólo contaba con el arte de la representación para sobrevivir en un mundo peligroso y suspicaz.

La señora Thompson era una de las pocas personas que Gordon había conocido desde la guerra que todavía veía con sus ojos y pensaba con mente lógica. La ilusión que él había creado, accidentalmente al principio y más tarde por desesperación, no había significado nada para ella. Le había gustado Gordon por sí mismo, y le había mostrado candad sin tener que ser coaccionada por un mito.

Escribía aquella carta tan llena de referencias a cosas inexistentes para ojos que no eran los de ella. El correo cambiaría de manos muchas veces a lo largo de la ruta que él había establecido, antes de llegar a Pine View. Pero la señora Thompson leería entre líneas.

Y ella no lo traicionaría. Estaba seguro de eso.

Sólo esperaba que ella contuviera la risa.

Esta parte de Coast Fork es bastante pacífica en estos días. Las comunidades incluso han empezado a comerciar unas con otras de forma modesta, superando el viejo temor a las plagas de la guerra y a los supervivencialistas. Están ansiosos de noticias del mundo exterior.

Eso no quiere decir que todo sea plácido. Dicen que la región de Rogue River al sur de Roseburg, el país de Nathan Holn, todavía permanece totalmente al margen de la ley. Por lo tanto, me dirigiré hacia el norte, hacia Eugene. La mayoría de las cartas que llevo tienen esas señas, de todas maneras.

En el fondo de la cartera, bajo el montón de cartas que había aceptado de gente emocionada y agradecida a través de todo su camino, estaba la que Abby le había dado. Gordon procuraría entregarla, ocurriera lo que ocurriese con todas las demás.

Ahora debo partir. Acaso en un día no muy lejano llegue a mí una carta de usted y de mis otros queridos amigos. Hasta entonces, por favor, transmítales mi cariño a Abby, Michael y los demás.

Deseo que, al menos tanto como en cualquier otra parte, Estados Unidos

Restablecidos de América sea una realidad en la hermosa Pine View.

Suyo atentamente,
Gordon K.

El último párrafo podría resultar un poco peligroso, pero Gordon tenía que incluirlo, aunque sólo fuese para demostrar a la señora Thompson que no estaba completamente atrapado en su propia mentira, la ficción que esperaba lo mantuviese a salvo a través de la campaña casi sin ley hacia...

¿Hacia qué? Después de todos aquellos años aún no estaba seguro de qué era lo que buscaba.

Quizás únicamente a alguien, en algún lugar, que estuviera asumiendo responsabilidades, que estuviera intentando hacer algo con la edad oscura. Sacudió la cabeza. Después de todos aquellos años, el sueño se resistía a morir.

Metió la carta en un viejo sobre, dejó caer unas gotas de cera de una de las velas y estampó un sello rescatado de la estafeta de Oakridge. La carta quedó encima del «informe de progresos» que había redactado antes, un entramado de fantasías dirigido a miembros de un pretendido gobierno.

Junto al paquete yacía su gorra de cartero. La luz destellaba en la imagen de latón de un jinete, de Pony Express, su compañero silencioso y protector desde hacía meses.

Gordon había dado con su nuevo plan de supervivencia por casualidad. Pero ahora, pueblo tras pueblo, la gente se obligaba a sí misma a creer, en especial cuando efectivamente él repartía cartas procedentes de lugares que ya había visitado. Después de todos aquellos años, parecía que la gente todavía clamaba por una edad luminosa perdida, una edad de limpieza y orden y una gran nación ahora desaparecida. El deseo se imponía sobre un escepticismo ganado a pulso, igual que la primavera rompe la capa de hielo de un arroyo.

Gordon ahogó una amenazadora sensación de vergüenza. Nadie que permaneciera vivo estaba libre de culpa tras los últimos diecisiete años, y su ficción parecía llevar un poco de consuelo a los pueblos por los que pasaba. A cambio de aprovisionamiento y un lugar donde descansar, vendía esperanza.

Hacía lo que tenía que hacer.

Dos secos golpes sonaron en la puerta.

—¡Adelante! —dijo Gordon.

Johnny Stevens, el recién nombrado Asistente del Jefe de Correos de Cottage Grove, asomó la cabeza. El juvenil rostro de Johnny lucía una

pelusa, apenas visible, de barba casi rubia. Pero sus larguiruchas piernas prometían largas zancadas a través de los campos y tenía fama de ser un tirador perfecto.

¿Quién sabía? Quizás el muchacho incluso llegara a entregar el correo.

—¿Sí, señor? —Johnny no deseaba interrumpir asuntos de importancia—. Son las ocho. Recuerde que el Alcalde quería tomar una cerveza con usted en el *pub*, ya que es su última noche en la ciudad.

Gordon se levantó.

—De acuerdo, Johnny. Gracias. —Cogió la gorra y la chaqueta y recogió el falso informe y la carta para la señora Thompson—. Aquí tienes. Éstos son paquetes oficiales para tu primer viaje a Culp Creek. Ruth Marshall es la Jefa de Correos de allí. Estará esperando a alguien. Su gente te tratará bien.

Johnny cogió los sobres como si estuviesen hechos con alas de mariposa.

—Los protegeré con mi vida, señor. —En los ojos del joven brillaban el orgullo y una tenaz determinación de no defraudar a Gordon.

—¡No harás tal cosa! —masculló Gordon. Lo que menos deseaba era que un muchacho de dieciséis años resultara herido por proteger su quimera—. Utilizarás el sentido común, como te dije.

Johnny tragó saliva y asintió, pero Gordon no estaba en absoluto seguro de que lo entendiera. Por supuesto, probablemente el muchacho sólo tendría una excitante aventura, siguiendo los senderos del bosque hasta más allá de lo que ninguno de su aldea había viajado en una década, y volvería como un héroe con historias que contar. Quedaban todavía algunos supervivencialistas solitarios en esas colinas. Pero tan al norte de la región de Roguer River era de esperar que Johnny fuese a Culp Creek y regresara sin problemas.

Gordon casi había conseguido convencerse.

Suspiró y cogió al joven por el hombro.

—Tu región no necesita que mueras por ella, Johnny, sino que vivas y la sirvas en más de una ocasión. ¿Podrás recordar eso?

—Sí, señor. —El muchacho asintió con seriedad—. Comprendo.

Gordon se volvió para apagar las velas.

Johnny debía de haber estado rebuscando entre las ruinas de la vieja estafeta de Cottage Grove, porque, en el vestíbulo, Gordon observó que en el hombro de la camisa —de confección casera— lucía un llamativo distintivo del servicio de CORREOS de EE UU, que después de casi veinte años conservaba todavía intactos sus vivos colores.

—Ya tengo diez cartas de gente de Cottage Grove y las granjas cercanas

—dijo Johnny—. No creo que la mayoría conozcan a nadie en el este. Pero a pesar de todo están escribiendo porque les emociona, y tienen la esperanza de que alguien les conteste.

Así al menos su visita había logrado que la gente practicase un poco sus habilidades literarias. Eso valía la comida y el alojamiento de unas cuantas noches.

—¿Les has advertido que la ruta al este de Pine View todavía es lenta y no está en absoluto garantizada?

—Claro. No les importa.

Gordon sonrió.

—Está bien. De todos modos, una de las funciones principales del servicio postal ha sido siempre la de llevar la fantasía a todos los lugares.

El chico lo miró, perplejo. Pero él se puso la gorra y no dijo nada más.

Desde que abandonó las ruinas de Minnesota, hacía ya mucho tiempo, Gordon había visto pocos pueblos tan prósperos y aparentemente felices como Cottage Grove. Las granjas producían excedentes la mayoría de los años. La guardia estaba bien instruida y, a diferencia de la de Oakridge, no era represiva. A medida que se desvanecía la esperanza de encontrar una auténtica civilización Gordon había ido reduciendo poco a poco la dimensión de sus sueños hasta que un sitio como aquél llegó a parecerle casi un paraíso.

Era irónico que la misma ficción que lo había mantenido a salvo a través de las suspicaces aldeas de montaña le impidiera ahora permanecer allí. Porque para mantener su ilusión, tenía que seguir adelante.

Todos le creían. Y si la ilusión que creaba se derrumbaba ahora, incluso la buena gente de aquella aldea se volvería contra él.

El amurallado pueblo ocupaba un ángulo en el límite de lo que había sido Cottage Grove antes de la guerra. Su *pub* era un sótano amplio y acogedor con dos grandes chimeneas y una barra donde el amargo brebaje local era servido en altas jarras de arcilla.

El Alcalde, Peter von Kleek, estaba en un rincón apartado hablando con seriedad con Eric Stevens, el abuelo de Johnny y recién nombrado Jefe de Correos de Cottage Grove. Los dos hombres estaban ojeando una copia de las Regulaciones Federales de Gordon cuando Johnny y él entraron en el *pub*.

En Oakridge, Gordon había hecho varias veintenas de copias con un mimeógrafo manual que logró poner en funcionamiento en la vieja y desierta estafeta de Correos. Gran parte de sus pensamientos e inquietudes se

habían plasmado en esas circulares. Debían tener el sabor de la autenticidad, y al mismo tiempo no mostrar ninguna clara amenaza para los hombres importantes de la localidad ni darles motivos para temer a los míticos Estados Unidos Restablecidos de Gordon... o al mismo Gordon.

Hasta entonces aquellas hojas habían sido su más inspirado apoyo.

Peter von Kleek, hombre alto y de rostro inexpresivo, se puso en pie y estrechó su mano, señalándole un asiento. El encargado llegó presuroso con dos altas jarras de espesa cerveza negra. Estaba templada, desde luego, pero deliciosa, con sabor a pan integral de centeno. El Alcalde esperó, dando unas caladas a su pipa de arcilla, hasta que Gordon dejó la jarra sobre la mesa produciendo un leve chasquido con sus labios.

Von Kleek asintió ante el implícito cumplido. Pero siguió con el entrecejo fruncido. Tamborileó con los dedos sobre el papel que estaba ante él.

—Estas regulaciones no son muy detalladas, señor Inspector.

—Llámeme Gordon, por favor. Éstos son tiempos informales.

—Ah, sí. Gordon. Por favor, llámeme Peter. —El Alcalde estaba visiblemente incómodo.

—Bien, Peter —asintió Gordon—. El Gobierno Restablecido de Estados Unidos ha tenido que aprender varias duras lecciones. Una de ellas ha sido la inconveniencia de imponer una normativa rígida a poblaciones alejadas que tienen problemas que St. Paul City ni siquiera puede imaginar, y mucho menos regular. —Se lanzó a uno de sus discursos preparados—. Está la cuestión del dinero, por ejemplo. La mayoría de las comunidades dejaron de usarlo poco después de producirse los saqueos de los centros de productos de alimentación. Los sistemas de trueque son la norma, y generalmente funcionan bien, excepto cuando las prestaciones de servicios por deudas se convierten en una forma de esclavitud.

Eso era absolutamente cierto. En sus viajes, Gordon había visto distintos casos de servidumbre glebaria por todas partes. El dinero era una farsa.

—Las autoridades federales de St. Paul —continuó— han sometido a debate el antiguo sistema de circulación monetaria. Hay demasiados billetes y monedas para la economía rural.

»Sin embargo, estamos tratando de fomentar el comercio nacional. Para empezar, aceptamos los antiguos billetes de dos dólares como pago del franqueo de las cartas repartidas por el Correo de Estados Unidos. Nunca fueron demasiado abundantes y es imposible falsificarlos con la actual tecnología. Las monedas de plata anteriores a 1965 también se aceptan.

—¡Ya hemos recaudado más de cuarenta dólares! —exclamó Johnny Stevens—. La gente está buscando por todas partes esos viejos billetes y

monedas. Y han empezado a usarlos también para pagar deudas de trueques.

Gordon se encogió de hombros. Ya había comenzado. A veces las pequeñas cosas que añadía a su historia con el solo objeto de darle verosimilitud despegaban por sí mismas en formas que nunca había esperado. No le parecía que un poco de dinero puesto de nuevo en circulación, revalorizado por el mito de Estados Unidos Restablecidos, hiciese mucho daño a aquella gente.

Von Kleek asintió. Pasó al siguiente punto:

—Esta parte sobre la no «coacción» sin elecciones... —Dio unos golpecitos al papel—. Bueno, tenemos una especie de reuniones ciudadanas regulares, y los habitantes de las aldeas próximas participan cuando se trata algo importante. Pero, honradamente, no puedo afirmar que al jefe de la guardia o a mí nos eligieran por votación..., no fueron unas auténticas elecciones secretas como dice aquí. —Meneó la cabeza—. Y hemos tenido que tomar algunas decisiones un poco drásticas, en especial durante los primeros días. Espero que eso no se nos tome demasiado en cuenta, señor Inspec... Gordon. La verdad es que hemos estado actuando lo mejor que sabemos.

»Tenemos una escuela, por ejemplo. La mayor parte de los niños asisten después de la cosecha. Y podemos empezar a recuperar máquinas y a hacer votaciones como dice aquí... —Von Kleek quería conseguir su confianza; estaba tratando de captar su mirada. Pero Gordon alzó la jarra de cerveza para no encontrarse con sus ojos.

Una de las mayores ironías con que se había topado en sus viajes era precisamente este fenómeno: que aquellos que menos habían caído en el salvajismo eran quienes parecían más avergonzados de haberlo hecho.

Tosió para aclararse la garganta.

—Parece... me parece a mí que ustedes han estado realizando un trabajo bastante bueno aquí, Peter. De todas formas, el pasado no importa tanto como el futuro. No creo que tengan que preocuparse de que el Gobierno Federal interfiera en absoluto.

Von Kleek pareció aliviado. Gordon estaba seguro de que allí se celebrarían elecciones al cabo de unas semanas. Y los habitantes de la zona se merecerían lo que les ocurriera si no elegían como líder a alguien que no fuese aquel hombre adusto y sensible.

—Hay una cosa que me preocupa.

Fue Eric Stevens quien habló. El vivaz anciano había sido elegido inmediatamente por Gordon como Jefe de Correos. En primer lugar,

administraba el mercado local y era el hombre más culto de la aldea, pues poseía un título de grado medio de antes de la guerra.

Otra razón era que Stevens le había parecido el más suspicaz cuando llegó al pueblo, unos días atrás, proclamando una nueva era para Oregon bajo Estados Unidos Restablecidos. Nombrarlo Jefe de Correos era una forma de inducirlo a creer, aunque sólo fuera por su propio prestigio y beneficio.

También era probable que hiciera un buen trabajo. Al menos, mientras el mito durase.

El viejo Stevens hizo girar su jarra de cerveza sobre la mesa, dejando un ancho cerco oval.

—Lo que no acierto a comprender es por qué no ha venido nadie antes desde St. Paul. Desde luego, sé que para llegar hasta aquí hay que atravesar una infernal extensión de terreno en estado salvaje, casi todo a pie, según usted nos ha dicho. Pero lo que quiero saber es la razón de que no envíen a alguien en un aeroplano.

Se produjo un breve silencio en la mesa. Gordon se dio cuenta de que los aldeanos más próximos estaban escuchando.

—¡Demonios! —Johnny Stevens sacudió la cabeza azorado por la intervención de su abuelo—. ¿No te das cuenta de las consecuencias que tuvo la guerra? ¡Todos los aeroplanos y las máquinas complicadas quedaron destrozados por aquella cosa vibrante que hizo explotar todas las radios y aparatos similares al comienzo de la guerra! Después, no habrán encontrado a nadie que sepa cómo arreglarlos. ¡Y no habrá piezas de repuesto!

Gordon parpadeó ligeramente sorprendido. ¡El chico era bueno! Había nacido después de la caída de la civilización industrial, y aun así tenía cierto conocimiento de lo esencial.

Por supuesto, todo el mundo sabía que, aquel día mortal, los pulsos electromagnéticos producidos por las gigantescas bombas H que explotaron en el espacio habían destruido los ingenios electrónicos de todo el mundo. Pero la comprensión de Johnny llegaba hasta la interdependencia de una cultura maquinista.

Sin embargo, si el muchacho era brillante debía haberlo heredado de su abuelo. El viejo Stevens miró a Gordon con aire socarrón.

—¿Es eso cierto, Inspector? ¿No quedan máquinas ni repuestos?

Gordon sabía que aquella explicación no resistiría un análisis serio. Bendijo las horas pasadas tras salir de Oakridge, en aquellas maltrechas carreteras largas y tediosas horas en las cuales había ido confeccionando su historia hasta el mínimo detalle.

—No, no del todo. La radiación vibrante, las explosiones y la lluvia radiactiva destruyeron muchas. Los gérmenes y los tumultos del Invierno de los Tres Años mataron a mucha gente preparada. Pero ahora no tardarán mucho tiempo en poner en marcha algunas máquinas otra vez. Había aeroplanos preparados para volar en cuestión de días. Estados Unidos Restablecidos poseen veintenas de ellos, reparados, probados y en espera de volar. Pero no pueden despegar. Todos están en tierra, y lo estarán en los años venideros.

El viejo se mostró atónito.

—¿Por qué, Inspector?

—Por la misma razón por la que no podría captarse una emisora aun contando con una radio que funcionara. —Gordon hizo una pausa efectista—. A causa de los satélites láser.

Peter von Kleek dio un manotazo en la mesa.

—¡Hijos de perra! —exclamó.

Todas las cabezas de la estancia se volvieron hacia ellos.

Eric Stevens suspiró, dirigiendo a Gordon una mirada que tenía que ser de total aceptación... o de admiración por un mentiroso mejor que él.

—¿Qué... qué es un las...?

—Satélite láser —explicó el abuelo de Johnny—. Nosotros ganamos la guerra. —Bufó ante la famosa victoria casual que había sido anunciada a bombo y platillo semanas antes de que se iniciaran las revueltas—. Pero el enemigo debió de dejar algunos satélites espías en órbita. Programado para esperar durante meses o años; entonces, basta con que algo emita un pitido por radio o trate de volar y zas. —Hizo un contundente gesto de cortar el aire—. ¡No es de extrañar que nunca haya captado nada con mi receptor de galena!

Gordon asintió. La historia encajaba tan bien que incluso podía ser cierta. Eso esperaba. Porque podría explicar el silencio, y el espacio despoblado y vacío, sin que la civilización tuviera que estar totalmente ausente del mundo.

¿Y qué otra explicación había a los montones de chatarra que quedaban de tantas antenas que había visto en sus viajes?

—¿Qué hace el Gobierno al respecto? —preguntó Von Kleek con seriedad.

«Cuentos de hadas», pensó Gordon. Sus mentiras se irían haciendo más complicadas con sus desplazamientos hasta que al fin alguien las descubriera.

—Quedan algunos científicos. Esperamos encontrar instalaciones en California para construir y lanzar cohetes orbitales. —Dejó en suspenso lo

que eso significaba.

Los otros parecieron defraudados.

—Si hubiera algún medio para eliminar pronto los malditos satélites —dijo el Alcalde—. ¡Pensar que hay todas esas aeronaves situadas allí! ¿Pueden imaginarse lo sorprendido que quedaría el próximo grupo de asalto holnista del maldito Rogue River si descubriera que, nosotros, los granjeros, estábamos protegidos por la Fuerza Aérea de Estados Unidos y algunos A-10?

Emitió un ruido sibilante e hizo movimientos descendentes con las manos. Después imitó con bastante precisión el tableteo de una ametralladora. Gordon rió con los demás. Igual que si fueran muchachos, habían vivido brevemente una fantasía de rescate y poder para los buenos.

Otros hombres y mujeres se reunieron a su alrededor, ahora que el Alcalde y el Inspector de Correos habían concluido aparentemente sus asuntos. Alguien sacó una armónica. Pasaron una guitarra a Johnny Stevens y éste demostró estar bastante dotado. Pronto la gente comenzó a cantar impúdicas canciones populares y viejos estribillos publicitarios.

Se sentían contentos. La esperanza era densa como la templada y oscura cerveza, y sabía al menos igual de bien.

Estaba entrada la noche cuando lo oyó por primera vez. Al salir del lavabo de caballeros, agradecido porque Cottage Grove había conservado de alguna forma la instalación de tuberías de desagüe a presión, Gordon se paró de repente cerca de la escalera secundaria.

Había oído algo.

La gente estaba cantando junto a la chimenea... «Reunios alrededor y escuchad mi relato... el relato de un fatídico viaje...»

Gordon ladeó la cabeza. ¿Había imaginado aquel murmullo? Había sido leve, y la cabeza le zumbaba un poco a causa de la cerveza.

Pero tenía una extraña sensación en la nuca que se negaba a dejarlo marchar. Una intuición lo obligó a volverse y subir la escalera, un empinado tramo que ascendía hasta el edificio situado sobre *el pub* del sótano.

El estrecho pasaje estaba débilmente iluminado por una lámpara en el rellano de la mitad. Los felices y ebrios sonidos de la festiva canción se apagaron tras él mientras subía con lentitud, atento a los chirriantes escalones.

La escalera daba paso a un oscuro corredor. Escuchó inútilmente durante lo que le pareció largo tiempo. Después se volvió, achacándolo todo a una imaginación excesiva.

Entonces lo oyó de nuevo.

... una serie de ruidos tenues, espectrales, en el límite de lo audible. Los recuerdos que provocaban enviaron un estremecimiento a la espalda de Gordon. No lo había oído desde... desde hacía mucho, mucho tiempo.

Al final del polvoriento pasillo una débil luz delineaba el desvencijado marco de una puerta. Se aproximó con sigilo.

¡Blup!

Palpó el frío pomo metálico. No tenía polvo. Alguien ya estaba dentro.

Uaa, uaa...

La ausencia del peso de su revólver, que había dejado en su habitación de invitados en el supuestamente seguro Cottage Grove, le hizo sentirse medio desnudo al girar el pomo y abrir la puerta.

Unas polvorientas lonas embreadas cubrían cajas de embalar apiladas y repletas de cosas, había de todo, desde neumáticos a herramientas y muebles, un tesoro guardado por los aldeanos ante el incierto futuro. La fuente de aquella débil y oscilante luz procedía de detrás de una hilera de cajas. Se oían voces ahogadas, susurrando en apremiante excitación. Y ese ruido...

Blup. ¡Blup!

Gordon se deslizó junto a las pilas de mohosos cajones, que eran como inestables rocas de un viejo sedimento. Su tensión aumentaba mientras se iba acercando al final de la hilera. El fulgor se intensificaba. Era una luz fría, sin calor.

Una madera del entarimado crujió bajo su pie.

Cinco rostros, en profundo relieve debido a la extraña luz, se volvieron de repente. Gordon se quedó un instante sin aliento al ver que eran niños, que lo miraban aterrorizados, sobre todo porque lo habían reconocido. Tenían los ojos dilatados e inmóviles.

Pero no le preocupó nada de eso, únicamente un pequeño objeto cúbico que yacía sobre una alfombrilla ovalada en el centro del reducido aquelarre. Sus ojos no daban crédito a lo que estaba viendo. En la parte inferior había una hilera de botoncitos, y en el centro una pantalla plana y gris que emitía un brillo perlado.

Unas arañas de color rosa emergían de platillos volantes y descendían imperiosas por la pantalla, siguiendo un ritmo machacón. Si llegaban abajo sin oposición, berreaban triunfantes; luego, sus filas se rehacían y el asalto volvía a empezar.

Gordon tenía la garganta seca.

—¿Dónde...? —jadeó.

Los niños se levantaron. Uno de ellos balbuceó.

—¿Señor?

Gordon señaló.

—¿Dónde, en nombre de todo lo sagrado, habéis conseguido eso? — meneó la cabeza—. Y lo que es más importante... ¿dónde habéis conseguido las pilas?

Un niño se puso a gritar:

—Por favor, señor, no sabíamos que era malo. Timmy Smith nos dijo que era un juguete que los niños de antes *solían tener*. Los encontramos por todas partes, sólo que ya no funcionaban...

—¿Quién —insistió Gordon— es Timmy Smith?

—Un chico. Los últimos dos años su padre ha venido desde Creswell con una carreta para comerciar. Timmy nos cambió ésta por veinte viejas que habíamos encontrado y que no funcionaban.

Gordon recordó el mapa que había estado estudiando en su habitación aquella tarde. Creswell se hallaba un poco más al norte, no lejos de la ruta que había proyectado seguir hasta Eugene.

«¿Es posible?» La esperanza que albergó era demasiado ardiente y súbita para resultar placentera, o incluso aceptada.

—¿Dijo Timmy dónde había conseguido el juguete? —Trató de no intimidar a los niños, pero algo de su urgencia debía de haberse manifestado y se habían asustado.

Una niña lloriqueó.

—¡Dijo que lo había conseguido en *Cíclope*!

Entonces, en asustada confusión, los niños se fueron, desaparecieron por los pasillos del polvoriento almacén. Gordon de repente se quedó solo, quieto, observando a los diminutos invasores descender en el fulgor de la pequeña pantalla gris.

Crunch, crunch, crunch, marchaban.

El juego emitió un tono victorioso. Después, comenzó otra vez.

Eugene

El caballo resoplaba visiblemente mientras avanzaba con paso cansino bajo la densa llovizna, conducido por un hombre con un poncho impermeable. Su única carga era una silla de montar y dos abultadas sacas, cubiertas con un plástico para ser protegidas de la humedad.

La gris autopista interestatal relucía porque estaba mojada. Había charcos hondos, como pequeños lagos, en el hormigón. El polvo había invadido aquella autopista de cuatro carriles durante los años de sequía de la posguerra, y la hierba empezó a crecer cuando volvieron las antiguas lluvias del noroeste. Gran parte de ella era ahora una pradera, una plana incisión en las boscosas colinas que dominaban un agitado río.

Gordon alzó su impermeable formando como una carpa para consultar el mapa. Delante, a su derecha, se había formado un gran pantano donde los afluentes al sur y este del Willamette se unían antes de dirigirse al oeste entre Eugene y Springfield. Según el viejo mapa, más abajo había un moderno parque industrial. Ahora sólo unos pocos tejados viejos rompían la superficie cenagosa. Los carriles, aparcamientos y céspedes eran dominio de las aves acuáticas, que no parecían en absoluto disconformes con la humedad.

En Creswell le habían dicho que un poco más al norte del punto en que se encontraba la interestatal era intransitable. Tendría que atravesar la misma Eugene, encontrar un puente abierto sobre el río y volver después de alguna forma a la autopista de Coburg.

Los de Creswell le habían dado detalles poco precisos. Pocos viajeros habían efectuado ese recorrido desde la guerra.

«Está bien. Durante meses Eugene ha sido una de mis metas. Echaremos un vistazo a lo que queda de ella.»

Por poco tiempo. Ahora la ciudad sólo era un alto en el camino hacia un misterio más profundo que lo aguardaba más al norte.

La intemperie aún no había vencido a la interestatal. Aunque estaba cubierta de hierba y charcos, los únicos puentes hundidos que había pasado todavía mostraban evidentes señales de violencia. Cuando el hombre construía bien, al parecer, sólo el tiempo o el hombre mismo podían destruir su obras. «Y construyeron bien», pensó Gordon. Acaso futuras generaciones de americanos, cuando anduvieran por los bosques comiéndose unos a otros

creerían que eran creaciones de los dioses.

Meneó la cabeza. «La lluvia me ha deprimido.»

Pronto llegó ante un gran indicador, medio hundido en un charco. Gordon apartó los escombros esparcidos por allí y se arrodilló para examinar la oxidada placa, como un rastreador que estudiara una vieja huella en una senda del bosque.

—Avenida Treinta —leyó en voz alta.

Una ancha carretera penetraba en las colinas hacia el este, alejándose de la interestatal. Según el mapa, el sector comercial de Eugene estaba justo después de aquel frondoso camino ascendente.

Se levantó y dio una palmaditas a su animal de carga.

—Vamos, *Dobbin*. Mueve la cola y haz la señal de giro a la derecha, A partir de ahora hemos de dejar la autopista y seguir por calles pavimentadas. —El caballo resopló estoicamente cuando él dio un suave tirón de las riendas y lo condujo hacia la ladera que se desviaba al oeste.

Desde la cumbre de la colina una sutil neblina parecía suavizar de algún modo el desastroso aspecto de la ruinosa ciudad. Las lluvias se habían llevado hacía mucho las marcas del fuego. En las grietas del pavimento brotaban escuálidas plantas trepadoras, que cubrían muchos de los edificios, ocultando sus heridas.

La gente de Creswell le había advertido lo que le esperaba. Aun así, nunca era fácil entrar en una ciudad muerta. Descendió a las calles fantasmales, salpicadas de cristales rotos. En el pavimento mojado por la lluvia centelleaban los fragmentos de vidrieras de otra época.

En las calles de las zonas más bajas de la ciudad crecían alisos sobre cieno allí depositado cuando un río de lodo, procedente de las presas reventadas de Fall Creek y Lookout Point inundó la ciudad. El derrumbamiento de aquellos embalses había borrado la Ruta 58 al oeste de Oakridge, lo que obligó a Gordon a dar un gran rodeo hacia el sur y el oeste por Curtin, Cottage Grove y Creswell antes de enfilarse hacia el norte otra vez.

La devastación era casi absoluta. «Y sin embargo —pensó—, resistieron aquí. Según todas las referencias, casi lo lograron.»

En Creswell, entre las reuniones y celebraciones —la elección del nuevo Jefe de Correos y los excitantes proyectos para extender la nueva red postal al este y al oeste— los ciudadanos habían entretenido a Gordon con historias de la valiente lucha de Eugene. Le contaron cómo la ciudad había resistido durante cuatro largos años después de que la guerra y la epidemia la aislaran del resto del mundo. En una extraña alianza de la comunidad universitaria y animosos granjeros de la región, la capital había logrado

superar todas las amenazas... hasta que al final los grupos de bandidos acabaron con ella haciendo explotar a la vez todos los embalses de la meseta, cortando el suministro de energía eléctrica y agua sin contaminar.

La historia constituía ya una leyenda, casi como la caída de Troya. Y sin embargo los narradores no la habían contado con tristeza. Era como si ahora consideraran el desastre un revés temporal que verían superado.

Porque Creswell había sido un oasis de optimismo incluso antes de la llegada de Gordon. Su historia de unos «Estados Unidos Restablecidos» era la segunda dosis de buenas noticias para la ciudad en menos de tres meses.

El pasado invierno había llegado otro visitante. Procedía del norte, y era un tipo risueño que vestía túnica blanca y negra y repartió asombrosos regalos entre los niños; después se marchó, pronunciando el mágico nombre de *Cíclope*.

Cíclope, había dicho el forastero.

Cíclope volvería a poner las cosas en orden. *Cíclope* devolvería la comodidad y el progreso al mundo y redimiría a todos de los trabajos penosos y de la prolongada desesperanza, el legado de la guerra Fatal.

Lo único que la gente tenía que hacer era reunir toda la vieja maquinaria, en particular la electrónica. *Cíclope* recibiría sus donaciones de aparatos inútiles y estropeados, y quizás alguna pequeña cantidad de comida para mantener a sus voluntarios servidores. A cambio, *Cíclope* les daría cosas que funcionaran.

Los juguetes sólo eran muestras de lo que iba a llegar. Algún día se producirían verdaderos milagros.

Gordon había sido incapaz de sacar nada coherente de los habitantes de Creswell. Estaban demasiado alegres para ser completamente lógicos. La mitad suponía que estaban detrás de *Cíclope* sus «Estados Unidos Restablecidos», y la otra todo lo contrario. Pero era difícil que a alguien se le ocurriera que tal vez no tenían nada que ver, que eran, dos leyendas que se difundían y confluían en el desierto.

Gordon no se atrevió a desengañarlos, ni a hacer excesivas preguntas. Se había marchado tan aprisa como le fue posible, cargado con más cartas que nunca, decidido a seguir la historia hasta su origen.

Era casi mediodía cuando giró al norte en University Street. La suave lluvia no le resultaba molesta. Podía explorar Eugene un rato y llegar a Coburg al anochecer, donde se suponía la existencia de un poblado de rebuscadores. En algún lugar más al norte había un territorio desde el cual los seguidores de *Cíclope* estaban difundiendo el mensaje de su extraña redención.

Mientras paseaba tranquilamente ante los destrozados edificios, Gordon se preguntó si intentaría llevar hasta el norte su farsa del «cartero». Recordó las pequeñas arañas y los platillos volantes refulgiendo en la oscuridad y pensó que era muy difícil no conservar la esperanza.

Tal vez pudiera prescindir del engaño y encontrar algo real en lo que creer. Quizás por fin había alguien que luchaba contra la edad oscura.

Era una posibilidad demasiado atractiva para dejarla escapar, pero demasiado delicada para asirla con fuerza.

Las destrozadas fachadas de la ciudad desierta daban paso por último a la Avenida Dieciocho y al recinto de la Universidad de Oregón. La gran pista de atletismo estaba ahora ocupada por vástagos de álamos y alisos, algunos ya muy crecidos. Allí, cerca del viejo gimnasio, Gordon aminoró el paso; luego se detuvo en seco y mantuvo inmóvil al caballo.

El animal piafó y pateó el suelo mientras Gordon escuchaba.

En alguna parte, quizá no demasiado lejos, alguien estaba gritando.

El débil grito se intensificó y después se extinguió. Era una voz de mujer, empapada de dolor y de un miedo mortal. Gordon echó hacia atrás la cubierta de su pistolera y sacó el revólver. ¿Procedía del norte? ¿Del este?

Se internó en una semijungla entre los edificios universitarios, buscando apresuradamente un sitio para desmontar. Había tenido una temporada tranquila desde que abandonó Oakridge hacía meses, demasiado tranquila. Evidentemente había adquirido malos hábitos. Era un milagro que nadie le hubiera oído cuando paseaba por aquellas calles desiertas como si fuesen de su propiedad.

Guió el caballo a través de una puerta abierta en el lateral de un gimnasio bordeado de pizarra y ató al animal detrás de una tribuna de gradas. Gordon puso un montón de avena junto al animal, pero dejó la silla colocada y cinchada.

«¿Ahora qué? ¿Esperamos? ¿O lo comprobamos?»

Desenfundó el arco y el carcaj y preparó la cuerda. Bajo la lluvia, probablemente serían más eficaces, y desde luego más silenciosos, que la carabina o el revólver.

Escondió una de las abultadas sacas de correo en un tubo de ventilación. Mientras buscaba un lugar para esconder la otra, de pronto cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo.

Sonrió con ironía ante su estupidez y dejó la segunda saca en el suelo; luego se marchó para descubrir cuál era el problema.

Los ruidos procedían de un edificio de ladrillo situado justo enfrente, uno

de los que aún conservaban los cristales de sus grandes ventanas. Al parecer, los saqueadores habían pensado que el lugar no merecía que se tomaran la molestia.

Ahora Gordon oía tenues voces ahogadas, el apagado relincho de caballos y el crujido de unos arreos.

Al no ver ningún vigilante en los tejados o ventanas, cruzó precipitado el alto césped y subió un gran tramo de escalones de hormigón, pegándose contra una puerta al doblar la esquina del edificio. Respiraba con la boca abierta para no hacer ruido.

La puerta exhibía un viejo candado herrumbroso y una inscripción grabada en plástico.

**CENTRO EN MEMORIA DE
THEODORE STURGEON
Dedicado en mayo de 1989**

Horario de la Cafetería
de 11 a 2. 30
de 17 a 20

Las voces venían de dentro... aunque demasiado atenuadas para entender algo. Una escalera exterior ascendía varios pisos. Gordon retrocedió y vio una puerta entornada tres tramos más arriba.

Sabía que estaba volviendo a comportarse como un tonto. Ahora que había localizado el origen de los ruidos, debería ir a buscar su caballo y marcharse de allí lo antes posible.

Las voces parecieron enfurecerse. A través de la rendija de la puerta oyó asestar un golpe. El grito de dolor de una mujer fue seguido por la soez carcajada de un hombre.

Gordon exhaló un leve suspiro ante la flaqueza de su carácter que lo retenía allí, en lugar de escapar como haría cualquiera con un poco de cerebro, y subió la escalera de hormigón, procurando no hacer ruido.

La descomposición y el verdín cubrían la zona situada detrás de la puerta entreabierta. Pero a partir del cuarto piso, el Centro de Estudiantes parecía intacto. Milagrosamente, ninguno de los paneles de vidrio de la gran claraboya estaba roto, aunque el marco de cobre estaba cubierto por una pátina de cardenillo. Bajo la pálida luz del atrio bajaba en espiral una rampa

alfombrada que conectaba las plantas.

Gordon se internó con cautela en el edificio y tuvo la momentánea impresión de retroceder en el tiempo. Los saqueadores habían dejado intactas las oficinas de la asociación de estudiantes, con su característico desorden de papeles. Los tabloneros de anuncios estaban todavía llenos de ajados anuncios de acontecimientos deportivos, espectáculos de variedades y reuniones políticas.

Únicamente en el extremo opuesto había unas cuantas notas en rojo brillante relacionadas con la emergencia, la crisis final que había golpeado casi sin avisar y lo había precipitado todo hacia el fin. Por otra parte, el desorden era acogedor, radical, entusiasta...

Joven...

Gordon apresuró el paso y descendió por la rampa hacia el lugar de donde venían las voces.

La segunda planta estaba constituida por una galería abierta que rodeaba el vestíbulo principal. Gordon se agachó y recorrió a gatas el resto del camino.

En el lado norte del edificio, a la derecha, parte de un paramento de cristal de dos pisos había sido roto para hacer sitio a un par de carretas grandes. El aliento de los seis caballos, atados junto a la pared del oeste tras una hilera de oscuras máquinas tragaperras, parecía humo.

Fuera, en medio de los fragmentos de cristales, la lluvia formaba charcos de color rosa en torno a cuatro cuerpos que yacían despatarrados, derribados hacía poco por fuego de armas automáticas. Sólo una de las víctimas había logrado sacar una pistola durante la emboscada. Ésta se hallaba en uno de los charcos, a pocos centímetros de la mano inerte.

Las voces procedían de la izquierda, donde la galería formaba un recodo. Gordon gateó cautelosamente en aquella dirección y miró hacia la parte opuesta de la estancia en forma de L.

Quedaban varios espejos que llegaban hasta el techo en la pared oeste, que le permitieron tener una amplia vista del piso de abajo. En una gran chimenea que había entre los espejos crepitaba un fuego alimentado por muebles rotos.

Gordon se abrazó a la mohosa alfombra y sacó la cabeza lo suficiente para ver a cuatro hombres armados hasta los dientes discutiendo junto al fuego. Un quinto estaba repantigado en un sofá a la izquierda, apuntando descuidadamente con su rifle automático a un par de prisioneros: un niño de unos nueve años y una mujer joven.

Las marcas rojas que mostraba el rostro de ella eran las de una mano de

hombre. Su pelo castaño estaba desgredado y apretaba al niño contra sí, observando a sus captores cautamente. A ninguno de los dos prisioneros parecía quedarle fuerzas para llorar.

Todos los hombres barbudos iban vestidos con el traje de camuflaje de una sola pieza en verde, marrón y gris del ejército de antes de la guerra. Cada uno lucía uno o más pendientes de oro en el lóbulo de la oreja izquierda.

«Supervivencialistas.» Gordon sintió una oleada de repulsión.

Hacía tiempo, antes de la guerra, esa palabra había tenido varios significados, que abarcaban desde el sentido común y la formación de la conciencia comunitaria hasta la paranoia antisocial de las pistolas. Vistas así las cosas, quizás hasta él mismo podía ser denominado «supervivencialista». Pero la última connotación era la que se había impuesto, después de los tremendos estragos que había causado.

En todas partes adonde había llegado en sus viajes la gente compartía esta reacción. Los habitantes de casi todas las aldeas y campos arruinados maldecían más a aquellos forajidos por los terribles disturbios que condujeron a la Caída Final que al enemigo, cuyas bombas y gérmenes habían resultado tan destructivos durante la guerra de una Semana.

Y los peores habían sido los seguidores de Nathan Holn. «¡Ojalá se pudra en el infierno!»

¡Pero se suponía que ya no quedaban supervivencia-listas en el valle del Willamette! En Cottage Grove, le habían dicho que el último grupo importante fue expulsado hacia el sur de Roseburg hacía años, a los yermos del condado de Rogue River.

Entonces, ¿qué hacían allí aquellos demonios? Se aproximó un poco más y escuchó.

—No sé, Jefe Rayo. No creo que debamos profundizar en este asunto. Ya hemos tenido bastantes sorpresas con ese «Cíclope» que esta pájara dejó escapar antes de cerrar el pico. Yo digo que debemos volver a los botes de Site Bravo e informar de lo que hemos encontrado.

El que hablaba era un hombre calvo y bajo, de aspecto nervioso. Se calentaba las manos en el fuego, de espaldas a Gordon. Llevaba colgado al hombro un rifle de asalto SAW equipado con supresor de destello.

El hombre fornido a quien había llamado Jefe Rayo tenía una cicatriz que le iba de una oreja a la barbilla, semioculta por una barba negra con hebras grises. Sonrió, exhibiendo varias mellas en su dentadura.

—No te creerás realmente el cuento que nos ha largado la furcia, ¿verdad? Toda esa mierda de una computadora grande que habla. ¡Qué

tontería! ¡Nos lo ha dicho sólo para ganar tiempo!

—¿Ah, sí? ¿Entonces cómo explicas todo eso?

El sujeto bajo señaló hacia las carretas. Gordon vio reflejado en el espejo una esquina de la más próxima. Estaba cargada con cosas diversas, sin duda recogidas allí, en el recinto de la universidad. La carga parecía estar formada principalmente por equipamiento electrónico.

Ni herramientas de granja, ni vestidos o joyas, sino piezas electrónicas.

Era la primera vez que Gordon veía la carreta de un rebuscador llena de objetos semejantes. Lo que aquello significaba hizo que el pulso le latiera con fuerza en los oídos. A causa de la excitación, apenas se agachó a tiempo cuando el hombre bajo se volvió para coger algo de una mesa cercana.

—¿Y qué me dices de esto? —preguntó. En su mano había un juguete, un pequeño videojuego como el que Gordon había visto en Cottage Grove.

Las luces parpadearon y la cajita emitió una estridente y alegre melodía. El Jefe Rayo la miró durante un largo momento. Finalmente se encogió de hombros.

—No significa nada.

Otro de los asaltantes dijo:

—Estoy de acuerdo con Pequeño Jim...

—¡Cállate Cinco Azules! —espetó el hombre fornido—. ¡Manten la disciplina!

—Bien —asintió el tercero, aparentemente impasible ante la reprimenda—. Pero estoy de acuerdo. Creo que debemos informar de esto al Coronel Bezoar y al General. Podría afectar a la invasión. ¿Qué pasará si los granjeros obtienen alta tecnología al norte de aquí? Podríamos acabar corriendo delante de láseres de alto rendimiento o algo por el estilo... ¡especialmente si consiguen que algún cacharro de las Fuerzas Aéreas o de la Marina funcione de nuevo!

—Razón de más para continuar este reconocimiento —espetó el jefe—. Tenemos que averiguar más cosas sobre este *Cíclope*.

—Pero ya has visto cuánto nos ha costado que la mujer nos contase lo que sabemos. Y no podemos dejarla aquí mientras proseguimos el reconocimiento. Si volviéramos podríamos ponerla en uno de los botes y...

—¡Olvídate de esa maldita mujer! Acabaremos con ella esta noche. Con el chico también. Has estado demasiado tiempo en las montañas, Cinco Azules. Estos valles están llenos de buenas pájaras. No podemos arriesgarnos a que ésta arme jaleo, y está claro que no podemos llevárnosla para efectuar un reconocimiento.

La discusión no sorprendió a Gordon. Por toda la región, dondequiera que habían logrado establecerse, estos locos de posguerra se habían dedicado a robar mujeres, además de alimentos y esclavos. Tras los primeros años de matanzas, la mayoría de los asentamientos holnistas se habían encontrado con proporciones increíblemente elevadas macho-hembra. Ahora, las mujeres eran valiosos bienes en las disolutas y machistas sociedades supervivencialistas.

No era extraño que algunos de aquellos hombres quisieran llevarse a aquélla. Gordon pensó que podría ser bastante bonita, si se curaba y la expresión de terror abandonaba alguna vez sus ojos.

El chico al que abrazaba observaba a los hombres con feroz cólera.

Gordon supuso que las bandas de Rogue River se habían organizado al fin, quizá al mando de un líder carismático. Al parecer tenían previsto efectuar una invasión por mar, esquivando así las defensas de Roseville y Camas Valley, donde los granjeros habían logrado rechazar sus repetidos intentos de conquista.

Era un plan audaz, y bien podía significar el fin de la vacilante civilización que quedaba en Willamette Valley.

Hasta ese momento, Gordon se había estado diciendo que podía mantenerse al margen de este asunto. Pero los últimos diecisiete años hacía mucho que habían obligado casi a todos los seres vivos a tomar partido en esta lucha en concreto. Aldeas rivales, con las más agrias pependencias, interrumpirían sus disputas y se unirían para hacer frente a bandas como aquélla. La sola visión de los uniformes de camuflaje procedentes de los suministros del ejército y los pendientes de oro suscitaba una reacción similar en casi todas partes, semejante a la repulsión que la gente siente ante los buitres. Gordon no podía abandonar el lugar sin intentar al menos hallar un modo de hacer daño a aquellos hombres.

En un momento en que la lluvia cesó, dos hombres salieron y se pusieron a desnudar los cuerpos, a mutilarlos y a tomar horribles trofeos. Cuando empezó a llover de nuevo, los incursos desviaron su atención hacia las carretas, revolviendo en ellas en busca de cualquier cosa de valor. De sus maldiciones se deducía que no habían logrado lo que deseaban. Gordon oyó como aplastaban bajo sus botas piezas electrónicas delicadas e insustituibles.

Sólo el que custodiaba a los prisioneros permanecía aún a la vista, de espaldas a Gordon y a la pared de los espejos, limpiando su arma descuidadamente. Gordon, pese a su deseo de actuar menos como un loco, se sintió impulsado a aprovechar la oportunidad. Alzó la cabeza por encima

del nivel del suelo y levantó la mano. El movimiento hizo que la mujer mirase hacia arriba. Sus ojos se dilataron por la sorpresa.

Gordon se llevó un dedo a los labios, rogando para que ella entendiera que aquellos hombres eran también sus enemigos. La mujer parpadeó, y por un momento él temió que hablara. Ella lanzó una rápida mirada al guardián, que seguía ocupándose de su arma.

Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los de Gordon, asintió levemente. El hizo un gesto de aprobación alzando los pulgares y se apartó de la galería.

En cuanto pudo, sacó la cantimplora y bebió un largo trago, pues tenía la boca seca como una piedra. Encontró una oficina en la que no había demasiado polvo —sin duda no podía permitirse estornudar— y comió un trozo de ternera de Creswell mientras se disponía a esperar.

Su oportunidad llegó poco antes del crepúsculo. Tres de los incursores salieron de patrulla. El llamado Pequeño Jim se quedó para asar en la chimenea una pata de ciervo cortada desastrosamente. Un holnista de cara sombría con tres pendientes de oro custodiaba a los prisioneros, mirando a la joven mientras sacaba punta con lentitud a un trozo de madera. Gordon se preguntó cuánto tardaría la lujuria del guardián en superar su miedo a la ira del jefe. Era obvio que se estaba armando de valor.

Gordon tenía el arco preparado con una flecha dispuesta y dos más sobre la alfombra, ante él. Su pistolera estaba abierta y el percutor de la pistola descansaba sobre un sexto cartucho. Lo único que podía hacer era esperar.

El guardián soltó la navaja y se puso en pie. La mujer abrazó al chico y desvió la mirada cuando el hombre se le acercó.

—A Uno Azul no le va a gustar —le advirtió en voz baja el bandido que estaba junto al fuego.

El guardián se irguió ante la mujer. Ella trató de no amilanarse, pero tembló cuando el hombre le acarició el cabello. Los ojos del muchacho chispeaban de rabia.

—Uno Azul ha dicho que nos la tiraremos después, por turnos. No veo por qué yo no puedo ser el primero. Quizá incluso le haga hablar de *Cíclope*. ¿Qué te parece, nena? —La miró con lascivia—. Si una paliza no te ha hecho soltar la lengua, yo sé lo que te va a domar.

—¿Y el chico? —preguntó Pequeño Jim.

El guardián se encogió de hombros con despreocupación.

—¿Qué pasa con él?

De repente, un cuchillo de caza apareció en su mano derecha. Con la

izquierda cogió al niño por el pelo y lo arrancó de los brazos de la mujer. Ella lanzó un grito.

En aquel momento decisivo, Gordon actuó completamente por reflejo; no había tiempo para pensar. Aun así, no hizo lo obvio, sino lo necesario. En lugar de disparar contra el hombre del cuchillo, alzó el arco y envió una flecha al pecho de Pequeño Jim.

El menudo supervivencialista saltó hacia atrás y miró la saeta con vaga sorpresa. Cayó al suelo balbuceando.

Gordon colocó otra flecha con gran rapidez y se volvió a tiempo de ver al otro supervivencialista apartando el cuchillo del hombro de la joven. Ella debía de haberse interpuesto entre el niño y el agresor, para bloquear el golpe con su cuerpo. El muchacho yacía aturdido en un rincón.

Gravemente herida, la mujer todavía arañaba a su enemigo con las uñas, con lo que, por desgracia, impedía que Gordon efectuara un disparo preciso. Al principio el sorprendido criminal forcejeó, maldiciendo y tratando de agarrarle las muñecas. Al fin, logró tirarla al suelo. Encolerizado por el dolor de los arañazos, y ajeno a la muerte de su compañero, el holnista sonrió y empuñó el cuchillo para rematar su trabajo. Dio un paso hacia la mujer herida y jadeante.

En ese momento la flecha de Gordon atravesó el tejido de su ropa de camuflaje, causándole un largo corte superficial en la espalda, que empezó a sangrar. La saeta se hundió en el sofá y vibró, silbando.

A pesar de todos sus repugnantes atributos, los supervivencialistas eran probablemente los mejores luchadores del mundo. Confuso, antes de que Gordon pudiera coger la última flecha, el hombre se echó a un lado y rodó con su rifle de asalto. Gordon retrocedió cuando una rápida y certera ráfaga de disparos alcanzó la balaustrada y rebotó en los objetos de hierro situados donde él se encontraba un momento antes.

El rifle estaba provisto de silenciador, lo que obligó al incursor a disparar en semiautomático; pero las sibilantes balas resonaron en torno a Gordon mientras él rodaba sobre sí mismo y sacaba el revólver. Se deslizó hasta otra parte de la galería.

El tipo de abajo tenía buen oído. Otra rápida ráfaga hizo saltar astillas a pocos centímetros del rostro de Gordon cuando volvió a agacharse, apenas a tiempo.

Se hizo el silencio, excepto por el pulso de Gordon que retumbaba como un trueno en sus oídos.

«¿Y ahora qué?», se preguntó.

De pronto se oyó un fuerte grito. Gordon levantó la cabeza y captó un

confuso movimiento reflejado en el espejo... ¡Aquella mujer menuda estaba cargando contra un enemigo mucho mayor que ella con una silla levantada sobre su cabeza!

El supervivencialista se giró en redondo y disparó. Del pecho de la joven rebuscadora brotaron unas rojas manchas y se desplomó en el suelo; la silla rodó a los pies del supervivencialista.

Gordon tal vez oyó el clic cuando se vació la recámara del rifle. O tal vez sólo se trataba de una suposición. Fuera lo que fuese, se puso en pie de un salto, sin pensar, con los brazos extendidos, y apretó el gatillo del 38 una y otra vez, disparando hasta que el percutor golpeó cinco veces en cámaras vacías y humeantes.

Su oponente permaneció en pie, a punto de colocar un cargador nuevo que sostenía en la mano izquierda. Pero unas manchas oscuras habían empezado a extenderse por el uniforme de camuflaje. Con expresión de asombro, más que de otra cosa, su mirada se cruzó con la de Gordon por encima del humeante cañón de la pistola.

El rifle de asalto se inclinó y cayó con estrépito de los dedos flácidos, y después el supervivencialista se desplomó en el suelo.

Gordon corrió escaleras abajo, saltando por encima de la barandilla cuando llegó al final. Primero se detuvo junto a los dos hombres y se cercioró de que estaban muertos. Después se precipitó hacia la joven, que estaba gravemente herida.

Cuando él le alzó la cabeza, la mujer logró decir:

—¿Quién...?

—No hables —le dijo Gordon, y le enjugó un hilillo de sangre de la comisura de los labios.

Los ojos de la mujer, con las pupilas muy dilatadas, pavorosamente alerta en el umbral de la muerte, recorrieron el rostro de Gordon, su uniforme, la frase SERVICIO POSTAL DE EE UU RESTABLECIDOS bordada en el bolsillo de su camisa. Y expresaron asombro y deseos de saber.

«Deja que lo crea —se dijo Gordon—. Se está muriendo. Déjale creer que es cierto.»

Pero no tuvo fuerzas para hablar, para contar las mentiras que con tanta frecuencia había contado y que le habían permitido llegar hasta tan lejos durante tantos meses. Esta vez no pudo repetir las.

—Soy sólo un viajero, señorita. —Meneó la cabeza—. Sólo soy... soy un ciudadano que trata de ayudar.

Ella asintió, al parecer sólo un poco decepcionada, como si aquello en sí mismo fuera un milagro sin importancia.

—Norte... —jadeó—. Coja al muchacho... Advierta... advierta a *Cíclope*...

Gordon percibió en esa última palabra, pese a que la pronunció exhalando su último suspiro, reverencia, lealtad y una absoluta fe en la redención final... todo ello en nombre de una máquina.

«*Cíclope*», pensó aturdido mientras dejaba el cuerpo en el suelo. Ahora tenía una razón más para seguir la leyenda hasta su origen.

No había tiempo para enterrarla. El rifle del bandido tenía silenciador, pero el 38 de Gordon había resonado como un trueno. Los otros bandidos seguramente lo habrían oído. Sólo disponía de unos instantes para recoger al chico y largarse de allí.

Pero a pocos metros había caballos que robar. Y al norte se hallaba algo que aquella valiente mujer había creído lo bastante importante como para morir por ello.

«Si fuese cierto», pensó Gordon mientras cogía el rifle y la munición de su enemigo.

Abandonaría su farsa del cartero sin pensárselo si descubriera que alguien, en algún lugar, había asumido la responsabilidad y trataba de hacer algo respecto a la edad oscura. Él le ofrecería su fidelidad, su ayuda, por exigua que pudiera ser.

Incluso a una computadora gigante.

Se oyeron gritos a lo lejos... que se aproximaban con rapidez.

Se volvió al niño, que ahora lo miraba con los ojos muy abiertos, desde un rincón de la habitación.

—Vamos —dijo Gordon tendiéndole la mano—. Será mejor que cabalguemos.

Harrisburg

Sujetando al chico en la silla delante de él, Gordon se alejó de la espantosa escena con tanta rapidez como le permitía su montura robada. Al mirar hacia atrás, vio unas figuras que se precipitaban hacia ellos a pie. Uno de los malhechores apoyó una rodilla en el suelo para apuntarles con precisión.

Gordon se inclinó hacia adelante, agitó las riendas y espoleó al caballo. El animal relinchó y dobló la esquina de un almacén saqueado en el instante en que las veloces balas penetraban en el granito que dejaron atrás. Las esquirlas de piedra volaron silbando por la Sexta Avenida.

Se había estado felicitando a sí mismo por haber dispersado a los otros caballos antes de salir al galope. ¡Pero en este último instante, al mirar atrás, Gordon había visto llegar a un bandido montado en su propio caballo!

Por un momento sintió un miedo irracional. Si tenían su caballo también podían haber cogido o destruido las sacas de correo.

Desechó la irrelevante idea y desvió precipitadamente su montura hacia una calle lateral. ¡Al diablo con las cartas! Al fin y al cabo sólo eran parte de un disfraz. Lo único que importaba era que los persiguiera sólo uno de los supervivencialistas. Eso equilibraría las fuerzas.

Casi.

Hizo chasquear las riendas y clavó las espuelas, poniendo la montura a galope tendido por una de las silenciosas calles vacías del centro comercial de Eugene. Oyó el resonar de otros cascos demasiado cerca. Sin molestarse en mirar atrás, torció por un callejón. El caballo cabrió ante un montón de cristales rotos; luego aceleró por la calle siguiente, a través de una vía de servicio y por otro callejón lleno de trastos.

Gordon dirigió al animal hacia un destello de verdor, cruzando a medio galope una plaza despejada, y se metió detrás de un grupo de robles en un pequeño parque.

Gordon oyó un rugido en el aire. Al cabo de un instante, se dio cuenta de que se trataba de su propia respiración y pulso.

—¿Estás... estás bien? —resolló, mirando al chico.

El niño de nueve años tragó saliva y asintió, sin gastar aliento en palabras. Había estado aterrorizado y presenciado cosas horribles, pero tenía el buen juicio de quedarse quieto, con sus ojos castaños fijos en

Gordon.

Gordon se irguió en la silla y escudriñó por entre la maleza urbana de diecisiete años. Por el momento al menos, parecían haber despistado a su perseguidor.

Por supuesto, el tipo podía estar a menos de cincuenta metros, observando en silencio a su vez.

A Gordon le temblaban los dedos, pero logró sacar el 38 vacío de la pistolera y cargarlo mientras intentaba pensar.

Si sólo tenía que enfrentarse a un jinete, lo mejor que podían hacer era permanecer allí y esperar. Dejar que el bandido los buscara y que la búsqueda lo alejara.

Por desgracia, los otros holnistas los alcanzarían pronto. Probablemente sería mejor arriesgarse a hacer un poco de ruido ahora que permitir que aquellos expertos rastreadores y cazadores de la región de Rogue River se reunieran y organizaran una auténtica búsqueda en el área local.

Acarició el cuello del caballo, dejando que el animal descansara un poco más.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al chico.

—Mark —pestañeó.

—Yo me llamo Gordon. ¿Era tu hermana la chica que nos salvó la vida junto a la chimenea?

Mark denegó con la cabeza. Era un hijo de la edad oscura, guardaría las lágrimas para más tarde.

—No, señor..., era mi madre.

Gordon se sorprendió. En aquellos días no era frecuente que las mujeres parecieran tan jóvenes después de tener hijos. La madre de Mark debía de haber vivido en unas condiciones excepcionales. Una pista más de los sucesos misteriosos que se producían en el norte de Oregón.

La luz menguaba con rapidez. Gordon seguía sin oír nada y puso el caballo en movimiento una vez más, guiándolo con las rodillas y dejándolo escoger el suelo blando donde lo había. Mantuvo una atenta vigilancia, parándose a escuchar con frecuencia.

Minutos después oyeron un grito. El niño se puso tenso. Pero su origen debía de estar a varias manzanas de distancia. Gordon avanzó en dirección contraria, pensando en los puentes del río Willamette situados en el extremo norte de la ciudad.

El largo crepúsculo terminó antes de que llegaran al puente de la Ruta 105. Las nubes habían cesado de gotear pero aún derramaban una oscura melancolía sobre las ruinas circundantes que negaba incluso la luz de las

estrellas. Gordon miró con fijeza, tratando de traspasar la oscuridad. En el sur se decía que el puente aún era transitable, y no había ninguna señal evidente de emboscada.

Sin embargo, podía haber cualquier cosa oculta en aquella masa de oscuras jácenas, incluso un experimentado bandido con un rifle.

Gordon meneó la cabeza. No había conservado su vida hasta entonces para correr tan estúpidos riesgos. No si había alternativas. Hubiera deseado tomar la vieja interestatal, la ruta directa a Corvallis y el misterioso dominio de *Cíclope*, pero había otros caminos. Hizo que el caballo diera la vuelta y se dirigió al oeste, lejos de las oscuras e imponentes torres.

Después se puso a cabalgar apresurado por tortuosas calles secundarias. En varias ocasiones estuvo a punto de perderse y le costó encontrar el camino. Al fin, llegó a la vieja Autopista 99 guiado por el ruido de una corriente de agua.

Allí el puente era una estructura plana, abierta y aparentemente despejada. En cualquier caso, ya no conocía más caminos. Se inclinó sobre el chico, cruzó el puente al galope y siguió galopando hasta estar seguro de que cualquier perseguidor había quedado muy atrás.

Después, desmontó y condujo el caballo de las riendas durante un rato, dejando que el cansado animal recobrase el aliento.

Cuando volvió a montar, el joven Mark se había dormido. Gordon extendió su poncho para que los cubriese a ambos y siguieron la marcha hacia el norte, buscando una luz.

Aproximadamente una hora antes del alba llegaron a la aldea amurallada de Harrisburg.

Las historias que Gordon había oído sobre el próspero norte de Oregón se habían quedado cortas. Daba la impresión de que la villa había estado en paz mucho, muchísimo tiempo. Una tupida maleza cubría la zona de cortafuego a todo lo largo del muro, y no había guardianes en los puestos de observación. Gordon hubo de gritar durante cinco minutos hasta que abrieron la puerta.

—Quiero hablar con tus jefes —dijo bajo el porche cubierto del almacén general—. Hay un peligro peor que los que han corrido durante años.

Les describió el grupo de rebuscadores emboscados, la banda de hombres perversos y su misión de explorar el tranquilo norte de Willamette para saquearlo. El tiempo era esencial. Tenían que actuar enseguida y destruir a los holnistas antes de que cumplieran su misión.

Pero para su disgusto, parecía que a los aldeanos de ojos somnolientos

les costaba creer su relato y eran aún más reacios a salir con tiempo lluvioso. Miraron a Gordon con suspicacia y movieron la cabeza con hosquedad cuando insistió en que tomaran una decisión.

El joven Mark estaba agotado por la fatiga y no resultaba un testigo idóneo para corroborar su historia. Los lugareños obviamente preferían creer que exageraba. Varios hombres opinaron que debía de haberse topado con algunos bandidos del sur de Eugene, donde *Cíclope* tenía aún poca influencia. Al fin y al cabo, nadie había visto holnistas por los alrededores desde hacía muchos años. Y se suponía que se habían matado unos a otros.

Le dieron unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda y comenzaron a dispersarse hacia sus casas. El encargado del almacén le dijo que podía pasar la noche allí.

«Me cuesta creer que esto esté ocurriendo. ¿No se dan cuenta esos idiotas de que sus vidas están en peligro? ¡Si el grupo de exploración se sale con la suya, esos bárbaros volverán con refuerzos!»

—Escuchen... —Lo volvió a intentar, pero su hosca obstinación rural era impermeable a la lógica. Uno a uno se marcharon.

Desesperado, exhausto y colérico, Gordon se echó hacia atrás el poncho y dejó al descubierto el uniforme de Inspector de correos. Furioso, les gritó:

—No parecéis entender. No os estoy pidiendo ayuda. ¿Creéis que me importa algo vuestra estúpida y pequeña aldea? Sólo una cosa me importa. ¡Esos sujetos tienen dos sacas de correo que han robado a la gente de Estados Unidos, y yo os ordeno, por mi autoridad de Funcionario federal, que reunáis un grupo armado y colaboréis en su recuperación!

Gordon había representado mucho aquel papel en los meses anteriores, pero nunca se había atrevido a adoptar una postura tan arrogante. Se dejó llevar por ella. Cuando uno de los asombrados aldeanos empezó a tartamudear, lo cortó en seco con voz trémula de indignación y les habló de la ira que se desataría cuando la nación restablecida tuviera noticia de esta ignominia, de cómo una estúpida y pequeña aldea se agazapó tras sus muros y permitió que se escaparan los enemigos declarados de su país.

Entrecerró los ojos y añadió lentamente:

—¡Ignorantes patanes, tenéis diez minutos para organizar vuestra milicia y estar listos para cabalgar, de lo contrario, os lo advierto, las consecuencias serán mucho más desagradables para todos que una forzada marcha bajo la lluvia!

Los aldeanos parpadearon perplejos. La mayoría no se movió, pero le miraban el uniforme y la vistosa insignia de la gorra. Podían tratar de hacer caso omiso del verdadero peligro que les amenazaba, pero aquella fantástica

historia había que tragársela entera o no tragarla en absoluto.

Durante un largo instante la escena se mantuvo intacta, y Gordon los miró desde su altura hasta que se quebró la inmovilidad.

Todos se echaron a gritar a la vez y corrieron a reunir armas. Las mujeres se apresuraron a preparar caballos y pertrechos. Dejaron allí a Gordon, con el poncho ondeando tras él como una capa al viento, maldiciendo en silencio mientras la guardia de Harrisburg se reunía a su alrededor.

«¿Qué, en nombre de Dios, se ha apoderado de mí?», se preguntó al fin.

Quizá su papel estaba empezando a afectarle. Durante aquellos tensos instantes, mientras se enfrentaba a toda una aldea se había creído totalmente lo que decía. Había sentido el poder de su personaje, la potente ira de un servidor del pueblo, a quien unos hombres sin importancia impiden la realización de una importante tarea.

El episodio lo dejó tembloroso y poco seguro de su equilibrio mental.

Una cosa estaba clara. Había esperado abandonar la farsa del cartero cuando llegara al norte de Oregón; pero ya no era posible. La ficción lo había atrapado, para bien o para mal.

Todo estuvo listo en un cuarto de hora. Dejó al niño al cuidado de una familia del lugar y partió con el grupo bajo una fina lluvia.

Ahora pudo cabalgar más deprisa, a la luz del día y con monturas descansadas. Gordon comprobó que enviaban exploradores y gente a los flancos para prevenir una emboscada y mantuvo al grupo principal dividido en tres patrullas separadas. Cuando al fin llegaron al recinto de la Universidad de Oregón, la milicia desmontó para reunirse en el Centro de Estudiantes.

Aunque el número de lugareños era superior al de supervivencialistas en una proporción de al menos ocho a uno, Gordon calculó que las posibilidades estaban igualadas. Sobresaltándose ante cada ruido mientras los torpes granjeros se aproximaban al lugar de la masacre, escudriñaba con nerviosismo los tejados y ventanas.

«Oí decir que los del sur detuvieron a los holnistas sólo con valor y determinación. Allí han conseguido algún líder legendario, que ha derrotado a los supervivencialistas tres veces de cada cuatro. Ésa debe de ser la razón por la que estos bastardos están intentando llevar a cabo una incursión por la costa. Aquí las cosas son diferentes.

»Si esa invasión llega a producirse realmente, estos lugareños no tienen la menor posibilidad.»

Cuando irrumpieron en el Centro de Estudiantes los invasores hacía tiempo que se habían ido. La chimenea estaba fría. Las huellas en la calle

fangosa conducían al oeste, hacia los pasos costeros y el mar.

En la antigua cafetería hallaron a las víctimas de la masacre. Les habían arrancado las orejas y otras partes como trofeos. Los aldeanos contemplaron los estragos causados por los rifles automáticos, desempolvando desagradables recuerdos de los primeros tiempos.

Gordon tuvo que recordarles que los sepultaran juntos.

Fue una mañana frustrante. No había manera de demostrarles quiénes habían sido los bandidos. No sin perseguirlos. Y él no deseaba hacerlo con aquel grupo de granjeros mal dispuestos. Querían volver ya a casa, a su alta y segura empalizada. Suspirando, Gordon insistió en que hiciesen otra parada más.

En el húmedo y ruinoso gimnasio universitario encontró sus sacas de correo. Una estaba intacta en el lugar donde la había escondido, y la otra abierta, con las cartas esparcidas por el suelo y pisoteadas.

Gordon hizo la representación de un acceso de furia en beneficio de los aldeanos, que se apresuraron a ayudarlo gustosamente a recoger y guardar las cartas. Desempeñó el papel del Inspector de Correos ofendido hasta el final, clamando venganza contra aquellos que se habían atrevido a interferir en su función.

Pero esta vez realmente sólo fue una actuación. En su interior, lo único que le importaba en aquellos momentos era lo hambriento y cansado que se sentía. Cansado de todo.

El lento y pesado viaje de regreso a caballo bajo una helada niebla fue un verdadero infierno. Pero la ordalía continuó en Harrisburg. Allí tuvo que pasar por todas las etapas otra vez... repartir unas cuantas cartas que había reunido en los pueblos al sur de Eugene... escuchar el lacrimoso júbilo de una pareja de afortunados que supieron de un familiar o amigo dado por muerto... nombrar un Jefe de Correos local... soportar otra estúpida celebración.

Al día siguiente despertó entumecido, dolorido y un poco febril. Sus sueños habían sido atroces, terminando todos con una interrogativa y esperanzada mirada de los ojos de una mujer agonizante.

Los aldeanos no le convencerían de que se quedase ni una hora más. Ensiló un caballo descansado, afianzó las sacas de correo y partió hacia el norte inmediatamente después del desayuno.

Al fin había llegado la hora de visitar a *Cíclope*.

5

Corvallis

18 de mayo, 2011

Ruta de transmisión: Shedd, Harrisburg, Creswell, Cottage Grove, Culp Creek, Oakridge, Pine View.

Querida Sra. Thompson:

Sus primeras tres cartas dieron finalmente conmigo en Shedd, al sur de Corvallis. No puedo expresarle cuánto me alegré de recibirlas. Y también de las noticias de Abby y Michael. Estoy muy contento por ambos, y espero que sea una niña.

Observo que ha extendido su ruta de correo local para incluir Gilchrist, Nueva Bend y Redmond. Acompaño certificados provisionales para los jefes de correos que recomendó, para que posteriormente sean confirmados. Su iniciativa es digna de aplauso.

La noticia de un cambio de régimen en Oakridge ha sido satisfactoria para mí. Espero que su revolución perdure.

Reinaba la quietud en la acristalada habitación de invitados mientras la pluma estilográfica plateada rascaba el papel un poco amarillento. A través de la ventana abierta, por la que penetraba la luz de una pálida luna que brillaba entre las nubes nocturnas, Gordon oía a lo lejos la música y las risas procedentes de la fiesta que había abandonado momentos antes, alegando cansancio. Ya estaba acostumbrado a aquellas ruidosas festividades del primer día cuando los habitantes del lugar se desbordaban para el «Hombre del Gobierno» que les visitaba. La mayor diferencia que apreciaba allí era que no había visto a tanta gente en su sitio desde los asaltos a los centros de productos alimenticios hacía mucho, mucho tiempo.

La música existe aún sobre la tierra: con la Caída, la gente de todas partes había vuelto al violín y al banjo, a las diversiones sencillas y a los bailes de figuras. En muchos sentidos todo esto resultaba muy familiar.

«Pero también hay diferencias.»

Gordon hizo girar la estilográfica en sus dedos y tocó las cartas de sus amigos de Pine View. Como habían llegado en el momento oportuno, habían contribuido en gran medida a probar su buena fe. El mensajero postal del sur de Willamette, a quien el mismo Gordon había nombrado hacía sólo dos semanas, apareció sobre un resoplante caballo y rechazó incluso un vaso de agua hasta que informó «al Inspector».

La disciplinada conducta del joven disolvió todas las dudas que los aldeanos pudieran haber tenido. El cuento de hadas de Gordon aún funcionaba.

Al menos por ahora.

Gordon volvió a coger la pluma y escribió:

Habría recibido ya mi aviso de una posible invasión de los supervivencialistas de Rogue River. Sé que tomará las medidas oportunas para la defensa de Pine View. Sin embargo, aquí bajo el extraño dominio de *Cíclope* me es difícil lograr que alguien se tome en serio el asunto. En comparación con otros lugares, aquí se ha gozado de paz durante mucho tiempo. Me tratan bien, pero parecen creer que exagero el nesgo.

Mañana, al fin, tendré mi entrevista. Quizá pueda convencer a *Cíclope* de la existencia del peligro.

Sería triste que esta extraña y pequeña sociedad gobernada por una máquina sucumbiera ante los bárbaros. Es lo más maravilloso que he visto desde que salí del civilizado este.

Gordon corrigió la observación mentalmente. La baja Willamette era la zona más civilizada que había encontrado en quince años, punto. Era un milagro de paz y prosperidad, en apariencia logrado en su totalidad por una computadora inteligente y sus consagrados servidores humanos.

Cuando la lámpara del escritorio fluctuó Gordon dejó de escribir y alzó la mirada. Bajo una pantalla de algodón estampado, la bombilla incandescente de cuarenta vatios parpadeó una vez más; luego se estabilizó cuando los generadores recuperaron su potencia dos edificios más allá. La luz era suave, pero a Gordon se le humedecían los ojos cada vez que la miraba, aunque sólo fuese un instante.

Aún no se había acostumbrado. Al llegar a Corvallis había visto la primera luz eléctrica encendida en más de una década, y había tenido que excusarse incluso ante los dignatarios locales que se habían reunido para recibirlo. Se refugió en un lavabo hasta que pudo recobrar la compostura. No estaría bien que un pretendido representante del «Gobierno de Saint Paul City» llorase a causa de unas vacilantes bombillas.

Corvallis y su entorno están divididos en municipios independientes y alberga cada uno doscientas o trescientas personas. Todos los terrenos de los alrededores están cultivados u ocupados por granjas, usando modernos métodos de labranza y semillas híbridas que los propios lugareños cultivan.

Por supuesto están limitados a arados tirados por caballos, pero sus herreros fabrican aperos con acero de alta calidad. Incluso han comenzado a fabricar manualmente turbinas propulsadas por agua y por viento. Todas diseñadas por *Cíclope*, desde luego.

Los artesanos locales han mostrado interés en comerciar con clientes del sur y el este. Adjunto una lista de artículos que están deseosos de trocar. ¿Querrá copiarla y repartirla?

Gordon no había visto a tanta gente feliz y bien alimentada desde antes de la guerra, ni oído risas tan naturales y frecuentes. Había un periódico y una biblioteca ambulante, y todos los niños del valle recibían al menos cuatro años de escolarización. Allí, al fin, se hallaba lo que había estado buscando desde que su unidad del ejército se deshizo en confusión y desesperación, una década y media atrás: una comunidad de buena gente entregada a un vigoroso esfuerzo de reconstrucción.

Gordon deseó formar parte de ella, pero no como un mal actor que actuaba por la comida y la cama de unas cuantas noches.

Irónicamente, esta gente habría aceptado al antiguo Gordon Krantz como nuevo ciudadano. Pero estaba marcado por el uniforme que llevaba y por sus actos en Harrisburg. Estaba seguro de que nunca lo perdonarían si ahora revelaba la verdad.

Tenía que ser un semidiós para ellos, o nada en absoluto. Si jamás un hombre se ha visto atrapado en su propia mentira...

Meneó la cabeza. Debería aceptar las cartas que le habían tocado en el juego. Quizás les vendría bien a aquella gente un servicio de correos.

Hasta el momento he sido incapaz de descubrir gran cosa sobre *Cíclope*. Me han dicho que la supercomputadora no gobierna directamente, pero insiste en que todas las aldeas y pueblos a los que sirve vivan juntos en paz y democráticamente. En efecto, se ha convertido en juez arbitro para toda la baja Willamette, hacia el norte hasta la Columbia.

El Concejo me informa de que *Cíclope* está muy interesada en el establecimiento de una ruta postal normalizada, y ha ofrecido su colaboración. Ella... quiero decir, la computadora... parece ansiosa por

cooperar con EE UU Restablecidos.

Todos, por supuesto, se alegraron de saber que pronto estarían en contacto de nuevo con el resto del país.

Gordon contempló la última línea durante un largo momento, dejó la pluma y se dio cuenta de que aquella noche no podía continuar con las mentiras. Ya no era divertido, pues sabía que la señora Thompson leería entre líneas.

Esto le hizo sentirse triste.

«Ya está bien —pensó—. Mañana tendré un día muy ocupado.» Tapó la pluma y se puso en pie para prepararse para ir a la cama.

Mientras se lavaba la cara, pensó en la última vez que se había encontrado con una de las legendarias super-computadoras. Ocurrió sólo meses antes de la guerra, cuando era un muchacho de dieciocho años, estudiante de segundo curso en la universidad. Toda su conversación había versado sobre las nuevas máquinas «inteligentes» por entonces ya en funcionamiento en algunos lugares.

Era una época emocionante. Los medios de comunicación anunciaron a bombo y platillo el invento como el fin de la prolongada soledad de la humanidad. Sólo que en vez de venir del espacio exterior, las «otras inteligencias» con las que el hombre compartiría su mundo eran sus propias creaciones.

Los neohipies y los redactores de la *Revista del Nuevo Renacimiento* celebraron una gran fiesta de cumpleaños el día en que la Universidad de Minnesota exhibió una de la últimas supercomputadoras. Se hicieron volar globos, artistas aerostáticos pedalearon en lo alto, la música invadía el aire mientras la gente merendaba en los prados.

En medio de todo ello, metido en una enorme caja Faraday suspendida sobre un colchón de aire, habían sellado el cilíndrico refrigerador de helio que contenía a *Milicromo*. Al estar elevado, alimentado por dentro y protegido, no había forma de que nadie desde el exterior pudiera falsear las respuestas del cerebro mecánico.

Gordon hizo cola durante horas esa tarde. Cuando al fin le llegó el turno de avanzar y mirar las lentes de la estrecha cámara, sacó una lista de preguntas tipo test, dos adivinanzas y un complicado juego de palabras.

Había transcurrido mucho tiempo desde ese día radiante en la primavera de la esperanza, pero Gordon lo recordaba como si fuera ayer... la grave y meliflua voz, la amistosa y franca risa de la máquina. Ese día *Milicromo* superó todos sus desafíos y respondió con un complicado juego de palabras de su propiedad.

También le reprendió, amablemente, por no haber superado tan bien como se esperaba un reciente examen de historia.

Cuando se acabó su turno, Gordon se alejó sintiendo un gran júbilo embriagador porque su especie humana hubiera creado prodigio tan grande.

La guerra Fatal llegó poco después. Durante diecisiete pavorosos años había creído que todas las maravillosas supercomputadoras estaban muertas, como las frustradas esperanzas de una nación y de un mundo. ¡Pero, por algún milagro, allí existía una! De alguna forma, con valor e ingenuidad, los técnicos del Estado de Oregón habían conseguido mantener una máquina en marcha durante los malos años. No podía por menos de sentirse indigno y presuntuoso por haberse presentado ante esos hombres y mujeres dándose tono.

Gordon apagó reverentemente la luz eléctrica y se tendió en la cama, escuchando los sonidos de la noche. En la distancia, la música de la fiesta de Corvallis terminó al fin entre alegres aclamaciones. Luego oyó a la multitud que se dispersaba hacia sus casas.

Por último, la noche se serenó. El viento agitaba los árboles al otro lado de su ventana, y se oía el leve ronroneo de los cercanos compresores que mantenían el delicado cerebro de *Cíclope* superfrío y saludable.

Y había otra cosa. A través de la noche le llegaba un suave y dulce sonido que apenas podía identificar, aunque le avivaba la memoria.

Al cabo de un rato se le ocurrió. Alguien, probablemente uno de los técnicos, tenía puesta música clásica en un estéreo.

Un estéreo... Gordon saboreó la palabra. Nada tenía contra banjos y violines, pero después de quince años... volver a escuchar a Beethoven...

Al fin se durmió y la sinfonía se fundió con sus sueños. Las notas subían y bajaban, y por último se mezclaron con una voz gentil y melodiosa que le habló a través de las décadas. Una mano metálica articulada se extendió atravesando la niebla de los años y señaló directamente hacia él.

«¡Embustero! —dijo la voz con suavidad, tristemente—. Me decepcionas. ¿Cómo puedo ayudaros, creadores míos, si sólo contáis mentiras?»

Dena

—En esta antigua factoría es donde encontramos equipamiento para el Proyecto Milenium. Puede ver que apenas hemos empezado. No podemos comenzar a construir auténticos robots, como exigen los planes de *Cíclope* para más adelante, hasta que hayamos recuperado alguna capacidad industrial.

El guía condujo a Gordon hacia una serie de estantes abarrotados de utensilios de otra época.

—El primer paso, desde luego, era tratar de salvar todo lo que pudiéramos del óxido y la destrucción. Aquí sólo se guarda parte de lo rescatado. Lo que no tiene utilidad a corto plazo está almacenado en otra parte, para el futuro.

Peter Aage, un hombre rubio y larguirucho sólo un poco más viejo que Gordon, debía de estar estudiando en la Universidad Estatal de Corvallis cuando estalló la guerra. Era uno de los más jóvenes entre los que vestían la túnica blanca ribeteada de negro de los Funcionarios de *Cíclope*, pero incluso él tenía las sienes grises.

Aage era también el tío y único familiar vivo del niño a quien Gordon había salvado en las ruinas de Eugene. El hombre no dio grandes muestras de gratitud, pero resultaba evidente que se sentía en deuda con él. Ninguno de los que le superaban en rango entre los Funcionarios había interferido cuando insistió en ser él quien mostrara al visitante el programa de *Cíclope* para superar la edad oscura en Oregón.

—Aquí hemos empezado a reparar algunas pequeñas computadoras y otras máquinas sencillas —le dijo a Gordon, conduciéndolo ante piezas electrónicas clasificadas y etiquetadas—. La parte más dura es remplazar circuitos quemados en los primeros momentos de la guerra por los pulsos electromagnéticos de alta frecuencia que el enemigo lanzó sobre el continente, con las primeras bombas ya sabe.

Gordon sonrió con indulgencia y Aage se sonrojó. Levantó la mano disculpándose.

—Lo siento. Estoy tan acostumbrado a tener que explicarlo todo de forma sencilla... Desde luego ustedes los del este deben de saber mucho más que nosotros sobre las vibraciones electromagnéticas.

—No soy un técnico —respondió Gordon, y deseó no haber faroleado de

forma tan convincente. Le hubiera gustado oír más.

Pero Aage volvió al tema de inmediato.

—Como estaba diciendo, aquí es donde se hace la mayor parte del trabajo de rescate. Es un duro esfuerzo, pero tan pronto como la electricidad pueda ser suministrada a mayor escala, y las necesidades básicas hayan sido cubiertas, proyectamos enviar estos microcomputadores a aldeas remotas, escuelas y tiendas de máquinas. Es una meta ambiciosa, pero *Cíclope* está seguro de que podemos conseguirlo en el transcurso de nuestras vidas.

El sector de almacenaje daba paso a una gran factoría. El techo estaba formado por largas hileras de claraboyas; en consecuencia, los fluorescentes se utilizaban poco. Sin embargo, se percibía un leve zumbido de electricidad por todas partes mientras los técnicos vestidos con túnica blanca acarreaban equipos de un lado a otro. Adosadas a las paredes se encontraban apiladas las aportaciones de los pueblos y aldeas circundantes, el pago por la benefactora guía de *Cíclope*.

Cada día llegaba maquinaria de todas clases, más una pequeña cantidad de comida y ropa para los ayudantes humanos de *Cíclope*. Y por lo que había oído Gordon, aquello no constituía un gran sacrificio para los habitantes del valle. Al fin y al cabo, ¿qué uso podían darle a las viejas máquinas?

No era de extrañar que no hubiesen quejas contra la «tiranía de la máquina». El precio de la supercomputadora era fácil de pagar. Y a cambio, el valle tenía su Salomón, y quizás un Moisés para guiarlos fuera de aquel desierto. Gordon recordó la amable y sabia voz que había oído hacía tanto tiempo y reconoció que era una ganga.

—*Cíclope* ha planeado cuidadosamente esta etapa de la transición —explicó Aage—. Ya ha visto nuestra pequeña línea de ensamblaje para turbinas cólicas e hidráulicas. Además de eso, ayudamos a los herreros de la zona a mejorar sus fraguas y a los granjeros a planificar sus cosechas. Y distribuimos viejos videojuegos a los niños del valle con la esperanza de hacerles receptivos a cosas más importantes, como computadoras, cuando llegue el momento.

Pasaron ante un banco donde canosos trabajadores se inclinaban sobre luces destellantes y pantallas iluminadas con códigos de computadora. Algo aturdido por todo aquello, Gordon sintió como si accidentalmente hubiese caído en un brillante y maravilloso taller donde los sueños rotos estuvieran siendo reparados con esmero por un grupo de diligentes y amistosos gnomos.

La mayoría de los técnicos eran de edad madura o ancianos. A Gordon le dio la impresión de que se daban prisa para realizar la máxima cantidad de trabajo posible antes de que la generación instruida desapareciera para siempre.

—Por supuesto, ahora que se ha restaurado el contacto con Estados Unidos Restablecidos —continuó Peter Aage—, cabe esperar que avanzaremos más deprisa. Por ejemplo, podría darle una larga lista de *chips* que nosotros no tenemos manera de fabricar. Eso resultaría una gran ventaja. Si Saint Paul City nos suministra lo que necesitamos, con unos doscientos gramos tan sólo se podría hacer avanzar el programa de *Cíclope* cuatro años.

Gordon no quería mirar a aquel tipo a los ojos. Se inclinó sobre una computadora desmontada, fingiendo que observaba su complicado interior.

—Sé poco de estos asuntos —contestó, tragando saliva—. De todas formas, en el este tienen prioridades entre las que no se encuentra distribuir videojuegos.

Lo había dicho para no tener que mentir más de lo imprescindible. Pero el Funcionario de *Cíclope* palideció como si le hubiera golpeado.

—Oh. Qué estúpido soy. Es cierto que han tenido que enfrentarse a terribles radiaciones, plagas, hambre y holnistas... Supongo que en Oregón hemos sido bastante afortunados. Tendremos que arreglárnoslas solos hasta que el resto del país nos pueda ayudar.

Gordon asintió. Ambos hombres estaban diciendo verdades evidentes, pero sólo uno sabía lo tristemente ciertas que eran las palabras.

Se produjo un incómodo silencio y Gordon se acogió a la primera pregunta que le vino a la mente.

—Así pues, ¿distribuyen juguetes con pilas como una especie de instrumentos misioneros?

Aage rió.

—Sí, así es como oyó hablar de nosotros, ¿no? Parece primitivo, lo sé. Pero funciona. Venga, le presentaré a la directora del proyecto. Si alguien es un auténtico descendiente del Siglo Veinte es Dena Spurgen. Sabrá a qué me refiero cuando la conozca.

Lo condujo por una puerta lateral y un vestíbulo lleno de toda clase de objetos hasta que por fin, llegaron a una habitación en la que se oía un tenue zumbido eléctrico.

En las paredes había entramados de alambre, como hiedra trepando por un muro. Metidos en la maraña había veintenas de pequeños cubos y cilindros. Pese a los años transcurridos, Gordon reconoció de inmediato toda

clase de baterías recargables, que extraían la corriente de los generadores de Corvallis.

Al otro lado de la larga estancia, tres civiles escuchaban a una persona de pelo rubio con la túnica blanca y negra de Funcionario. Gordon se sorprendió al observar que las cuatro eran mujeres jóvenes.

Aage le susurró al oído:

—Debo advertirle algo: Dena es la Funcionaria de *Cíclope* más joven, pero en cierto sentido es una pieza de museo. Es una feminista auténtica, convencida y luchadora.

Aage sonrió. Habían desaparecido muchas cosas con la caída de la civilización. Palabras de uso común en los viejos tiempos no habían vuelto a pronunciarse. Gordon volvió a mirar con curiosidad.

Era alta, en especial teniendo en cuenta que se trataba de una mujer que se había criado en estos tiempos. Dado que estaba de espaldas, Gordon no podía apreciar gran cosa de su aspecto, pero oyó su voz grave y segura mientras hablaba con las otras atentas jóvenes.

—Así que en vuestro próximo viaje no quiero que volváis a correr riesgos como ése, Tracy. ¿Me oyes? Me costó un año de contener la respiración con peligro de asfixiarme conseguir que nos fuera asignado este trabajo. Da igual que sea una solución lógica: que los habitantes de otras aldeas se sienten menos amenazados cuando el emisario es una mujer. ¡Toda la lógica del mundo quedaría en nada si alguna de vosotras sufriera algún daño!

—Pero Dena —protestó una morenita de aspecto vigoroso—. ¡Los de Tillamook ya habían oído hablar de *Cíclope*! Desde mi aldea era más fácil. Por otra parte, siempre que me acompañan Sam y Homer me hacen ir más lenta...

—¡Da igual! —interrumpió la mujer alta—. La próxima vez te llevas a esos chicos. ¡Hablo en serio! O te prometo que te haré volver a Beaverville de inmediato, a enseñar en la escuela y a tener hijos...

Se detuvo bruscamente al reparar en que sus ayudantes ya no le prestaban atención. Estaban mirando a Gordon.

—Dena, ven a saludar al Inspector —dijo Peter Aage—. Estoy seguro de que le gustará ver tus instalaciones de recarga y oír hablar de tu... obra misteriosa.

Aage se dirigió a Gordon en voz baja con una sonrisa irónica.

—Ahora, sólo podía presentarle o terminar con un brazo roto. Cuídese, Gordon. —Al aproximarse la Funcionaria, dijo en un tono más alto—: Tengo que ocuparme de otros asuntos. Volveré dentro de unos minutos para acompañarlo a la entrevista.

Gordon hizo un gesto de asentimiento y el hombre se marchó. Se sentía algo violento con aquellas mujeres que lo miraban de aquel modo.

—Basta por ahora, chicas. Os veré mañana por la tarde y planearemos el próximo viaje. —Las otras le dirigieron miradas suplicantes, pero Dena negó con la cabeza y las hizo salir de la habitación. Las tímidas sonrisas y gestos cuando Gordon las saludó con una inclinación de cabeza contrastaban con los largos cuchillos que cada una llevaba en la cadera y la bota.

Cuando Dena Spurgen le sonrió tendiéndole la mano se dio cuenta de lo joven que debía de ser.

«No podía tener más de seis años cuando estallaron las bombas.»

Su apretón fue tan firme como su comportamiento: y aun así, su suave y poco callosa mano indicaba que había pasado más tiempo entre libros que entre hoces y arados. Su ojos verdes se cruzaron con los de él examinándole abiertamente. Gordon se preguntó cuándo se había encontrado por última vez con alguien como ella.

«Minneapolis, aquel loco año del segundo curso —fue la respuesta—. Sólo que ella entonces estaba en último curso. Es sorprendente que recuerde a esa chica ahora, después de tanto tiempo.»

Dena rió.

—¿Me da permiso para anticiparme a su pregunta? Sí, soy joven y mujer, y no estoy realmente cualificada para ser una Funcionaria de pleno derecho, y mucho menos para estar al cargo de un importante proyecto.

—Perdóneme —dijo él—, pero eso estaba pensando.

—Oh, no importa. Todo el mundo me considera un anacronismo. La verdad es que fui adoptada por el doctor Lazarensky, el doctor Taigher y los demás, después que mataran a mis padres en las Revueltas Antitécnicos. Desde entonces me han mimado terriblemente, y aprendí a sacar provecho de ello. Como sin duda habrá supuesto al oír lo que he dicho a mis chicas.

Gordon decidió por último que sus facciones podían ser descritas como «bellas». Quizás un poco grandes y la mandíbula demasiado cuadrada. Pero cuando se reía de sí misma, como en aquel momento, el rostro de Dena Spurgen se iluminaba.

—En cualquier caso —agregó ella, señalando la pared cubierta de alambres y pequeños cilindros—, puede que no seamos capaces de formar a más ingenieros, pero no hace falta mucho talento para aprender a meter electrones en una batería.

Gordon rió.

—Es injusta consigo misma. Yo tuve que repetir el curso de física elemental. Por otra parte, *Cíclope* debe de saber lo que se hace al designarla

para este trabajo.

Esto hizo enrojecer a Dena, que bajó la mirada al suelo.

—Sí, bueno. Eso supongo.

«¿Modestia? —se preguntó Gordon—. Está llena de sorpresas. No lo esperaba.»

—Vaya, qué pronto. Ahí viene Peter —dijo ella, bajando mucho la voz.

Podía verse a Peter Aage cruzando el desordenado vestíbulo. Gordon miró su reloj anticuado y mecánico, que uno de los técnicos había arreglado para que no adelantase un minuto a la hora.

—No es extraño. Mi entrevista es dentro de diez minutos —dijo estrechándole la mano—. Pero espero que tengamos otra ocasión de hablar, Dena.

Ella recuperó su sonrisa.

—Oh, puede estar seguro que sí. Quiero hacerle algunas preguntas sobre cómo era su vida antes de la guerra.

«No sobre Estados Unidos Restablecidos, sino sobre los viejos tiempos. No es lo que suele ocurrir. Y en ese caso, ¿por qué a mí? ¿Qué puedo yo decirle sobre la Edad Perdida que no pueda averiguar preguntando a cualquiera que haya cumplido los treinta y cinco años?»

Intrigado, Gordon se reunió con Peter Aage en el vestíbulo y caminó a su lado por el cavernoso almacén hacia la salida.

—Lamento llevármelo de aquí con tanta precipitación —dijo Aage—, pero no debemos llegar tarde. ¡No quiero que *Cíclope* nos regañe! —Sonrió, pero Gordon tuvo la impresión de que Aage sólo hablaba medio en broma. Cuando salieron, los Guardianes, que portaban rifles y brazaletes blancos, inclinaron la cabeza ante ellos. El cielo estaba encapotado.

—Espero que su conversación con *Cíclope* dé buenos resultados, Gordon —dijo su guía—. Es evidente que todos estamos excitados por haber entrado en contacto de nuevo con el resto del país. Estoy seguro de que *Cíclope* querrá cooperar de todas las formas que le sean posibles.

«*Cíclope*. —Gordon volvió a la realidad—. Ya falta poco. Y ni tan siquiera sé si estoy más impaciente que asustado.»

Se obligó a seguir con la charada hasta el final. No tenía otra opción.

—Yo siento exactamente lo mismo —dijo—, quiero ayudarles en todo lo posible. —Y lo decía de veras, de todo corazón.

Peter Aage se desvió y le condujo a través del césped segado con esmero hacia la Morada de *Cíclope*. Por un instante Gordon dudó: ¿Lo había imaginado, o había visto una extraña y fugaz expresión de tristeza y de culpa en los ojos del técnico?

Cíclope

La sala de espera de la Morada de *Cíclope*, en otros tiempos el Laboratorio de Inteligencia Artificial de la Universidad de Oregón, era un impresionante recuerdo de una época más suntuosa. La dorada alfombra había sido limpiada recientemente, pero estaba un poco ajada. Brillantes fluorescentes iluminaban el bello mobiliario del vestíbulo artesonado, donde campesinos y autoridades de aldeas situadas hasta a setenta kilómetros de distancia aguardaban para mantener una breve entrevista con la gran máquina, retorciendo mientras con nerviosismo, las hojas enrolladas donde llevaban anotadas sus peticiones.

Los aldeanos y granjeros se pusieron en pie cuando vieron entrar a Gordon. Algunos de los más atrevidos se acercaron y le estrecharon la mano con apretones rudos, encallecidos por el trabajo. Sus ojos y sus voces bajas y respetuosas mostraban intenso asombro y esperanza. Gordon se ocultó tras una sonrisa y asintió plácidamente, deseando que Aage y él pudieran esperar en otra parte.

Por fin, la bonita recepcionista sonrió y los acompañó hasta las puertas del fondo de la salita. Mientras Gordon y su guía atravesaban el largo corredor hacia la sala de entrevistas, dos hombres se aproximaron desde el otro extremo. Uno era un Funcionario de *Cíclope*, vestido con la acostumbrada túnica blanca con adornos negros. El otro, un ciudadano con un traje de antes de la guerra desteñido pero muy cuidado, que examinaba con el ceño fruncido una larga hoja impresa en computadora.

—Todavía no estoy seguro de entender, doctor Grover. ¿Está diciendo *Cíclope* que cavemos el pozo cerca del foso norte o no? Su respuesta no está demasiado clara, si quiere saber mi opinión.

—Bien, Herb, dígame a su gente que no es tarea de *Cíclope* calcularlo todo hasta el último detalle. Puede reducir las opciones, pero no tomar las decisiones finales por ustedes.

El granjero se tironeó el apretado cuello de la camisa.

—Claro, todos lo saben. Pero en el pasado obteníamos respuestas más directas. ¿Por qué no puede ser más claro esta vez?

—Por un motivo, Herb, hace más de veinte años que no se han actualizado los mapas geológicos de la memoria de *Cíclope*. Además, ya debe de saber usted también que *Cíclope* fue diseñado para hablar con

expertos de alto nivel. Así que es obvio que muchas de sus explicaciones sobrepasen la capacidad de nuestros cerebros... a veces incluso la de los pocos científicos que sobrevivimos.

—Sí, pero... —en ese momento el ciudadano alzó la mirada y vio a Gordon que se acercaba. Hizo ademán de quitarse un sombrero que no llevaba; después se secó la palma de la mano en el pantalón y se la tendió con nerviosismo.

—Herb Kalo de Sciotown, señor Inspector. Es un verdadero honor, señor. —Gordon murmuró las amables frases de rigor al estrechar la mano del hombre, sintiéndose más que nunca como un político—. Sí, señor Inspector. ¡Un honor! Espero que sus planes incluyan venir en nuestra dirección y crear una estafeta. Si es así, puedo prometerle una fiesta como nunca ha...

—Bien, Herb —interrumpió el técnico que lo acompañaba—. El señor Krantz está aquí para entrevistarse con *Cíclope*. —Miró su reloj digital intencionadamente.

Kalo se ruborizó y asintió.

—Recuerde mi invitación, señor Krantz. Cuidaremos bien de usted... — Pareció hacer casi una reverencia al volver por el corredor hacia la sala. Los otros no dieron muestras de observarlo, pero por un momento Gordon sintió que las mejillas le ardían.

—Lo esperan, señor —le dijo el técnico, y reanudó la marcha por el amplio pasillo.

La vida de Gordon en el páramo había aguzado su oído más de lo que quizá creían aquellos ciudadanos. Así que cuando oyó el murmullo de una discusión delante de él, mientras sus guías y él se acercaban a la puerta abierta de la sala de reunión, Gordon se retrasó a propósito fingiendo sacudir unas motas inexistentes en su uniforme.

—¿Cómo sabemos siquiera que estos documentos que nos ha mostrado son auténticos? —estaba preguntando alguien—. Claro que tienen sellos, pero aun así parecían bastante imperfectos. Y esa historia de los satélites láser es terriblemente oportuna, si queréis saber mi opinión.

—Tal vez. ¡Pero también explica por qué no nos hemos enterado de nada en quince años! —replicó otra voz—. Y si mintiera, ¿cómo explicas esas cartas que trajo el mensajero? Elias Murphy tuvo noticias de su hermana, con la que había perdido el contacto desde hacía mucho tiempo, y George Seavers ha dejado su granja en Greenbury para ir a ver a su esposa en Curtin, después de creer todos estos años que estaba muerta.

—No creo que importe mucho —dijo quedamente otra voz—. La gente

cree, y eso es lo que cuenta.

Peter Aage se apresuró a adelantarse y se aclaró la garganta en el umbral. Cuando Gordon lo siguió, cuatro hombres con túnicas blancas y dos mujeres se irguieron junto a una reluciente mesa de roble en la sala de conferencias suavemente iluminada. Todos salvo Peter habían superado con creces la edad madura.

Gordon estrechó las manos que le ofrecían a su alrededor, alegrándose de que se los hubiesen presentado con anterioridad pues le habría sido imposible recordar sus nombres en aquellas circunstancias. Procuró ser cortés, pero su mirada se desviaba hacia el ancho panel de grueso cristal que dividía en dos la sala de reuniones.

La mesa terminaba en esa separación. Y aunque la luz de la sala de conferencias era tenue, la otra cámara estaba aún más oscura. Un único punto de iluminación brillaba sobre un trémulo y opalescente rostro, como una perla o una luna en la noche.

Tras la única lente reluciente y gris de la cámara había un oscuro cilindro sobre el cual dos hileras de pequeñas y destellantes luces formaban ondas siguiendo una complicada pauta que parecía repetirse una y otra vez. Algo en las repetitivas ondas afectó a Gordon en su interior, aunque no podía precisar cómo. Era difícil apartar la vista de las hileras de parpadeantes puntos.

La máquina estaba rodeada de una nube de denso vapor. Y aunque el cristal era grueso, Gordon sintió una leve sensación de frío procedente del extremo opuesto de la sala.

El Primer Funcionario, doctor Edward Taigher, tomó a Gordon del brazo y se colocó frente al ojo de cristal.

—*Cíclope* —dijo—, me gustaría presentarte al señor Gordon Krantz. Ha mostrado credenciales que lo acreditan como Inspector de Correos del Gobierno de Estados Unidos y representante de la República Restablecida.

«Señor Krantz, le presento a *Cíclope*.

Gordon miró la lente perlada, las luces destellantes y la niebla que la envolvía y tuvo que sofocar la sensación de ser un niño que se ha extralimitado gravemente en sus mentiras.

—Es un placer conocerlo, Gordon. Por favor, siéntese.

La amable voz poseía un timbre humano perfecto. Venía de un altavoz situado en el extremo de la mesa de roble. Gordon se sentó en una silla tapizada que le ofreció Peter Aage. Hubo una pausa. Luego, *Cíclope* volvió a hablar.

—Las noticias que trae son estupendas, Gordon. Después de tantos años

de cuidar de la gente del bajo Willamette Valley parecen casi demasiado buenas para ser ciertas. —Otro breve silencio—. Ha sido reconfortante trabajar con mis amigos que insisten en llamarse mis «Funcionarios». Pero también ha sido solitario y duro, pues creíamos que el resto del mundo estaba en ruinas. Por favor, Gordon, contésteme. ¿Sobrevive aún alguna de mis hermanas en el este?

Gordon parpadeó y negó con la cabeza.

—No, *Cíclope* —dijo cuando recuperó la voz—. Lo lamento. Ninguna de las otras grandes máquinas escapó de la destrucción. Me temo que tú eres la última de tu especie que continúa viva.

Aunque le apenaba tener que dar aquella noticia, esperaba que fuera un buen presagio de poder empezar a decir la verdad.

Cíclope se quedó silenciosa un largo instante. Seguramente fue la imaginación de Gordon lo que oyó un leve suspiro, casi un sollozo.

Durante la pausa, las diminutas luces siguieron destellando, como haciendo señales una y otra vez en algún secreto lenguaje. Gordon sabía que tenía que seguir hablando o se perdería en aquel hipnótico movimiento.

—Mmm, de hecho, *Cíclope*, la mayoría de las grandes computadoras murieron en los primeros segundos de la guerra. Por las vibraciones electromagnéticas. No puedo evitar sentirme intrigado por saber cómo sobreviviste tú.

—Ésa es una buena pregunta. Sobreviví gracias a un afortunado accidente de cronometraje. La guerra estalló en el Día del Visitante, aquí, en el Laboratorio. Cuando llegaron las vibraciones yo estaba por casualidad en mi caja Faraday haciendo una demostración pública. O sea que...

Interesado como estaba en la historia de *Cíclope*, Gordon experimentó una momentánea sensación de triunfo. Él había tomado la iniciativa en esta entrevista, haciendo preguntas exactamente como lo haría un «Inspector Federal». Echó una ojeada a los rostros sobrios de los Funcionarios humanos y supo que había logrado una pequeña victoria. Verdaderamente se lo estaban tomando muy en serio.

Tal vez aquello saldría bien, después de todo.

Aun así, evitó mirar las ondas de luces. Y pronto notó que comenzaba a sudar, pese a la frialdad del lugar, cerca del panel de vidrio superhelado.

8

Las reuniones y negociaciones concluyeron en cuatro días. De pronto, antes de estar realmente preparado, llegó de nuevo la hora de partir. Peter Aage caminaba a su lado, ayudándole a llevar sus dos ligeras alforjas hacia los establos donde les estaban preparando las monturas.

—Siento que esto le haya hecho perder tanto tiempo, Gordon. Sé que ha estado ansioso por volver a su tarea de reorganizar la red postal. *Cíclope* sólo quería fijar el mejor itinerario para usted, para que pueda atravesar el norte de Oregón con mayor facilidad.

—Está bien, Peter. —Gordon se encogió de hombros, fingiendo—. El retraso no me ha perjudicado, y aprecio la ayuda.

Anduvieron un rato en silencio; los pensamientos de Gordon eran una vorágine. «Si Peter supiera hasta qué punto hubiese preferido quedarme. Si hubiera algún medio...»

Gordon había llegado a apreciar la austera comodidad de su habitación de invitado, frente a la Morada de *Cíclope*, las abundantes y agradables comidas en la sala de Funcionarios, la impresionante biblioteca de libros bien cuidados. Quizás echaría de menos sobre todo la luz eléctrica junto a su cama. Las cuatro últimas noches había leído hasta quedarse dormido, un hábito de juventud que había despertado enseguida tras un largo sueño.

Un par de guardianes con chaqueta marrón se llevaron la mano a la gorra cuando Gordon y Aage doblaron la esquina de la Morada de *Cíclope* y empezaron a cruzar un campo abierto en su camino hacia los establos.

Mientras esperaba a que *Cíclope* concluyera su itinerario, Gordon había visitado gran parte del área que rodeaba Corvallis y hablado con docenas de personas sobre el cultivo científico, sobre la sencilla pero técnicamente avanzada artesanía y sobre la teoría existente tras la libre confederación que hacía posible la paz de *Cíclope*. El secreto del valle no tenía complicaciones. Nadie quería luchar, pues eso significaba quedar excluido del prodigioso cuerno de la abundancia prometido por la gran máquina para algún día.

Pero una conversación en particular se le quedó grabada. La había mantenido la noche anterior con la Funcionaria de *Cíclope* más joven, Dena Spurgen.

Ella lo había retenido hasta muy tarde junto al fuego de la sala de Funcionarios, con dos de sus emisarias por carabinas, sirviéndole tazas de té hasta que le salía por las orejas, importunándolo con preguntas sobre su vida de antes y después de la guerra.

Gordon había aprendido muchos trucos para evitar mostrarse demasiado

específico sobre los «Estados Unidos Restablecidos», pero carecía de defensas contra aquella clase de interrogatorio. Ella parecía poco interesada en aquello que excitaba a todos los demás: el contacto con el «resto de la nación». Estaba claro que ese proceso llevaría décadas.

No, Dena quería saber cómo era el mundo precisamente antes y después de las bombas. En concreto, estaba fascinada por el horrible y trágico año que él pasó con el teniente Van y su pelotón. Quería conocer datos sobre cada hombre de la unidad, sus defectos y flaquezas, el valor o la obstinación que le hicieron continuar luchando cuando la causa ya estaba perdida.

No... no perdida. Gordon había recordado a tiempo que debía inventar un final feliz para la Batalla de Meeker County. Llegó la caballería. Los graneros fueron salvados en el último minuto. Murieron hombres buenos. No ahorró detalles sobre la agonía de Tiny Kielre, o la valiente resistencia de Drew Simms. Pero en su relato, sus luchas no fueron inútiles.

Lo contó del modo en que debería haber pasado, deseando que hubiera sido así con una intensidad que le sorprendió. Las mujeres escuchaban con profunda atención, como si aquello fuera una maravillosa historia para antes de dormir... o los datos básicos de una materia de la que tendrían que examinarse a la mañana siguiente.

«Me gustaría saber con exactitud qué es lo que están oyendo... lo que tratan de hallar en mi pequeña y tétrica historia.»

Quizá porque la Baja Willamette había estado en paz durante tanto tiempo, Dena también deseaba saber cosas de los peores hombres que había conocido... todo lo que él supiera de saqueadores, supervivencialistas y holnistas.

«El cáncer en el corazón del renacimiento de fin de siglo... Deseo que ardas en el Infierno, Nathan Holn.»

Dena siguió haciendo preguntas incluso después de que Tracy y Mary Ann se durmieran junto al fuego. Normalmente, tan íntima y admirativa atención de una mujer guapa le habría excitado. Pero no era igual que cuando estaba con Abby, en Pine View. Dena también parecía interesada por él en ese sentido, seguro. Pero lo estaba mucho más por su valor como fuente de información. Y si su estancia allí sólo iba a durar unos días, ella no dudaba lo más mínimo en el modo de pasar mejor el tiempo.

De todas formas, Gordon la encontraba abrumadora y quizás un poco obsesionada. Sin embargo sabía que lamentaría verlo marchar.

Probablemente sería la única. Gordon tenía la impresión de que la mayor parte de los Funcionarios de *Cíclope* se alegraban de poder deshacerse de él. Incluso Peter Aage parecía aliviado.

«Es mi papel, por supuesto. Les pone nerviosos. Acaso, en su interior, perciben cierta falsedad. Realmente no podría culparlos por eso.»

Aun en el caso de que la mayoría de los técnicos creyesen su historia, tenían pocos motivos para apreciar a un representante de un remoto «Gobierno» que seguro iba a entrometerse, antes o después, en lo que habían tardado tanto tiempo en construir. Hablaban de deseos de contacto con el mundo exterior, pero él se daba cuenta de que muchos pensaban que sería una imposición, en el mejor de los casos.

Aunque en realidad no tenían razones para temer.

Gordon todavía no estaba seguro de la actitud del mismo *Cíclope*. La gran máquina que había asumido la responsabilidad de todo un valle se mostró muy prudente y distante en sus últimas entrevistas. No hubo bromas ni juegos de palabras ingeniosos. Sólo una cortés y despegada seriedad. La frialdad había sido decepcionante después de recordar aquel día de antes de la guerra en Minneapolis.

Por supuesto, era posible que el tiempo hubiera sublimado su recuerdo de aquella otra supercomputadora de antaño. *Cíclope* y sus Funcionarios habían obtenido grandes logros. Él no era quién para juzgar.

Miró alrededor cuando su escolta y él pasaron por un sector de edificios incendiados.

—Parece que aquí se produjeron grandes luchas —comentó en voz alta. Peter frunció el entrecejo, esforzándose por recordar.

—Rechazamos a la Chusma Antitécnica precisamente ahí, junto a la vieja nave de servicios. Puede ver los transformadores y el antiguo generador de emergencia fundidos. Tuvimos que volver a las primitivas fuentes de energía, el viento y el agua, después que lo volaran.

Ennegrecidos fragmentos de maquinaria productora de energía yacían aún en montones donde los técnicos y científicos habían luchado desesperadamente para salvar la obra de sus vidas. Aquello hizo recordar a Gordon el otro asunto que le inquietaba.

—Todavía pienso que debe hacerse algo ante la posibilidad de una invasión supervivencialista, Peter. Se producirá pronto, si entendí bien a aquellos exploradores.

—Pero admite que sólo oyó fragmentos de conversación que pudo malinterpretar. —Aage se encogió de hombros—. Reforzaremos nuestras patrullas, desde luego, tan pronto como tengamos una oportunidad para hacer planes y discutir el asunto un poco más. Pero debe entender que *Cíclope* ha de tener en cuenta su propia credibilidad. No ha habido una movilización general desde hace diez años. Si *Cíclope* convoca una y la

alarma resulta ser falsa... —Dejó en el aire lo que aquello implicaba.

Gordon sabía que los líderes de las aldeas del sector recelaban de su informe. No querían sacar hombres de la segunda siembra. Y *Cíclope* había expresado sus dudas de que las bandas holnistas pudieran organizarse para dar un importante golpe varios cientos de kilómetros costa arriba. No formaba parte de la mentalidad supervivencialista, explicó la máquina.

Gordon hubo de aceptar la palabra de *Cíclope*. Después de todo, sus bancos de memoria tenían acceso a todo test psicológico escrito, e incluso a todas las obras de Holn.

Quizá los exploradores de Rogue River sólo estaban preparando una pequeña escaramuza y habían hablado de grandes cosas para elevar su propia moral.

Quizá.

«Bueno, aquí estamos.»

Los que se ocupaban del establo cogieron el equipaje, compuesto por sus escasos efectos personales y tres libros tomados prestados de la biblioteca comunitaria. Ya habían ensillado su nueva montura, un hermoso y fuerte caballo castrado. Una yegua grande y tranquila cargaba los suministros y dos abultadas sacas de correo llenas de esperanzas. Si uno entre cincuenta destinatarios vivía aún, sería milagroso. Pero para éstos una simple carta significaría mucho e iniciaría el largo y lento proceso del reencuentro.

Quizás el papel que representaba hiciera algún bien; lo bastante al menos para contrarrestar una mentira.

Gordon subió al caballo. Le dio unas palmaditas y le habló al inquieto animal hasta que éste se calmó. Peter le tendió la mano.

—Volveremos a vernos dentro de tres meses, cuando pase de regreso al este.

«Casi exactamente lo que dijo Dena Spurgen. Puede que esté de vuelta incluso antes, si me armo de valor para contaros toda la verdad.»

—*Cíclope* promete tener un detallado informe sobre las condiciones en el norte de Oregón para sus superiores cuando usted vuelva.

Aage le retuvo la mano un momento más. Gordon volvió a sentirse intrigado. El tipo parecía como si, de algún modo, estuviese descontento por algo... algo de lo que no podía hablar.

—Buena suerte en su valioso trabajo, Gordon —dijo gravemente—. Si alguna vez puedo hacer algo para ayudar, cualquier cosa, sólo tiene que pedírmelo.

Gordon asintió. No eran necesarias más palabras, gracias a Dios. Tiró de las riendas y dio la vuelta hacia la carretera norte. El caballo de carga le

seguía muy de cerca.

Buena Vista

Los Funcionarios de *Cíclope* le habían dicho que la interestatal estaba destrozada y era insegura al norte de Corvallis, así que Gordon tomó una carretera secundaria que corría paralela no muy lejos al oeste. Los cascotes y los baches le hacían avanzar con lentitud, y se vio obligado a comer en las ruinas de la ciudad de Buena Vista.

Era primera hora de la tarde, pero las nubes se estaban acumulando y en las calles llenas de escombros flotaban jirones de niebla. Por casualidad, aquel era el día que habían fijado los granjeros de la zona para reunirse en un parque del centro de la despoblada ciudad al objeto de intercambiar sus productos. Gordon charló con ellos mientras comía queso y pan de sus alforjas.

—La interestatal no está mal por aquí —le dijo uno de los lugareños, sacudiendo la cabeza perplejo—. Esos profesores no deben de venir mucho por aquí. No son hombres viajeros como usted, señor Krantz. Se les deben de haber cruzado los cables, a pesar de que les hierva la sesera. —El granjero se rió de su propio chiste.

Gordon no mencionó que su itinerario había sido planeado por el mismo *Cíclope*. Dio las gracias al individuo y volvió a sus alforjas para sacar el mapa que le habían dado.

Estaba lleno de una serie de gráficos computerizados en la que estaba señalado con finas marcas el camino que debería seguir para establecer una red postal en la parte norte de Oregón. Le habían dicho que el itinerario estaba pensado para protegerlo con la mayor eficacia posible de peligros tales como áreas fuera de la ley y el cinturón de radiactividad cercano a Portland.

Gordon se mesó la barba. Cuanto más examinaba el mapa, más crecía su desconcierto. *Cíclope* tenía que saber lo que hacía. Pero el tortuoso camino parecía cualquier cosa menos eficaz.

Contra su voluntad comenzó a sospechar que estaba pensado para alejarlo de su camino. Para hacerle perder tiempo, más que para ahorrárselo.

Pero ¿por qué querría *Cíclope* tal cosa?

No podía tratarse de que la supermáquina temiese que se entrometiera. Gordon sabía lo que tenía que decir para calmar tal ansiedad: recalcar que EE UU Restablecidos no tenían deseo alguno de inmiscuirse en los asuntos

locales. *Cíclope* había parecido creerle.

Bajó el mapa. El tiempo estaba cambiando con el descenso de las nubes, que oscurecían la parte superior de los ruinosos edificios. En la sucia calle la niebla flotaba formando ligeros remolinos entre él y el cristal del escaparate que aún permanecía intacto en la fachada. De pronto acudió a su mente el recuerdo de otro cristal visto a través de gotas de agua disperas.

«La cabeza de la muerte... el cartero sonriendo, su esquelética cara superpuesta a la mía.»

Se estremeció cuando lo asaltó otro recuerdo. Los jirones de niebla llevaron a su mente el vapor helado, su reflejo en la fría pared de cristal cuando se encontró con *Cíclope* en Corvallis, y la sensación que experimentó al observar las hileras de lucecitas destellantes, que formaban ondas siguiendo la misma pauta una y otra vez.

Repitiendo...

De repente, sintió un escalofrío en la columna vertebral.

—No —susurró—. Por favor, Dios mío. —Cerró los ojos y sintió una casi sobrecogedora necesidad de cambiar el curso de sus pensamientos hacia el tiempo, la insidiosa Dena o la bonita Abby de Pine View, o a cualquier cosa menos...

—Pero, ¿quién haría algo semejante? —protestó en voz alta—. ¿Por qué iban a hacerlo?

Se dio cuenta, contra su voluntad, de que sabía por qué. Era un experto en la razón más poderosa por la cual la gente mentía.

Se acordó de los ennegrecidos escombros situados detrás de la Morada de *Cíclope*, y se encontró al mismo tiempo preguntándose cómo los técnicos podían haber hecho lo que decían haber hecho. Desde dos décadas atrás, Gordon había dejado de especular sobre la física y lo que podía o no podía hacerse con la tecnología. Durante aquellos años se había dedicado a luchar para sobrevivir, y a sus constantes sueños sobre un dorado lugar de renovación. No estaba ya capacitado para decir lo que era posible o no.

Pero tenía que descubrir si su terrible sospecha era cierta. No podría dormir tranquilo hasta saberlo con seguridad.

—¡Perdone! —le gritó a uno de los granjeros.

El sujeto le dirigió una sonrisa mostrando una boca sin dientes y cojeó hasta él, llevándose la mano al sombrero.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Inspector?

Gordon señaló un punto en el mapa, a no más de unos dieciocho kilómetros de Buena Vista en línea recta.

—Este sitio, Sciotown, ¿conoce el camino?

—Desde luego, jefe. Si se da prisa, puede llegar esta noche.

—Me daré prisa —aseguró Gordon al hombre—. Puede apostar lo que quiera a que me daré prisa.

Sciotown

—¡Un momento, maldita sea! ¡Ya voy! —voceó el Alcalde de Sciotown. Pero los golpes en la puerta siguieron insistiendo.

Herb Kalo encendió con cuidado su nueva lámpara de aceite, hecha por una comuna de artesanos situado a ocho kilómetros al oeste de Corvallis. Hacía poco, había cambiado ochenta kilos del mejor trabajo de alfarería de Sciotown por veinte bellas lámparas y tres mil cerillas de Albany, un trato que estaba seguro significaría su reelección aquel otoño.

Los golpes se hicieron más fuertes.

—¡Está bien! ¡Más vale que sea algo muy importante! —Descorrió el cerrojo y abrió la puerta.

Era Douglas Kee, que aquella noche estaba de guardia en el portón. Kalo parpadeó.

—¿Hay algún problema, Doug? Qué...

—Un hombre quiere verle, Herb —le interrumpió el guardián—. No iba a dejarle entrar después del toque de queda pero usted nos habló de él al volver de Corvallis y no he querido dejarlo esperando bajo la lluvia.

De la chorreante oscuridad salió un hombre con un poncho impermeable. La brillante insignia de su gorra destelló a la luz de la lámpara. Le tendió la mano.

—Señor Alcalde, me alegra verle de nuevo. Me pregunto si podríamos hablar.

Corvallis

Gordon nunca había esperado renunciar a la oferta de una cama y una comida caliente para galopar en una noche lluviosa, pero no le quedó más remedio. Había requisado el mejor caballo de los establos de Sciotown pero, en caso de tener que hacerlo, hubiera recorrido a pie todo el camino.

La potra avanzaba con seguridad por una vieja carretera comarcal hacia Corvallis. Era esforzada, y trotó a tanta velocidad como Gordon consideró relativamente seguro entre las tinieblas. Por fortuna, una luna casi llena iluminaba desde arriba las desgarradas nubes, arrojando un leve resplandor en la accidentada campiña.

Gordon temía haber llevado al Alcalde de Sciotown a un estado de profunda confusión desde el momento en que puso los pies en su casa. Sin perder tiempo en cortesías, había ido directamente al asunto, enviando a Herb Kalo de vuelta apresurada a su oficina a buscar un papel cuidadosamente plegado.

Gordon acercó el impreso a la lámpara y, mientras Kalo observaba, escudriñó cuidadosamente las líneas del texto.

—¿Cuánto le costó este consejo, señor Alcalde? —le preguntó sin alzar la vista.

—Poco, Inspector —respondió el hombre con nerviosismo—. Los precios de *Cíclope* han ido bajando al unirse más aldeas al pacto de comercio. Y tuve un descuento porque el consejo era un poco vago.

—¿Cuánto? —insistió Gordon.

—Mmm... bueno. Encontramos unos diez de esos antiguos videojuegos, más unas cincuenta baterías recargables, diez de las cuales aún se podían usar. Y, ah sí, un ordenador personal que no estaba demasiado corroído.

Gordon sospechó que Sciotown poseía en realidad muchas más cosas y las guardaba para futuras transacciones. Era lo que él hubiese hecho.

—¿Qué más, señor Alcalde?

—¿Perdón?

—La pregunta es bastante clara —repuso con severidad—. ¿Qué más entregó en pago?

—Nada más. —Kalo parecía confuso—. A menos, desde luego, que incluya una carreta de alimentos y alfarería para los Funcionarios. Pero eso no tiene apenas valor comparado con las otras cosas. Se añade para que los

científicos tengan algo de qué vivir mientras ayudan a *Cíclope*.

A Gordon le costaba respirar. Su pulso no parecía querer regularse. Todo encajaba, para su desaliento.

Leyó en voz alta del impreso de la computadora:

—... incipiente filtración en los límites de la placa tectónica... cambio en la retención de las aguas subterráneas... —Palabras que no había visto ni pensado en diecisiete años rodaron en su lengua, con sabor a viejas delicadezas amorosamente recordadas.

»... variación en la proporción del mantenimiento... análisis de tanteo solamente, debido a la indeterminación teleológica...

—Creemos haber cogido el hilo de lo que dice *Cíclope* —dijo Kalo—. Empezaremos a cavar en los dos sitios mejores cuando llegue la estación seca. Por supuesto, si no interpretamos bien su consejo, será culpa nuestra. Probaremos en algunos otros puntos que sugirió en...

El Alcalde no terminó la frase. El Inspector estaba inmóvil, mirando al vacío.

—Delfos —articuló Gordon, apenas en un susurro. Entonces emprendió su apresurado viaje a través de la noche.

Los años que había vivido en el páramo habían fortalecido a Gordon, mientras los hombres de Corvallis los habían pasado en la prosperidad. Fue casi demasiado fácil deslizarse entre los puestos de guardia situados en los límites de la ciudad. Se encaminó por vacías calles laterales hasta el recinto de la UEO, y desde allí al Moreland Hall, largo tiempo abandonado. Dedicó diez minutos a secar su húmeda montura y llenarle la bolsa de la comida. Quería que el animal estuviese en forma por si lo necesitaba con urgencia.

Llegar a la Morada de *Cíclope* fue sólo una corta carrera bajo la llovizna. Cuando estuvo cerca aminoró la marcha, aunque deseaba desesperadamente acabar con aquello.

Se ocultó detrás de las ruinas del viejo edificio del generador cuando pasaron un par de guardianes, con los hombros encorvados bajo ponchos y los rifles tapados para protegerlos de la humedad. Estando agazapado tras el destruido cobertizo, la humedad le llevó hasta la nariz, a pesar de los años transcurridos, el olor a quemado de las ennegrecidas vigas de madera y los cables fundidos.

¿Qué era lo que Peter Aage había dicho sobre aquellos primeros días frenéticos, cuando la autoridad se estaba derrumbando y las revueltas lo destrozaban todo? Había dicho que pasaron a la energía eólica e hidráulica, después de que el generador fuera incendiado.

Gordon no dudaba de que aquello hubiera funcionado si se hubiera hecho a tiempo. Pero ¿podía haberse hecho?

Cuando los guardianes se alejaron, se apresuró hacia la entrada lateral de la Morada de *Cíclope*. Con una barra que había cogido para tal propósito, rompió el candado dando un golpe seco. Escuchó atento durante un largo instante y, como parecía que nadie se aproximaba, entró.

Los vestíbulos traseros del Laboratorio de Inteligencia Artificial de la UEO estaban más descuidados que los que el público veía. Estantes atestados de cintas de computador, libros y papeles, yacían bajo gruesas capas de polvo. Gordon se encaminó al corredor central de servicio y en dos ocasiones estuvo a punto de tropezar con materiales en la oscuridad. Se escondió tras un par de puertas dobles cuando alguien pasó, silbando. Luego se irguió y miró por la rendija.

Un hombre que llevaba gruesos guantes y la ropa blanca y negra de Funcionario se detuvo junto a una puerta al otro lado del corredor y dejó un gran recipiente, estropeado y humeante.

—¡Eh, Elmer! —El hombre llamó con los nudillos—. Tengo otra carga de hielo seco para tu amo y señor. ¡Vamos, date prisa! ¡*Cíclope* tiene que comer!

«Hielo seco», advirtió Gordon. Un denso vapor se filtraba por la agrietada tapa del contenedor aislante.

Otra voz resonó apagada junto a la puerta.

—Ah, ten calma. A *Cíclope* no le pasará nada por esperar un minuto o dos más.

La puerta se abrió al fin y la luz inundó el corredor, acompañada del duro golpeteo de una vieja grabación de *rock and roll*.

—¿Por qué has tardado?

—¡Estaba jugando una partida! He llegado hasta cien mil en Comando Misil, y no quería interrumpir.

La puerta, al cerrarse impidió oír el resto de fanfarronadas de Elmer, Gordon franqueó las puertas dobles batientes y cruzó con rapidez el vestíbulo. Poco después llegó ante otra habitación cuya puerta estaba entornada. De su interior salían una estrecha línea de luz y los sonidos de una discusión de madrugada. Gordon se detuvo al reconocer algunas de las voces.

—Sigo pensando que debemos matarlo —dijo una voz que parecía pertenecer al doctor Grover—. Ese sujeto puede arruinar todo lo que hemos levantado aquí.

—Oh, estás exagerando el peligro, Nick. No creo que constituya una amenaza tan importante —era la voz de la Funcionaria más vieja. Ni siquiera pudo recordar el nombre—. El tipo parecía realmente amable e inofensivo —añadió.

—¿Sí? ¿Oíste bien las preguntas que le planteaba a *Cíclope*? No es uno de esos paletos en que se ha convertido nuestro ciudadano medio después de todo este tiempo. ¡Ese tipo es agudo! ¡Y recuerda una tremenda cantidad de cosas de los viejos tiempos!

—¿De veras? Tal vez debiéramos intentar reclutarlo.

—¡De ningún modo! Cualquiera puede ver que es un idealista. Nunca aceptaría. ¡Nuestra única opción es matarlo! ¡Ahora! Y esperar a que pasen años hasta que envíen a otro a ocupar su puesto.

—Sigo creyendo que estás loco —respondió la mujer—. ¡Si la pista de ese acto condujera hasta nosotros, las consecuencias serían desastrosas!

—Estoy de acuerdo con Marjorie —era la voz del doctor Taigher—. Si nos descubrieran, no sólo la gente, nuestra gente de Oregón, se volvería contra nosotros, sino que nos enfrentaríamos a las represalias del resto del país.

Se produjo una larga pausa.

—Todavía no estoy convencido en absoluto de que...

—Pero Grover fue interrumpido, esta vez por la moderada voz de Peter Aage:

—¿Habéis olvidado todos la razón principal por la cual nadie debe tocarlo, ni interferirse en su camino?

—¿Cuál es?

La voz de Peter adoptó un tono calmado.

—Dios mío, ¿no se te ha ocurrido pensar en quién es y en lo que representa? ¡Tan bajo hemos caído, para pensar siquiera en hacerle daño, cuando en realidad le debemos lealtad y toda clase de ayuda que podamos prestarle!

—Estás predispuesto en su favor porque rescató a tu sobrino, Peter —dijo el otro sin convicción.

—Quizás. Y también es posible que sea por lo que Dena tiene que decir sobre él.

—¡Dena! —Grover hizo un gesto desdeñoso—. Una niña presumida con ideas extravagantes.

—De acuerdo. Pero aun concediéndole eso, están las banderas.

—¿Banderas? —ahora había perplejidad en la voz del doctor Taigher—. ¿Qué banderas?

La mujer respondió, pensativamente:

—Peter se está refiriendo a las banderas que los aldeanos han estado izando en todas las villas de los alrededores. Ya sabes, la Vieja Gloria. Las Barras y las Estrellas. Deberías salir más, Ed. Pulsar lo que la gente piensa. Nunca he visto nada que animase tanto a los aldeanos como esto, ni siquiera en tiempos anteriores a la guerra.

Se produjo otro largo silencio antes de que alguien hablara de nuevo. Entonces Grover dijo, suavemente:

—Me pregunto qué piensa Joseph de todo esto.

Gordon frunció el entrecejo. Todas las voces pertenecían a los Funcionarios de *Cíclope* que había conocido. Pero no recordaba haber sido presentado a nadie llamado Joseph.

—Joseph se ha acostado temprano —respondió Taigher—. Y a eso iba ahora. Volveremos a discutir este asunto más adelante, en el momento que podamos hacerlo racionalmente.

Gordon se apresuró por el vestíbulo cuando unos pasos se acercaron a la puerta. No le preocupaba mucho tener que dejar su lugar de espionaje. De todas formas, las opiniones de los que estaban en la habitación carecían de importancia. Totalmente.

Había una sola voz que quería oír en aquel momento, y se dirigió al lugar donde la había oído antes.

Dobló una esquina y se encontró en el elegante corredor donde vio por vez primera a Herb Kalo. Ahora estaba a oscuras, pero eso no le impidió llegar a la sala de reuniones con toda facilidad. Tenía la boca seca cuando entró sigilosamente en la cámara, cerrando la puerta tras de sí. Dio un paso adelante, luchando, contra el impulso de andar de puntillas.

Más allá de la mesa de conferencias, una tenue luz brillaba sobre el cilindro gris al otro lado del muro de cristal.

—Por favor —deseó—, demuéstreme que estoy equivocado.

Si lo hubiera estado, seguramente *Cíclope* se divertiría por la cadena de errores que terminaba en tal deducción. ¡Cuánto deseaba reírse en compañía de la máquina de su estúpida paranoia!

Se aproximó a la gran barrera de cristal que dividía la estancia y al altavoz situado al final de la mesa.

— ¿*Cíclope*? —susurró, acercándose más y aclarando su seca garganta—. *Cíclope*, soy yo, Gordon.

El resplandor de la perlada lente estaba amortiguado. Pero la hilera de lucecitas seguía destellando, siguiendo la compleja pauta que se repetía una y otra vez como el mensaje urgente de un barco lejano en algún código

desconocido, siempre el mismo hasta hipnotizar.

Gordon sintió que le inundaba un frenético pánico, como cuando, en su adolescencia, encontró a su abuelo completamente inmóvil en la mecedora del porche y temió que hubiese muerto.

El movimiento de las luces se repetía, una y otra vez.

Gordon se preguntó cuánta gente podía recordar, tras el infierno de los últimos diecisiete años, que las visualizaciones de una gran computadora nunca se repetían. Gordon recordó a un amigo informático que le había explicado que las pautas de luz eran como los copos de nieve, ninguno igual a otro, nunca.

—*Cíclope* —dijo serenamente—, ¡respóndeme! Exijo tu respuesta en nombre de la honradez. En nombre de Estados Uni...

Se detuvo. No pudo obligarse a relacionar su mentira con la otra. Allí, a la única mente viva que podría engañar sería a la suya.

La habitación era más cálida de lo que le había parecido durante la entrevista. Buscó y encontró los pequeños respiradores a través de los cuales el aire frío podía ser dirigido a un visitante que se sentara en la silla de invitados para dar la impresión de que hacía un intenso frío tras el muro de cristal.

—Hielo seco —murmuró—. Para engañar a los ciudadanos de Oz.

La propia Dorothy no habría podido sentirse más traicionada. Gordon había estado dispuesto a dar su vida por lo que parecía existir allí. Y ahora sabía que no era más que un engaño. Un medio para que un puñado de sofisticados supervivientes despojara a sus vecinos de comida y ropa, haciéndoles sentirse agradecidos por ese privilegio.

Creando el mito del Proyecto Milenium y un mercado para los restos electrónicos habían logrado convencer a los lugareños de que las viejas máquinas eléctricas eran de gran valor. Por todo el bajo Willamette Valley, la gente atesoraba ahora electrodomésticos, utensilios y juguetes, porque *Cíclope* los aceptaría a cambio de su consejo.

Los «Funcionarios de *Cíclope*» lo habían dispuesto de forma que gente sensata como Herb Kalo apenas tomase en consideración el diezmo en comida y otras mercancías que se añadía para los Funcionarios.

Los científicos comían bien, recordó Gordon. Y ninguno de los granjeros se quejaba nunca.

—No es culpa tuya —le dijo a la silenciosa máquina, en voz baja—. Tú realmente podrías haber diseñado las herramientas, compensar todas las habilidades perdidas, ayudándonos a encontrar el camino de vuelta. Tú y tus semejantes sois lo más grande que hemos hecho nunca...

Se entristeció al recordar la cálida y sabia voz de Minneapolis, que había oído tanto tiempo atrás. Se le nubló la vista.

—Tienes razón, Gordon. No es culpa de nadie.

Se quedó pasmado. Tuvo una fugaz y ardiente esperanza de haber estado en un grave error. ¡Era la voz de *Cíclope*!

Pero no había salido del altavoz. Se volvió rápidamente y vio... que un hombre viejo y enjuto estaba sentado en el rincón de la habitación a oscuras, detrás de él, observándolo.

—Vengo aquí con frecuencia —dijo el anciano con la voz de *Cíclope*. Una voz triste, llena de pesar—. Vengo a reunirme con el espectro de mi amigo, que murió hace tanto tiempo, aquí mismo, en esta estancia.

El viejo se inclinó un poco hacia adelante. Una luz perlada brilló en su cara.

—Me llamo Joseph Lazarensky, Gordon. Yo construí a *Cíclope* hace muchos años. —Se miró las manos—. Yo supervisé su programación y adecuación. Lo quería como a un hijo.

»Y como cualquier buen padre, estaba orgulloso de saber que sería un ser humano más perfecto y bueno de lo que yo había sido.

Lazarensky suspiró.

—Sobrevivió realmente al inicio de la guerra. Esa parte de la historia es cierta. *Cíclope* estaba en una caja Faraday, a salvo de las vibraciones producidas por la batalla. Y allí permaneció mientras luchábamos por mantenerlo con vida.

»La primera y única vez que he matado a un hombre fue en la noche de las Revueltas Antitécnicas. Ayudé a defender la central eléctrica, disparando como un loco.

»Pero de nada sirvió. Los generadores fueron destruidos, aun cuando llegó al fin el ejército para rechazar a la multitud enloquecida... demasiado tarde. Minutos, años demasiado tarde.

Extendió las manos.

—Como parece haber imaginado, no hubo nada que hacer después de aquello... nada más que sentarse junto a *Cíclope* y verlo morir.

Gordon permaneció muy quieto, de pie en la luz cenicienta y espectral. Lazarensky prosiguió:

—Albergábamos grandes esperanzas, usted lo sabe. Ya habíamos concebido el Proyecto Milenium antes de los disturbios. O debería decir que *Cíclope* lo concibió. Ya tenía el esbozo de un programa para reconstruir el mundo. Necesitaba un par de meses, dijo, para perfilar los detalles.

Gordon sintió como si su cara se hubiera convertido en piedra. Esperó en

silencio.

—¿Sabe algo sobre ampollas de memoria cuántica, Gordon? Comparadas con ellas, las acopladuras Josephson están hechas de cañas y barro. Las ampollas son tan ligeras y frágiles como la mente. Permiten elaborar pensamientos en un tiempo un millón de veces menor que las neuronas. Pero deben conservarse super-congeladas. Y una vez destruidas, no pueden rehacerse.

»Tratamos de salvarlo, pero no lo logramos. —El viejo volvió a bajar la vista—. Preferiría haber muerto yo, aquella noche.

—Así pues, decidió llevar a cabo el plan por su cuenta —sugirió secamente Gordon.

Lazarensky meneó la cabeza.

—Usted es más juicioso, por supuesto. Sin *Cíclope* la tarea habría sido imposible. Todo lo que pudimos hacer fue mantener una apariencia. Una ilusión.

»Ofrecía un camino para sobrevivir en la edad oscura que se acercaba. A nuestro alrededor sólo había caos y suspicacia. El único instrumento que teníamos nosotros los pobres intelectuales era algo débil y vacilante llamado esperanza.

—¡Esperanza! —Gordon rió amargamente. Lazarensky se encogió de hombros.

—Venían peticionarios a hablar con *Cíclope*, y hablaban conmigo. No es difícil, generalmente, dar buenos consejos, consultar técnicas sencillas en libros, o mediar con sentido común en disputas. Creen en la imparcialidad de una computadora como jamás confiarían en la de un hombre.

—Y cuando no encuentra una respuesta con sentido común, asume la función de oráculo.

De nuevo se encogió de hombros.

—Funcionó en Delfos y en Efeso, Gordon. Y honestamente, ¿qué mal hay en ello? La gente de Willamette ha visto demasiados monstruos sedientos de poder en los últimos veinte años para unirse bajo el mandato de ningún hombre o grupo de hombres. ¡Pero recuerdan las máquinas! Como recuerdan ese antiguo uniforme que usted lleva, incluso cuando en tiempos mejores lo trataban con frecuencia sin ningún respeto.

Se oyeron voces en el vestíbulo. Pasaron cerca, luego se alejaron. Gordon reaccionó.

—Tengo que salir de aquí.

—Oh, no se preocupe por los demás. Hablan y no actúan. No son como usted —dijo Lazarensky sonriendo.

—No me conoce —masculló Gordon.

—¿No? Como *Cíclope*, he conversado con usted durante horas. Y mi hija adoptiva y el joven Peter Aage me han hablado de usted ampliamente. Sé mucho más de lo que se imagina.

»Usted es una rareza, Gordon. De alguna forma, ahí fuera, en el salvajismo, logró conservar una mentalidad moderna, mientras adquiría una fortaleza adecuada a estos tiempos. Incluso si ésos que están ahí trataran de hacerle daño, usted los vencería.

Gordon fue hasta la puerta, después se volvió y miró por última vez el tenue fulgor de la máquina muerta, las diminutas luces ondulando indefinidamente, desesperadamente.

—No soy tan listo. —Tenía un nudo en la garganta—. ¡Simplemente creía!

Su mirada se cruzó con la de Lazarensky y la mantuvo, hasta que al fin el anciano bajó los ojos, incapaz de responder. Gordon salió, dejando la helada cripta y sus cadáveres tras de sí.

Oregón

Regresó al lugar donde había dejado atado su caballo en el momento en que el leve resplandor del alba iluminaba el cielo por el este. Montó, y con los talones guió a la potra por la vieja carretera de servicio hacia el norte. Sentía dentro de sí un hondo pesar, como si un enorme frío hubiera paralizado su corazón. Nada podía moverse en su interior, por miedo a destrozarse algo bamboleante, precario.

Tenía que alejarse de aquel lugar. Eso estaba absolutamente claro. Que los necios se quedaran con sus mitos. ¡Él ya había acabado con eso!

No volvería a Sciotown, donde había dejado las sacas. Ahora, todo quedaba atrás. Comenzó a desabotonar la camisa de su uniforme, con la idea de tirarla a una zanja cercana a la carretera, junto con la parte que le correspondía en toda aquella falsedad. Una frase resonó en su cabeza inesperadamente.

«¿Quién asumirá la responsabilidad ahora...?»

¿Qué? Sacudió la cabeza para despejarla, pero las palabras no querían irse.

«¿Quién asumirá la responsabilidad ahora, por estos niños estúpidos?»

Gordon maldijo y se atrincheró en su decisión. El caballo aceleró hacia el norte, lejos de todo cuanto había valorado sólo la mañana anterior... pero ahora sabía que era una ficción de Potemkin. Un maniquí barato de una tienducha. Oz.

«¿Quién asumirá la responsabilidad...?»

Esas palabras resonaron una y otra vez en su cabeza, firmemente asentadas como una tonada de la que es imposible librarse. Al fin se dio cuenta de que seguía el mismo ritmo que las luces parpadeantes de la vieja y difunta máquina, luces que formaban ondas una y otra vez.

«... por estos niños estúpidos?»

La potra siguió trotando a la luz del alba pasando por delante de huertos bordeados por hileras de coches inservibles; de pronto una extraña idea penetró en la mente de Gordon. ¿Y si en los últimos momentos de su vida, cuando las últimas gotas de helio líquido se evaporaban y penetraba el calor letal, el último pensamiento de la inocente y sabia máquina hubiera quedado atrapado en una onda, retenido en circuitos periféricos, para destellar desamparadamente una y otra vez?

¿Podría por ello ser considerado un fantasma?

Se preguntó cuáles habrían sido los últimos pensamientos de *Cíclope*, sus últimas palabras.

¿Puede un hombre ser perseguido por el fantasma de una máquina?

Gordon sacudió la cabeza. Estaba cansado, pues, de lo contrario, no se le ocurrirían cosas semejantes. ¡No le debía nada a nadie! Ciertamente no a un montón de hojalata oxidada ni a un reseco cadáver hallado en un *jeep* herrumboso.

—¡Fantasmas! —Escupió a un lado de la carretera y rió secamente.

Sin embargo, las palabras siguieron dando vueltas y más vueltas en su interior. «¿Quién asumirá la responsabilidad ahora...?»

Tan absorto estaba que tardó unos momentos en percibir unos débiles gritos a sus espaldas. Tiró de las riendas y se giró para mirar atrás, con la mano apoyada en la culata del revólver. Quienquiera que lo persiguiese ahora corría un gran peligro. Lazarensky había tenido razón en una cosa. Gordon sabía que era demasiado rival para este grupo. Desde allí vio que había una frenética actividad en la fachada principal de la Morada de *Cíclope*, pero... pero aquello, aparentemente, no tenía nada que ver con él.

Se protegió los ojos del resplandor del sol naciente y vio el vapor que se desprendía de un par de caballos a los que espoleaban con fuerza. Un hombre exhausto subía a tropezones la escalera de la Morada de *Cíclope*, gritando a quienes corrían a su lado. Otro mensajero, al parecer con heridas graves, estaba siendo atendido en el suelo.

Gordon oyó gritar una palabra estentóreamente que lo explicaba todo.

¡ Supervivencialistas!

El no tenía nada que ofrecer como respuesta.

—Mierda.

Dio la espalda al tumulto y chasqueó las riendas, dirigiendo a la potra otra vez hacia el norte.

El día anterior habría ayudado. Habría deseado entregar su vida en el intento de salvar el sueño de *Cíclope*, y probablemente eso habría hecho.

¡Habría muerto por una farsa, una artimaña, un juego!

Si la invasión holnista hubiera comenzado realmente, los aldeanos del sur de Eugene presentarían un importante frente. Los atacantes se dirigirían al norte, hacia un sector que ofreciera menos resistencia. Los blandos habitantes del norte de Willamette no tenían ninguna posibilidad contra los hombres de Rogue River.

Aun así, probablemente no había bastantes holnistas para tomar todo el valle. Corvallis caería, pero habría otros lugares adonde ir. Tal vez pudiera

dirigirse al este por la Autopista 22 y dar la vuelta hasta Pine View. Sería agradable volver a ver a la señora Thompson. Tal vez pudiera estar allí para cuando naciera el hijo de Abby.

La potranca siguió trotando. Los gritos fueron muriendo tras él, como un mal recuerdo que se desvaneciera lentamente. Parecía que iba a hacer buen tiempo, el primer día sin nubes en varias semanas. Un hermoso día para viajar.

Mientras cabalgaba, una brisa fría penetró a través de su camisa entreabierta. Tras recorrer unos cincuenta metros más, su mano comenzó a abrochar de nuevo los botones, lentamente, uno tras otro.

El caballo caminaba despacio, aminoró aún más su marcha y se detuvo. Gordon continuó montado, con los hombros inclinados hacia adelante.

«¿Quién asumirá la responsabilidad...?»

Esas palabras no le abandonaban; las luces palpitaban en su mente.

El caballo inclinó la cabeza y resopló, pateando el suelo.

«¿Quién...?»

Gordon gritó.

—¡Demonios! —Hizo girar a la potra y la lanzó al galope hacia el sur otra vez.

Una balbuciente y asustada multitud de hombres y mujeres retrocedió en expectante silencio cuando los cascos de su caballo repiquetearon en el pórtico de la Morada de *Cíclope*. Su briosa montura se encabritó y resopló mientras él miraba a la gente durante un momento largo y silencioso.

Después, echó hacia atrás su poncho y se puso la gorra de cartero para que el brillante jinete de la insignia destellara a la luz del sol ascendente.

Respiró hondo. Luego empezó a señalar y a dar órdenes concretas.

En nombre de la supervivencia, y en nombre de Estados Unidos Restablecidos, la gente de Corvallis y los Funcionarios de *Cíclope* se apresuraron a obedecer.

Interludio

Arriba, sobre las grises y onduladas cumbres cubiertas de espuma, la corriente en chorro vibraba. El invierno había vuelto y los vientos salmodiaban helados recuerdos sobre el norte del Pacífico.

Menos de cincuenta ciclos atrás, las pautas normales del aire fueron perturbadas por grandes y oscuros embudos; como si ejércitos de coléricos volcanes hubieran escogido el mismo momento para lanzar tierra contra cielo.

Si el episodio no hubiera terminado rápidamente, quizá habría desaparecido toda clase de vida y regresado el hielo para siempre. Incluso en la forma que sucedió, nubes de ceniza habían envuelto a la Tierra durante semanas antes de que las partículas mayores cayeran del cielo como lluvia sucia. Los fragmentos más pequeños de roca y hollín se dispersaron en las altas corrientes de la estratosfera, desaparramando la luz solar.

Transcurrieron años hasta que volvió la primavera.

Pero lo hizo. El Océano, lento y adaptable, desprendió el calor suficiente para detener la espiral cercana a lo irreversible. A la vez, templadas nubes empapadas de mar limpiaron el continente. Crecieron altos árboles y la hierba brotó con vigor, sin obstáculos, en las grietas del pavimento roto.

Sin embargo, quedaba mucha ceniza cabalgando en los altos vientos. De vez en cuando el aire frío se aventuraba hacia el sur, acarreando residuos de la Larga Helada. El vapor cristalizado en torno a las partículas formaba complejos hexaedros reflectantes. Los copos de nieve crecían y caían.

Obstinado, el Invierno llegó una vez más para reclamar una tierra oscura.

III — Cincinatus

1

Las ráfagas de viento esculpían diabólicas figuras con la nieve arremolinada. Rachas que parecían alzarse como espectros de los montículos grisáceos revoloteaban precipitándose, inducidas por el viento, bajo los árboles escarchados.

Una rama se quebró abrumada por su carga, incapaz de soportar el peso de un solo copo de nieve más. El crujido resonó como un sordo disparo de pistola por las angostas veredas del bosque.

La nieve cubrió delicadamente los ojos vidriados de un ciervo muerto por inanición y llenó los surcos entre los marcados perfiles de sus costillas. Los copos pronto ocultaron las tenues huellas en el helado suelo donde el animal había pisado por última vez, hacía sólo horas, en su infructuosa búsqueda de comida.

Sin hacer distinciones, las danzarinas ráfagas fueron a cubrir a otras víctimas, colocando suaves mantos blancos sobre las manchas carmesíes salpicadas en la nieve caída antes.

Pronto todos los cadáveres yacieron cubiertos, en paz, como dormidos.

La nueva tormenta había borrado la mayor parte de las señales de lucha cuando Gordon encontró el cuerpo de Tracy bajo la oscura sombra de un cedro blanqueado por el invierno. Para entonces una helada costra había detenido la hemorragia. Nada manaba ya de la garganta cercenada de la desdichada joven.

Gordon apartó de sí los recuerdos de la Tracy viva que había conocido superficialmente; siempre alegre y valerosa, con un entusiasmo un poco alocado a causa del desesperado trabajo que había asumido. Apretó los labios con pesar al rasgarle la camisa de lana y palpar con la mano bajo la axila.

El cuerpo aún estaba caliente. No hacía mucho que había ocurrido.

Gordon miró de soslayo hacia el sudoeste donde las huellas, casi borradas ya bajo la nieve que caía, se adentraban en el doloroso resplandor del hielo. Con un desvaído y casi silencioso avance, una figura vestida de blanco apareció a su lado.

—¡Maldita sea! —oyó susurrar a Philip Bokuto—. ¡Tracy era buena!

Habría jurado que esos canallas no iban a ser capaces de...

—Lo han hecho —le interrumpió Gordon ásperamente—. Y no hace más de diez minutos.

Cogió la hebilla del cinturón de la chica y la alzó para mostrársela al otro. El rostro de piel oscura bajo la blanca capucha asintió en silencio, comprendiendo. Tracy no había sido violada, ni siquiera marcada con símbolos holnistas. Esta banda había tenido demasiada prisa incluso para detenerse y tomar sus acostumbrados y horribles trofeos.

—Podemos atraparlos —susurró Bokuto. La ira ardía en sus ojos—. Puedo recoger al resto de la patrulla y volver en tres minutos.

Gordon sacudió la cabeza.

—No, Phil. Ya nos hemos alejado demasiado de nuestro perímetro defensivo persiguiéndoles. Tendrán preparada una emboscada para cuando nos acerquemos.

Mejor será recoger el cuerpo de Tracy e irnos a casa ya.

Philip Bokuto apretó la mandíbula, sobresaliéndole los tendones. Por primera vez, su tono de voz superó el susurro.

—¡Podemos atrapar a esos bastardos!

A Gordon le invadió una oleada de irritación. «¿Qué derecho tiene Philip a hacerme esto?» Bokuto había sido sargento en la Marina, antes de que el mundo se arruinara casi dos décadas atrás. Debería haber sido asunto suyo, no de Gordon, tomar las decisiones prácticas desagradables... responsabilizándose.

Negó con la cabeza.

—No, no lo haremos. Y es definitivo. —Miró a la chica, que había sido hasta aquella tarde la segunda mejor exploradora del Ejército de Willamette... pero al parecer no lo bastante buena—. Necesitamos luchadores vivos, Phil. Necesitamos hombres con coraje, no cadáveres.

Durante unos instantes permanecieron en silencio sin mirarse. Después, Bokuto apartó a Gordon a un lado y avanzó hacia la figura que aún estaba sobre la nieve.

—Déme cinco minutos antes de llamar al resto de la patrulla —le dijo mientras arrastraba el cadáver bajo la sombra del cedro y sacaba el cuchillo—. Tiene razón, señor. Necesitamos hombres rabiosos. Tracy y yo nos ocuparemos de que pueda contar con ellos.

Gordon parpadeó.

—Phil —extendió la mano—. No.

Bokuto hizo caso omiso de la mano de Gordon mientras gesticulaba y rompía la camisa de Tracy. No levantó la vista, pero dijo con voz rota.

—¡He dicho que tiene razón! Hemos de hacer que nuestros granjeros de mirada vacía enloquezcan lo bastante para luchar. Y éste es uno de los caminos que Dena y Tracy nos dijeron que tomáramos si nos veíamos obligados...

Gordon no podía creer aquello.

—¡Dena está loca, Phil! ¿No te has dado cuenta aún? ¡Por favor, no hagas eso! —Aferró el brazo del hombre y lo torció, pero tuvo que retroceder ante el amenazante relucir del cuchillo de Bokuto. Su amigo le miró con ojos enfervorizados y angustiados.

—¡No me haga esto más difícil, Gordon! Es usted mi comandante, y le serviré en tanto sea ése el mejor método de matar a todos los bastardos holnistas posibles.

»¡Pero usted es demasiado civilizado en el peor de los tiempos! Ahí es donde pongo el límite. ¿Me oye? ¡No lo dejaré traicionar a Tracy, ni a Dena ni a mí con sus arrebatos de escrúpulos del Siglo Veinte!

»Ahora, váyase de aquí, Señor Inspector... señor —la voz de Philip Bokuto estaba cargada de emoción—. Y acuérdesese de concederme cinco minutos antes de traer a los demás.

Miró hoscamente hasta que Gordon hubo retrocedido. Luego escupió en el suelo, se secó un ojo y volvió a inclinarse para realizar la repugnante tarea que le aguardaba.

Al principio Gordon se tambaleó, medio aturdido, al alejarse por la pradera bordeada de gris. Phil Bokuto nunca se había enfrentado a él de esa forma, blandiendo un cuchillo, con ojos salvajes, desobedeciendo sus órdenes...

Luego recordó.

«No he llegado a ordenarle que no lo hiciera. Se lo he pedido, le he rogado. Pero no se lo he ordenado...

»¿Estoy completamente seguro de que no tiene razón? ¿Será que hasta yo, en el fondo, creo algunas de esas cosas que Dena y su banda de mujeres lunáticas están predicando?»

Sacudió la cabeza. Phil estaba en lo cierto en una cosa: en la estupidez de filosofar en un campo de batalla. La supervivencia ya era un problema. La otra guerra, la que había estado librando cada noche en sus sueños, tendría que esperar su turno.

Prosiguió el camino, ladera abajo, con cuidado, aferrando la bayoneta calada, el arma más práctica para aquella clase de clima. La mitad de sus hombres habían sustituido los rifles y arcos por largos cuchillos... otro truco dolorosamente aprendido de su enemigo mortal.

Bokuto y él habían dejado al resto de la patrulla sólo quinientos metros atrás, pero le parecieron muchos más al recorrerlos buscando trampas con los ojos. Los remolinos de nieve parecían demonios en formación, vaporosos exploradores de un ejército fantasmal que aún no hubiese tomado partido. Eféreos neutrales en una callada guerra a muerte.

«¿Quién asumirá la responsabilidad...?», parecían susurrarle. Aquellas palabras no abandonaban a Gordon desde la fatídica mañana en que escogiera entre lo posible y una maldita charada de esperanza.

Al menos este grupo de ataque concreto de supervivencialistas de Holn lo había pasado peor de lo que solían, y los granjeros y aldeanos locales se habían comportado mejor de lo que se esperaba. Además, Gordon y su grupo de escolta en recorrido de inspección, se hallaban cerca. Habían podido participar en la lucha en un momento crítico.

En esencia, el Ejército de Willamette había obtenido una victoria menor, perdiendo sólo unos veinte hombres por cinco del enemigo. Era probable que no más de tres o cuatro de aquella banda holnista hubieran podido huir hacia el oeste.

De todas formas, tres o cuatro de estos monstruos humanos eran más que suficientes, aun cansados y escasos de munición. Su patrulla se componía ahora únicamente de siete hombres, y los refuerzos se encontraban lejos.

«Deja que se vayan. Volverán.»

El grito de un búho cornudo resonó justo delante de él. Reconoció el aviso de Leif Morrison. «Está mejorando —pensó—. Si todavía estamos vivos dentro de un año, puede que parezca lo bastante auténtico para engañar a alguien.»

Frunció los labios y trató de imitarlo, dos gritos a los tres de Morrison. Luego se lanzó a través de una estrecha cañada y se deslizó dentro de la hondonada donde la patrulla estaba esperando.

Morrison y otros dos hombres formaban un apretado grupo. Sus barbas y capas de piel de oveja estaban cubiertas de nieve seca, y manoseaban sus armas con nerviosismo.

—¿Joe y Andy? —preguntó Gordon.

Leif, el alto sueco, movió la cabeza a izquierda y derecha.

—Patrullando —repuso sucintamente.

Gordon asintió.

—Bien. —Bajo el gran abeto desató su fardo y sacó un termo. Uno de los privilegios del rango: no tenía que pedir permiso para servirse una taza de sidra caliente.

Los otros volvieron a sus puestos pero siguieron mirando atrás, evidentemente preguntándose qué estaría tramando esta vez «el Inspector». Morrison, un granjero que había escapado con dificultad del asalto a Green leaf Town el pasado septiembre, lo miró con los ardientes ojos de un hombre que ha perdido todo lo que amaba y ya no está del todo en este mundo.

Gordon consultó el reloj, un hermoso cronómetro de antes de la guerra suministrado por los técnicos de Corvallis. Bokuto habría tenido ya tiempo suficiente. Ahora estaría alejándose en círculos, cubriendo sus huellas.

—Tracy está muerta —les dijo a los otros. Sus caras palidieron. Gordon prosiguió, midiendo sus reacciones—.

Supongo que pretendía cortar el paso a esos bastardos y retenerlos para entregárnoslos. No me había pedido permiso. —Se encogió de hombros—. La han cogido.

Las aturdidadas expresiones se convirtieron en una ronda de maldiciones coléricas y guturales. «Mejor —pensó Gordon—. Pero la próxima vez los holnistas no esperarán a que recordéis la forma adecuada de reaccionar, muchachos. Os matarán mientras estáis decidiendo si hay motivos para estar asustados o no.

Con su gran práctica en el arte de mentir, Gordon continuó en tono uniforme:

—Cinco minutos antes habríamos podido salvarla. En realidad, han tenido tiempo para llevarse trofeos.

Esta vez la rabia sí que venció a la repulsión que reflejaban sus caras. Y una ardiente vergüenza se sobrepuso a ambas.

—¡Vayamos tras ellos! —urgió Morrison—. ¡No pueden estar muy lejos! —Los demás accedieron con un murmullo.

«No lo bastante deprisa» juzgó Gordon.

—No. Si habéis sido lentos para llegar aquí, lo seréis mucho más para enfrentaros a la inevitable emboscada. Avanzaremos en línea de guerrilla y recuperaremos el cuerpo de Tracy. Después nos iremos a casa.

Uno de los granjeros que más había exigido la persecución mostró un alivio inmediato. Aunque los otros miraron a Gordon, odiándolo por sus palabras.

«Tranquilizaos, muchachos —pensó él amargamente—. Si fuese un verdadero conductor de hombres, hubiera encontrado un medio mejor que éste para daros valor.»

Dejó el termo sin ofrecer sidra a los demás. Lo que ese gesto significaba estaba claro: no la merecían.

—Andando, —dijo, echándose un ligero fardo sobre los hombros.

Esta vez fueron más rápidos al recoger sus pertrechos y trepar por la nieve. De la izquierda y la derecha vio salir a Joe y a Andy y ocupar su sitio en los flancos. Los holnistas nunca se habrían expuesto tanto a ser vistos, por supuesto, pero ellos tenían mucha más práctica que estos renuentes soldados.

Los que llevaban rifles cubrían a los que iban armados con cuchillos, que corrían delante. Gordon mantuvo el paso con facilidad, exactamente tras la línea de guerrilla. Al cabo de un minuto sintió a Bokuto a su lado, que había surgido de repente de detrás de un árbol. A pesar de todo su celo, ninguno de los granjeros había advertido su presencia.

La expresión del explorador era de indiferencia, pero Gordon sabía lo que sentía. No le miró a los ojos.

De delante les llegó una exclamación repentina y colérica. El que encabezaba el grupo debía de haber encontrado el cuerpo mutilado de Tracy.

—Imagine cómo se sentirían si alguna vez descubrieran la verdad —dijo Philip a Gordon en voz baja—. O si averiguasen la verdadera razón por la que la mayoría de sus exploradores son muchachas.

Gordon se encogió de hombros. Había sido idea de una mujer, pero él la había aceptado. La culpa era sólo suya. Tanta culpa, en una causa que él sabía que estaba perdida.

Y aun así, no podía permitir que el cínico Bokuto conociera toda la verdad. Por su bien, Gordon mantuvo las apariencias.

—Tú conoces la razón principal —dijo a su ayudante—. Aparte de las teorías de Dena y la promesa de *Cíclope*, aparte de todo, tú sabes por qué lo hacemos.

Bokuto asintió, y por un breve instante hubo algo más en su voz.

—Por Estados Unidos Restablecidos —repuso quedamente, casi con reverencia.

«Mentiras sobre mentiras —pensó Gordon—. Si descubrieses alguna vez la verdad, amigo mío...»

—Por Estados Unidos Restablecidos —convino en voz alta—. Sí.

Se adelantaron juntos para observar a su ejército de hombres atemorizados, aunque ahora furiosos.

2

—No sirve, *Cíclope*.

Al otro lado del grueso panel de cristal, un ojo perlado y opalescente lo miraba desde un alto cilindro envuelto en bruma helada. Una doble hilera de lucecitas parpadeantes formaba ondas repitiendo una compleja pauta una y otra vez. Aquél era el fantasma de Gordon... el fantasma que llevaba meses acosándolo... la única mentira que había encontrado que era capaz de enfrentarse a su maldito fraude.

Parecía adecuado meditar allí, en aquella oscura habitación. Fuera, en la nieve, en las empalizadas de las aldeas, en los solitarios y lóbregos bosques, hombres y mujeres estaban muriendo por ellos dos. Por lo que él, Gordon, supuestamente representaba, y por la máquina situada al otro lado del cristal.

Por *Cíclope* y por Estados Unidos Restablecidos.

Sin esos dos pilares gemelos de esperanza, los habitantes de Willamette habrían podido derrumbarse ya. Corvallis yacería en ruinas, sus valiosas bibliotecas, su frágil industria, sus molinos de viento y vacilantes luces eléctricas habrían desaparecido para siempre en el fondo de la sombría edad oscura. Los invasores de Rogue River habrían establecido feudos por todo el valle, como ya habían hecho al oeste de Eugene.

Los granjeros y viejos técnicos luchaban contra un enemigo diez veces más experimentado y capaz. Pero luchaban no tanto por ellos mismos como por dos símbolos: por una máquina amable y sabia que en realidad había muerto muchos años atrás, y por una nación desaparecida que sólo existía en su imaginación.

Pobres necios.

—No funciona —dijo Gordon a su compañero en el engaño. La hilera de luces respondió danzando de la misma compleja forma que lo hacía en sus sueños—. De momento este invierno tan crudo ha frenado a los holnistas. Están preparándose en las ciudades que invadieron el otoño pasado. Pero en primavera volverán por nosotros, quemando y matando hasta que, una por una, las aldeas pidan «protección».

«Intentamos luchar. Pero cada uno de esos demonios vale por una docena de nuestros pobres aldeanos y granjeros.

Gordon se desplomó en una silla blanda frente al grueso muro de cristal. Incluso allí, en la Morada de *Cíclope*, el olor a polvo y a vejez era notorio.

«Si tuviésemos tiempo para entrenar, para preparar... si aquí las cosas no hubieran sido tan pacíficas durante tanto tiempo.

»Si tuviéramos un auténtico líder.

«Alguien como George Powhatan.»

A través de las puertas cerradas le llegó una suave música. En alguna parte del edificio sonaban los compases ligeros y conmovedores de la música de Pachelbel. Una grabación de hacía veinte años, en un estéreo.

Recordaba haberse emocionado cuando volvió a escuchar aquella música por primera vez. Tenía tantas ganas de creer que aún existía algo valioso y noble en el mundo, tantas ganas de creer que lo había hallado en Corvallis... Pero «*Cíclope*» resultó ser un engaño, igual que su mito de unos «Estados Unidos Restablecidos».

Aún le sorprendía que ambas fábulas prosperaran más que nunca a la sombra de la invasión supervivencialista. Se habían desarrollado entre la sangre y el terror hasta llegar a convertirse en algo por lo que la gente daba su vida a diario.

—No funciona —volvió a decir a la máquina estropeada, sin esperar respuesta—. Nuestra gente lucha. Muere. Pero esos bastardos camuflados estarán aquí en verano, hagamos lo que hagamos.

Escuchó la triste y dulce música y se preguntó si, tras caer Corvallis, en alguna parte alguien escucharía a Pachelbel de nuevo alguna vez.

Sonaron unos golpes suaves en la puerta doble situada a sus espaldas. Gordon se incorporó. Aparte de él, sólo a los Funcionarios de *Cíclope* les estaba permitido permanecer en el edificio por la noche.

—Adelante —contestó.

Penetró un estrecho trapezoide de luz. La sombra de una mujer alta y de larga cabellera se extendió sobre la alfombra.

Dena. Si había alguien a quien no deseaba ver en aquel momento...

Su voz sonó grave, apresurada.

—Siento molestarte, Gordon, pero pensé que querrías saberlo de inmediato. Johnny Stevens acaba de llegar.

Gordon se puso en pie, con el pulso acelerado.

—¡Dios mío!, lo ha conseguido.

Dena asintió.

—Hubo algún problema, pero Johnny llegó a Roseburg y volvió.

—¡Hombres! ¿Trae...? —Se interrumpió al ver que ella negaba con la cabeza. La esperanza se desvaneció al ver la expresión de sus ojos.

—Diez —repuso ella—. Llevó tu mensaje a los del sur, y envían diez hombres.

Extrañamente, la voz de Dena parecía denotar menos temor que vergüenza, como si todos de alguna manera la hubieran defraudado. Luego

sucedió algo que Gordon nunca había presenciado: Se le quebró la voz.

—Oh, Gordon. ¡Ni siquiera son hombres! ¡Son muchachos, sólo son muchachos!

3

Dena había sido adoptada de muy pequeña por Joseph Lazarensky y los demás técnicos supervivientes de Corvallis, poco después de la guerra Fatal, y creció entre los Funcionarios de *Cíclope*. Gracias a ello había llegado a ser más alta que la mayoría de las mujeres de aquellos tiempos, y estaba mucho mejor instruida. Esta era una de las razones por las que había atraído a Gordon al principio.

Sin embargo, más adelante, Gordon llegó a desear que hubiese leído menos libros... o muchísimos más. Dena había desarrollado una teoría. Peor, era casi una fanática al respecto y la divulgaba entre su grupo de mujeres jóvenes e impresionables y más allá de este círculo.

Gordon temía que, inadvertidamente, él había desempeñado un papel en este proceso. Todavía no estaba seguro de por qué dejó que Dena le hablara de permitir a algunas de sus chicas unirse al Ejército como exploradoras.

«El cuerpo de la joven Tracy Smith, tendido bajo el viento... las huellas que se perdían en aquella nieve cegadora...»

Protegidos por sus gruesos abrigo, Dena y él pasaron ante los hombres que custodiaban la Morada de *Cíclope* y salieron a una noche amargamente clara. Dena dijo con voz suave:

—Si Johnny ha fallado, significa que sólo nos queda una posibilidad.

—No quiero hablar de eso. —Meneó la cabeza—. Ahora no. —Hacía frío y tenía prisa por llegar al refectorio para oír el informe del joven Stevens.

Dena lo cogió del brazo con fuerza y lo retuvo hasta que la miró.

—Gordon, tienes que creer que a nadie le desilusiona esto más que a mí. ¿Crees que mis chicas y yo queríamos que Johnny fallara? ¿Crees que estamos tan locas?

Gordon se contuvo para no responder al primer impulso. Ese mismo día había pasado junto a un grupo de reclutas de Dena: jóvenes procedentes de aldeas situadas al norte de Willamette Valley, chicas con voz apasionada y ojos febriles de conversas. Había resultado una extraña visión, con sus trajes de piel de los Exploradores del Ejército y cuchillos envainados colgados de la cadera, la muñeca y el tobillo, sentadas en círculo con libros abiertos sobre el regazo.

SUSANA: No, no, María. Te has hecho un lío. ¡La historia de *Lisístrata* no se parece en absoluto a la historia de las Danaides! Todas estaban equivocadas, pero por diferentes razones.

MARÍA: No lo comprendo. ¿Por qué un grupo se valía del sexo y el otro de las espadas?

GRACE: No, no es así. Ocurría que ambos grupos carecían de una visión, una ideología...

El debate cesó bruscamente cuando las mujeres vieron a Gordon. Se pusieron en pie, saludaron y lo observaron mientras él se apresuraba, incómodo. Todas tenían esa expresión extraña en sus ojos... que le hizo sentirse como si estuvieran examinándole como si fuera una importante muestra, un símbolo de algo que no lograba determinar.

Tracy tenía esa mirada. Cualquiera que fuese su significado, no quería conocerlo. Ya se sentía bastante mal a causa de los hombres que morían por sus mentiras. Pero estas mujeres...

—No. —Negó con la cabeza al responder a Dena—. No, no creo que estéis tan locas.

—Bien. Me conformaré con eso, por ahora —dijo ella mientras le apretaba el *brazo*.

Él sabía, sin embargo, que ése no era el final.

Dentro del refectorio, otro guardián tomó sus abrigo. Dena al menos tuvo el buen juicio de rezagarse entonces, mientras Gordon seguía solo para escuchar las malas noticias.

La juventud era algo maravilloso. Gordon se acordó de cuando aún no había cumplido los veinte años, justo antes de la Guerra Fatal. Entonces, nada menos importante que un accidente de coche habría podido retrasar sus planes.

Cosas peores les habían ocurrido a algunos de los chicos que abandonaron el sur de Oregón con Johnny Stevens, hacía casi dos semanas. El propio Johnny debía de haber pasado por un infierno.

Pero seguía aparentando diecisiete años, sentado junto al fuego y bebiendo de una humeante taza de caldo. El joven necesitaba un baño caliente y tal vez cuarenta horas de sueño. Su pelo largo y moreno y su rala barba cubrían innumerables pequeños arañosos, y sólo una parte de su uniforme estaba intacta: el emblema reparado con esmero que lucía la sencilla inscripción:

ESTADOS UNIDOS RESTABLECIDO

—¡Gordon! —Sonrió espontáneamente y se levantó:

—He rezado para que regresaras sin daño —dijo Gordon, abrazando a Johnny. Hizo a un lado el fajo de cartas que el joven sacó de su bolsa de cuero aceitado... por la que Johnny sin duda hubiera dado la vida—. Les echaré un vistazo dentro de un rato. Siéntate, y bébete el caldo.

Gordon se tomó un instante para mirar hacia la gran chimenea, donde los nuevos reclutas del sur estaban siendo atendidos por el personal del refectorio. Uno de los chicos tenía el brazo en cabestrillo. Otro, tendido sobre una mesa, estaba siendo curado de un corte en el cuero cabelludo por el doctor Pilch, el médico del Ejército.

El resto bebía en tazas humeantes y miraba a Gordon con franca curiosidad. Obviamente Johnny les había estado llenando la cabeza de historias. Parecían dispuestos, ansiosos por luchar.

Y ninguno tenía más de dieciséis años.

«Adiós a nuestra última esperanza», pensó Gordon.

La gente del sur de Oregón había luchado contra los supervivencialistas de Rogue River durante casi veinte años y, durante los últimos diez había logrado detenerlos. Al contrario de lo ocurrido con los norteños de Gordon, los años de paz no habían debilitado a los rancheros y granjeros de los alrededores de Roseburg. Eran rudos y conocían bien a su enemigo.

También tenían auténticos líderes. Gordon había oído hablar de un hombre que había rechazado un ataque holnista tras otro a pesar de la sangrienta confusión. Por ese motivo, sin duda, el enemigo había fraguado su nuevo plan. En un golpe audaz, los holnistas habían llegado al mar, bordeando la costa hasta Floren-ce, muy al norte de sus tradicionales adversarios.

Fue una acción brillante. Y ahora no había nada que los detuviese. Los granjeros del sur habían enviado a diez muchachos para ayudar. Diez muchachos.

Los reclutas se levantaron cuando él se acercó. Gordon recorrió la hilera preguntando a cada uno su nombre y su pueblo natal. Los jóvenes le estrecharon la mano con entusiasmo y se dirigieron a él llamándole Señor Inspector. Sin duda todos esperaban merecer el más alto honor: convertirse en carteros... funcionarios de una nación que eran demasiado jóvenes para haber conocido.

Ni eso, ni el hecho de que la nación ya no existiera, les impediría morir

por ella; Gordon lo supo.

Reparó en Phil Bokuto, sentado en un rincón, afilando un trozo de madera. El ex marine negro permanecía callado, pero Gordon se dio cuenta de que estaba calibrando ya a los sureños, y le pareció bien. ¡Si alguno de ellos poseía alguna habilidad sería nombrado explorador, dijeran lo que dijeren Dena y sus mujeres!

Gordon percibía que ella le observaba desde la parte trasera de la habitación. Tendría que saber que él nunca aceptaría su nuevo plan. No mientras estuviese al mando del Ejército de la Baja Willamette.

No mientras le quedase un hálito de vida en el cuerpo.

Pasó unos minutos hablando con los reclutas. Cuando volvió a mirar hacia la puerta, Dena se había ido, quizá para llevar la noticia a su camarilla de pretendidas Amazonas. Gordon se había resignado a una inevitable confrontación.

Johnny Stevens manoseaba la bolsa de cuero cuando Gordon regresó a la mesa. Esta vez no dejaría al joven para más tarde. Le tendió el paquete que había transportado desde tan lejos.

—Lo siento, Gordon —habló en voz baja—. ¡Hice lo que pude, pero no me escucharon! Entregué sus cartas, pero... —Sacudió la cabeza.

Gordon hojeó las respuestas a las peticiones de ayuda que había escrito hacía más de dos meses.

—Todos querían unirse a la red postal —añadió Johnny con ironía—. Aunque aquí caigamos, supongo que quedará un pedazo de Oregón libre y preparado cuando la nación se extienda hasta aquí.

En los amarillentos sobres Gordon reconoció nombres de poblaciones situadas en los alrededores de Roseburg, algunas legendarias incluso allí. Examinó varias de las contestaciones. Eran corteses, interesadas, incluso entusiastas respecto a las historias sobre unos EE UU Restablecidos. Pero no contenían ninguna promesa. Y, desde luego, no hablaban de tropas.

—¿Qué hay de George Powhatan?

Johnny se encogió de hombros.

—Todos los alcaldes, comisarios y jefes de allí están pendientes de él. No harán nada si él no lo hace primero.

—No veo la respuesta de Powhatan. —Había revisado todas las cartas.

Johnny negó con la cabeza.

—Powhatan dijo que no confiaba en el papel, Gordon. De todas formas, su respuesta constaba de sólo dos palabras. Me pidió que se la comunicase directamente —se le quebró la voz—. Las palabras son: «Lo siento».

4

La luz brillaba bajo la puerta cuando Gordon regresó a su habitación mucho más tarde aquella noche. Su mano titubeó a centímetros del pomo. Recordaba claramente que había apagado las velas antes de salir para conversar con *Cíclope*.

Un suave perfume de mujer resolvió el enigma antes de que acabara de abrir la puerta. Vio a Dena en su cama, las piernas entre las sábanas. Vestía una holgada camisa de hilo blanco y sostenía en alto un libro junto al candelabro de la mesilla.

—Eso te perjudica la vista —le dijo a la vez que dejaba la bolsa de cartas de Johnny sobre el escritorio.

Dena replicó sin alzar la vista del libro.

—Estoy de acuerdo. Pero debo recordarte que eres tú el único que ha hecho retroceder su habitación a la Edad de Piedra, mientras que el resto de este edificio dispone de electricidad. Supongo que los tipos de antes de la guerra todavía tenéis en vuestras tontas cabezas la idea de que la luz de las velas es algo romántico, ¿verdad?

Gordon no estaba del todo seguro de por qué había quitado las bombillas de su habitación y las había guardado cuidadosamente. Durante sus primeras semanas en Corvallis había sentido una inmensa alegría cada vez que apretaba un interruptor y hacía que los electrones volviesen a fluir, como en la época de su juventud.

Ahora, en su propio dormitorio al menos, no podía soportar la dulzura de semejante luz.

Gordon vertió agua y luego polvos de soda en el cepillo de dientes.

—Tienes una buena bombilla de cuarenta vatios en tu habitación —le recordó—. Podrías leer allí.

Dena hizo caso omiso de la observación y golpeó el libro abierto con la palma de la mano.

—¡No entiendo esto! —declaró, exasperada—. Según este libro, América estaba teniendo un renacimiento cultural, justo antes de la guerra Fatal. También estaba Nathan Holn, que predicaba su descabellada doctrina del supermachismo, y había problemas con los misteriosos esclavos de ultramar, ¡pero en su mayor parte fue una época de esplendor! En arte, música, ciencia, todo parecía avanzar a la vez.

»Y sin embargo, estos estudios hechos a finales de siglo dicen que la mayoría de las mujeres americanas de aquel tiempo todavía desconfiaba de la tecnología.

»¡No puedo creerlo! ¿Es cierto? ¿Eran todas idiotas?

Gordon escupió en la palangana y miró la cubierta del libro. El título era una brillante impresión holográfica:

¿QUIÉNES SOMOS? UN RETRATO DE AMÉRICA EN LOS AÑOS NOVENTA

Escurrió el cepillo de dientes.

—No era tan simple, Dena. La tecnología se había considerado una tarea masculina durante miles de años. Incluso en los noventa, sólo una pequeña fracción de los ingenieros y científicos eran mujeres, aunque su número aumentaba y eran muy buenas.

—¡Eso no tiene importancia! —interrumpió Dena. Cerró el libro y sacudió su pelo castaño claro para dar énfasis—. ¡Lo que importa es a quién beneficia! ¡Aunque fuera un trabajo realizado por hombres, la tecnología ayudaba mucho más a las mujeres! Compara la América de tu tiempo con la de hoy, y dime que estoy equivocada.

—El presente es un infierno para las mujeres —convino él. Levantó el jarro y vertió agua en la manopla. Se sentía muy fatigado—. La vida es mucho peor para ellas que para los hombres. Es brutal, dolorosa y breve. Y para mi vergüenza, dejo que me persuadas para situar chicas en el peor y más peligroso...

Dena parecía decidida a no dejarle acabar una sola frase. ¿O era que percibía su dolor por la muerte de la joven Tracy Smith y quería cambiar de tema?

—¡Bien! —exclamó ella—. Pero lo que quiero saber es por qué las mujeres temían a la tecnología antes de la guerra, si este estúpido libro tiene razón, cuando la ciencia había hecho tanto por ellas, ¡cuando la alternativa era tan terrible!

Gordon volvió a colgar la manopla. Meneó la cabeza. Hacía mucho tiempo de todo aquello. Desde entonces, en sus viajes, había visto horrores que dejarían a Dena sin habla, si alguna vez decidía contárselos.

Ella sólo era una niña cuando la civilización se derrumbó. Excepto por los terribles días anteriores a su adopción en la Morada de *Cíclope*, sin duda olvidados desde hacía mucho, había crecido en un lugar que quizás era el único en el mundo donde quedaban vestigios de las viejas comodidades. No era de extrañar que todavía no tuviera los cabellos grises, a su avanzada

edad de veintidós años.

—Hay quienes afirman que la tecnología fue lo que hundió a la civilización —sugirió él. Se sentó en una silla junto a la cama y cerró los ojos, esperando que ella recogiese la indirecta y se marchara pronto. Habló sin moverse—. Esa gente quizá tenga algo de razón. Las bombas y los microbios, el Invierno de los Tres Años, las redes en ruinas de una sociedad interdependiente...

Esta vez no lo interrumpió. Fue su propia voz la que decidió pararse. No podía recitar aquella letanía.

«... hospitales... universidades... restaurantes... brillantes aeroplanos que llevaban a ciudadanos libres a cualquier parte adonde quisiesen ir...

»... niños de ojos claros riendo bajo las salpicaduras de los aspersores del césped... fotografías enviadas desde las lunas de Júpiter y Neptuno... el sueño de las estrellas... y máquinas maravillosas, sabias, que urdían deliciosos juegos de palabras y nos enorgullecían...

»... conocimiento...»

—Bazofia antitecnológica —dijo Dena, descartando su sugerencia con dos palabras—. Fue la gente, no la ciencia, lo que hundió al mundo. Lo sabes, Gordon. Fue cierta clase de gente.

Cuando ella volvió a hablar su voz era más suave.

—Ven aquí. Quitate esa ropa sudada.

Gordon iba a protestar. Aquella noche sólo deseaba ovillarse y aislarse del mundo, posponer las decisiones del día siguiente y hundirse en un sopor de inconsciencia. Pero Dena era fuerte e implacable. Sus dedos se ocuparon de sus botones y lo empujó para que se echara en las almohadas.

Estaban impregnadas de su perfume.

—Sé por qué todo se vino abajo —declaró Dena entre tanto—. ¡El libro está en lo cierto! Las mujeres simplemente no prestaron suficiente atención. El feminismo se desvió hacia cuestiones periféricas, y pasaron por alto el auténtico problema: los hombres.

«Vosotros hacíais vuestro trabajo bastante bien. Proyectando, fabricando y construyendo cosas. Los varones pueden ser brillantes en ese sentido. Pero cualquiera con un poco de juicio puede ver que de una cuarta parte a la mitad de vosotros sois unos lunáticos, violadores y asesinos. Vigilaros era cosa nuestra, cultivar a los mejores y apartar a los bastardos.

Asintió, absolutamente satisfecha con su lógica.

—Fuimos las mujeres quienes fallamos, quienes dejamos que ocurriese.

Gordon murmuró:

—Dena, estás completamente loca, ¿lo sabes? —Ya se había dado

cuenta de lo que ella estaba maquinando. Este era otro intento de influir en él para que accediese a cualquier descabellado proyecto para ganar la guerra. Pero esta vez no iba a funcionar.

En el fondo de su mente, lo único que deseaba era que la pretendida amazona se fuese y lo dejara solo. Pero su perfume se le había metido en la cabeza. E incluso con los ojos cerrados fue consciente de ello cuando su camisa de hilo cayó al suelo sin ruido y ella apagó la vela.

—Puede que esté loca —dijo—. Pero sé de qué estoy hablando. —Se deslizó a su lado—. Lo sé. Nosotras tuvimos la culpa.

El suave roce de su piel fue como una descarga eléctrica en el costado de Gordon. Su cuerpo pareció despertar aun cuando, tras los párpados, procuró aferrarse a su orgullo y a la huida que proporcionaba el sueño.

—Pero las mujeres no permitirán que suceda otra vez —susurró Dena. Le acarició el cuello con la nariz y deslizó las yemas de los dedos por su hombro—. Hemos aprendido respecto a los hombres; sobre los héroes y los bastardos y cómo apreciar la diferencia.

»Y estamos aprendiendo respecto a nosotras, también.

Su piel era cálida. Gordon la rodeó con los brazos y la atrajo a su lado.

—Esta vez —suspiró Dena—, será diferente.

Gordon le tapó la boca con la suya, aunque sólo fuese para que al fin dejara de hablar.

5

—Cómo demostrará el joven Mark, incluso un niño puede usar nuestro nuevo visor nocturno de infrarrojos, combinado con un rayo láser localizador, para captar un objetivo en una oscuridad casi absoluta.

El Consejo de Defensa de Willamette Valley se hallaba sentado a una larga mesa, sobre el estrado de la mayor sala de lectura en el viejo recinto de la Universidad Estatal de Oregón, obsevando cómo Peter Aage exhibía la última «arma secreta» salida de los laboratorios de los Funcionarios de *Cíclope*.

Gordon apenas pudo distinguir al larguirucho técnico cuando se apagaron las luces y se cerraron las puertas. Pero la voz de Peter Aage era estentóreamente clara.

—En la parte trasera de la sala hemos colocado un ratón en una jaula, que representará a un enemigo infiltrado. Mark conecta ahora el disparador del visor. —Se oyó un leve chasquido en la oscuridad—. Ahora busca la radiación térmica emitida por el ratón...

—¡Lo veo! —silbó la voz del niño.

—Buen muchacho. Ahora, Mark hace oscilar el láser para que caiga sobre el animal...

—¡Lo conseguí!

—... y una vez que el rayo está en la posición correcta, nuestro localizador cambia las frecuencias láser para que un punto visible nos muestre a los demás... el ratón.

Gordon escrutó la oscura zona del final de la sala.

Nada había sucedido. Seguía habiendo solamente una densa oscuridad.

Alguien soltó una risita.

—¡Tal vez se lo han comido! —dijo una voz.

—Sí. ¡Quizá sus técnicos deban afinar esa cosa para que busque un gato! —Alguien profirió un ronroneante «miau».

Aunque el Presidente del Consejo estaba golpeando con su martillo, Gordon se unió a los tipos listos de atrás en sus risas. Estuvo tentado de efectuar alguna observación propia, pero todos conocían su voz. Su papel allí era irrelevante, y probablemente heriría los sentimientos de alguien.

Un bullicio a la izquierda indicó una reunión de técnicos, que hablaban en susurros con nerviosismo. Al fin, alguien pidió que encendieran las luces. Los fluorescentes parpadearon y los miembros del Consejo de Defensa pestañearon mientras sus ojos se readaptaban a la luz.

Mark Aage, el niño de diez años al cual Gordon había rescatado de los

supervivencialistas en las ruinas de Eugene unos meses atrás, se quitó el casco de visión nocturna y miró hacia arriba.

—He visto el ratón —insistió—. Muy bien. Y le he dado con el rayo láser. ¡Pero no ha desprendido colores!

Peter Aage parecía azorado. El hombre rubio vestía la misma túnica blanca con ribetes negros que los técnicos todavía inclinados sobre el fallido invento.

—Ayer funcionó en cincuenta pruebas —explicó—. Puede que el convertidor paramétrico se haya atascado. Lo hace a veces.

»Por supuesto, eso no es más que un prototipo, y nadie en Oregón ha intentado construir nada semejante en casi veinte años. Pero hemos de eliminar el defecto antes de iniciar la producción.

Tres grupos diferentes formaban el Consejo de Defensa. Los dos hombres y una mujer que vestían como Peter ropas de Funcionario asintieron comprensivamente. El resto de los consejeros parecían menos comprensivos.

Dos hombres a la derecha de Gordon llevaban camisas azules y chaquetas de cuero similares a la suya. En la manga tenían cosidos retales de tela que representaban un águila alzándose desafiante en una pira, orlada por la inscripción:

EE UU RESTABLECIDOS SERVICIO POSTAL

Los carteros, compañeros de Gordon, se miraron, y uno de ellos apartó los ojos con disgusto.

En medio se sentaban dos mujeres y tres hombres, incluido el Presidente del Consejo, en representación de las distintas regiones que pertenecían a la alianza: jurisdicciones que habían estado unidas por su acatamiento a *Cíclope*, más recientemente por una creciente red postal y ahora por el miedo a un enemigo común. Su indumentaria era variada, pero todos lucían un brazalete con un brillante emblema: una W y una V superpuestas, por Willamette Valley. Los símbolos cromados eran un artículo lo suficientemente abundante para proveer a todo el Ejército, sacados de automóviles largo tiempo abandonados.

Fue uno de aquellos representantes civiles quien habló primero.

—¿Cuántos de estos artefactos cree que podrían reconstruir sus técnicos para la primavera?

Peter meditó.

—Bueno, si vamos a toda marcha, supongo que podríamos tener casi una docena arreglados para finales de marzo.

—Y todos necesitan electricidad, supongo.

—Suministraremos generadores manuales, desde luego. El equipo completo no debe pesar más de veintidós kilos, todo incluido.

Los granjeros se miraron unos a otros. La mujer que representaba a las comunidades de Cascade Indian pareció hablar por todos ellos.

—Estoy segura de que estos visores nocturnos pueden servir para defender algunos lugares importantes contra el ataque de las serpientes. Pero quiero saber de qué forma nos ayudarán cuando la nieve se funda, cuando vengan esos holnistas destripadores, asaltando y quemando todas las aldeas y pueblos uno por uno. No podemos refugiar a toda la población en Corvallis. Nos moriríamos de hambre en cuestión de semanas.

—Sí —añadió otro granjero—. ¿Dónde están todas esas armas de precisión que ustedes, los grandes cerebros, nos iban a dar? ¿Han desenchufado a *Cíclope* o qué?

Ahora fueron los Funcionarios los que se miraron unos a otros. Su jefe, el doctor Taigher, comenzó a protestar.

—¡Eso no es justo! Apenas hemos tenido tiempo. *Cíclope* fue construido para fines pacíficos y tiene que re-programarse a sí mismo para tratar de cosas referentes a la guerra. De todas formas, puede proyectar grandes planes, ¡pero son hombres falibles los que han de ejecutarlos!

Gordon estaba maravillado. Allí, en público, el hombre parecía realmente ofendido, defendiendo a su oráculo mecánico... al que la gente del valle reverenciaba aún como el gran Oz. La representante de las poblaciones del norte movió la cabeza, respetuosa pero obstinada.

—Yo sería la última en criticar a *Cíclope*. Estoy segura de que está buscando ideas con tanta rapidez como puede. Pero no consigo ver por qué este visor nocturno es mejor que el globo del que no paran de hablar, o que las bombas de gas o las pequeñas minas trucadas. ¡Y no hay bastantes para organizar una maldita defensa!

»Y aunque hicieran cientos, miles, serían muy útiles si tuviéramos que luchar contra un auténtico ejército, como en Vietnam o Kenia antes del Tiempo Final. ¡Pero casi inútiles contra esos endemoniados supervivencialistas!

Aunque se mantuvo en silencio, Gordon no pudo por menos de estar de acuerdo. El doctor Taigher se miró las manos. Tras dieciséis años de pacífico y benigno engaño, repartiendo como limosna un pequeño surtido de

prodigios del Siglo Veinte reciclados para mantener embelesados a los granjeros del sector, a él y a sus técnicos se les exigía obrar milagros auténticos. Los juguetes reparados y los generadores eléctricos movidos por el viento ya no bastarían para impresionar a los lugareños.

El hombre que estaba sentado a la derecha de Gordon se movió con nerviosismo. Era Eric Stevens, abuelo del joven Johnny Stevens. El anciano llevaba el mismo uniforme que Gordon y representaba a la región de la Alta Willamette, esos pocos pueblos al sur de Eugene que se habían unido a la alianza.

—Así que hemos vuelto al punto de partida —dijo Stevens—. Los artefactos de *Cíclope* pueden servir de ayuda aquí y allá. Sobre todo harán un poco más fuertes algunos puntos. Pero creo que todos estamos de acuerdo en que eso sólo constituirá un ligero inconveniente para el enemigo.

»Por otra parte, Gordon nos ha dicho que no podemos esperar ayuda del este civilizado en breve plazo. Falta una década o más para que EE UU Restablecidos llegue aquí con alguna fuerza. Tenemos que resistir al menos ese tiempo, quizás hasta que se establezca verdadero contacto.

El anciano miró a los demás con furia.

—Sólo hay un modo de hacerlo, ¡y es luchar! —golpeó la mesa—. Todo se reduce a lo básico, una vez más. Son los hombres lo que importa.

Un murmullo de asentimiento recorrió la mesa. Pero Gordon observaba con atención a Dena, que se hallaba sentada abajo, entre el público, esperando su oportunidad para dirigirse al Consejo. Movía la cabeza en gesto de negación y a Gordon le pareció que podía leer su mente.

No exactamente los hombres... estaba pensando. La joven y alta mujer vestía ropa de Funcionario, pero Gordon sabía dónde yacía su auténtica lealtad. Estaba sentada con tres de sus discípulas, exploradoras ataviadas con piel de ante del Ejército de Willamette, todas ellas miembros de su excéntrica camarilla.

Hasta ahora el Consejo había rechazado su proyecto. A las chicas les había costado que les permitieran unirse al Ejército, y entonces había aflorado un latente sentimiento de feminismo fin de siglo que perduraba en este valle todavía civilizado.

Pero Gordon captó una creciente desesperación en la mesa. Las noticias traídas del sur por Johnny Stevens habían hecho mella. Pronto, cuando cesaran de caer las nieves y las cálidas lluvias comenzaran de nuevo, los consejeros se aferrarían a cualquier plan. A cualquier idiotez.

Gordon decidió intervenir en aquella discusión antes de que las cosas se escaparan de las manos. El Presidente le otorgó rápidamente la palabra

cuando la pidió con un gesto.

—Estoy seguro de que el Consejo desea expresar a *Cíclope*, y a sus técnicos, nuestra gratitud por sus incesantes esfuerzos.

Hubo un murmullo de asentimiento. Ni Taigher ni Peter Aage lo miraron.

—Nos quedan tal vez otras seis u ocho semanas de mal tiempo hasta que quepa esperar que el enemigo reanude su actividad. Tras escuchar los informes de los comités de instrucción y defensa, está claro que tenemos mucha cantidad de trabajo que hacer.

En efecto, el sumario de Philip Bokuto había iniciado la letanía matutina de malas noticias. Gordon suspiró.

—Cuando comenzó la invasión holnista el verano pasado, os dije a todos que no esperaseis ninguna ayuda del resto de la nación. Establecer una red postal, como yo he estado haciendo con vuestra ayuda, es sólo el primer paso de un largo proceso hasta que el continente pueda ser reunificado. En los próximos años, Oregón esencialmente estará solo.

Se las arregló para mentir por implicación pronunciando palabras que eran la verdad literal, una habilidad que había desarrollado, aunque no estuviera orgulloso de ella.

—No emplearé palabras suaves con vosotros. El fracaso de la gente de la región de Roseburg al no enviar más que una mínima ayuda ha sido el peor de los golpes. Los del sur poseen la experiencia, la destreza y, sobre todo, el liderazgo que nosotros necesitamos. En mi opinión, persuadirlos de que nos ayuden debe tener prioridad sobre todo lo demás.

Hizo una pausa.

—Por tanto, iré al sur personalmente y trataré de hacerles cambiar de idea.

Aquello produjo un inmediato tumulto.

—¡Gordon, eso es una locura!

—No puedes...

—¡Te necesitamos aquí!

Cerró los ojos. En cuatro meses había logrado una alianza lo bastante sólida para retrasar y frustrar a los invasores. La había forjado empleando principalmente su habilidad de cuentista, de simulador... de mentiroso.

Gordon no se hacía la ilusión de ser un auténtico líder. Era su imagen lo que mantenía unido al Ejército de Willamette... su legendaria autoridad como el Inspector, una manifestación del renacimiento de la nación.

«Una nación cuyo último pedernal pronto se convertirá en una piedra muerta y fría si no se hace algo con endemoniada rapidez. ¡Yo no puedo guiar a esta gente! ¡Necesitan un General! ¡Un guerrero!

«Necesitan a un hombre como George Powhatan.»

Puso fin a la algarabía alzando la mano.

—Voy a ir. Y quiero que todos me prometáis que no daréis vuestro consentimiento a ninguna empresa descabellada y desesperada mientras yo esté lejos. —Miró directamente a Dena. Por un instante ella le sostuvo la mirada. Tenía los labios apretados y al cabo de un momento sus ojos se nublaron e inclinó la cabeza.

«¿Está preocupada por mí? —se preguntó Gordon—. ¿O por su plan?»

—Volveré antes de la primavera —prometió—. Volveré con ayuda.

Y agregó para sí mismo:

—O moriré en el empeño.

6

Los preparativos ocuparon tres días. Gordon estuvo irritado todo el tiempo, deseando estar ya fuera de allí.

Pero aquello se había convertido en una expedición. El Consejo insistió en que Bokuto y otros cuatro hombres lo acompañaran al menos hasta Cottage Grove. Johnny Stevens y uno de los voluntarios del sur les precederían para preparar el camino. Después de todo, era conveniente que el Inspector fuese bien anunciado.

Para Gordon todo esto era una sarta de sinsentidos. Una hora con Johnny, repasando un mapa de carreteras de antes de la guerra, habría sido suficiente para indicarle cómo llegar al lugar a donde se dirigía. Un caballo veloz y otro de repuesto lo protegerían tanto como un escuadrón completo.

A Gordon le fastidiaba particularmente tener que llevar a Bokuto. El hombre era necesario allí. Pero el Consejo fue implacable. Tenía que aceptar sus condiciones o no le autorizarían a partir.

El grupo salió de Corvallis por la mañana temprano; los caballos echaban vapor debido al crudo frío mientras dejaban atrás la vieja pista de atletismo de la UEO. Pasó un columna de reclutas en marcha. Aunque iban embozados, no era difícil deducir por las voces que cantaban que se trataba de las chicas soldado de Dena.

*Oh, no me casaré con un hombre que fume,
Que raspe, eructe o cuente chistes malos.
Puede que no me case con nadie, que no me case, ¡
Puede que no me case!*

*Oh, preferiría sentarme a la sombra,
Y ser una solterona remilgada y quisquillosa,
Oh, puede que no me case con nadie, que no me case,
¡Puede que no me case!*

La tropa volvió la vista a la derecha cuando pasaron los hombres. La expresión de Dena quedó desdibujada por la distancia; pero pese a ello él sintió su mirada.

Su despedida había sido físicamente apasionada y emocionalmente

tensa. Gordon no estaba seguro de que en la América de antes de la guerra, con todas sus variantes sexuales, hubiera existido un nombre para la clase de relación que mantenían. Era un alivio alejarse de ella. Sabía que la perdería.

Mientras las voces de las mujeres iban alejándose Gordon sentía un nudo en la garganta. Trató de atribuirlo al orgullo que le producía su valor. Pero no le era posible descartar por completo el miedo.

El grupo cabalgó veloz ante huertos estériles y campos escarchados para llegar a la empalizada de Rowland al atardecer. Así de cerca estaban las líneas, a un día de viaje del frágil centro de lo que se consideraba civilización. A partir de allí, entrarían en el territorio de los bandidos.

En Rowland oyeron nuevos rumores: un contingente de holnistas había establecido ya una avanzadilla en las ruinas de Eugene. Los refugiados hablaron de bandas de bárbaros camuflados de blanco que erraban por la campiña, quemando aldehuelas y robando comida, mujeres y esclavos.

Si aquello era cierto, Eugene presentaba un problema. Tenían que cruzar la destruida ciudad.

Bokuto insistió en no correr riesgos. Gordon lo miró hoscamente y apenas habló mientras la expedición malgastaba tres días en carreteras de asfalto heladas y embrozadas, desviándose muy al este de Springfield y luego hacia el sur de nuevo para llegar al fin a la ciudad fortificada de Cottage Grove.

Había transcurrido poco tiempo desde que unas cuantas ciudades al sur de Eugene se reunieran con las más prósperas comunidades del norte. Ahora los invasores casi las habían separado otra vez.

En el mapa mental de Gordon del que fuera el gran Estado de Oregón, las dos terceras partes orientales eran yermos, desiertos, ríos de antigua lava y las murallas montañosas de las Cascadas.

El gris Pacífico bordeaba al oeste la cordillera costera amortajada por la lluvia.

Los límites nordeste y sudeste del Estado eran también, en apariencia, zonas tranquilas. En el norte de Columbia Valley se veían los estragos causados por las bombas que habían arrasado Portland y destrozado las presas del gran río.

La otra zona se internaba unos ciento cincuenta kilómetros en el extremo sur del Estado desde la desconocida California y confluía en el cañón montañoso conocido como el Rogue.

Incluso en tiempos más felices, el área en torno a Medford había tenido fama de poseer un cierto elemento «extraño». Antes de la guerra Fatal se estimaba que Rogue River Valley guardaba más escondrijos secretos y más

ametralladoras ilegales que cualquier otro lugar fuera de los pantanos.

Mientras la autoridad civil luchaba aún para permanecer como tal, hacía dieciséis años, fue la plaga supervivencialista la que asestó el golpe final sobre todo el mundo civilizado. En el sur de Oregón los partidarios de Nathan Holn habían sido especialmente violentos. El destino de los pobres ciudadanos de esa región nunca se conoció.

Entre el desierto y el mar, entre la radiación y los dementes holnistas, dos pequeñas zonas habían superado el Invierno de los Tres Años y les quedó lo suficiente para hacer algo más que escarbar como animales... Willamette al norte y los pueblos en torno a Roseburg al sur. Pero al principio, la zona sur parecía condenada a la esclavitud o a algo peor en manos de los nuevos bárbaros.

Sin embargo, en alguna parte entre el Rogue y el Umpqua sucedió algo imprevisto. El cáncer fue controlado. El enemigo fue detenido. La desesperada esperanza de Gordon era descubrir cómo se había podido lograr, antes de que la enfermedad transplantada invadiera totalmente el vulnerable Willamette Valley.

En el mapa mental de Gordon una horrenda incursión roja se había extendido tierra adentro desde las cabezas de playa establecidas al oeste de Eugene. Y Cottage Grove estaba ahora casi aislada.

Tuvieron un primer atisbo de lo mal que habían ido las cosas a menos de un kilómetro del pueblo: los cuerpos de seis hombres colgados junto a la carretera, crucificados sobre rotos postes de teléfonos. No habían dejado de marcar los cuerpos.

—Bajadlos —ordenó.

El corazón le latía con fuerza y su boca estaba seca; era la reacción exacta que el enemigo había deseado provocar en este ejercicio de terror calculado. Evidentemente, los hombres de Cottage Grove ya ni siquiera llegaban tan lejos con sus patrullas. No era un buen augurio.

Una hora después vio cuánto había cambiado la ciudad desde su última visita. Había vigilantes en las esquinas de nuevas murallas de adobe. En el exterior, edificios anteriores a la guerra habían sido demolidos para hacer una amplia zona de cortafuego.

La población se había triplicado a causa de los refugiados, la mayor parte de los cuales vivían en atestadas chabolas junto a la entrada principal. Los niños se aferraban a las faldas de mujeres de rostro demacrado y miraban pasar a los jinetes del norte. Los hombres formaban grupos, calentándose las manos en fogatas al aire libre. El humo se mezclaba con las emanaciones de los sucios cuerpos formando una neblina desagradable y

pestilente.

Algunos de los hombres daban la impresión de estar habituados a aquellas condiciones. Gordon se preguntó cuántos de ellos serían holnistas que se hacían pasar por refugiados. Había ocurrido antes.

Las noticias que les aguardaban eran aún peores. Por el Consejo del Pueblo supieron que el alcalde Peter von Kleek había muerto en una emboscada sólo unos días atrás, cuando encabezaba una patrulla en auxilio de una aldea sitiada. La pérdida era incalculable y afectó mucho a Gordon. También contribuía a explicar el preocupado silencio reinante en las frías calles.

Aquella noche pronunció su mejor arenga, a la luz de una antorcha en la plaza llena de gente. Pero esta vez las aclamaciones de la multitud fueron hastiadas y escasas. Su discurso fue interrumpido dos veces por el eco de detonaciones de escopetas, contra los muros, procedentes de las boscosas colinas exteriores.

—No les doy dos meses, después de que se funda la nieve —susurró Bokuto al día siguiente cuando cabalgaban alejándose de Cottage Grove—. Dos semanas, si los malditos supervivencialistas se esfuerzan.

Gordon no supo qué responder. El pueblo era el cerrojo del sur de la alianza. Cuando fuera destruido, no habría nada que se opusiera a que las fuerzas del enemigo dieran un giro hacia el norte hasta el corazón del valle y Corvallis mismo.

Cabalgaron hacia el sur bajo una leve nevisca, remontando la confluencia costera del río Willamette hacia su origen. El verde oscuro de los pinos del bosque resplandecía bajo su blanco manto. De vez en cuando la brillante corteza roja de la madera del mirto se destacaba sobre las grises orillas del río semihelado.

Sin embargo, unos cuantos obstinados gallipatos pescaban en las heladas aguas, tratando de sobrevivir por sus propios medios hasta la primavera.

Al sur de la abandonada ciudad de Londres se separaron del reducido río. Allí había una gran extensión deshabitada, marcada únicamente por las granjas en ruinas y una gasolinera desmantelada.

Hasta el momento había sido una jornada silenciosa. Pero ahora, al fin, se sintieron seguros e incluso el suspicaz Philip Bokuto se convenció de que se hallaban fuera del probable alcance de las patrullas holnistas. Pudieron hablar. Hasta reír.

Todos los hombres tenían más de treinta años, así que se dedicaron al Juego del Recuerdo... contando viejos chistes que no tendrían significado

alguno para nadie perteneciente a la nueva generación y discutiendo con despreocupación sobre antiguos deportes que recordaban vagamente. Gordon estuvo a punto de caerse de la montura a causa de la risa que le provocó Aaron Schimmel al imitar con voz nasal a personajes populares de la televisión de los noventa.

—Es asombroso cómo gran parte de nuestra juventud queda almacenada, lista para ser recordada —le comentó a Philip—. Solían decir que una de las señales de que se estaba envejeciendo era recordar cosas ocurridas veinte años atrás con más facilidad que hechos recientes.

—Sí —repuso Bokuto, sonriendo, y su voz adoptó un quejumbroso tono de falsete—. ¿De qué estábamos hablando?

Gordon le dio una palmadita en la cabeza.

—¿Eh? No te oigo, colega... Demasiado *rock and roll*.

Los hombres se acostumbraron a las frías dentelladas de las mañanas invernales y a la suave pisada de los cascos de los caballos por la interestatal cubierta de hierba. La tierra se había recuperado, los ciervos pastaban en los bosques una vez más, pero los hombres serían demasiado escasos durante largo tiempo para regresar y tomar todas las aldeas abandonadas. Los afluentes de la confluencia costera quedaron lejos al fin. Los viajeros cruzaron una estrecha línea de colinas y un día más tarde se hallaron junto a un nuevo río.

—El Umpqua —identificó el guía.

Los del norte lo contemplaron. Este helado torrente no desembocaba en el plácido Willamette, ni por consiguiente en el gran Columbia. En vez de ello se abría su propio y montaraz camino en dirección oeste hacia el mar.

—Bienvenidos al soleado sur de Oregón —murmuró Bokuto, otra vez deprimido.

El cielo se mostraba amenazador. Incluso los árboles parecían más salvajes que en el norte.

Esa impresión se repitió cuando volvieron a encontrar pequeños asentamientos amurallados. Hombres silenciosos de ojos desconfiados los observaban desde sus elevados puestos en las vertientes de las colinas y los dejaban pasar sin hablarles. La noticia de su llegada les había precedido, y estaba claro que aquellas gentes no tenían nada en contra de los carteros. Pero también resultaba obvio que sentían muy poco aprecio por los extranjeros.

Durante una noche que pasaron en la aldea de Sutherlin, Gordon vio de cerca cómo vivían los sureños.

Sus casas eran sencillas y austeras, con pocas de las comodidades que

aún poseían las del norte. No había apenas nadie que no mostrase señales visibles de enfermedades, malnutrición, exceso de trabajo o lucha.

Aunque no hicieron ni dijeron nada descortés, no era difícil imaginar lo que pensaban de los habitantes de Willamette.

«Blandos.»

Sus líderes expresaron simpatía, pero sus pensamientos ocultos eran evidentes. «Si los holnistas están abandonando el sur, ¿por qué habríamos de intervenir?»

Un día más tarde, en el centro comercial de Roseburg, Gordon se reunió con un comité de jefes del área circundante. Las ventanas agujereadas por las balas presidían perspectivas que recordaban la terrible guerra contra los bárbaros del Rogue River que duró siete años. Un Denny's quemado, con su letrero de plástico amarillo colgado de un ángulo y fundido, mostraba el lugar donde se había hecho retroceder al enemigo en su incursión más profunda, casi una década atrás.

Desde entonces los salvajes supervivencialistas nunca habían llegado tan lejos. Gordon estaba seguro de que el lugar del encuentro había sido elegido deliberadamente.

La diferencia de actitud y personalidad era inconfundible. Había poca curiosidad por el legendario *Cíclope*, o por el vacilante renacimiento de la tecnología. Incluso la historia de una nación que renacía de sus cenizas en tierras lejanas del este provocaba escaso interés. No era que pusiesen en duda las historias. Los hombres de Glide, Winston y Lookinglass no daban la impresión de estar tan interesados.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo Philip a Gordon—. Estos palurdos han estado haciendo su propia guerra durante tanto tiempo que sólo les preocupa la subsistencia diaria.

«¿Los hace más listos, quizá?», se preguntó Gordon.

Pero Philip tenía razón. En realidad, lo que los jefes, alcaldes o comisarios pensaran carecía de importancia. Fanfarroneaban, jactándose de su autonomía, pero estaba claro que en aquellos lugares sólo contaba la opinión de un hombre.

Dos días más tarde, Johnny Stevens llegó del oeste sobre una humeante montura. No miró ni a izquierda ni a derecha; saltó del caballo y corrió hacia Gordon, sin aliento. Esta vez el mensaje constaba de tres palabras:

«Venga a verme.»

George Powhatan había accedido a sus ruegos.

7

Las Montañas Callahan bordeaban Camas Valley desde Roseburg hasta el mar en ciento doce kilómetros. Bajo ellas, el afluente principal del pequeño río Coquille discurría hacia el oeste atravesando los destrozados esqueletos de puentes derruidos antes de reunir a sus ramas norte y sur en la sombría mañana de Sugarloaf Peak.

Aquí y allá, a lo largo del norte del valle, nuevos cercados delimitaban pastos ahora cubiertos de nieve en polvo. De vez en cuando se veía el humo de una chimenea que surgía de una prisión militar en la cumbre de alguna colina.

En la orilla sur, sin embargo, no había nada. Sólo ruinas chamuscadas y hundidas que sucumbían lentamente a las implacables zarzas.

Ninguna fortificación dominaba los vados del río. Esta ausencia desconcertó a los viajeros, pues se suponía que era en aquel valle donde la defensa contra el enemigo holnista se había atrincherado y resistido.

Calvin Lewis trató de explicarlo. El musculoso joven de ojos oscuros había guiado a Johnny Stevens desde su primer viaje al sur de Oregón. Cal señaló con la mano a derecha e izquierda mientras hablaba.

—No se protege un río construyendo puntos fortificados —les dijo con el grave y lánguido acento local—. Protegemos la orilla norte cruzando nosotros mismos, de vez en cuando, y sabiendo todo lo que se mueve al otro lado.

Philip Bokuto gruñó, con un gesto de asentimiento como aprobación. Obviamente aquello era lo que él habría hecho. Johnny Stevens no expresó ninguna opinión, puesto que ya lo había oído con anterioridad.

Gordon siguió mirando entre los árboles, preguntándose dónde estarían los vigilantes. Sin duda los había a ambos lados, situados en intervalos a lo largo del camino y observando al grupo. Ocasionalmente captaba un vislumbre de movimiento o un destello de lo que podían haber sido unos prismáticos situados a cierta altura. Pero los rastreadores eran buenos. Muchísimo mejores que cualquiera del Ejército de Willamette, excluido, quizás, Phil Bokuto.

En el sur la guerra no parecía ser de ejércitos y compañías, de asedios y movimientos estratégicos. Era algo que recordaba las batallas que se habían librado entre los indios americanos... cuyas victorias se medían con ataques rápidos y sangrientos, y con el número de cabelleras conseguidas.

Los supervivencialistas eran expertos en esta clase de combate. Los habitantes de Willamette, que no estaban acostumbrados a semejante terror, eran su presa ideal.

Allí, sin embargo, los granjeros habían logrado detenerlos. No era tarea suya criticar sus tácticas, así que delegó en Bokuto para que formulara la mayor parte de las preguntas. Gordon sabía que se precisaba toda una vida para aprender aquellas habilidades. Estaba allí sólo y exclusivamente por una razón. No para aprender, sino para persuadir.

Cuando subieron por la vieja carretera de la montaña de Sugarloaf la vista era espectacular, dominando la unión de los afluentes del Coquille. La nieve cubría los bosques de pinos dándoles la apariencia que debían de tener antes de que llegase el hombre, como si el horror de los últimos diecisiete inviernos fuera un asunto que sólo afectara a criaturas efímeras, carente de importancia para la perdurable Tierra.

—A veces esos bastardos tratan de colarse en grandes canoas —les dijo Cal Lewis—. El afluente sur sigue este camino casi en línea recta desde territorio del Rogue, y cuando se une a la corriente principal, aquí, trae ya mucha velocidad. —El joven sonrió—. Pero George siempre parece saber lo que traman. George siempre los ve venir.

Allí estaba de nuevo, aquel afecto mezclado con temor al mencionar al líder de las comunidades de Camas Valley. ¿Comía aquel hombre clavos para desayunar? ¿Lanzaba rayos contra sus enemigos? Después de todas las historias que había oído contar, Gordon estaba dispuesto a creer cualquier cosa sobre George Powhatan.

Las anchas ventanas de la nariz de Bokuto se abocinaron cuando de súbito tiró de las riendas, deteniendo a Gordon en gesto protector con el brazo izquierdo. El ex marine sacó la pistola en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué pasa, Phil? —Gordon cogió la carabina mientras escudriñaba las boscosas laderas. Los caballos brincaron y bufaron, captando la agitación de sus jinetes.

—Es... —Bokuto husmeó. Entrecerró los ojos con expresión de incredulidad—. Huelo a grasa de oso.

Cal Lewis miró hacia los árboles situados junto a la carretera y sonrió. Procedente de la parte superior de la ladera llegó una risa grave y gutural.

—¡Muy bien, hombre! ¡Tienes los sentidos muy aguzados!

Ante la mirada de Gordon y los demás, una enorme figura en sombras se movió entre los abetos Douglas, recortada sobre el sol de la tarde. Gordon sintió un leve estremecimiento mientras una parte de él se preguntaba, por un instante, si se trataba de un ser humano o tal vez del legendario Sasquatch, Pies-grandes del noroeste.

Entonces la silueta avanzó y se reveló como un hombre de mediana edad, de cara angulosa y pelo cano, largo hasta los hombros, sujeto por una

cinta ancha cubierta de abalorios. Una camisa sin mangas, tejida a mano, dejaba al descubierto unos brazos como muslos; pero, al menos en apariencia, el frío no le molestaba.

—Soy George Powhatan —dijo el hombre, risueño—. Bienvenidos a la montaña de Sugarloaf, caballeros.

Gordon tragó saliva. ¿Qué había en la voz de aquel hombre que encajaba con su apariencia física? Esta indicaba un poder asumido con tanta naturalidad que no tenía necesidad de jactarse o de hacer ostentación. Powhatan extendió las manos.

—¡Vamos, tú, el del olfato agudo! ¡Y los demás, con vuestros fantásticos uniformes! ¿Has captado olor a grasa de oso? ¡Bien, entonces, venid a mi refugio de invierno! Y sabréis para qué sirve.

Los visitantes se relajaron y dejaron las armas, tranquilizados por su buena disposición. «No es Sasquatch —se dijo Gordon—. Sólo un cordial hombre de la montaña.»

Dio unas palmadas a su nervioso caballo del norte y se dijo para sus adentros que también él debería haber reaccionado al olor a grasa de oso derretida.

8

El Señor de la Montaña de Sugarloaf usaba tarros de grasa de oso para predecir el tiempo, perfeccionando una técnica tradicional con un meticuloso y científico archivo de datos. Criaba vacas para que dieran mejor leche, y corderos para conseguir una lana de más calidad. Sus invernaderos, calentados con metano biogenerado, producían verduras frescas todo el año, incluso en los inviernos más crudos.

George se mostró especialmente orgulloso al mostrar su cervecería, con fama de producir la mejor cerveza de cuatro condados.

Los muros de su gran refugio, la sede de su imperio, estaban bellamente cubiertos de colgaduras tejidas y trabajos artísticos de niños exhibidos con orgullo. Gordon esperaba ver armas y trofeos de batalla, pero no había ninguno. En efecto, cuando se cruzaba la alta empalizada apenas se veían señales de la larga guerra.

Aquel primer día, Powhatan no habló de negocios. Lo pasó entero mostrando a sus invitados el entorno y supervisando los preparativos para un festejo en su honor. Después, entrada la tarde, cuando les hubo indicado cuáles eran sus habitaciones para descansar, el anfitrión se esfumó.

—Creo que lo he visto dirigirse hacia el oeste —respondió Bokuto cuando Gordon le preguntó—. Hacia ese promontorio de allí.

Gordon le dio las gracias y se encaminó en aquella dirección por un sendero cubierto de grava que discurría entre los árboles. Durante horas Powhatan había evitado con habilidad cualquier conversación seria, distrayéndolos con algo nuevo que ver o con su reserva aparentemente infinita de sabiduría campesina.

La noche podía transcurrir de idéntica manera, pues llegaba mucha gente para conocerlos. Podría no presentarse la oportunidad de tratar la cuestión que los había llevado allí.

Desde luego sabía que no era oportuno mostrarse tan impaciente. Pero no deseaba reunirse con más gente. Quería hablar con George Powhatan a solas.

Encontró al hombre alto sentado, de cara al borde de un pronunciado declive. Mucho más abajo, las aguas rugían al confluir los afluentes del Coquille con el propio río. Al oeste, las montañas de la cadena costera rielaban en una neblina púrpura que se oscurecía rápidamente fundiéndose en un crepúsculo anaranjado y ocre. Las nubes siempre presentes, ardían con matices otoñales.

George Powhatan estaba sentado con las piernas cruzadas ante sí sobre

una sencilla estera de juncos; sus manos, con las palmas hacia arriba, descansaban sobre las rodillas. Gordon había visto algunas veces aquella expresión, antes de la guerra. La había llamado, a falta de otro nombre, «La Sonrisa de Buda».

«Bueno, parece el último de los neohippies —pensó—. ¿Quién lo hubiera creído?»

La túnica sin mangas del hombre de la montaña dejaba ver un descolorido tatuaje azul en su enorme hombro: un puño poderoso con un dedo extendido con delicadeza sobre el cual estaba posada una paloma. Debajo podían leerse cuatro palabras, LLEVADA POR EL AIRE.

La yuxtaposición no sorprendió verdaderamente a Gordon. Ni la pacífica expresión del rostro de Powhatan. De alguna manera parecían adecuadas.

Sabía que la cortesía no lo obligada a marcharse, sólo a no interferir en la situación del otro hombre. En silencio, limpió un sitio a pocos metros a la derecha de Powhatan y se sentó en el suelo mirando en la misma dirección que él. Gordon ni siquiera intentó la postura del loto. No había practicado esa técnica desde los diecisiete años. Pero se sentó con la espalda erguida y trató de despejar su mente mientras los colores resplandecían y cambiaban en la dirección del mar.

Al principio sólo pudo pensar en lo envarado que se sentía. En lo penoso que era cabalgar y dormir sobre el duro y frío suelo. Cuando el calor del sol se escondió tras las montañas, las ráfagas de viento lo helaron. Sus pensamientos eran una mezcla confusa de sonidos, preocupaciones y recuerdos.

Pronto, sin quererlo, sus párpados se hicieron más pesados. Se estabilizaron, microscópicamente, y se pararon a medio camino, incapaces de subir o bajar más.

Si no hubiera sabido lo que estaba ocurriendo, seguramente lo habría invadido el pánico. Pero aquello no era más que un apacible éxtasis de meditación; reconoció las sensaciones. «Qué demonios», pensó, y dejó que prosiguiera.

¿Hacía esto por un sentimiento de rivalidad con Powhatan? ¿O para demostrarle que él no era el único hijo del renacimiento que todavía recordaba?

¿O se debía simplemente a que estaba muy cansado y la puesta de sol era hermosa?

Gordon experimentó una sensación de vacío en su interior, como si una cavidad de cada uno de sus pulmones estuviera cerrada y lo hubiese estado durante muy largo tiempo. Trató de inspirar enérgica y profundamente, pero

su ritmo respiratorio no se alteró lo más mínimo, como si su cuerpo poseyera una sabiduría de la que carecía él. La calma que le cruzó el rostro con la adormecedora brisa pareció rezumar y resbalarle por la garganta como dedos de mujer, recorriéndole los tensos hombros y acariciándole los músculos hasta que se relajaron por decisión propia.

«Los colores...», pensó, viendo sólo el cielo. El corazón le mecía el cuerpo suavemente.

¿Había transcurrido toda una vida desde que se sentó allí?

«Ellos son...»

En un sosiego que de ninguna forma podía haber sido forzado, la sensación de obstrucción en sus pulmones pareció diluirse y respiró. Escapó el aire viciado y fue arrastrado por el viento del oeste. La siguiente bocanada le supo tan dulce que volvió a salir como un suspiro.

—Los colores...

Hubo un movimiento a su izquierda, una agitación. Se oyó una voz tranquila.

—Solía preguntarme si estos crepúsculos son el último don de Dios..., algo semejante al arco iris que dio a Noé, sólo que esta vez era su forma de decir... «Hasta luego»... a todos nosotros.

Gordon no respondió a Powhatan. No era preciso.

—Pero después de muchos años de contemplarlos, supongo que la atmósfera se está purificando lentamente. Ya no son lo que eran después de la guerra.

Gordon asintió. ¿Por qué la gente de la costa siempre quería tener el monopolio de los crepúsculos? Recordó cómo habían sido en la pradera después del Invierno de los Tres Años, cuando los cielos estaban lo bastante claros para que se viera el sol. Parecía que el Cielo hubiera derramado su paleta en una deslumbrante lluvia de colores, gloriosos aunque letales en su belleza.

Sin volverse para mirar, Gordon supo que Powhatan no se había movido. Se hallaba en la misma posición, sonriendo levemente.

—Una vez —dijo el hombre canoso—, hace diez años quizás estaba sentado aquí, exactamente igual que ahora, recuperándome de una herida reciente y contemplando el ocaso, cuando entreví algo, o a alguien, moviéndose junto al río, muy abajo. Al principio creí que eran hombres. Dejé la meditación rápidamente y bajé para verlo desde más cerca. Y sin embargo algo me decía que no era el enemigo, incluso a esta distancia.

»Me acerqué con tanto sigilo como pude, hasta encontrarme a unos centenares de metros, y utilicé el pequeño monocular que suelo llevar en la

bolsa.

»No eran seres humanos. Imagina mi sorpresa cuando los vi vagando por la orilla del río de la mano; él la ayudaba en las zonas pedregosas, ella murmuraba suavemente y llevaba una especie de envoltorio.

»Una pareja de chimpancés, santo Cielo. O puede que uno fuese un chimpancé y el otro un simio más pequeño o incluso un mono. Desaparecieron en el bosque, bajo la lluvia, antes de que pudiera asegurarme.

Por primera vez en diez minutos, Gordon pestañeó. La imagen era tan nítida en su imaginación como si estuviese mirando por encima del hombro de Powhatan dentro de sus recuerdos de aquel lejano día. «¿Por qué me cuenta esto?»

Powhatan continuó.

—Debían de haberse escapado del zoológico de Portland, junto con esos leopardos que ahora corren libres por las Cascadas. Era la explicación más sencilla... que llevaban años caminando hacia el sur, comiendo lo que encontraban y escondiéndose, ayudándose el uno al otro mientras se dirigían a lo que esperaban que fuese un territorio más cálido.

»Me di cuenta de que bajaban por el afluente sur del Coquille, directamente hacia territorio holnista.

»¿Qué podía hacer? Pensé seguirlos. Tratar de cogerlos, o al menos de desviarlos. Pero era dudoso que lograra hacer algo más que darles un susto. Y de todas formas, si habían llegado hasta tan lejos, ¿qué necesidad tenían de que les advirtiese de los peligros que entrañaba el estar cerca del hombre?

»Habían estado enjaulados, ahora estaban libres. Oh, no era tan estúpido como para pensar que eran más felices, pero al menos ya no estaban sujetos a la voluntad de otros.

La voz de Powhatan bajó de tono.

—Eso puede ser algo importante, yo lo sé.

Hubo otra pausa.

—Los dejé ir —añadió, terminando su historia—. Con frecuencia, al sentarme aquí a contemplar estos crepúsculos, me pregunto qué fue de ellos.

Al fin, Gordon cerró los ojos completamente. El silencio se extendió. Tomó aire y con cierto esfuerzo se desprendió del entumecimiento. Powhatan había intentado decirle algo con esa extraña historia. El, a cambio, tenía algo que decirle a Powhatan.

—El deber de ayudar a los demás no es necesariamente lo mismo que

estar sujeto a la voluntad de...

Se interrumpió al sentir que algo había cambiado.

Abrió los ojos y, cuando se giró, vio que Powhatan se había ido.

Aquella noche llegó gente de todas partes, más hombres y mujeres de los que Gordon había creído que vivieran aún en los desparramados asentamientos del valle. Organizaron una gran fiesta familiar para el cartero que los visitaba y sus acompañantes. Los niños cantaron y pequeños grupos representaron ingeniosas sátiras.

Al contrario de lo que ocurría en el norte, donde las canciones populares eran con frecuencia las que se recordaban de los días de la radio y la televisión, allí no había estribillos comerciales cariñosamente repetidos, y pocas melodías de *rock and roll* hacían vibrar el banjo y la guitarra fónica. En vez de ello, la música había retrocedido a una tradición más antigua.

Hombres barbudos, mujeres con vestidos largos sirviendo la mesa, cantos junto al fuego y a la luz de las velas. Aquélla podía haber sido una reunión de hacía casi dos siglos, cuando el valle se pobló por primera vez de hombres blancos que se congregaban para hacerse compañía y para quitarse de encima el intenso y desapacible frío del invierno.

Johnny Stevens representó a los del norte en la fiesta. Había llevado su valiosa guitarra y deslumbre a la gente con su talento, animándoles a batir palmas y seguir el ritmo con los pies.

En situación normal habría sido una diversión maravillosa y Gordon habría podido colaborar alegremente con piezas de su viejo repertorio, antes de adoptar el papel de «cartero», cuando era un juglar errante que había cambiado canciones e historias por comida a lo largo de medio continente.

Pero él había escuchado *jazz* y a Debussy la noche antes de partir de Corvallis. No pudo evitar preguntarse si por última vez.

Gordon sabía lo que George Powhatan intentaba de llevar a cabo con aquella fiesta. Estaba retrasando la confrontación... haciendo que los de Willamette se sentaran y se expresaran... para calibrarlos.

La impresión que le había causado a Gordon en el risco no había cambiado. Con sus largos rizos y sus bromas siempre a punto, Powhatan era la imagen auténtica del neohippy envejecido. El movimiento de los noventa, muerto mucho tiempo atrás, parecía encajar con el estilo de liderazgo del Hacendado.

Por ejemplo, en Camas Valley estaba claro que todos eran independientes e iguales.

Sin embargo, cuando George reía, todos los demás lo imitaban. Era algo

natural. No daba órdenes. Nadie parecía pensar que lo hiciese. En el refugio no ocurría nada que le disgustara lo bastante siquiera para enarcar una ceja.

En lo que en otra época había sido denominado artes «blandas», las que no requerían ni metales ni electricidad, aquella gente estaba tan avanzada como los atareados artesanos de Willamette. En ciertos aspectos, quizá, más aún. Ése, sin duda, era el motivo de que Powhatan hubiera insistido en mostrarles su granja, dejando que vieran que no estaban tratando con una sociedad de retrasados, sino con gente que a su modo era tan civilizada como ellos. Parte del plan de Gordon consistía en demostrar que Powhatan estaba equivocado.

Por fin llegó el momento de presentar los «regalos de *Cíclope*» que habían llevado consigo.

La gente miró con ojos muy abiertos a Johnny Stevens cuando probó un juego gráfico en una pantalla de color que había sido amorosamente reparada por los técnicos de Corvallis. Les proporcionó un espectáculo de marionetas en vídeo sobre un dinosaurio y un robot. Las brillantes imágenes y sonidos pronto deleitaron a todos, a los adultos tanto como a los niños.

Y sin embargo Gordon detectó una vez más ese algo misterioso en su comportamiento. La gente exclamaba y reía, pero parecía que aplaudían en honor de un «truco ingenioso». Les habían llevado las máquinas para abrirles el apetito, para hacerles desear alta tecnología nuevamente. Pero Gordon no vio ningún brillo codicioso en los espectadores, ningún ansia reavivada de volver a poseer aquellos prodigios.

Algunos hombres se incorporaron cuando le llegó el turno a Bokuto. El ex marine negro se adelantó con una maltrecha maleta de cuero y extrajo de ella muestras de las nuevas armas.

Mostró las bombas de gas y las minas, y les explicó cómo podían ser utilizadas para proteger las plazas fuertes en un ataque. Philip describió los visores nocturnos, disponibles en breve, salidos de los talleres de *Cíclope*. Una oleada de incertidumbre inundó a aquellos veteranos de una prolongada guerra contra un enemigo terrible. Mientras Bokuto hablaba, miraban al hombre corpulento que se había situado en un rincón.

Powhatan no dijo ni hizo nada. Era la viva imagen de la cortesía; sólo bostezó en una ocasión, disimuladamente, cubriéndose la boca. Sonreía con indulgencia cada vez que un arma era exhibida, y Gordon quedó asombrado al ver cómo, sólo con su actitud física, aquel hombre parecía indicar que aquellos regalos eran curiosos, incluso ingeniosos quizá... pero en realidad inútiles.

«Qué bastardo.» Gordon no sabía cómo contraatacar. Pronto aquella

sonrisa se propagó por la estancia, y se dio cuenta de que era el momento de que la situación cambiara.

Dena le había insistido para que llevase su propia lista de regalos. Agujas e hilo, jabón de base neutra, muestras de esa nueva línea de ropa interior de semialgodón que habían empezado a tejer de nuevo en Salem, justo antes de la invasión.

«Convencerán a las mujeres, Gordon. Darán mejores resultados que todas tus pirotecnias. Confía en mí.»

La última vez que había confiado en Dena se había encontrado un esbelto y trágico cadáver bajo un cedro cubierto de nieve. Gordon ya había tenido más que suficiente de pseudofeminismo en versión de Dena.

«Sin embargo, ¿habría sido peor que esto? ¿Me precipité? Tal vez deberíamos haber traído algunas de aquellas cosas. Polvo dentrífico, compresas higiénicas, alfarería y sábanas de lino.»

Meneó la cabeza; todo eso era agua pasada. Hizo un gesto a Bokuto para que guardara las armas y recurrió a su tercer as. Cogió su alforja y se la entregó a Johnny Stevens.

La multitud se calmó. Gordon y Powhatan se miraron a través de la estancia mientras Johnny se situaba, orgulloso de su uniforme, frente al vacilante fuego. Barajó sobres y empezó a leer nombres en voz alta para repartir el correo.

La llamada a todos los lugares aún civilizados de Willamette había llegado. A cualquiera que hubiese conocido a alguien en el sur se le pidió que le escribiese. La mayoría de los pretendidos destinatarios llevarían mucho tiempo muertos, por supuesto. Pero era probable que algunas cartas llegaran a las manos adecuadas, o a las de sus familiares. Era posible que se reanudaran viejas relaciones, continuaba la teoría. La petición de ayuda debería convertirse en algo menos abstracto, más personal.

Había sido una buena idea, pero una vez más su resultado no fue el que se esperaba. El montón de cartas sin entregar iba aumentando. Y mientras Johnny pronunciaba nombre tras nombre sin que nadie contestara, una nueva lección quedó clara: a las gentes de Camas se les estaba recordando cuántos habían muerto. Qué pocos habían sobrevivido a los amargos tiempos.

Y ahora que por fin la paz parecía haber llegado a ellos, era fácil ver que se resentían de que unos casi desconocidos que habían tenido una vida menos dura durante años les pidieran que se sacrificaran de nuevo. Los pocos que recibieron cartas parecieron cogerlas con desgana, guardándolas sin leerlas.

George Powhatan se mostró sorprendido cuando fue anunciado su nombre. Pero su perplejidad se desvaneció al instante cuando se encogió de hombros y cogió un paquete y un delgado sobre.

Gordon era consciente de que las cosas no estaban yendo bien en absoluto. Johnny terminó su tarea y dirigió a su jefe una mirada que parecía decir: «¿Y ahora qué?»

A Gordon sólo le quedaba una carta, la que más detestaba, y la que mejor sabía utilizar.

«Maldita sea. Pero no tengo elección.»

Se situó frente a la chimenea, de cara a la gente enmudecida y con el fuego a la espalda. Respiró hondo y... empezó a mentirles.

—He venido a contaros una historia —dijo—. Quiero hablaros de un país de otro tiempo. Quizás os resulte familiar, pues muchos de vosotros nacisteis allí. Pero no obstante, la historia os asombrará. A mí siempre me asombra.

»Es un extraño relato de una nación de doscientos cincuenta millones de habitantes que una vez llenaron el cielo e incluso los espacios entre los planetas con sus voces, al igual que vosotros habéis llenado este hermoso salón con vuestras canciones esta noche.

»Era un pueblo fuerte, el más fuerte que el mundo había conocido. Pero eso apenas parecía importarles. Cuando tuvieron ocasión de conquistar el mundo entero, se limitaron a dejar pasar la oportunidad, como si tuviesen cosas mucho más interesantes que hacer.»Estaban maravillosamente locos. Reían, construían cosas y discutían... Les encantaba acusarse de terribles crímenes como pueblo: una práctica que resulta extraña hasta que se comprende que su finalidad oculta era hacerse mejores, mejores unos para otros, mejores para la Tierra, mejores que las precedentes generaciones de hombres.»Todos sabéis que mirar a la Luna por la noche o a Marte, es ver las huellas donde unos pocos de esos hombres caminaron. Algunos recordáis haber estado sentados cómodamente en casa contemplando cómo dejaron esas huellas.

Por primera vez aquella noche, Gordon percibió que captaba toda su atención. Vio que el público tenía los ojos fijos en las insignias de su uniforme y en el jinete de latón de la visera de su gorra de cartero.

—Los habitantes de esa nación estaban locos, de acuerdo —les dijo—. Pero estaban locos de una manera magnífica... con unas características que jamás se habían dado antes.

El rostro lleno de cicatrices de un hombre se destacó entre la muchedumbre. Gordon reconoció viejas heridas de cuchillo mal cicatrizadas. Miró al hombre mientras hablaba.

—Hoy vivimos matando —dijo—. Pero en esa tierra de fábula, la mayor parte de la gente solía zanjar sus diferencias pacíficamente.

Se volvió a las mujeres, hundidas en sus asientos, cansadas de cocinar, de limpiar, de servir comida para tanta gente. A la luz del fuego sus arrugados rostros eran como riscos vacilantes. Algunas tenían marcas de viruelas, de las Grandes Paperas, de enfermedades producidas por la guerra o simplemente de viejas plagas que habían vuelto con nueva fuerza a causa de la falta de higiene.

—Ellos consideraron que tenían garantizada una vida limpia y saludable —agregó, haciéndoles recordar—. Una vida más suave y placentera de lo que ninguna había sido hasta entonces.

»O, tal vez —siguió, quedamente—, más placentera que ninguna de las que vendrán jamás.

La gente ahora le miraba a él, no a Powhatan. Y los ojos húmedos no brillaban únicamente en los rostros de más edad. Un muchacho de apenas quince años sollozaba audiblemente.

Gordon extendió las manos.

—¿A quiénes se parecían esas personas, esos americanos? Recordáis cómo se criticaban a sí mismos, a menudo con razón. Eran arrogantes, discutidores, con frecuencia cortos de miras...

»¡Pero no merecían lo que les sucedió!

«Habían comenzado a poseer poderes de dioses, a crear máquinas pensantes, a dotar a sus cuerpos de nuevas facultades, a moldear la misma Vida; pero no fue el orgullo por sus logros lo que los hizo caer.

Sacudió la cabeza.

—¡No puedo creer eso! No puede ser cierto que fuésemos castigados por soñar, por alargar la mano.

Su puño apretado se tornó blanco.

—¡No estaba escrito que los hombres y las mujeres debieran vivir siempre como animales! Ni que aprendiesen tanto en vano...

Completamente sorprendido, Gordon sintió que se le quebraba la voz, a media frase. Le falló justo en el momento en que debía empezar a contar la mentira... de darle a Powhatan una historia de su propiedad.

Pero el corazón le latía con fuerza y la boca de repente se le quedó demasiado seca para hablar. Parpadeó. ¿Qué estaba sucediendo? «Háblales —pensó—. ¡Háblales ahora!»

—En el este... —empezó Gordon, consciente de que Bokuto y Stevens lo miraban—. En el este, al otro lado de las montañas y desiertos, renaciendo de las cenizas de esa gran nación...

Se detuvo de nuevo, jadeando. Era como si una mano le estuviese asiendo el corazón, amenazando con apretar si proseguía. Algo le estaba impidiendo iniciar su muy practicado discurso, su cuento de hadas.

Todos esperaban. Los tenía en las manos. ¡Estaban maduros!

Fue entonces cuando vio el semblante de George Powhatan, sus facciones marcadas e impenetrable como una superficie rocosa a la vacilante luz del fuego. Y* supo entonces, por una súbita intuición, cuál era el problema.

Por vez primera estaba intentando transmitir su mito de unos «Estados Unidos Restablecidos» ante un hombre que, evidentemente, era mucho más fuerte que él.

Gordon comprendió que no sólo estaba en juego la credibilidad de una historia, sino también la personalidad que había tras ella. Podía convencerlos a todos de la existencia de una nación que resurgía, en algún lugar más allá de las montañas del este, y eso no importaría al final... no si George Powhatan podía ponerlo todo en entredicho con una sonrisa, un gesto de asentimiento indulgente, un bostezo.

Se convertiría en algo de una época pasada. Un anacronismo. Inútil.

Gordon cerró la boca que tenía entreabierta. Hileras de rostros lo miraban expectantes. Pero meneó la cabeza, abandonando la fábula y, con ella, la batalla perdida.

—El este queda muy lejos —dijo con voz suave.

Luego levantó la cabeza y su voz recobró parte de su fuerza.

—Lo que está ocurriendo allí puede afectarnos a todos, si vivimos lo suficiente. Pero entre tanto está el problema de Oregón. Oregón, que se sustenta por sí misma, como si sólo ella fuese América todavía.

»La nación de la cual hablo es un rescoldo bajo las cenizas y está dispuesta, si la ayudáis, a difundir su luz de nuevo. A conducir un mundo silencioso de nuevo a la esperanza. Creedlo, y el futuro se decidirá aquí, esta noche. Porque si América fue grande una vez, se debió a las personas que supieron superarse en los malos tiempos y se ayudaron unos a otros cuando fue necesario.

Gordon se volvió y miró directamente a George Powhatan. Bajó el tono de voz, pero no por debilidad.

—Y si habéis olvidado eso, si nada de lo que he dicho os importa, sólo me queda decir que os compadezco.

Ese instante pareció flotar en una solución supersaturada de tiempo. Powhatan permanecía inmóvil, semejava la imagen tallada de un atribulado patriarca. Los tendones del cuello le sobresalían, rígidos, como nudosas

cuerdas.

Cualquiera que fuese el conflicto que tenía en su mente, lo resolvió en segundos. Powhatan sonrió tristemente.

—Comprendo —dijo—. Y puede que tenga razón, señor Inspector. No logro encontrar ninguna respuesta fácil, sólo puedo decir que la mayoría de nosotros hemos servido y servido hasta el punto que no tenemos nada más que dar. Puede volver a pedir voluntarios, por supuesto. No se lo prohibiré a nadie. Aunque dudo que haya muchos.

Meneó la cabeza.

—Espero que nos crea cuando decimos que lo lamentamos. Lo hacemos, profundamente.

»Pero pide demasiado. Nos hemos ganado nuestra paz. Ahora ésta es, para nosotros, más valiosa que el honor, e incluso que la compasión.

«Todo este camino —pensó Gordon—. Hemos recorrido todo este camino para nada.»

Powhatan alzó dos hojas de papel de su regazo y se las tendió a Gordon.

—Ésta es la carta que he recibido de Corvallis esta noche, traída por ustedes mismos. Aunque lleva mi nombre en el sobre, no va dirigida a mí. Fue escrita para que se la entregara a usted..., eso dice en la parte superior de la primera cuartilla.

»Sin embargo, espero que me perdonará, me he tomado la libertad de leer el texto.

Había simpatía en la voz del hombre cuando Gordon extendió la mano para coger las amarillentas hojas. Por vez primera oyó a Powhatan hablar consigo mismo en un tono demasiado bajo para que lo oyeran los demás.

—Estoy apenado —dijo—. Y también estoy muy sorprendido.

9

Mi querido Gordon:

Cuando leas esta carta será ya demasiado tarde para detenernos, así que por favor mantén la calma mientras trato de explicarme. Luego, si todavía no puedes disculpar lo que hemos hecho, espero que encuentres algo en tu corazón que te induzca a perdonarnos.

Lo he discutido una y otra vez con Susanna, Jo y las demás mujeres del Ejército. Hemos leído tantos libros como nos permitían nuestros deberes. Hemos aseteado a preguntas a nuestras madres y tías sobre sus recuerdos. Finalmente, nos vimos obligadas a llegar a dos conclusiones.

La primera es obvia. Está claro que no debería haberse dejado a los seres humanos varones el control del mundo durante todos estos siglos. Muchos de vosotros sois increíblemente maravillosos, pero existen demasiados lunáticos sanguinarios.

Vuestro sexo simplemente es así. Su mejor parte nos dio poder y luz, ciencia y razón, medicina y filosofía. Mientras tanto, la mitad oscura se dedicaba a imaginar infiernos horribles y a hacerlos realidad.

Algunos de los viejos libros apuntan RAZONES para esta extraña división, Gordon. La ciencia puede incluso haber estado en el umbral de una respuesta antes de la guerra Fatal. Había sociólogos (la mayoría mujeres) que estudiaban el problema y daban respuesta a preguntas difíciles.

Pero todo lo que aprendieron se perdió para nosotros, excepto las verdades más simples.

Oh, puedo OÍRTE, Gordon, diciéndome que exagero de nuevo, que simplifico al máximo y «generalizo a partir de datos demasiado escasos».

Por una parte, muchas mujeres participaron en los grandes logros del «varón», y también en las grandes maldades.

Asimismo, es obvio que la mayor parte de los hombres se hallaba entre esos extremos de bien y de mal de los que hablo.

Pero éstos no poseen ningún poder. No cambian el mundo, ni para mejor ni para peor. Resultan inútiles.

¿Ves? ¡Puedo contestar a tus objeciones como si estuvieses aquí! Aunque nunca olvido que la vida me ha privado de muchas cosas, es cierto que he recibido una buena educación para una mujer de estos tiempos. Este último año he aprendido más incluso, gracias a ti. Conocerme me ha convencido de que estoy en lo cierto con respecto a los hombres.

Afróntalo, amor mío. No quedan suficientes tipos buenos para ganar este asalto. ¡Tú y los que son como tú sois nuestros héroes, pero esos bastardos

están ganando! Están a punto de traer la noche que sucede al crepúsculo, y tú solo no puedes detenerlos.

HAY otra fuerza en la humanidad, Gordon. Ésta podía haber inclinado la balanza en vuestra vieja lucha, en la época anterior a la guerra Fatal. Pero era perezosa o distraída... No lo sé. Por algún motivo, sin embargo, no intervino. No de una forma eficaz.

Ésa es la segunda cosa que nosotras, las mujeres del Ejército de Willamette, hemos entendido: que tenemos una última oportunidad para realizar lo que las mujeres dejaron de hacer en el pasado.

Vamos a detener a esos bastardos, Gordon. Vamos a cumplir con nuestra misión por fin... ELEGIR entre los hombres y rechazar a los perros rabiosos.

Perdóname, por favor. Las demás me pidieron que te dijese que siempre te querremos. Tuya para siempre.

Dena.

¡Alto!... Oh, Dios... ¡No!

Cuando Gordon despertó bruscamente, ya estaba levantado. Los rescoldos de la fogata de la noche ardían muy cerca de sus pies desnudos. Tenía los brazos extendidos, como si entre ellos hubiese habido algo o alguien.

Tambaleándose, sintió que los flecos de su sueño se deshilachaban en la noche del bosque. Su fantasma había vuelto a visitarlo, hacía sólo unos momentos, mientras dormía. La voz de la máquina muerta le había hablado a través de las décadas, acusando con creciente impaciencia.

«... ¿quién asumirá la responsabilidad... por estos niños estúpidos...?»

Hileras de luces rutilantes y una voz llena de triste sabiduría, desesperanzada por los interminables fracasos de los seres humanos con vida.

—¿Gordon? ¿Qué pasa?

Johnny Stevens se incorporó en su saco de dormir, restregándose los ojos. Se veía muy poco bajo el cielo encapotado, sólo con los rescoldos del fuego y unas cuantas estrellas descoloridas aquí y allá, titilando débilmente a través de las ramas que sobresalían.

Gordon sacudió la cabeza, en parte para ocultar su temblor.

—Pensaba en ir a ver cómo están los caballos y los que hacen guardia —dijo—. Vuelve a dormirte, Johnny.

El joven cartero asintió.

—De acuerdo. Dígale a Philip y a Cal que me despierten cuando me toque a mí. —Volvió a echarse y se cubrió con el saco de dormir—. Tenga

cuidado, Gordon.

Poco después su respiración era un suave silbido, su expresión apacible y confiada. La vida dura parecía sentarle bien a Johnny, algo que nunca dejaba de asombrar a Gordon. Después de diecisiete años de llevar esa vida, él aún no había podido aceptarla del todo. Pese a que se acercaba a la edad madura, imaginaba cada vez con más frecuencia que iba a despertar en su dormitorio de estudiante de Minnesota, y toda la suciedad, la muerte y la locura sólo serían una pesadilla, un mundo alternativo que nunca había existido.

Junto a las brasas se extendía una hilera de sacos de dormir, muy próximos unos a otros para compartir el calor. Había ocho figuras además de Johnny. Aaron Schimmel, más todos los luchadores que habían conseguido reclutar en Camas Valley.

Cuatro de los voluntarios eran muchachos, de apenas edad para afeitarse. Los otros eran viejos.

Gordon no deseaba pensar, pero los recuerdos lo asaltaron mientras se ponía las botas y el poncho de lana.

A pesar de su victoria casi total, George Powhatan parecía muy ansioso por ver partir a Gordon y su grupo. Los visitantes incomodaban al patriarca de la montaña de Sugarloaf. Su dominio no sería el mismo hasta que se marcharan.

Resultó que Dena había hecho dos envíos, uno además de su loca carta. En él se las había arreglado para enviar regalos a las mujeres de la casa de Powhatan a pesar de Gordon, despachándolos vía «Correo de EE UU». Diminutas pastillas de jabón, agujas y ropa interior iban acompañadas de pequeños panfletos mimeografiados. Había frascos de píldoras y ungüentos que Gordon reconoció como procedentes de la farmacia central de Corvallis. Y vio copias de la carta que le había enviado a él.

Todo el asunto confundió a Powhatan. Al menos tanto como el discurso de Gordon. La carta de Dena le había puesto enfermo.

—No lo comprendo —dijo, sentado a horcajadas en una silla mientras Gordon se preparaba para partir—. ¿Cómo puede una mujer obviamente inteligente haber concebido ideas tan estrambóticas? ¿No se ha preocupado nadie lo bastante de inculcarle un poco de sentido común? ¿Qué creen ella y su pandilla de jovencitas que pueden hacer contra los holnistas?

Gordon no se molestó en responder, pues sabía que su respuesta irritaría a Powhatan. De todas formas, tenía prisa. Aún esperaba contar con tiempo para regresar y detener a las Exploradoras antes de que llevaran a cabo la mayor idiotez desde la guerra Fatal misma.

A pesar de ello, Powhatan siguió indagando. El hombre parecía sinceramente perplejo. Y no estaba acostumbrado a quedar marginado. Por último, Gordon se encontró hablando en defensa de Dena.

—¿Qué clase de «sentido común» habría hecho que le inculcasen, George? ¿La lógica de desaliñadas e insignificantes mujeres que cocinan para hombres satisfechos, aquí en Camas? ¿O quizá debería hablar sólo cuando le hablaran, como esas pobres mujeres que viven como ganado en Rogue, y ahora en Eugene?

»Quizá estén equivocadas. Tal vez incluso estén locas. Pero al menos Dena y sus compañeras se preocupan por algo más importante que ellas mismas, y tienen agallas para luchar por eso. ¿Lo haces tú, George? ¿Lo haces tú?

Powhatan bajó la mirada al suelo. Gordon apenas oyó su respuesta.

—¿Dónde está escrito que uno deba preocuparse sólo por grandes cosas? Yo luché por grandes cosas, hace mucho tiempo..., por modos de vida, por principios, por un país. ¿Dónde está todo eso ahora?

Los acerados ojos grises estaban entrecerrados y entristecidos cuando volvieron a mirar a Gordon.

—Averigüé algo. Descubrí que las grandes cosas no corresponden al amor que les dedicas. Toman y toman y jamás dan nada a cambio. Se apoderan de tu sangre y de tu alma, si las dejas, y nunca sueltan la presa.

»Perdí a mi mujer y a mi hijo, mientras estaba lejos luchando por Grandes Cosas. Me necesitaban, pero yo tenía que irme a intentar salvar el mundo. — Powhatan suspiró en la última frase—. Hoy lucho por mi gente, por mi granja, por cosas más pequeñas, cosas que puedo retener.

Gordon observó a Powhatan cerrar la mano, grande y encallecida, como esforzándose por agarrar la vida misma. No se le había ocurrido hasta entonces que aquel hombre temiera a algo en el mundo; pero ahí estaba, visible sólo durante un breve instante.

Un extraño terror en sus ojos.

Powhatan se volvió en el umbral de la puerta de la habitación de Gordon, recortado su rostro de facciones afiladas en la oscilante luz de las velas de sebo.

—Creo que sé por qué su loca mujer está empeñada en llevar a cabo ese disparatado malabarismo que ha tramado, y que no tiene relación alguna con esos grandes «héroes y villanos» sobre los que escribe.

»Las otras mujeres la siguen porque ella es una líder innata para tiempos desesperados. Las ha atrapado en su estela, pobres chicas. Pero ella... — Powhatan meneó la cabeza—. Ella cree que lo está haciendo por grandes

razones, pero debajo yace una de las cosas pequeñas.

»Lo hace por amor, señor Inspector. Creo que lo está haciendo únicamente por usted.

Se miraron el uno al otro, aquella última vez, y Gordon se dio cuenta entonces de que Powhatan estaba devolviendo con intereses al cartero la responsabilidad que le había sido entregada sin que él la hubiera solicitado.

Gordon había inclinado la cabeza ante el Señor de la Montaña de Sugarloaf, aceptando la carga, sin gastos de envío.

Dejando el calor de los rescoldos, Gordon se dirigió hacia los caballos y comprobó cuidadosamente sus cinchas. Todas parecían estar bien, aunque los animales daban la impresión de sentirse inquietos aún. Después de todo, habían cabalgado mucho aquel día. Habían dejado atrás las ruinas de la ciudad de antes de la guerra Remote y los viejos Campamentos de Bear Creek. Si en realidad el grupo reanudaba el camino al día siguiente, Calvin Lewis calculaba que llegarían a Roseburg poco después del anochecer.

George Powhatan había sido generoso con las provisiones para el viaje. Les había dado lo mejor de sus establos. Cualquier cosa que quisieran los del norte, les sería entregada. A excepción de George Powhatan, por supuesto.

Mientras Gordon daba unas palmadas al último de los nerviosos caballos y se alejaba bajo los árboles, una parte de él todavía era *incapaz* de creer que hubiesen recorrido aquel camino para nada. El fracaso tenía un amargo sabor en su boca.

«... ondulantes luces... la voz de una máquina muerta hace mucho tiempo...»

Gordon sonrió sin alegría.

—Si hubiera podido contagiarte de tu espíritu, *Cíclope*, ¿crees que lo hubiera logrado? ¡Pero no es tan sencillo llegar a un hombre como él! Está hecho de una materia más fuerte que la mía.

«¿... quién asumirá la responsabilidad...?»

—¡No lo sé! —susurró rápidamente, quedamente, en la oscuridad que lo rodeaba—. ¡Ya ni siquiera me importa!

Se encontraba ahora a unos trece metros del campamento. Se le ocurrió que podía irse al lugar que quisiera. Si desaparecía en el bosque, justamente ahora, aún se hallaría en mejor situación que hacía dieciséis meses cuando, robado e injuriado, se había topado con aquel viejo y destrozado *jeep* de Correos en un bosque alto y polvoriento.

Había cogido el uniforme y la bolsa únicamente para sobrevivir, pero algo

había penetrado dentro de él aquella extraña noche, el primero de muchos fantasmas.

En la pequeña Pine View había comenzado la leyenda que él no buscaba. Aquel Johnny el Eficiente, «cartero» sin sentido, llevaba mucho tiempo fuera de control, cargando con la responsabilidad de una civilización entera. Desde entonces su vida ya no le pertenecía. ¡Pero ahora se dio cuenta de que eso podía cambiar!

«Márchate ya», pensó.

Gordon emprendió la marcha en la densa negrura, usando la única habilidad que nunca le había fallado: su sentido de la orientación y su percepción del terreno. Caminó con paso seguro, captando dónde debían de estar las raíces de los árboles y las pequeñas hondonadas, empleando la lógica de alguien que ha llegado a conocer bien los bosques.

Andar por aquel camino en la casi total oscuridad requería una especial y extraña clase de concentración... algo semejante a un ejercicio de zen que estuviera haciendo efecto, tan absorbente pero más activo que la meditación al atardecer de dos días atrás, sobre la rugiente confluencia de los afluentes del Coquille. Mientras avanzaba parecía distanciarse cada vez más de sus problemas.

¿Quién necesitaba ojos para ver, u oídos para escuchar? Sólo el roce del viento lo guiaba. Eso y el aroma de los rojos cedros y las tenues señales salinas del lejano y expectante mar.

«Márchate ya...» Se dio cuenta con placer de que había hallado un antídoto contra el hechizo. Uno que se oponía y neutralizaba el ondear de las lucecitas en su mente. Un antídoto contra los fantasmas.

Apenas sentía el suelo bajo sus pies mientras caminaba en la oscuridad, repitiendo con creciente entusiasmo: «¡Márchate!»

El exaltado recorrido terminó de forma abrupta y contundente cuando tropezó con algo del todo inesperado, algo que no tenía que estar sobre el terreno del bosque.

Gordon cayó al suelo sin apenas hacer ruido; una capa de agujas de pino cubiertas de nieve paró el golpe. Gordon gateó en torno, pero no pudo identificar en un primer momento el obstáculo que le había hecho caer. Aunque era blando y dúctil al tacto. Retiró la mano pegajosa y caliente.

Las pupilas de Gordon no habrían podido dilatarse más, pero el repentino miedo lo consiguió. Se inclinó y de súbito logró enfocar el rostro de un hombre muerto.

El joven Cal Lewis lo miraba con una helada expresión de sorpresa. El muchacho tenía la garganta rota, cercenada con precisión.

Gordon retrocedió hasta chocar contra el tronco de un árbol cercano. Aturdido, se dio cuenta de que ni siquiera llevaba su cuchillo o su bolsa. De alguna forma, quizás a causa de la fascinación que había ejercido en él George Powhatan, había permitido que un peligroso retazo de confianza se introdujera en él. Tal vez había sido su último error.

Oía en la oscuridad las impetuosas aguas de la corriente principal del Coquille. Tras ella se hallaba la tierra del enemigo. Pero debían de haber cruzado el río.

«Los emboscados no saben que estoy aquí», dedujo. No parecía posible después del modo en que se había movido, absorto, hablando consigo mismo, pero quizás el cerrado cerco del enemigo tenía un agujero.

Tal vez se habían distraído.

Gordon comprendió bien el sistema. Primero se eliminaban los vigilantes, después, en una embestida, se precipitan sobre el desprevenido campamento. Esos muchachos y viejos que dormían junto a la fogata no tenían ahora con ellos a George Powhatan. No deberían haber dejado su montaña.

Gordon se agachó. Los incursos nunca lo encontrarían allí, en las raíces de aquel árbol. No si permanecía inmóvil. Cuando comenzara la carnicería, mientras los holnistas se ocupaban en recoger trofeos, podía ir hacia el interior del bosque sin dejar rastro.

Dena había dicho que existían dos clases de hombres que contaban... y los situados entre ellos carecían de importancia. «Bien —pensó—. Déjame ser uno de éstos. Conservar la vida impone "condiciones" algún día.»

Se agachó, tratando de hacer el menor ruido posible.

Una ramita crujió, apenas el más leve de los chasquidos llegó de la dirección del campamento. Un minuto después ululó un «pájaro nocturno», un poco más lejos. La imitación fue aceptable y completamente creíble.

Ahora que estaba escuchando, Gordon pensó que en aquellos momentos la envoltura mortal podía estar cerrándose. Su árbol había quedado atrás, fuera del anillo de muerte que se estrechaba.

«Quieto —se dijo—. Espera.»

Trató de no imaginar el aspecto del enemigo oculto, sus caras pintarrajeadas para camuflarse sonriendo con anticipación mientras acariciaban sus engrasados cuchillos.

«¡No pienses en eso!» Cerró los ojos con fuerza, tratando de oír únicamente el latir de su corazón mientras palpaba la fina cadena que rodeaba su cuello. La había llevado siempre, junto con el pequeño silbato

que Abby le diera, desde que dejó Pine View.

«Eso es, piensa en Abby.» Intentó imaginarla, sonriendo alegre y amorosa, pero el pensamiento anterior siguió rondando en su cabeza.

Los holnistas querrían cerciorarse de que habían acabado con todos los que hacían guardia antes de cerrar la trampa. Si no se habían ocupado ya del otro vigilante, Phil Bokuto, lo harían pronto.

Agarró con fuerza el regalo de Abby. La cadena le apretó en la nuca.

«Bokuto...» custodiando a su comandante aun cuando desaprobaba... haciendo el trabajo sucio por Gordon bajo la nieve... dedicando todos sus esfuerzos a la causa de un mito... de una nación que había muerto y que nunca podría renacer.

«Bokuto...»

Por segunda vez esa noche, Gordon se halló de pie sin recordar cómo había ocurrido. No intervino su voluntad, únicamente un estridente pitido que horadó la noche cuando sopló con fuerza el silbato de Abby; luego su propia voz, gritando con las manos en cuenco.

«¡Philip! ¡Cuidado!»

... ado... ado... ado... El eco se expandió y dio la impresión de ocupar todo el bosque.

Durante un largo segundo se mantuvo la quietud; después, seis fuertes detonaciones en rápida sucesión sacudieron el aire y, repentinamente, la noche se llenó de gritos.

Gordon parpadeó. Fuera lo que fuese aquello que le había caído encima, era demasiado tarde para retroceder. Tenía que jugar hasta el final.

—¡Se han metido en tu trampa! —gritó tan fuerte como pudo—. ¡George dice que los cogerá en la orilla del río! ¡Phil, cubre la derecha!

¡Qué improvisación! Aunque sus palabras probablemente se habían perdido entre los alaridos, las detonaciones y los gritos de guerra de los supervivencialistas, la algarabía debía de estar truncándoles los planes. Gordon siguió gritando y dando pitidos con el silbato para confundir a los emboscados.

Los hombres daban alaridos y rodaban por la maleza en lucha desesperada. Las llamas de la avivada fogata se elevaban a gran altura, proyectando sombras que forcejeaban a través de los árboles.

Si la lucha continuaba aún pasados dos minutos, Gordon sabría que había una posibilidad después de todo. Gritó como si estuviese dirigiendo a toda una compañía de refuerzos.

—¡No dejéis que esos bastardos escapen por el río! —aulló. Y, en efecto, parecía haber movimientos apresurados por ese lado. Gordon fue de árbol

en árbol hacia la lucha, aunque no tenía ningún arma—. ¡Mantenedlos bloqueados! No los dejéis...

Fue entonces cuando de pronto apareció una figura cerca del siguiente árbol. Gordon se detuvo a unos tres metros de los desiguales trazos en blanco y negro que hacían que la cara pintada resultara difícil de distinguir. Una boca como una cuchillada se abrió en una amplia mueca burlona que mostraba una dentadura llena de huecos. El cuerpo que había debajo de la hostil sonrisa era inmenso.

—Un tipo muy ruidoso —comentó el supervivencialista—. Tienes que quedarte callado un rato, eh, ¿Nate? —Los ojos oscuros miraron por encima del hombro de Gordon.

Por un breve instante Gordon empezó a volverse, aunque se dijo a sí mismo que aquello era un truco, que probablemente aquel bastardo estaba solo.

Su atención sólo fluctuó un segundo, pero fue suficiente. La figura camuflada se movió como una exhalación. El golpe de un puño del tamaño de un martillo y duro como una roca hizo que Gordon rodara por el suelo.

El mundo era un torbellino de estrellas y dolor. «¿Cómo había alguien capaz de moverse con tanta rapidez?», se preguntó con los últimos residuos de conciencia.

Fue el último pensamiento claro de Gordon.

10

Una helada y neblinosa lluvia convirtió el embarrado camino en un lodazal que succionaba los entumecidos pies de los prisioneros. Sujetos por el cuello luchaban contra el barro, esforzándose por mantenerse al nivel de los caballos y sus jinetes. Después de tres días, lo único que importaba en el reducido mundo de los cautivos era seguir la marcha y evitar que los golpearan más.

Los vencedores no parecían menos terribles ahora, sin la pintura de guerra. Vestidos con sus ropas de camuflaje de invierno, cabalgaban imperiosamente sobre las monturas de que se habían apropiado en Camas Valley. El holnista más joven que iba en la retaguardia, con un anillo de oro colgado de la oreja, se volvía de vez en cuando para increpar a los prisioneros y tirar de la cuerda atada en la muñeca del que iba en cabeza, haciendo que toda la fila caminara más deprisa.

A lo largo del camino había rastros de desperdicios dejados por las sucesivas oleadas de refugiados. Tras incontables pequeñas batallas y masacres, los más fuertes se quedaron las tierras altas de este territorio. Éste era el paraíso de Nathan Holn.

La caravana pasó varias veces a través de pequeños grupos de casuchas, sucias conejeras hechas con fragmentos y enseres rescatados de antes de la guerra. En cada miserable caserío una población de menesterosas criaturas salía a presentar sus respetos, con la mirada baja. De vez en cuando algún desgraciado se doblaba bajo los indolentes golpes asestados sin motivo aparente por los que iban a caballo.

Hasta que los guerreros habían pasado los aldeanos no volvían a levantar la vista. Sus fatigados ojos no reflejaban odio, sólo hambre, mientras observaban los cuartos traseros de los caballos bien alimentados que se alejaban.

Los siervos apenas miraban a los nuevos prisioneros. Su falta de atención les era devuelta.

La caminata llenó las horas diurnas con pocas paradas. Por la noche los cautivos fueron separados para evitar que hablaran. Cada uno atado a un caballo trabado para que se calentaran sin fuego. Después, con el alba y *un* caldo poco espeso, la larga caminata empezó de nuevo.

Al llegar al cuarto día, dos de los prisioneros habían muerto. Dos más, que estaban demasiado débiles para continuar, fueron entregados al holnista barón de un pequeño feudo, para que sustituyeran a los siervos cuyos cadáveres crucificados aún colgaban en el camino para lección de cualquiera

que se sintiera tentado a desobedecer.

Durante todo este tiempo, Gordon vio poco más que la espalda del hombre que le precedía. Llegó a odiar al prisionero que iba atado detrás de la cintura. Cada vez que éste tropezaba, la súbita sacudida le desgarraba los torturados músculos de los brazos y costados. Sin embargo, durante un rato casi no notó que el hombre también había desaparecido y que sólo dos cautivos seguían a los nerviosos caballos. Envidió al que había quedado atrás, sin saber siquiera si el tipo había muerto.

El viaje parecía interminable. Había despertado cuando éste ya se había iniciado días atrás, y desde entonces no había alcanzado la plena conciencia. A pesar del sufrimiento, una pequeña parte de él dio la bienvenida al atontamiento y la monotonía. Ningún fantasma lo molestaba allí. Ninguna complicación, ninguna culpa. Todo era muy sencillo. Uno pone un pie delante de otro, come lo poco que le dan y mantiene la cabeza gacha.

En algún momento observó que el prisionero acompañante le estaba ayudando, acarreando parte de su peso sobre sus hombros cuando se debatían en el barro. Semiconscientemente, se preguntó por qué haría alguien una cosa así.

Al fin llegó un momento en el que parpadeó y vio que le habían desatado las manos. Se hallaban junto a una estructura revestida de madera, situada a cierta distancia de un laberinto de cabañas inestables y apestosas. Desde no muy lejos llegaba un ruido de un torrente de agua.

—Bienvenidos a Agnes Town —dijo uno de los hombres con voz áspera.

Alguien le puso una mano en la espalda y empujó. Hubo carcajadas cuando los prisioneros entraron dando tumbos y se desplomaron en un sucio jergón de paja.

Gordon ni se molestó en moverse del punto exacto hasta el que había rodado. Era una oportunidad para dormir. Por el momento, eso era todo lo que le importaba. Tampoco ahora hubo sueños, sólo una ocasional contracción espasmódica cuando los cansados músculos fallaron durante el resto de aquel día, su noche y la mañana siguiente.

Gordon no despertó hasta que la brillante luz del sol alcanzó la suficiente altura para resplandecer a través de sus párpados. Rodó hacia un lado, gimiendo. Una sombra pasó sobre él y sus párpados vacilaron como postigos oxidados.

Tardó varios segundos en enfocar la vista. Tardó un poco en comprender. Lo primero que captó fue la falta de un diente en la familiar sonrisa.

—Johnny —dijo con voz ronca.

La cara del joven tenía ampollas y contusiones. Aun así, Johnny Stevens sonrió alegremente.

—Hola Gordon. Bienvenido de vuelta entre los desafortunados, los vivos.

Ayudó a Gordon a sentarse y le dio un cazo de fría agua de río para que bebiera. Entretanto, Johnny habló.

—Hay comida en el rincón. Y he oído a un guardián decir algo sobre que podremos lavarnos pronto. Así que tal vez haya alguna razón para que nuestras cabezas no estén colgando ya del cinturón de trofeos de algún asno. Supongo que nos han traído aquí para que conozcamos a algún pez gordo. —Johnny rió, secamente—. Espere y verá, Gordon. Con nuestra oratoria, le daremos cien vueltas al tipo, quienquiera que sea. Tal vez podamos ofrecerle una jefatura postal, o algo. ¿Es eso lo que me quería decir cuando me sermoneó sobre la importancia de aprender política práctica?

Gordon estaba demasiado débil para estrangular a Johnny por su increíble e irritante buen humor. En vez de ello intentó devolverle la sonrisa, pero sólo consiguió que le doliesen los agrietados labios.

Un movimiento apresurado en el rincón opuesto a ellos evidenció que no estaban solos. Había otros tres prisioneros en la celda. Sucios, con los ojos salvajes y esperpénticos que evidenciaban que llevaban allí mucho tiempo. Los miraban con una expresión que ya no era humana.

—¿Es... escapó alguien a la emboscada? —fue la primera pregunta lúcida que Gordon pudo formular.

—Eso creo. Su aviso debió de alterar los planes de esos bastardos. Nos dio la posibilidad de plantarles cara. Estoy seguro de que nos cargamos a un par de ellos antes de que nos aplastaran. —A Johnny le brillaban los ojos. Si era posible, la admiración del muchacho parecía haber aumentado. Gordon desvió la mirada. No quería alabanzas por su conducta de esa noche—. Estoy seguro de que me cargué al hijo de puta que me rompió la guitarra. Otro...

—¿Y Phil Bokuto? —lo interrumpió Gordon.

—No lo sé. No vi orejas negras u... otras cosas... entre los «trofeos» que recogieron los canallas. Puede que lo consiguiera —dijo Johnny, meneando la cabeza.

Gordon se recostó contra los tablones de la guarida. El ruido de agua turbulenta, que no habían dejado de oír en toda la noche, venía del otro lado. Se volvió y escudriñó por las rendijas entre los toscos tablones.

A unos ocho metros se hallaba el borde de un escarpado risco. Más allá, a través de la niebla, vio el muro de un desfiladero profusamente cubierto de

vegetación, cortado por una estrecha y rápida corriente de agua.

Johnny pareció leer sus pensamientos. Por vez primera la voz del joven fue grave, seria.

—Es cierto, Gordon. Estamos justo en el corazón de ello. Ahí abajo está la propia arpía. El sanguinario Rogue River.

11

La niebla y la helada llovizna se convirtieron en rachas de nieve durante la semana siguiente. Con comida y descanso, los dos prisioneros recobraron lentamente algunas fuerzas. Por compañía sólo se tenían el uno al otro. Ni los guardianes ni los compañeros de cautiverio intercambian con ellos más que monosílabos.

Sin embargo, no les resultó difícil averiguar algunas cosas sobre la vida en el reino holnista. Las comidas se las traían silenciosos y acobardados mandaderos del cercano poblado de chozas. Las únicas figuras que vieron con algo más que huesos, además de los supervivencia-listas mismos, fueron las mujeres que servían a su placer. E incluso ellas durante el día trabajaban: acarreando agua del frío río o limpiando el establo de los bien alimentados caballos.

El sistema parecía bien establecido, como si fuera un modo de vida habitual. Y sin embargo Gordon llegó a convencerse de que la comunidad neofeudal se hallaba en un estado de agitación.

—Se están preparando para una gran jugada —dijo a Johnny una tarde que observaban la llegada de una caravana. Siervos aún más aterrorizados entraron cansadamente en Agnes, empujando carretas y levantando un campamento en la atestada conejera. Era obvio que el valle no podía alojar por mucho tiempo a tan numerosa población—. Están utilizando este lugar como zona de organización.

—Esta multitud podría proporcionarnos una ventaja, si encontrásemos una manera de salir de aquí —sugirió Johnny.

—Mmm —respondió Gordon. Pero no albergaba muchas esperanzas de obtener ayuda de ninguno de los esclavos. No les quedaban ánimos, y ya tenían bastantes problemas propios.

Un día, tras el almuerzo, ordenaron a Gordon y a Johnny que salieran del cobertizo y se desnudaran. Un par de mujeres silenciosas y harapientas fueron a recoger sus ropas. Mientras los del norte estaban vueltos de espaldas, les arrojaron cubos de fría agua del río. Gordon y Johnny boquearon y farfullaron. Los guardianes rieron, pero las mujeres ni siquiera pestañearon al marcharse, cabizbajas.

Los holnistas, vestidos con ropa de camuflaje verde y negra, y anillos dorados en las orejas, compitieron en indolentes prácticas de cuchillo, lanzando las hojas formando veloces arcos por debajo del hombro. Los dos del norte se ciñeron grasientas sábanas ante un pequeño fuego, tratando de conservar el calor.

Aquella tarde les devolvieron la ropa lavada y remendada. Esta vez una de las mujeres alzó la vista brevemente, dando a Gordon la oportunidad de verle la cara. Podía tener veinte años, aunque las arrugas en torno a sus ojos la hacían parecer mucho más vieja. Su cabello castaño estaba entreverado de gris. Miró a Gordon sólo un momento mientras se vestía. Pero cuando él aventuró una sonrisa, se volvió rápidamente y huyó sin volver la vista.

La comida de la noche fue mejor que las acostumbradas gachas agrias. Había trocitos de algo parecido a carne de venado entre el trigo tostado. Tal vez fuese carne de caballo.

Johnny se aventuró a pedir una segunda ración. Los demás prisioneros parpadearon atónitos y se acurrucaron aún más en sus rincones. Uno de los silenciosos guardianes gruñó y se llevó sus platos. Pero para su sorpresa volvió con otro lleno para cada uno.

Era noche cerrada cuando tres guerreros holnistas con la boina ladeada subieron marchando tras un encorvado sirviente que llevaba una antorcha.

—Vamos —les dijo el jefe—. El General quiere veros.

Gordon miró a Johnny, de pie y orgulloso otra vez con su uniforme. Los ojos del joven demostraban seguridad. A pesar de todo, parecían decir: ¿qué tienen estos patanes que pueda compararse con la autoridad de Gordon como oficial de la República Restablecida?

Gordon recordó la ayuda que le había prestado el muchacho durante el largo viaje hacia el sur desde el Coquille. Ya le quedaba poco valor para seguir fingiendo, pero por el honor de Johnny intentaría emplear su viejo truco una vez más.

—De acuerdo, cartero —dijo a su joven amigo, haciéndole un guiño—. Ni la nieve, ni el granizo, ni la oscuridad de la noche...

Johnny le devolvió la sonrisa.

—A través del infierno de los bandidos, a través del fuego...

Se volvieron juntos y salieron del cobertizo-prisión delante de sus guardianes.

12

—Bienvenidos, caballeros.

Lo primero que Gordon advirtió fue la chisporroteante chimenea. La cómoda casita de guardabosques de antes de la guerra era de piedra sólida y cálida. Casi había olvidado aquella sensación.

Lo segundo que advirtió fue un frufú de sedas cuando una rubia de piernas largas se levantó de un cojín situado junto al fuego. La muchacha contrastaba notoriamente con casi todas las demás mujeres que habían visto allí. Pulcra, erguida, cubierta de destellantes piedras que hubieran valido una fortuna antes de la guerra.

No obstante, tenía arrugas alrededor de los ojos, y miró a los del norte como podía haber contemplado a criaturas del lado oculto de la Luna. En silencio, se puso en pie y salió de la habitación a través de una cortina hecha de tiras de abalorios.

—He dicho bienvenidos, caballeros. Bienvenidos al Reino Libre.

Al fin Gordon se volvió y reparó en un hombre delgado y calvo con una barba esmeradamente recortada, que se levantó de un desordenado escritorio para saludarlos. Cuatro anillos de oro refulgían en el lóbulo de una oreja y tres en el de la otra, símbolos del rango. Se aproximó tendiendo la mano.

—Coronel Charles Westin Bezoar, a su servicio, antiguamente miembro de la curia del Estado de Oregón y Comisionado Republicano por el Distrito de Jackson.

Actualmente tengo el honor de ser abogado juez del Ejército de Liberación Americano.

Gordon enarcó una ceja, haciendo caso omiso de la mano extendida.

—Ha habido un montón de «ejércitos» desde la Caída. ¿A cuál dice usted que pertenece?

Bezoar sonrió y dejó caer la mano como por casualidad.

—Sé que algunos nos aplican otros nombres. Dejemos eso por ahora y digamos que sirvo como ayuda de campo al General Volsci Macklin, su anfitrión. El General se reunirá con nosotros en breve. Entretanto, ¿puedo ofrecerles licor de malta de nuestras colinas? —Sacó una botella de vidrio labrado del aparador de roble tallado—. Sea lo que fuere que hayan oído decir sobre la ruda vida de aquí, creo que se darán cuenta de que al menos hemos refinado algunas de las viejas artes.

Gordon negó con un gesto. Johnny miró por encima de la cabeza del hombre. Bezoar se encogió de hombros.

—¿No? Lástima. Quizás en otro momento. Espero no les importe que yo beba. —Bezoar se sirvió un vaso de licor color castaño y señaló dos sillas junto al fuego—. Por favor, caballeros, todavía deben de estar fatigados del viaje. Pónganse cómodos. Hay mucho que me gustaría saber.

»Por ejemplo, señor Inspector, ¿cómo van las cosas en los Estados del este, más allá de los desiertos y las montañas?

Gordon se sentó sin parpadear siquiera. Así que el «Ejército de Liberación» tenía un servicio secreto. No era de extrañar que Bezoar supiese quiénes eran... o al menos quién creía el norte de Oregón que era Gordon.

—Las cosas van de forma muy similar a las del oeste, señor Bezoar. La gente trata de vivir y reconstruir donde puede.

Gordon trataba de recrear mentalmente la visión soñada, la fantasía de St. Paul City, de Odessa y Green Bay; imágenes de ciudades vivas a la cabeza de una nación valerosa y resurgente, no las ciudades fantasmales barridas por el viento que recordaba, saqueadas por harapientas bandas de cautos supervivientes.

Habló por las ciudades tal como las había soñado. Su voz fue dura.

—En algunos lugares los ciudadanos han sido más afortunados que en otros. Han recuperado mucho, y esperan más para sus hijos. En otras áreas, la recuperación se ha visto entorpecida. Algunos de los que casi arruinaron nuestro país, una generación atrás, siguen destruyendo, asaltando a nuestros mensajeros e interrumpiendo nuestras comunicaciones.

»Y al hablar de esto —continuó Gordon fríamente—, no puedo posponer por más tiempo preguntarle qué han hecho con el correo que sus hombres han robado a Estados Unidos.

Bezoar se puso unas gafas de montura metálica y levantó un grueso archivador de la mesa que estaba junto a él.

—Supongo que se refiere a estas cartas —abrió el paquete. Docenas de grisáceas y amarillentas hojas crujieron secamente—. ¿Lo ve? No me molesto en negarlo. Estimo que debemos ser abiertos y francos el uno con el otro, si ha de salir algo de esta reunión.

»Sí, un equipo de nuestros exploradores de vanguardia halló un caballo de carga en las ruinas de Eugene, suyo, imagino, cuyas alforjas contenían este extrañísimo fardo. Irónicamente, creo que en el instante mismo en que nuestros exploradores estaban cogiendo estas muestras, usted estaba matando a dos de nuestros cama-radas en otra parte de la desierta ciudad.

Bezoar alzó la mano antes de que Gordon pudiese hablar.

—No tema represalias. Nuestra filosofía holnista no cree en ellas. Derrotó a dos supervivencialistas en una lucha justa. Eso le hace un igual a nuestros

ojos. ¿Por qué cree que han sido tratados como hombres después de ser capturados, y no castrados como un esclavo o un carnero?

Bezoar sonrió afablemente, pero Gordon hervía por dentro. La pasada primavera había visto en Eugene lo que los holnistas habían hecho con los cuerpos de los indefensos rebuscadores a los que habían asesinado. Recordó a la madre del joven Mark Aage, que salvó su vida y la de su hijo gracias a un heroico gesto. Estaba claro que Bezoar creía lo que decía, pero para Gordon su lógica era enfermiza, amargamente irónica.

El supervivencialista calvo extendió las manos.

—Admitimos haber cogido su correo, señor Inspector. ¿Podemos mitigar nuestra culpa alegando ignorancia? Después de todo, hasta que estas cartas llegaron a mis manos, ninguno de nosotros había oído hablar nunca de los Estados Unidos Restablecidos.

»Imagine nuestro asombro cuando vimos esto... cartas llevadas de pueblo en pueblo, autorizaciones para nuevos jefes de correos, y esto —levantó un fajo de cuartillas de aspecto oficial—, estas declaraciones del gobierno provisional de St. Paul City.

Sus palabras eran conciliatorias y parecían serias. Pero había algo en el tono de voz del hombre... Gordon no pudo definirlo, pero fuera lo que fuese le inquietó.

—Usted lo conoce —puntualizó—. Y sin embargo continúa. Dos de nuestros mensajeros postales han desaparecido sin dejar rastro desde su invasión del norte. Su «Ejército de Liberación Americano» está en guerra con Estados Unidos desde hace muchos meses, Coronel Bezoar. Y en eso no puede alegar ignorancia.

Las mentiras le salían fácilmente ahora. En lo esencial, después de todo, sus palabras eran ciertas.

Desde aquellas pocas semanas, justo después de que se «ganara» la Gran Guerra, cuando EE UU aún tenía un gobierno y los alimentos y materiales todavía se transportaban con seguridad por las autopistas, el verdadero problema no había sido el maltrecho enemigo sino el caos interior.

El grano se pudría en rebosantes silos mientras los granjeros se arruinaban a causa de plagas leves contra las que existían vacunas. En las ciudades se disponía de ellas, y allí la inanición mataba a multitudes. Moría más gente debido al desorden y a la anarquía (la destruida red de comercio y asistencia médica) que a todas las bombas y gérmenes, o incluso a los tres años de semioscuridad.

Hombres como aquél dieron el golpe de gracia, acabaron con cualquier posibilidad que tuvieran esos millones de personas.

—Quizá, quizá —Bezoar tomó un trago del amargo licor. Y sonrió—. Desde entonces, muchos han afirmado ser los auténticos herederos de la soberanía americana. Así sus «Estados Unidos Restablecidos» controlan grandes áreas y poblaciones, y así entre sus líderes se incluyen algunos viejos zoquetes que una vez compraron un cargo electo con dinero en metálico y una sonrisa televisiva. ¿Los convierte eso en la verdadera América?

Por un instante la actitud calmada y razonable pareció romperse, y Gordon vio al fanático que había dentro, inmutable excepto quizá por la radicalización de los años. Gordon había oído ese tono... hacía mucho, en la voz de Nathan Holn retransmitida por radio, antes de que el «santo» supervivencialista fuese colgado, tras lo cual tuvo que hablar a través de sus partidarios.

Era la misma filosofía solipsista del ego que había espoleado la violencia del nazismo, del estalinismo. Hegel, Horbiger, Holn; las raíces eran idénticas. Verdades deducidas, pretenciosas y ciertas, pero no para ser examinadas a la luz de la realidad.

En Norteamérica, el holnismo fue una regresión en un tiempo que, por otra parte, había sido de una incomparable brillantez, una vuelta a los egoístas ochenta. Pero otra versión del mismo mal, el «Misticismo Eslavo», ostentaba actualmente el poder en el otro hemisferio. Aquella demencia finalmente arrastró al mundo a la guerra Fatal.

Gordon sonrió con gravedad.

—¿Quién puede decir lo que es legítimo, después de todos estos años? Pero una cosa es cierta, Bezoar, el «verdadero espíritu de América» parece haberse convertido en una pasión por cazar holnistas. Su culto a la fuerza es detestado, no sólo en EE UU Restablecidos sino en casi todos los lugares por donde he viajado. Aldeas rivales se unían ante el rumor de haber visto una de sus bandas. Cualquier hombre que viera el traje de camuflaje del Ejército es colgado sin tardanza.

Sabía que había dado en el clavo. Las ventanas nasales del oficial aletearon.

—Coronel Bezoar, por favor. Y apostaría a que hay zonas en la que eso no ocurre, señor Inspector. ¿Florida, tal vez? ¿Y Alaska?

Gordon se encogió de hombros. Ambos Estados habían quedado silenciados el día después de que cayeran las primeras bombas. También hubo otros lugares, como el sur de Oregón, donde la milicia no se había atrevido a entrar, ni siquiera armada.

Bezoar se levantó y fue hasta una estantería. Extrajo un grueso volumen.

—¿Ha leído a Nathan Holn? —preguntó, afable la voz una vez más.

Gordon negó con la cabeza.

—¡Pero, señor! —protestó Bezoar—. ¿Cómo puede conocer a su enemigo sin saber lo que piensa? Por favor, tome este ejemplar del *Imperio Perdido...* La biografía, de ese gran hombre que fue Aaron Burr, escrita por Holn. Puede hacerle cambiar de parecer.

»Creo, señor Krantz, que usted es la clase de hombre que podría convertirse en holnista. A menudo los fuertes sólo necesitan que les abran los ojos para ver que han sido atrapados por la propaganda de los débiles, que podrían tener el mundo, sólo con extender las manos y cogerlo.

Gordon reprimió la primera respuesta que se le ocurrió y cogió el libro que le ofrecía. Probablemente no sería sensato provocar demasiado a aquel tipo. Después de todo, una sola palabra suya bastaba para que los matasen.

—De acuerdo. Me ayudará a pasar el rato mientras dispone nuestro traslado a Willamette —dijo con gran calma.

—Sí —coincidió Johnny Stevens, que habló por primera vez—. Y de paso, ¿qué le parece pagar el franqueo extra necesario para terminar de repartir ese correo robado que transportaremos con nosotros?

Bezoar devolvió a Johnny la fría sonrisa, pero antes de que acertara a replicar, se oyeron pasos en el porche de madera de la antigua estación de guardabosques. La puerta se abrió y entraron tres hombres barbudos vestidos con los tradicionales atuendos en verde y negro.

Uno de ellos, el más bajo aunque con mucho el más imponente, lucía un único pendiente en la oreja, en el que brillaban unas grandes gemas engastadas.

—Caballeros —dijo Bezoar, levantándose—. Permítanme presentarles al General de Brigada Macklin, Reserva del Ejército de EE UU, unificador de los clanes holnistas de Oregón y comandante de las Fuerzas de Liberación Americanas.

Gordon se puso en pie, aturdido. Por un instante no pudo hacer otra cosa que mirar. El General y sus dos ayudantes eran los seres humanos de aspecto más extraño que había visto nunca.

No había nada desacostumbrado en sus barbas o pendientes... o en la corta ristra de mustios trofeos que cada uno llevaba como adorno ceremonial. Pero los tres tenían cicatrices terribles, dondequiera que los uniformes permitían verles el cuello y los brazos. Y bajo las tenues líneas dejadas por la cirugía mucho tiempo atrás, los músculos y tendones parecían combarse y formar nudos de una forma insólita.

Era increíble, y sin embargo Gordon tuvo la impresión de haber visto algo

similar en el pasado. Aunque no acertó a recordar dónde ni cuándo.

¿Habían padecido aquellos hombres una de las plagas de después de la guerra? ¿Superpaperas, quizás? ¿O alguna clase de hipertrofia de la glándula tiroides? No lo podía precisar.

Gordon advirtió de repente que el más corpulento de los ayudantes de Macklin era el atacante que lo había golpeado con tanta rapidez la noche de la emboscada, junto a las riberas del Coquille, y lo había tirado al suelo de un contundente puñetazo antes de que pudiese siquiera empezar a moverse.

Ninguno de los hombres pertenecía a la nueva generación de supervivencialistas feudales, toscos jóvenes reclutados por todo el sur de Oregón. Como Bezoar, los recién llegados parecían lo bastante viejos para haber sido adultos antes de la guerra Fatal. Sin embargo, el tiempo no parecía haber mermado sus facultades. El General Macklin se movía con una agilidad felina que intimidaba. No perdió tiempo en cortesías. Con una inclinación de cabeza y una mirada a Johnny, hizo conocer sus deseos a Bezoar.

Bezoar unió los dedos.

—Ah. Sí, señor Stevens, ¿sería tan amable de acompañar a estos señores de vuelta a su mmm, alojamiento? Parece ser que el General desea hablar a solas con su superior.

Johnny miró a Gordon. Era evidente que a una palabra suya, pelearía.

Gordon se acobardó interiormente al ver la intensidad de la expresión de los ojos del joven. Él nunca había pretendido semejante devoción de nadie.

—Vuelve, John —dijo a su joven amigo—. Me reuniré contigo más tarde.

Los dos corpulentos ayudantes acompañaron a Johnny afuera. Cuando la puerta se hubo cerrado y los pasos se perdieron en la noche, Gordon se volvió para mirar de frente al comandante de los holnistas unidos. En su corazón sentía una fuerte determinación. No había ningún pesar, ningún temor a la hipocresía. Si era capaz de mentir lo bastante bien para engañar a estos bastardos, lo haría. Se sintió pletórico en su uniforme de cartero y se preparó para iniciar la mejor representación de su vida.

—Ahórreselo —masculló Macklin. El hombre de la barba negra le apuntó con una mano grande y fuerte—. ¡Una palabra sobre esa farsa de unos «Estados Unidos Restablecidos» y le haré tragar su «uniforme»!

—Me temo que no he sido del todo franco con usted, *señor Inspector*. — Había un evidente tono sarcástico en las dos últimas palabras de Bezoar. El Coronel holnista se inclinó para abrir un cajón de su escritorio—. En cuanto oí hablar de usted, envié de inmediato grupos para seguir sus pasos. A propósito, tiene razón en que el holnismo no es muy popular en ciertas

áreas. Al menos aún no. Dos de los equipos nunca regresaron.

El General Macklin chasqueó los dedos.

—No alargue esto, Bezoar. Estoy ocupado. Haga entrar al sujeto.

Bezoar asintió rápidamente y retrocedió para tirar de un Gordon que colgaba en el muro, dejando a Gordon preguntándose qué había pretendido encontrar en el cajón.

—De todas formas, uno de nuestros grupos exploradores halló a una banda de espíritus afines en las Cascadas, en un paso al norte de Cráter Lake. Hubo una serie de malentendidos y me temo que la mayoría de los pobres lugareños murieron. Pero logramos persuadir a un superviviente...

Se oyó ruido de pasos; luego, la cortina de abalorios se abrió. La esbelta rubia la mantuvo abierta con actitud fría mientras un hombre de aspecto maltrecho y con un vendaje en la cabeza entraba en la estancia. Llevaba un uniforme de camuflaje remendado y desteñido, un cuchillo al cinto y un único y diminuto pendiente. Miraba al suelo. Aquel supervivencialista no parecía muy contento de estar allí.

—Le presentaré a nuestro último reclutado, señor Inspector —dijo Bezoar—. Aunque creo que ya se conocen.

Gordon meneó la cabeza, completamente perdido. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Que él supiera nunca en su vida había visto a aquel hombre!

Bezoar dio un codazo al abatido recién llegado, que alzó la mirada.

—No puedo decirlo con seguridad —repuso el desfallecido recluta, escrutando a Gordon—. Podría ser él. Fue un incidente realmente de tan... tan poca trascendencia en su momento...

Gordon apretó los puños. Esa voz.

—¡Eres tú; tú, bastardo!

No llevaba la airosa gorra alpina, pero Gordon reconoció ahora las patillas entrecanas, la tez cetrina. Roger Septien parecía mucho menos dueño de sí mismo que cuando lo viera por última vez en las laderas de una reseca montaña, ayudando a acarrear casi todo lo que Gordon había poseído en el mundo, jovialmente, sarcásticamente, abandonándolo a una muerte casi segura.

Bezoar asintió con satisfacción.

—Puedes irte, soldado Septien. Creo que tu oficial tiene una tarea apropiada dispuesta para ti, esta noche.

El antiguo ladrón y en otro tiempo agente de cambio y bolsa asintió fatigosamente. Ni siquiera volvió a mirar a Gordon, sino que salió sin volver a hablar.

Gordon se dio cuenta de que había cometido un desatino al actuar tan

deprisa. Tenía que haberle hecho caso omiso, fingir que no lo reconocía.

Aunque ¿habría servido de algo? Macklin parecía ya tan seguro...

—Adelante —dijo el General a su subordinado.

Bezoar volvió a meter la mano en el cajón y esta vez sacó un pequeño cuaderno de notas negro y estropeado. Se lo tendió a Gordon.

—¿Reconoce esto? Lleva su nombre.

Gordon parpadeó. Era sin lugar a dudas su diario, robado —junto con todas sus pertenencias— por Roger Septien y los demás asaltantes sólo horas antes de que tropezase con la furgoneta de correos y comenzase su nueva carrera.

En su momento lamentó la pérdida, pues el diario detallaba sus viajes desde que había salido de Minnesota, hacía diecisiete años... sus cuidadosas observaciones sobre la América de después del holocausto.

Ahora, sin embargo, el delgado volumen era la última cosa en la Tierra que hubiese querido ver. Se sentó pesadamente, cansado de súbito, consciente de cómo aquellos diablos habían estado jugando con él. La mentira al fin lo había atrapado.

En las páginas de ese pequeño diario no había ni una sola palabra sobre carteros, o recuperación, o unos «Estados Unidos Restablecidos».

Había únicamente la verdad.

IMPERIO PERDIDO

por Nathan Holn

Hoy, cuando nos aproximamos al final del Siglo Veinte, se dice que las grandes luchas de nuestro tiempo se producen entre la llamada «Izquierda» y la llamada «Derecha», esos grandes monstruos de un espectro político artificial, ficticio. Muy poca gente parece darse cuenta de que los llamados «contrarios» son, en realidad, dos caras de la misma bestia enferma. Existe una extendida ceguera, que impide a millones de personas ver como han sido engañadas por esta maquinación.

Pero no siempre ha sido así. Ni siempre lo será.

Anteriormente he hablado de otros tipos de sistemas... del honor del Japón medieval, de los gloriosos y salvajes indios americanos y de la radiante Europa durante el período que obsoletos eruditos denominan hoy su «Edad Oscura».

Una cosa nos dice la historia, una y otra vez. En todas las épocas, unos han mandado mientras otros han obedecido. Es una pauta de lealtad y poder honorable y natural a la vez. El feudalismo ha sido siempre nuestro sistema, como especie, desde que comíamos hierbas en grupos salvajes y nos desafiábamos a gritos unos a otros desde cimas opuestas.

Ese fue siempre nuestro proceder hasta que los hombres fueron pervertidos, debilitándose los fuertes por la gimoteante propaganda de los débiles.

Pensad en cómo eran las cosas en América cuando comenzaba el Siglo Diecinueve. Entonces parecía clara la oportunidad de invertir las enfermizas tendencias de la llamada «Ilustración». Los victoriosos soldados de la Guerra Revolucionaria habían expulsado la decadencia inglesa de la mayor parte del continente. La frontera estaba abierta, y un tosco espíritu de individualismo reinaba con supremacía por toda la recién nacida nación.

Aaron Burr sabía esto cuando partió para apoderarse de los nuevos territorios situados al oeste de las trece colonias iniciales. Su sueño era el de todos los verdaderos machos, ¡dominar, conquistar, ganar un imperio!

¿Cómo habría sido el mundo si él hubiera vencido? ¿Podría haber evitado el desarrollo de esas dos malnacidas obscenidades gemelas, el

socialismo y el capitalismo?

¿Quién sabe? Os diré, sin embargo, lo que yo creo. ¡Creo que la Era de la Grandeza estaba al alcance de la mano, dispuesta a salir a la luz!

Pero Burr fue abatido antes de que pudiera llevar a cabo mucho más que el castigo de aquel instrumento de los traidores que fue Alexander Hamilton. Aparentemente, su principal adversario debería haber sido Jefferson, el confabulador que le robó la Presidencia. Pero en realidad la conspiración fue mucho más profunda.

Ese genio maléfico, Benjamín Franklin, estaba en el núcleo... de esa intriga para matar al Imperio antes de que naciera. Sus instrumentos fueron muchos, demasiados incluso para que un hombre tan fuerte como Burr los combatiera.

Y el principal de esos instrumentos fue la Orden de Cincinnatus...

Gordon cerró de golpe el libro y lo dejó en el suelo, junto al jergón de paja. ¿Cómo podía nadie haber leído basura como ésta, y mucho menos publicarla?

Después de la comida de la tarde aún había luz suficiente para leer, y el sol lucía por vez primera en muchos días. No obstante, un helado estremecimiento le recorrió la espalda cuando aquella descabellada dialéctica se repitió dentro de su cabeza.

«Ese genio maléfico, Benjamín Franklin...»

Nathan Holn argumentaba bien que el «Pobre Richard» había sido mucho más que un inteligente impresor filósofo, que jugaba a ser embajador entre experimentos científicos y rameras. Si una pequeña fracción de las citas de Holn eran correctas, Franklin estaba ciertamente en el centro de hechos inusuales. Algo extraño sucedió después de la Guerra Revolucionaria, algo que de alguna forma obstaculizó a hombres como Aaron Burr y dio lugar a la nación que Gordon Krantz había conocido.

Pero aparte de eso, estaba tremendamente impresionado por la magnitud de la locura de Nathan Holn. ¡Bezoar y Macklin tenían que estar completamente chiflados si pensaban que esos desvaríos lo convencerían para acatar sus planes!

El libro tuvo, en realidad, exactamente el efecto contrario. Si un volcán entrara en actividad allí, en Agnes, él moriría contento sabiendo que aquel nido de serpientes se iría también al infierno.

No muy lejos, un bebé estaba llorando. Gordon miró pero apenas pudo

distinguir un grupo de harapientas figuras que se movían junto al cercano bosquecillo de alisos. La noche anterior habían llegado nuevos cautivos. Gemían y se acurrucaban alrededor del pequeño fuego que les habían permitido, sin merecer siquiera el cobijo de un cobertizo techado.

Gordon y Johnny podían reunirse pronto con aquellos miserables esclavos si Macklin no obtenía la respuesta que deseaba. El «General» estaba perdiendo la paciencia. Al fin y al cabo, desde el punto de vista de Macklin la oferta hecha a Gordon debía de parecer bastante razonable.

A Gordon le quedaba poco tiempo para decidirse. La ofensiva holnista recomenzaría con el primer deshielo, con o sin su colaboración.

No veía que tuviera mucho donde elegir.

De modo inesperado, acudió a su mente el recuerdo de Dena. Se sorprendió añorándola, preguntándose si aún estaría viva, deseando poder abrazarla y estar con ella... con preguntas fastidiosas y todo.

Ahora, desde luego, ya debía de ser demasiado tarde para detener el disparatado proyecto que ella y sus seguidoras habían tramado. Gordon se preguntaba por qué Macklin no había fanfarroneado ante él por aquel otro desastre sufrido por el desventurado Ejército de Willamette.

«Tal vez sólo sea cuestión de tiempo», pensó sombríamente.

Johnny terminó de enjuagar el gastado cepillo de dientes que era su única posesión común. Se sentó junto a Gordon y cogió la biografía de Burr. El joven leyó un rato; después, alzó la vista, claramente atónito.

—Sé que nuestra escuela de Cottage Grove no era gran cosa comparada con las de antes de la guerra, Gordon, pero mi abuelo solía darme montones de cosas para leer, y me hablaba mucho de historia y cosas similares. Hasta yo sé que este Holn se está inventando la mitad de esta basura.

»¿Cómo se las arregló para sacar adelante un libro como éste? ¿Cómo es posible que alguien le creyera alguna vez?

Gordon se encogió de hombros.

—A eso se le dio el nombre de técnica de «la Gran Mentira», Johnny. Se da la impresión de que se sabe de qué se está hablando, de que se citan hechos reales. Se habla a gran velocidad, alternando las propias mentiras con una aparente teoría de conspiración y repitiendo las mismas aseveraciones una y otra vez. Los que desean una excusa para odiar o maldecir, los que poseen un ego exagerado pero débil, aceptarán de inmediato una explicación simple y sencilla de cómo es el mundo. Esos tipos nunca exigirán hechos.

»Hitler lo hizo con brillantez. Igual que el Místico de Leningrado. Holn fue otro maestro de la Gran Mentira.

«¿Y tú que?», se preguntó Gordon para sus adentros. ¿Tenía él, inventor de una fábula de unos «Estados Unidos Restablecidos», colaborador en la farsa de *Cíclope*, derecho a tirar alguna piedra?

Johnny leyó unos cuantos minutos más. Luego volvió a cerrar el libro.

—Entonces, ¿quién fue este Cincinnatus? ¿También Holn se lo ha sacado de la manga?

Gordon se tendió en la paja. Tenía los ojos cerrados.

—No. Si recuerdo bien, fue un gran general de la antigua Roma, en la época de la República. Según la leyenda, se cansó de luchar y se retiró del ejército para cultivar la tierra en paz.

»Sin embargo, un día llegaron emisarios procedentes de la ciudad. Los ejércitos de Roma estaban derrotados; sus jefes habían demostrado su incompetencia. El desastre parecía inevitable.

»La delegación se acercó a Cincinnatus, lo hallaron detrás de su arado y le suplicaron que tomase el mando de la última defensa.

—¿Qué les dijo Cincinnatus a los de Roma?

—Oh, bien —Gordon bostezó—. Accedió. Contra su voluntad. Reunió a los romanos, combatió a los invasores y les hizo retirarse hasta su propia ciudad. Fue una gran victoria.

—Apuesto a que le hicieron rey o algo así —sugirió Johnny.

Gordon negó con la cabeza.

—El ejército quería hacerlo. El pueblo también... Pero Cincinnatus se negó. Regresó a su granja y nunca más la abandonó.

Johnny se rascó la cabeza.

—Pero... ¿por qué hizo eso? No lo entiendo.

Gordon sí. Comprendía muy bien la historia, ahora que pensaba en ella. Le habían explicado las razones, no hacía mucho tiempo, y jamás las olvidaría.

—¿Gordon?

No respondió. Se volvió al escuchar un débil ruido en el exterior. Atisbo por las rendijas y vio a un grupo de hombres que se aproximaban por el sendero que subía desde el embarcadero del río. Un bote acababa de atracar.

Johnny parecía no haberlo advertido aún. Siguió preguntando, como hacía siempre desde que se habían recobrado de su captura. Como Dena, el joven nunca parecía dispuesto a perder una oportunidad de mejorar su educación.

—Roma existió mucho antes de la Revolución Americana, ¿verdad, Gordon? Bien, ¿entonces qué era esa —tomó el libro de nuevo—, esa Orden

de Cincinatus de que habla este tipo?

Gordon observó la procesión que se acercaba al cobertizo-prisión. Dos siervos llevaban una camilla, vigilados por varios soldados supervivencialistas vestidos de caqui.

—George Washington fundó la Orden de los Cincinnati después de la Guerra Revolucionaria —contestó distraído—. Sus antiguos oficiales eran los principales miembros...

Gordon calló cuando su guardián salió y abrió la puerta, observaron cuando los siervos entraron y dejaron su carga sobre la paja. Ellos y sus escoltas dieron media vuelta y se marcharon sin pronunciar palabra.

—Está muy mal herido —dijo Johnny cuando se acercaron a examinar al hombre herido—. Hace días que no le cambian el vendaje.

Gordon había visto muchos heridos desde los años en que, siendo un alumno de segundo curso, fue llamado a la milicia. Había aprendido a hacer muchos diagnósticos aproximados mientras servía en el pelotón del teniente Van. Una ojeada le mostró que las heridas de bala de aquel hombre podían haberse curado, muy probablemente, con un tratamiento adecuado. Pero el olor de la muerte pendía ahora sobre la inmóvil figura, procedente de miembros supurados con marcas de tortura.

—Espero que les mintiera —murmuró Johnny mientras se afanaba en poner cómodo al prisionero moribundo. Gordon ayudó a abrigarle con sus mantas. Le intrigaba la procedencia del tipo. No parecía de Willamette. Y, al contrario que la mayoría de los habitantes de Camas y Roseburg, había ido pulcramente afeitado hasta hacía poco. A pesar de los malos tratos, tenía demasiada carne sobre los huesos para haber sido un esclavo.

De pronto Gordon se detuvo y se agachó. Sus ojos parpadeaban mientras miraba con fijeza.

—Johnny, observa esto. ¿Es lo que yo creo que es?

Johnny miró hacia donde le señalaba; luego, quitó las mantas para ver mejor.

—Bueno, yo... ¡Gordon, esto parece un uniforme!

Gordon asintió. Un uniforme... y claramente confeccionado en la posguerra. El corte y el color eran completamente distintos a los que llevaban los holnistas y a todos los que habían visto en Oregón anteriormente.

Sobre un hombro, el moribundo llevaba un parche bordado con un símbolo que Gordon conocía desde mucho tiempo atrás: un oso pardo andando sobre una franja roja... en contraste con un campo dorado.

Poco más tarde llegó un mensaje requiriendo la presencia de Gordon otra vez. La acostumbrada escolta fue a buscarlo a la luz de una antorcha.

—Ese hombre de ahí se está muriendo —le dijo al que mandaba la guardia.

El taciturno holnista con tres pendientes se encogió de hombros.

—¿De veras? Mandaré a una mujer para que lo atienda. Ahora, vamos. El General espera.

Cuando subían por el sendero iluminado por la luna se encontraron con alguien que iba en dirección contraria. La figura de hombros caídos se apartó y esperó a que pasaran los hombres, con los ojos puestos en la bandeja de rollos de vendas y ungüentos que llevaba. Niguno de los indiferentes guardianes pareció reparar en ella.

En el último momento, sin embargo, levantó sus ojos hacia Gordon. Éste reconoció a la mujer menuda de pelo castaño entreverado de gris, la que había cogido y arreglado su uniforme unos días atrás. Trató de sonreír —le mientras pasaban, pero sólo pareció inquietarla. Ella agachó la cabeza y se perdió entre las sombras rápidamente.

Entristecido, Gordon continuó sendero arriba con su escolta. Ella le había recordado un poco a Abby. Una de sus preocupaciones se refería a sus amigos de Pine View. Los exploradores holnistas que encontraron su diario habían estado muy cerca de la amistosa y pequeña aldea. La frágil civilización de Willamette no era lo único que estaba en peligro.

Comprendió que nadie estaba ya a salvo en parte alguna. Excepto, quizá, George Powhatan, que vivía en la seguridad que le proporcionaba la cima de la montaña de Sugarloaf, atendiendo a sus abejas y cerveza mientras el resto del mundo ardía.

—Me estoy cansando de sus evasivas, Krantz —dijo el General Macklin cuando los guardianes abandonaron la biblioteca de la antigua estación de guardabosques.

—Me pone en una situación difícil, General. Estoy estudiando el libro que el Coronel Bezoar me dejó, tratando de comprender...

—Cállese. —Macklin se aproximó hasta que su cara estuvo a dos palmos de la de Gordon. Incluso visto desde arriba, el semblante extrañamente deformado del holnista intimidaba—. Conozco a los hombres, Krantz. Usted es fuerte, de acuerdo, y sería un buen vasallo. Pero está contaminado por el sentido de culpa y otros venenos «civilizados». Tanto es así que estoy empezando a creer que tal vez no podamos sacar provecho de usted, después de todo.

La insinuación era directa. Gordon hizo esfuerzos por disimular la debilidad de sus rodillas.

—Usted podría ser el Barón de Corvallis, Krantz. Un señor importante en

nuestro nuevo imperio. Podría conservar incluso algunos de sus extravagantes y anticuados sentimientos, si lo desea... y es lo bastante fuerte para imponerlos. ¿Quiere ser amable con sus propios vasallos? ¿Quiere estafetas postales?

»Podemos incluso encontrar una utilidad para esos "Estados Unidos Restablecidos" suyos. —Macklin sonrió a Gordon mostrando sus dientes—. Por eso sólo Charlie y yo sabemos de su pequeño diario negro, hasta que podamos descartar la idea.

»No es porque usted me agrade, comprenda. Es porque nos beneficiaríamos un poco si colaborase. Podría entenderse con esos técnicos de Corvallis mejor que ninguno de mis muchachos. Hasta podríamos dejar que esa máquina, *Cíclope*, siguiera funcionando, si pagara su propio mantenimiento.

Así que los holnistas aún no estaban enterados de la falsedad que rodeaba a la gran computadora. No era que importase mucho. Nunca se habían preocupado realmente por la tecnología, excepto por la necesaria para hacer la guerra. La ciencia beneficiaba demasiado a todo el mundo, especialmente a los débiles.

Macklin cogió el atizador de la chimenea y se dio unos golpecitos en la palma de la mano izquierda.

—La alternativa, por supuesto, es que tomaremos Corvallis de todas formas, esta primavera. Sólo que si hemos de hacerlo a nuestro modo, arderá. Y no habrá estafetas en ningún sitio, muchacho. Y nada de ridículas máquinas inteligentes.

Acercó el atizador a una hoja de papel que había sobre el escritorio, junto a una pluma y un tintero. Gordon sabía bien lo que aquel hombre esperaba de él.

Si todo lo que tenía que hacer hubiera sido acceder al proyecto, Gordon lo habría hecho de inmediato. Hubiera seguido el juego hasta encontrar una oportunidad de dejarlo.

Pero Macklin era demasiado astuto. Quería que Gordon escribiese al Consejo de Corvallis y convenciera a sus miembros de que rindieran algunas poblaciones clave como acto de buena voluntad antes de que él fuese liberado.

Desde luego, únicamente tenía la promesa del General de que sería nombrado «Barón de Corvallis» después de aquello. Dudaba de que la palabra de Macklin valiese más que la suya propia.

—Quizá crea que no somos lo bastante fuertes para vencer a su patético «Ejército de Willamette» sin su ayuda. —Macklin rió. Se volvió hacia la

puerta—. ¡Shawn!

El fornido guardaespaldas de Macklin apareció en la habitación tan rápida y sigilosamente como un fantasma. Se acercó al General y se puso firme dando un golpe seco.

—Voy a revelar algo, Krantz: Shawn, yo y ese arisco gato que lo capturó, somos los últimos de nuestra especie. —Y, confidencialmente, agregó—: En realidad fue un asunto muy secreto, pero puede que haya oído algunos rumores. Los experimentos condujeron a ciertas unidades especiales de lucha, distintas a todo lo conocido hasta entonces.

Gordon parpadeó. De pronto todo adquirió sentido, la extraña agilidad del General, la red de cicatrices bajo su piel y la de sus dos ayudantes.

—¡Aumentos!

Macklin asintió.

—Chico listo. Prestó buena atención, para ser un joven estudiante que debilitaba su mente con psicología y ética.

—¡Pero todos pensamos que sólo eran rumores! Quiere decir que realmente cogieron a soldados y los modificaron para...

Se interrumpió, mirando los músculos extrañamente nudosos en los brazos desnudos de Shawn. Por imposible que pareciera, la historia tenía que ser cierta. No existía ninguna otra explicación racional.

—Nos probaron por primera vez en Kenia. Y al gobierno le gustaron los resultados mientras estuvimos en combate. Pero supongo que no se sintió muy feliz cuando fue informado de lo que sucedió cuando llegó la paz y nos trajeron a casa.

Gordon observó como Macklin le tendía el atizador a su guardaespaldas, que lo cogió por un extremo, no con toda la mano sino entre dos dedos y el pulgar. Macklin asió el otro extremo de la misma forma.

Tiraron. Sin que su respiración se alterara lo más mínimo, Macklin siguió hablando.

—El experimento prosiguió a finales de los ochenta y principios de los noventa. Sobre todo en las Fuerzas Especiales. Escogieron a tipos entusiastas como nosotros. Nacidos para ello, en otras palabras.

El atizador de acero no tembló ni se agitó. Casi totalmente rígido, comenzó a alargarse.

—Oh, vapuleamos bien a esos cubanos. —Macklin rió entre dientes, mirando sólo a Gordon—. Pero al Ejército no le gustó cómo actuaron algunos veteranos cuando terminó la acción y volvimos a casa.

»Tenían miedo de Nate Holn, ya ve, incluso entonces. El apelaba a la fuerza, y ellos lo sabían. El programa de aumento fue interrumpido.

El atizador adquirió un tono rojo desvaído en el centro. Se había alargado en casi la mitad de su longitud cuando comenzó a retorcerse y desmenuzarse como una pastilla de café con leche. Gordon dirigió una rápida mirada a Charles Bezoar, que estaba de pie al otro lado de los dos hombres aumentados. El coronel holnista se mordisqueaba los labios nerviosamente, con aire disgustado. Gordon habría podido decir lo que Bezoar estaba pensando.

Había allí una fuerza que él nunca podría conseguir. Los científicos llevaban mucho tiempo muertos y los hospitales donde el trabajo se había hecho habían desaparecido. De acuerdo con las creencias de Bezoar, estos hombres tenían que ser sus amos.

Las puntas del destrozado atizador se separaron con un fuerte chasquido, desprendiendo calor de fricción que se percibía a cierta distancia. Ninguno de los soldados se sobresaltó siquiera.

—Eso es todo, Shawn. —Macklin arrojó los trozos a la chimenea mientras su ayudante giraba marcialmente y abandonaba la estancia. El General miró a Gordon con sorna—. ¿Aún duda de que estemos en Corvallis para mayo? ¿Con o sin usted? Cualquiera de los chicos «no aumentados» de mi ejército equivale a veinte de sus torpes granjeros o de sus alocadas mujeres soldado.

Gordon alzó la mirada rápidamente, pero Macklin siguió hablando.

—Pero aunque los bandos estuvieran más igualados, usted seguiría sin tener ninguna posibilidad. ¿Cree que los aumentados no podríamos colarnos en cualquiera de sus plazas fuertes y destruirlas? Podríamos despedazar sus ridículas defensas sólo con las manos. No lo dude ni un segundo.

Empujó el papel escrito hacia adelante e hizo rodar la pluma hasta Gordon.

Gordon miró la hoja amarillenta. ¿Qué importaba? Entre todas aquellas revelaciones, creía saber cómo estaban las cosas. Sus ojos se encontraron con los de Macklin.

—Estoy impresionado. De veras. Ha sido una demostración convincente.

»Pero dígame, General, si son ustedes tan buenos, ¿por qué no están ya en Roseburg?

Mientras Macklin enrojecía, Gordon dirigió al jefe holnista una leve sonrisa.

—Y siguiendo con el tema, ¿quién los está arrojando de sus propios dominios? Debería haber adivinado antes por qué están promoviendo esta guerra con tanta dedicación y prisa. Por qué su gente está preparando a los siervos y sus posesiones para trasladarse al norte, en masa. En el curso de

la historia, la mayoría de las invasiones bárbaras empezaron de ese modo, como fichas de dominó derrumbadas por otras fichas.

»Dígame, General, ¿quién está jugando tan fuerte que les obliga a salir del Rogue?

La cara de Macklin era una tempestad. Dobló sus nudosas manos y apretó los puños. Gordon esperaba pagar en cualquier momento el último precio por su satisfactoria explosión.

Casi fuera de sus órbitas, los ojos de Macklin no se apartaban de Gordon.

—¡Sáquelo de aquí! —le gritó a Bezoar.

Gordon se encogió de hombros y dio la espalda al furioso hombre aumentado.

—¡Y cuando vuelva usted quiero investigar esto, Bezoar! ¡Quiero saber quién rompió la seguridad! —La voz de Macklin persiguió a su jefe de inteligencia hasta las escaleras, donde los guardianes se situaron tras ellos.

La mano de Bezoar se mantuvo sobre el codo de Gordon durante todo el camino de vuelta al cobertizo-prisión.

—¿Quién puso aquí a este hombre? —gritó el Coronel holnista cuando vio al prisionero moribundo en el jergón de paja entre Johnny y la atónita mujer.

Un guardián parpadeó.

—Isterman, creo. Acababa de llegar del frente de Salmón River...

«... el frente de Salmón River...». Gordon reconoció el nombre de un arroyo del norte de California.

—¡Cierra la boca! —Bezoar casi gritó. Pero Gordon vio confirmadas sus teorías. En esa guerra había más de lo que ellos sabían hasta aquella tarde.

—¡Sacadlo de aquí! ¡Después llevad a Isterman a la casa grande en seguida!

Los guardianes se movieron con premura.

—¡Eh, tened cuidado con él! —gritó Johnny cuando cogieron al hombre inconsciente como un saco de patatas. Bezoar le dirigió una mirada fulminante. El Coronel holnista desfogó su rabia lanzando una patada hacia la encogida mujer, pero ella tenía buenos reflejos. Cruzó la puerta antes de que la tocara.

—Lo veré mañana —dijo Bezoar a Gordon—. Creo que más le valdría recapacitar y escribir esa carta a Corvallis mientras tanto. Lo que ha hecho esta noche no es sensato.

Gordon apenas miró al hombre, como si no mereciese atención.

—Lo que ocurre entre el General y yo no le concierne a usted —le dijo a

Bezoar—. Sólo los iguales tienen derecho a intercambiar amenazas, o desafíos.

La cita de Nathan Holn pareció empujar hacia atrás a Bezoar, como si hubiese sido golpeado. Observó a Gordon mientras éste se sentaba en la paja con los brazos detrás de la cabeza, haciendo caso omiso al antiguo abogado.

Sólo cuando Bezoar se hubo marchado, cuando el lóbrego cobertizo se quedó tranquilo de nuevo, Gordon se levantó y corrió hacia Johnny.

—¿Ha dicho algo el soldado que lleva la insignia del oso?

Johnny negó con la cabeza.

—No ha recobrado la conciencia, Gordon.

—¿Qué hay de la mujer? ¿Ha dicho algo ella?

Johnny miró a derecha e izquierda. Los demás prisioneros estaban en sus rincones, de cara a la pared como habían estado durante semanas.

—Ni una palabra. Pero me ha dado esto.

Gordon cogió un sobre manoseado. Reconoció las cuartillas en cuanto las sacó.

Era la carta de Dena, la que había recibido de manos de George Powhatan, en la montaña de Sugarloaf. Debía de estar en el bolsillo de sus pantalones cuando la mujer se llevó su ropa para lavarla. Debía de haberla guardado.

¡No era de extrañar que Macklin y Bezoar no la hubieran mencionado!

Gordon tomó la determinación de que el General nunca consiguiera aquella carta. Por muy locas que Dena y sus amigas estuviesen, merecían una oportunidad. Comenzó a romperla, dispuesto a comerse los trazos, pero Johnny lo detuvo.

—¡No, Gordon! Ha escrito algo en la última página.

—¿Quién? ¿Quién ha escrito...? —Gordon acercó el papel a la tenue luz de la luna que se introducía entre los tablones. Al fin vio unos garabatos hechos con lápiz, toscas letras de molde que contrastaban fuertemente bajo la culta escritura de Dena.

¿es verdad?

¿son las mujeres tan libres en el norte?

¿son algunos hombres buenos y fuertes a la vez?

¿morirá ella por ti?

Gordon estuvo largo rato mirando las sencillas y tristes palabras. Sus

fantasmas lo seguían a todas partes, a pesar de la resignación recién hallada. Aún le inquietaba lo que George Powhatan había dicho sobre los motivos de Dena.

Las Grandes Cosas no sueltan sus presas.

Masticó la carta despacio. No dejaría que Johnny compartiese su particular comida. Cada trozo se convirtió en una expiación, en un sacramento.

Aproximadamente una hora más tarde, se produjo una conmoción... una ceremonia de alguna clase. Al otro lado del claro, en el viejo almacén general de Agnes, una doble columna de soldados holnistas marchaban con un lento y sordo redoble de tambores. En medio de ellos caminaba un hombre alto y rubio. Gordon lo reconoció como uno de los holnistas con uniforme de camuflaje que habían acompañado a los siervos que dejaron al prisionero moribundo en su prisión.

—Debe de ser Isterman —comentó Johnny, fascinado—. Esto le enseñará a no olvidarse de informar a G-2.

Gordon advirtió que Johnny debía de haber visto demasiadas películas viejas sobre la Segunda Guerra Mundial, en la videoteca de Corvallis.

Al final de la línea de escoltas reconoció a Roger Septien. Pese a la oscuridad apreció que el antiguo bandolero montañés temblaba tanto que era casi incapaz de sostener el rifle.

La cultivada voz de Charles Bezoar sonó nerviosa, también, al leer los cargos. Isterman tenía la espalda apoyada en un gran árbol, el rostro impasible. Llevaba la ristra de trofeos sobre el pecho en bandolera..., como un repugnante fajín de medallas al valor.

Bezoar se hizo a un lado y Macklin se adelantó para hablar con el condenado. Macklin estrechó la mano a Isterman, lo besó en ambas mejillas y luego fue a situarse junto a su ayudante para contemplar el final. Un sargento con dos pendientes dio las escuetas órdenes. Los ejecutores se arrodillaron, levantaron los rifles y dispararon a la vez.

Excepto Roger Septien, que se desmayó.

El alto y rubio holnista yacía ahora sobre un charco de sangre al pie del árbol. Gordon pensó en el prisionero moribundo que había compartido su cautiverio durante tan poco tiempo y les había dicho tanto sin abrir siquiera los ojos.

—Que duermas bien, californiano —musitó—. Te has llevado a uno más de ellos contigo. Todos deberíamos hacerlo tan bien como tú.

Aquella noche Gordon soñó que estaba mirando a Benjamín Franklin jugar al ajedrez con una estufa de hierro cuadrada.

—Es un problema de equilibrio —dijo el canoso científico y hombre de estado a su contrincante, haciendo caso omiso de Gordon mientras contemplaba el tablero—. He pensado en ello. ¿Cómo podemos establecer un sistema que aliente a los individuos a esforzarse y destacar, y sin embargo muestre compasión con el débil y cribe a los dementes y tiranos?

Las llamas oscilaban tras la brillante rejilla de la estufa, como hileras de luces ondeantes. Con palabras más vistas que oídas, la estufa preguntó:

—¿... Quién asumirá la responsabilidad...?

Franklin movió un caballo blanco.

—Buena pregunta —repuso él echándose hacia atrás—. Una pregunta muy buena.

»Por supuesto, podemos establecer frenos y equilibrios constitucionales, pero no significarán nada a menos que los ciudadanos estén seguros de que las salvaguardas se toman en serio. Los codiciosos y sedientos de poder siempre buscarán la manera de romper las reglas, o de manipularlas a su conveniencia.

Las llamas vacilaron; y de alguna forma, mientras esto ocurría, un peón rojo cambió de sitio.

—¿Quién...?

Franklin sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—Los aspirantes a tiranos tienen... tienen una vieja reserva de métodos para manipular al hombre común, mintiéndole, o aplastando su fe en sí mismo.

—Los cuerdos generalmente se ven atraídos por cosas distintas al poder. Cuando lo poseen, piensan en él como en un servicio, que tiene sus límites. El tirano, sin embargo, pretende el dominio, para el cual es insaciable, implacable.

—... estúpidos niños... —Las llamas oscilaron.

—Sí —Franklin asintió, limpiando sus gafas—. Sin embargo, creo que ciertas innovaciones podrían ayudar. Los mitos adecuados, por ejemplo.

»Y luego, si el Bien predispone a hacer sacrificios... —Alargó la mano, al coger a su reina, titubeó por un instante, y luego trasladó la delicada pieza de marfil por todo el tablero, hasta casi debajo de la caliente rejilla.

Gordon quiso lanzar un grito de advertencia. La posición de la reina era muy expuesta. Ni siquiera tenía un peón cerca para protegerla.

Sus peores temores se confirmaron casi al instante. Las llamas avanzaron. En un parpadeo, un rey rojo se irguió sobre un montón de cenizas donde la esbelta figura blanca había estado sólo un momento antes.

—Oh, señor, no —rogó Gordon. Incluso en su estado de duermevela supo lo que estaba ocurriendo, y lo que aquello simbolizaba.

—¿Quién asumirá la responsabilidad...? —preguntó de nuevo la estufa.

Franklin no respondió. En lugar de ello, cambió de postura y se retrepó en la silla. La estufa crujió cuando él lo hizo. Miró directamente a Gordon por encima de sus gafas.

«¿También tú? —Gordon se acobardó—. ¿Qué queréis todos de mí?»

El rojo hizo un movimiento ondulante. Y Franklin sonrió.

Despertó sobresaltado, con la mirada fija, hasta que vio a Johnny Stevens inclinado sobre él, a punto de tocarle el hombro.

—Gordon, creo que será mejor que eche un vistazo. Algo ocurre con los guardianes.

Gordon se incorporó, restregándose los ojos.

—Enséñame.

Johnny lo condujo hasta la pared este del cobertizo, junto a la puerta. Los ojos de Gordon tardaron un momento en adaptarse a la luz de luna. Luego distinguió a los dos soldados supervivencialistas a quienes había sido asignada su custodia.

Uno estaba tendido sobre un banco hecho de troncos; tenía la boca abierta, floja, y miraba con los ojos en blanco hacia las bajas y amenazantes nubes.

El otro holnista todavía respiraba. Se aferraba al suelo, tratando de arrastrarse hacia el rifle. En una mano tenía su afilado cuchillo, que brillaba a la escasa luz del fuego. Junto a sus rodillas había una jarra volcada de cerveza negra; una mancha oscura se derramaba desde sus labios rotos.

Segundos después de que hubiesen empezado a observar, la cabeza del último guardia se desplomó. Sus esfuerzos se desvanecieron tras un leve estertor.

Johnny y Gordon se miraron el uno al otro. Juntos, se apresuraron a comprobar la puerta, pero el cerrojo estaba bien corrido, como siempre. Johnny metió el brazo por un hueco que había entre las tablas, intentando agarrar alguna parte del uniforme de los guardias. Las llaves...

—¡Maldita sea! ¡Están demasiado lejos!

Gordon empezó a escudriñar las tablas. La choza era lo bastante frágil para ser derribada con las manos. Pero cuando empujó, los oxidados clavos chirriaron, lo que hizo que se le erizaran los pelos de la nuca.

—¿Qué hacemos? —preguntó Johnny—. Si empujamos con fuerza, todos a la vez, podemos romperla y correr sendero abajo hasta las canoas...

—¡Chsss! —Gordon le hizo callar. Había visto una figura que se movía en la oscuridad exterior.

Una figura menuda y harapienta se movió con rapidez, cautelosa, hacia el claro iluminado por la luna justo desde la cabaña, procedente del lugar donde yacían los guardianes.

—¡Es ella! —susurró Johnny. También Gordon reconoció a la sirvienta de pelo oscuro, la que había escrito el patético y breve mensaje en la carta de Dena. Observó como superaba el terror y se disponía a acercarse a cada uno de los guardianes, por turno, para comprobar si respiraban y vivían.

Todo su cuerpo se estremeció y dejó escapar sordos gemidos mientras buscaba el manajo de llaves bajo el cinturón del segundo hombre. Para cogerlas tenía que pasar los dedos a través de la cuerda que sujetaba los horribles trofeos, pero cerró los ojos y lo consiguió, aunque tintinearón levemente.

Cada segundo era una agonía mientras forcejeaba con el cerrojo. Su liberadora se apartó para que los dos hombres salieran. Corrieron hacia los guardianes y los despojaron de los cuchillos, las cananas y los rifles. Arrastraron los cuerpos hacia el cobertizo, cerraron y trabaron la puerta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Gordon a la agazapada mujer, agachándose ante ella. Respondió con los ojos cerrados.

—Heather.

—Heather. ¿Por qué nos has ayudado?

Abrió los ojos. Eran de un sorprendente color verde.

—Su... su mujer escribió... —Hizo un visible esfuerzo por sobreponerse—. Nunca creí lo que las viejas contaban de los tiempos de antes... Pero luego algunos de los nuevos prisioneros hablaron de cómo eran las cosas en el norte... y ahí estaba usted... No me pegará demasiado fuerte por leer la carta, ¿verdad?

La mujer se encogió cuando Gordon alargó la mano para acariciarle la mejilla, por lo que la retiró. La ternura era algo demasiado extraño para ella. Acudieron a su mente toda clase de argumentos para tranquilizarla, pero optó por la declaración más sencilla, la que ella entendería:

—No voy a pegarte —le dijo—. Nunca.

Johnny apareció a su lado.

—Sólo hay un guardián abajo, vigilando las canoas. Creo que he descubierto la manera de acercarnos sin peligro. Aunque sea un Rogue, ahora no está sobre aviso. Podemos cogerlo desprevenido.

Gordon mostró su acuerdo con un movimiento de cabeza.

—Tendremos que llevarla con nosotros —dijo.

Johnny pareció debatirse entre la compasión y lo práctico. Evidentemente, consideraba que su primer deber era sacar a Gordon de aquel lugar.

—Pero...

—Sabrán quién envenenó a los guardianes. Si se queda la crucificarán.

Johnny parpadeó, luego asintió, contento en apariencia de tener el dilema resuelto de modo tan inmediato.

—De acuerdo. ¡Pero vámonos ya!

Hicieron ademán de levantarse, pero Heather cogió a Gordon de la manga.

—Tengo una amiga —dijo, y se volvió para hacer señas hacia la oscuridad.

De entre las sombras de los árboles surgió una delgada figura vestida con pantalones y camisa varias tallas mayor de lo que le correspondía, fruncida y ceñida por un gran cinturón. Pese a su indumentaria, la segunda mujer era inconfundible. La amante de Charles Bezoar llevaba el rubio cabello recogido en la nuca y un pequeño paquete. Parecía aún más nerviosa que Heather.

Al fin y al cabo, pensó Gordon, ella tenía mucho que perder en el intento de escapar. Exponerse con dos pintorescos extranjeros de un norte casi mítico demostraba cuán desesperada estaba.

—Se llama Marcia —dijo la mujer mayor—. No estábamos seguras de que quisieran llevarnos, así que hemos traído algunos regalos con el objeto de convencerlos.

Con las manos temblorosas, Marcia desató un hule negro.

—A-aquí está su co-correo —dijo. La muchacha extrajo los papeles con delicadeza, como si temiera profanarlos con su tacto.

Gordon estuvo a punto de echarse a reír al ver el fajo de cartas casi sin valor. Pero se detuvo en seco cuando vio el otro objeto que le ofrecía: un librito encuadernado en negro y muy deteriorado. Entonces, Gordon sólo pudo pestañear pensando en los riesgos que habría corrido para conseguir aquello.

—De acuerdo —dijo; cogió el paquete y lo ató de nuevo—. ¡Seguidnos y guardad silencio! Cuando haga señas con la mano, os agacháis y esperáis.

Ambas mujeres asintieron solemnemente. Gordon se volvió, como si encabezara el grupo, pero Johnny ya se había adelantado, enfilando el sendero que bajaba hasta el río.

«No discutas esta vez. Él tiene razón, maldita sea.»

La libertad era más maravillosa de lo que cabía imaginar. Pero con ella siempre iba otra cosa: el Deber.

Aunque detestaba el hecho de volver a ser «importante», siguió a Johnny, agazapado, guiando a las mujeres hacia las canoas.

No cabía elegir qué dirección tomar. El deshielo de la primavera había comenzado y el Rogue ya era un torrente impetuoso. Lo único que se podía hacer era ir corriente abajo y rezar.

Johnny todavía estaba exultante por su proeza. El centinela no se había vuelto hasta que estuvo a dos pasos, y cayó casi sin producir ruido cuando Johnny se abalanzó sobre él, terminando sus forcejeos con tres rápidas cuchilladas. El joven de Cottage Grove estaba embriagado por su hazaña cuando ayudaron a las mujeres a subir al bote y partieron, dejándose arrastrar hacia el centro de la corriente.

Gordon no había tenido valor para decírselo a su joven amigo. Pero había visto la cara del guardián antes de arrojarlo al río. El pobre Roger Septien parecía sorprendido, herido; no daba la imagen del superhombre holnista.

Gordon recordó la primera vez que él mató, hacía casi dos décadas, disparando contra saqueadores e incendiarios cuando todavía quedaba una cadena de mando, antes de que las unidades de la milicia se disolvieran en las revueltas que habían ido a sofocar. No recordaba haberse enorgullecido entonces. Aquella noche lloró por el hombre al que había matado.

Pero los tiempos habían cambiado, y un holnista muerto era algo bueno, sin tener en cuenta los métodos empleados.

Habían inutilizado todas las canoas del embarcadero. Cada instante de retraso había sido una agonía, pero temían que estar seguros de que no serían perseguidos con demasiada facilidad. En contrapartida, aquello proporcionó a las mujeres algo que hacer y ellas se dedicaron al trabajo con gusto. Después, Marcia y Heather parecieron un poco menos acobardadas e inquietas.

Se acurrucaron en el centro de la canoa cuando Gordon y Johnny levantaron los remos y se esforzaron por realizar aquella desacostumbrada tarea. La luna se ocultaba y salía de entre las nubes mientras ellos sumergían y sacaban los remos, tratando de aprender sobre la marcha el ritmo apropiado.

No se habían alejado mucho cuando llegaron a la primera serie de espumosos rápidos. El tiempo para practicar finalizó en el momento en que se vieron metidos en ellos, teniendo que hacer esfuerzos por esquivar las relucientes rocas, que a menudo no veían hasta el último momento.

El río estaba furioso, impulsado por la nieve fundida. Su rugido llenaba el aire y sus salpicaduras difractaban la intermitente luz de la luna. Era imposible luchar contra él, había que halagarlo, persuadirlo, distraerlo y guiar

la frágil barca a través de los peligros apenas entrevistos.

En el primer momento de calma, Gordon los condujo hasta un remolino. Johnny y él reposaron sobre los remos, se miraron y ambos lanzaron una carcajada al mismo tiempo. Marcia y Heather miraron a los dos hombres, que reían hasta la extenuación a causa de la adrenalina acumulada y del rugido de libertad que zumbaba en sus oídos y su sangre. Johnny gritó y golpeó el agua con el remo.

—Vamos, Gordon. ¡Ha sido divertido! Sigamos con ello.

Gordon recuperó el aliento y se secó los ojos salpicados de espuma del río.

—De acuerdo —repuso, moviendo la cabeza—. Pero con cuidado, ¿eh?

Remaron al unísono y se ladearon pronunciadamente cuando la corriente los cogió de nuevo.

—Oh, mierda —maldijo Johnny—. Creí que el último...

Sus palabras quedaron ahogadas, pero Gordon acabó la frase.

«¡Y creía que el último había sido malo!»

Los huecos entre las rocas eran estrechas y mortales tolvas. La canoa recibió horribles arañazos con la primera; después se golpeó y se inclinó peligrosamente.

—¡Aguanta con todas tus fuerzas! —gritó Gordon. Ahora no se reía, sino que luchaba por sobrevivir.

«Deberíamos haber ido andando... deberíamos haber ido andando... deberíamos haber ido andando...»

Lo inevitable sucedió pronto, incluso antes de lo que él esperaba... a menos de seis kilómetros corriente abajo. Un tronco sumergido, un tocón oculto justo al otro lado de la dura superficie rocosa de un recodo en la pared del cañón, una franja de agua arremolinada hundida en la oscuridad, hasta que fue demasiado tarde para que pudiera hacer algo más que maldecir y clavar su remo intentando virar.

Una canoa de aluminio habría podido sobrevivir a la colisión, pero ya no quedaba ninguna después de tantos años de guerra. El modelo de madera y corteza de fabricación casera se partió con un alarido de agonía que armonizaba con los gritos de las mujeres cuando todos cayeron en el agua helada.

El repentino frío los entumeció. Gordon tomó aire y se aferró a la destrozada canoa con un brazo. Lanzó la otra mano para agarrar el oscuro pelo de Heather, segundos antes de que fuese arrastrada. Luchó para contener su desesperado forcejeo y mantener la cabeza fuera del agua... mientras hacía esfuerzos por respirar entre la agitada espuma.

Al fin notó que había arena bajo sus pies. Y empleó sus últimas fuerzas en resistir el empuje del río y la succión del lodo hasta que fue capaz de izar a su jadeante carga y dejarse caer sobre la capa de putrefacta vegetación de la empinada orilla.

Heather tosía y sollozaba a su lado. Oyó a Johnny y Marcia no muy lejos y supo que también lo habían conseguido. Sin embargo, no le quedaba ni un ápice de energía para celebrarlo. Yació con la respiración entrecortada, incapaz de moverse, durante lo que le parecieron horas.

Johnny habló al fin.

—En realidad no teníamos ningún objeto que perder. Aunque supongo que mi munición se ha mojado. ¿Ha perdido su rifle, Gordon?

—Sí.

Se incorporó con un gruñido, palpándose un leve corte que se había producido en el lugar donde la canoa rota le había golpeado la frente.

Al parecer, no se habían producido heridas graves, aunque las toses estaban empezando a convertirse en un tiritar general. La ropa de que se apropiara Marcia se pegaba a la rubia amante de un modo que Gordon habría hallado interesante de no estar tan agotado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

Gordon se encogió de hombros.

—Para empezar, volver y eliminar cualquier cosa que pueda delatar que hemos estado por aquí. —Lo miraron—. Si no encuentran nada —explicó, probablemente pensarán que hemos llegado hasta más lejos esta noche. Eso podría ser nuestra única ventaja. Después, cuando lo hayamos hecho, continuaremos por tierra.

—Nunca he estado en California —sugirió Johnny, y Gordon tuvo que sonreír. Desde que descubrieron que los holnistas tenían otro enemigo, el muchacho casi no había hablado de otra cosa.

La idea era tentadora. Sus perseguidores no esperarían que siguiesen en dirección sur.

Pero eso significaría *cruzar* el río. Y de todas formas, si Gordon recordaba correctamente, el Salmón River se hallaba muy al sur de allí. Aunque pudieran cruzar unos trescientos kilómetros de baronías supervivencia-listas, no había tiempo. Con la primavera ya presente, lo más importante era volver a casa.

—Esperaremos en las colinas hasta que pasen nuestros perseguidores —dijo—. Luego, tendremos que intentarlo por el Coquille.

Johnny, siempre risueño y voluntarioso, no se dejó abatir por sus escasas posibilidades.

—Entonces, vamos a buscar la canoa. —Saltó a las heladas aguas, que le llegaban hasta la cintura. Gordon tomó una fuerte rama arqueada para usarla como garfio y lo siguió con más cautela. El agua le pareció tan desagradablemente helada como antes. Los pies empezaban a entumecersele.

Casi habían alcanzado la volcada canoa, cuando Johnny gritó:

—¡El correo!

Casi en los límites del remolino se veía un brillante paquete de hule que era impulsado hacia afuera, hacia el veloz centro de la corriente.

—¡No! —gritó Gordon—. ¡Déjalo!

Pero Johnny ya se había tirado de cabeza en las impetuosas aguas. Nadó con energía hacia el paquete que se alejaba, a pesar de los gritos de Gordon.

—¡Vuelve aquí. Johnny, estás loco. Es inútil!

«¡Johnny!»

Observó desesperado cómo el bulto y el muchacho que lo seguía eran arrastrados hasta doblar la siguiente curva del río. Exactamente de allí les llegaba el fuerte y despiadado rugir de los rápidos.

Maldiciendo, Gordon se dirigió hacia la helada corriente y nadó con todas sus fuerzas para alcanzarlo. Su pulso palpitaba e inhalaba agua helada en cada ejercicio de respiración. Estuvo a punto de seguir a Johnny alrededor de la curva, pero en el último instante se asió a una rama que sobresalía y le sostuvo... en el momento preciso.

A través de la cortina de espuma vio a su joven amigo caer detrás del paquete negro en una cascada aún peor, un horrible revoltijo de dientes de ébano y salpicaduras.

—No —murmuró Gordon roncamente. Observó cómo Johnny y el paquete pasaban rápidamente sobre un saliente y desaparecían en una depresión.

Siguió mirando, a través del pelo que se le pegaba a los ojos y las cegadoras y atormentadoras gotas, pero pasaron unos minutos sin que nada emergiera de aquel terrible torbellino.

Por último, Gordon resbaló de su asidero y tuvo que retroceder. Se izó anteponiendo una mano a la otra por la inestable rama hasta que llegó a la lenta y poco profunda agua de la orilla del río. Después, mecánicamente, hizo que sus pies lo llevaran corriente arriba y se dirigió con paso cansado ante las atónitas mujeres, a la destrozada canoa de cortezas de árbol.

Usó la rama en forma de gancho para arrastrarla hasta un saliente del muro del cañón, y allí golpeó el bote hasta hacerlo pedazos, hasta convertirlo

en astillas irreconocibles.

Sollozando, siguió golpeando y acuchillando el agua hasta mucho después de que los trozos se hubiesen hundido o hubieran sido arrastrados lejos.

Pasaron el día entre zarzas y maleza bajo un derruido bunker de hormigón. Antes de la guerra Fatal debía de haber sido el preciado refugio de algún supervivencia-lista, pero ahora era una ruma. Estaba destrozado, lleno de agujeros de bala y saqueado.

En una ocasión, antes de la guerra, Gordon leyó que en el campo había zonas plagadas de escondrijos como éste, habitados por hombres cuyo pasatiempo consistía en pensar en la caída de la sociedad y fantasear sobre lo que harían después de que se produjese. Habían existido clases, talleres, revistas especializadas... toda una industria para abastecer «necesidades» que iban más allá de las del leñador o el campesino medio.

A algunos les gustaba simplemente soñar despiertos, o disfrutaban con una pasión relativamente inofensiva por los rifles. Pocos eran partidarios de Nathan Holn, y la mayoría probablemente se horrorizaron cuando sus fantasías al fin se convirtieron en realidad.

Al llegar ese momento, gran parte de aquellos solitarios «supervivencialistas» murieron en sus búnkers, muy solos.

La batalla y las lluvias del bosque habían erosionado los escasos restos dejados por las oleadas de saqueadores. La fría lluvia repiqueteaba en los bloques de hormigón mientras los tres fugitivos hacían turnos para montar guardia y dormir.

En una ocasión oyeron gritos y el resonar de cascos de caballo en el barro. Gordon se esforzó por aparentar confianza ante las mujeres. Había tenido cuidado en dejar el menor rastro posible, pero ellas ni siquiera tenían la experiencia de las exploradoras en el Ejército de Willamette. No estaba en absoluto seguro de poder despistar a los mejores rastreadores del bosque habidos desde Cochise.

Los jinetes se alejaron, y al cabo de un rato los fugitivos consiguieron relajarse un poco. Gordon dormitó.

Esta vez no soñó. Estaba demasiado exhausto para gastar energías en obsesiones.

Esa noche tuvieron que esperar a que saliese la luna para ponerse en camino. Había varios senderos, que se entrecruzaban con frecuencia, pero Gordon consiguió seguir la dirección correcta, sirviéndose del semipermanente hielo en el lado norte de los árboles como guía.

Tres horas después del crepúsculo llegaron a las ruinas de una pequeña

aldea.

—Illahee. —Heather identificó el lugar.

—Está abandonada —observó él. Aquel pueblo fantasmal iluminado por la luna resultaba inquietante. Desde la antigua propiedad del Barón a la más inmunda choza parecía haber sido evacuado.

—Todos los soldados y sus siervos fueron enviados al norte —explicó Marcia—. En las últimas semanas se han desalojado muchas aldeas de ese modo.

Gordon asintió.

—Están luchando en tres frentes. Macklin no bromeaba cuando dijo que estaría en Corvallis para mayo. Tienen que tomar Willamette o morir.

La campiña parecía un paisaje lunar. Había arbolitos por todas partes, pero pocos árboles altos. Gordon pensó que aquél debía de ser uno de los lugares donde los holnistas había intentado la agricultura de rozas y quema. Pero aquella región no era tan fértil como el valle de Willamette. El experimento debía de haber sido un fracaso.

Heather y Marcia andaban cogidas de la mano, con el miedo pintado en la mirada. Gordon no pudo por menos de compararlas con Dena y sus valientes y orgullosas amazonas, o con Abby, feliz y optimista en Pine View. La verdadera edad oscura no sería una época dichosa para las mujeres, decidió. Dena tenía razón en eso.

—Vamos a echar un vistazo alrededor de la casa grande —dijo—. Quizá haya comida.

Eso consiguió interesarlas. Corrieron delante de él hacia la hacienda abandonada con su valla de madera y espinos circundando una sólida casa de antes de la guerra.

Cuando las alcanzó estaban acuciadas sobre un par de oscuras formas que se hallaban junto a la puerta. Gordon vaciló al ver que estaban desollando a dos grandes pastores alemanes. Su dueño no habría podido llevarlos en un viaje por mar, pensó con cierta tristeza. Sin duda el Barón holnista de Illahee se dolió más por sus preciados animales que por los esclavos que morirían durante el masivo éxodo a la tierra prometida del norte.

La comida olía un poco a podrido. Gordon decidió que aguardaría un rato, con la esperanza de encontrar algo mejor. Las mujeres, sin embargo, no fueran tan melindrosas.

Hasta aquel momento habían tenido suerte. Al menos, la búsqueda parecía haberse dirigido hacia el oeste, lejos de la dirección que seguían los

fugitivos. Tal vez los hombres del General Macklin habían encontrado ya el cuerpo de Johnny, confirmándoles engañosamente que habían seguido el camino hacia el mar.

Sólo el tiempo diría cuánto iba a durarles la suerte.

Cerca de la abandonada Illahee discurría hacia el norte un arroyo angosto y veloz. Gordon dedujo que sólo podía ser el afluente sur del Coquille. Por supuesto, por allí no había ninguna canoa. La corriente no parecía navegable, de todas formas. Tendrían que andar.

Una vieja carretera discurría junto a la orilla este, en la dirección en que deseaban ir. No había más remedio que seguirla, a pesar de los evidentes peligros. Las montañas se alzaban justo enfrente, recortándose sobre las nubes iluminadas por la luna y bloqueando cualquier otro sendero concebible.

Al menos la marcha sería más rápida que por los fangosos caminos. O al menos, eso esperaba Gordon. Instó a las estoicas mujeres a que mantuvieran un paso lento y regular. Ni una sola vez se quejaron o se pararon Marcia y Heather, ni hubo reproche en sus ojos. Gordon Kranz no pudo decidir si era coraje o resignación lo que les permitió seguir avanzando, kilómetro tras kilómetro.

A decir verdad, tampoco estaba seguro de por qué perseveraba él. ¿Con qué finalidad? ¿Para vivir en el oscuro mundo que seguramente estaba por venir? Al ritmo que iba acumulando fantasmas, el «trayecto» sería algo así como la Semana de Regreso al Hogar.

«¿Por qué? —se preguntó—. ¿Soy el único idealista del Siglo Veinte que queda vivo?»

«Quizás. Quizás el idealismo sea una enfermedad, el desastre que Charles Bezoar dijo que era.»

George Powhatan tenía razón. No era bueno luchar por las Grandes Cosas... por la civilización, por ejemplo. Todo lo que conseguías era que las muchachas y los muchachos creyeran en ti, para perder la vida en inútiles gestos, sin lograr nada.

Bezoar estaba en lo cierto. Powhatan estaba en lo cierto. Incluso Nathan Holn, un monstruo como fue, había dicho la verdad esencial sobre Ben Franklin y sus compinches constitucionalistas, al afirmar que habían vendado los ojos a un pueblo para que creyese en tales cosas. Habían sido tan grandes propagandistas que a su lado Himmler y Trotsky parecían unos aficionados.

«... Sostenemos estas verdades porque son evidentes en sí mismas...»

¡Ja!

En aquella época existía la Orden de Cincinnati, compuesta por oficiales de George Washington quienes, una noche en que estaban medio embarcados en un amotinamiento, fueron obligados por su austero jefe a que pronunciaran su lloroso y solemne voto de que en primer lugar serían granjeros y ciudadanos, y soldados sólo cuando su país los necesitara y llamara.

¿De quién había sido la idea de ese juramento sin precedentes? La promesa fue mantenida durante una generación, el tiempo suficiente para que el ideal se asentara. En esencia, duró hasta la era de los ejércitos profesionales y la guerra tecnológica. Hasta el final del Siglo Veinte. Es decir, hasta que ciertos poderes decidieron que los soldados deberían convertirse en algo más que meros hombres.

La idea de que Macklin y sus aventajados veteranos cayeran sobre los desprevenidos habitantes de Willamette ponía enfermo a Gordon. Pero ni él ni nadie podía hacer nada para impedirlo.

«No se puede hacer ni lo más mínimo —pensó con desazón—. Pero eso no evita que los malditos fantasmas me acosen.»

El Coquille South se hacía más caudaloso a cada kilómetro que recorrían, al írsele uniendo los arroyuelos procedentes de las colinas circundantes. Comenzó a caer una lóbrega llovizna, y un trueno resonó en contrapunto al rugido del torrente situado a su izquierda. Cuando tomaban una curva en la carretera, el cielo del norte se iluminó con lejanos fulgores de relámpagos.

Mirando hacia las amenazantes nubes, Gordon por poco no tropezó contra la espalda de Marcia cuando ella se detuvo en seco. Alargó la mano para darle un amable empujón, como se había visto obligado a hacer cada vez con más frecuencia en los últimos kilómetros. Pero esta vez la mujer no se movió.

Se volvió a él, y en sus ojos había una desolación mayor que todo cuanto Gordon había visto en diecisiete años de guerra. Invadido por un negro presagio, la adelantó y miró hacia la carretera.

A unos quince metros se encontraban las ruinas de una tienda de carretera. Un descolorido letrero anunciaba esculturas en madera de mirto a precios fabulosos. Dos oxidados automóviles se hallaban enfrente, medio hundidos en el barro.

Había cuatro caballos y carretas de dos ruedas atados a un lado de la derruida cabaña. Bajo el inclinado techo del porche, el General Macklin estaba de pie con los brazos cruzados y sonreía a Gordon.

—¡Corred! —gritó Gordon a las mujeres, y se lanzó a la espesura que bordeaba la carretera, rodando hasta detrás de un tronco cubierto de musgo

con el rifle de Johnny en las manos. Mientras actuaba, se daba cuenta de que se estaba comportando como un tonto. Macklin aún podía desear mantenerlo vivo, pero si se producía un tiroteo ya podía darse por muerto.

Sabía que había saltado por instinto; para alejarse de las mujeres, para atraer sobre sí la atención y darles una oportunidad de escapar. «Estúpido idealista», maldijo. Marcia y Heather se quedaron en la carretera, demasiado cansadas o resignadas para moverse.

—Eso no ha sido muy inteligente —dijo Macklin, con su voz más afable y peligrosa—. ¿Cree que conseguirá dispararme, señor Inspector?

A Gordon se le había ocurrido una idea. Dependía, desde luego, de que el otro le dejara acercarse lo suficiente para intentarlo. Y de si la munición de hacía veinte años se hallaba todavía en buen estado tras el remojón en el Rogue.

Macklin permanecía inmóvil. Gordon levantó la cabeza y vio a través de las hojas que Charles Bezoar estaba junto al General. Ambos parecían blancos fáciles. Pero cuando deslizó el perno del rifle y comenzó a reptar hacia adelante, se dio cuenta, angustiado, de que había cuatro caballos.

De pronto oyó un crujido justo sobre su cabeza. Antes de que pudiera reaccionar, un peso aplastante le cayó sobre la espalda e hizo que se le clavara la culata del rifle en el esternón.

Gordon abrió la boca, ¡pero no le entraba el aire! Apenas pudo crispas un músculo al sentirse alzado en vilo por el cuello. El rifle se le escurrió de los dedos casi insensibles.

—¿Este tipo se cargó de verdad a dos de los nuestros el año pasado? —gritó una voz áspera detrás de su oído izquierdo con escarnecedor regocijo—. A mí más bien me parece un infeliz.

Le pareció una eternidad, pero al fin algo volvió a abrirse en su interior y pudo respirar de nuevo. Jadeó ruidosamente, de momento más preocupado por el aire que por la dignidad.

—No olvides a esos tres soldados de Agnes —le gritó Macklin a su hombre—. Él puede reclamarlos también.

Eso le proporciona cinco orejas holnistas para su cinturón, Shawn. Nuestro señor Krantz merece respeto.

»Ahora tráele aquí, por favor. Estoy seguro de que a él y a sus damas les gustaría tener la oportunidad de calentarse.

Los pies de Gordon apenas tocaron el suelo cuando su captor lo llevó cogido del cuello a través de la maleza y por la carretera. El hombre aumentado ni siquiera jadeaba cuando tiró a Gordon sin ceremonias sobre el porche.

Bajo el agrietado techo, Charles Bezoar miró con dureza a Marcia; los ojos del Coronel holnista ardían de vergüenza y prometían venganza. Pero Marcia y Heather sólo miraban a Gordon, en silencio.

Macklin se agachó junto a Gordon.

—Siempre he admirado a un hombre con atractivo para las mujeres. Tengo que admitirlo, parece que le va bien con ellas, Krantz. —Sonrió entre dientes. Después hizo señas a su corpulento ayudante—. Llévale dentro, Shawn. Las mujeres tienen trabajo que hacer, y el Inspector y yo hemos de discutir algunos asuntos.

—Ahora lo sé todo sobre sus mujeres.

La visión de Gordon del mohoso y destrozado establecimiento comercial no paraba de girar. Le resultaba difícil enfocar algo en particular, y mucho menos al hombre que le estaba hablando.

Gordon colgaba de una cuerda atada a los tobillos y las manos caían hasta medio metro del deteriorado suelo de madera. El General Macklin se hallaba junto al fuego, afilando un trozo de madera. Miraba a Gordon Krantz cada vez que el movimiento del cuerpo de su prisionero los ponía cara a cara. La mayor parte del tiempo sonreía.

La opresión que sentía en los tobillos y el dolor en la frente y el esternón no eran nada comparados con el peso de la sangre que se agolpaba en su cerebro. A través de la puerta trasera, Gordon oía un leve gimoteo, un sonido en sí bastante patético, pero que resultaba un alivio después de los gritos que había soportado durante la última media hora. Al fin, Macklin había ordenado a Bezoar que parara y dejase a las mujeres hacer algún trabajo. Había un prisionero en la habitación contigua que quería fuese atendido, y no deseaba que Marcia y Heather perdiesen el conocimiento a causa de los golpes cuando aún podían ser de utilidad.

Macklin también deseaba mantener su entrevista con Gordon en paz y tranquilidad.

—Algunos de esos chiflados espías de Willamette vivieron lo suficiente para ser interrogados —le dijo apaciblemente el jefe holnista—. El que está en la habitación contigua no ha cooperado mucho todavía, pero también tenemos informes de nuestra fuerza invasora, así que el cuadro está muy claro. He de reconocer su mérito, Krantz. Fue un plan muy imaginativo. ¡Lástima que no funcionase!

—No tengo ni idea de qué demonios está diciendo, Macklin—. Gordon tenía la lengua tan entumecida que le era difícil hablar.

—Ah, pero por su cara veo que comprende —repuso su captor—. Ya no hay necesidad de mantener el secreto. No necesita preocuparse más por sus mujeres soldado. Debido a su especial modo de atacar, sufrimos algunas bajas. Pero apostaría a que muchas menos de las que usted esperaba. En estos momentos, desde luego, todas sus «Exploradoras de Willamette» estarán muertas o encadenadas. No obstante, lo felicito por su inteligente intento.

A Gordon el corazón le latía desbocado.

—Bastardo. No me atribuya a mí el mérito. ¡Fue idea de ellas! ¡Yo ni

siquiera sabía lo que planeaban hacer!

Fue la segunda vez que Gordon vio que la sorpresa cruzaba la cara de Macklin.

—Bien, bien —dijo el jefe bárbaro al fin—. Imagíneselo. Feministas, todavía por ahí en estos días y en esta época. ¡Mi querido Inspector, parece que hemos llegado justo a tiempo para salvar a la pobre gente de Willamette! —Volvió a sonreír.

La vanidad que mostraba aquella cara era excesiva para soportarla. Gordon se aferró a cualquier cosa para intentar borrarla.

—Jamás vencerá, Macklin. ¡Aunque quemase Corvallis, arrasara cada aldea e hiciera pedazos a *Cíclope*, el pueblo nunca dejará de luchar contra ustedes!

La sonrisa no se borró, imperturbable. El General ladeó la cabeza.

—¿Piensa que carecemos de experiencia? Mi querido amigo, ¿cómo se impusieron los normandos a los orgullosos y numerosos sajones? ¿Qué secreto utilizaron los romanos para dominar a los galos?

»Es usted de veras un romántico, señor, si subestima el poder del miedo.

»De todas formas —prosiguió Macklin mientras se recostaba y volvía a afilar la madera—, olvida que no seguiremos marginados mucho tiempo. Incontables jóvenes se darán cuenta de las ventajas de ser señores y no siervos. Y al contrario que los nobles de la Edad Media, nosotros, los nuevos feudales, creemos que todos los varones deberían tener derecho a luchar por su primer aro en la oreja.

»Esa es la verdadera democracia, amigo mío. Hacia la que América se estaba encaminando antes de la Traición Constitucionalista. Mis propios hijos deben matar para llegar a ser holnistas, o morderán el polvo para apoyar a aquellos que lo logren.

«Tendremos reclutas. Muchísimos, créalo. Con la asombrosa cantidad de gente que hay en el norte, podemos poseer, dentro de una década, un ejército como no se ha visto desde la «Civilización de Franklínstein» aplastada por su propia hipocresía.

—¿Qué le hace pensar que sus otros enemigos le darán esa década? —masculló Gordon—. ¿Cree que los californianos los dejarán sentarse sobre sus conquistas dándoles el tiempo suficiente para curar sus heridas y formar ese ejército?

Macklin se encogió de hombros.

—Habla con muy pocos conocimientos, mi querido amigo. Una vez que nos hayamos retirado, la débil confederación del sur se debilitará y nos olvidará. Y aunque pudieran dejar de lado sus perpetuas rencillas y unirse,

esos «californianos» de los que habla precisarían toda una generación para alcanzarnos en nuestro nuevo reino. Entonces estaremos más que preparados para contraatacar.

»Por otro lado, y ésta es la parte divertida, aunque nos persiguieran, tendrían que pasar por entre sus amigos de la montaña de Sugarloaf para llegar hasta nosotros.

Macklin rió ante la expresión en el rostro de Gordon.

—¿Pensaba que no conocía su misión? Oh, señor Krantz, ¿por qué imagina que tendí una emboscada a su grupo e hice que lo trajeran hasta mí? Lo sé todo sobre la negativa del terrateniente a ayudar a nadie situado más allá de la línea que va desde Roseburg hasta el mar.

»¿No es maravilloso? La «Muralla de las Montañas Callahan» y el famoso George Powhatan defenderán su valle, y de paso, también a nuestro flanco mientras nos consolidamos en el norte... hasta que al fin estemos preparados para iniciar la Gran Campaña.

El General sonrió con aire pensativo.

—A menudo he lamentado no haberle puesto las manos encima a Powhatan. Siempre que nuestros bandos se han encontrado, él ha sido demasiado escurridizo y ha estado incordiando en otro lado. ¡Pero creo que es mejor que haya sucedido así! Que disfrute diez años más en su granja, mientras yo conquisto el resto de Oregón. Entonces le llegará el turno.

«Incluso usted, señor Inspector, estará de acuerdo en que merece lo que le ocurrirá.

No había forma de responder a eso salvo con el silencio. Macklin tocó a Gordon con la madera que estaba afilando con la fuerza suficiente para hacer que se moviera de nuevo. Como consecuencia de ello a Gordon le resultó difícil enfocar la mirada cuando la puerta principal se abrió y un par de pesados mocasines entraron en su campo de visión.

—Bill y yo hemos registrado la ladera de la montaña —oyó que el enorme Shawn le decía a su jefe—. Hemos encontrado las mismas huellas que hemos visto antes, río arriba. Estoy seguro de que es el mismo bastardo negro que rajó a aquellos centinelas.

«Bastardo negro...»

Gordon musitó una palabra en silencio. «¿Phil?»

Macklin rió.

—Ahí está. ¿Entiendes, Shawn? Nathan Holn no fue racista y tú tampoco deberías serlo. Siempre he lamentado que las minorías raciales estuvieran en tal desventaja en las revueltas y el caso de la posguerra. Incluso los fuertes que hay en ellos tuvieron pocas posibilidades de sobresalir.

»Ahora considera a ese soldado negro objetivamente. Le ha cortado la garganta a tres de los guardianes del río. Es fuerte y habría sido un excelente recluta.

Pese a estar boca abajo y girando, Gordon percibió la amarga expresión de Shawn. Pero el hombre aumentado, no contradijo a su comandante en voz alta.

—Lástima que no tengamos tiempo para jugar con este tipo —continuó Macklin—. Ve y mátalos ya, Shawn.

Hubo movimiento de aire y el fornido veterano se encontró junto a la puerta de nuevo, sin decir una palabra y casi sin hacer ruido.

—Realmente habría preferido advertir a su explorador —confió Macklin a Gordon—. Hubiera sido más deportivo que su hombre supiera que se enfrentaba a algo... anormal. —Macklin rió otra vez—. Sí, en estos tiempos no siempre se puede jugar limpio.

Gordon pensó que no era la primera vez que odiaba. Pero la fría cólera que sentía ahora era distinta de cualquier cosa que recordara.

—¡Philip! ¡Corre! —gritó tan fuerte como pudo, rogando por que el sonido de su voz se impusiera al repiqueteo de la lluvia—. Cuidado, están...

El palo de Macklin restalló, golpeando a Gordon en la mejilla y haciéndole doblar la cabeza hacia atrás. El mundo se enturbió y casi desapareció en la oscuridad. Sus ojos tardaron mucho tiempo en aclararse, cegados por las lágrimas. Notó el sabor de la sangre.

—Sí —asintió Macklin—. Es usted un hombre. Le concederé eso. Cuando llegue el momento, procuraré que muera como tal.

—No me haga ningún favor —contestó Gordon entre ahogos. Macklin se limitó a hacer un gesto y continuar afilando su palo.

Unos minutos después, la puerta trasera del almacén en ruinas se abrió.

—¡Vuelve a ocuparte de las mujeres! —ordenó Macklin.

Bezoar cerró rápidamente la puerta que daba a la habitación sin ventanas que había servido de almacén, donde Marcia y Heather debían de estar atendiendo al otro prisionero que Gordon aún no había visto.

—Esto le demostrará que no todos los hombres fuertes son agradables —comentó Macklin agriamente—. Aunque él es útil. Por ahora.

Gordon no tenía ni idea de si habían pasado horas o minutos cuando escuchó un gorjeo que atravesó las ventanas tapadas con tablas. Creyó que era sólo el trino de un pájaro de río pero Macklin reaccionó rápidamente, apagando la lamparilla de aceite y echando arena al fuego.

—Esto es demasiado bueno para perdérselo —dijo a Gordon—. Parece

que los muchachos están efectuando una buena cacería. Espero que me excusará durante algunos minutos. —Cogió a Gordon del pelo—. Por supuesto, si hace un solo ruido mientras estoy fuera, lo mataré en cuanto vuelva. Se lo prometo.

Gordon no pudo encogerse de hombros dada su posición.

—Vaya a reunirse con Nathan Holn en el Infierno —espetó.

Macklin sonrió.

—Indudablemente, algún día. —Un instante después el hombre aumentado ya había traspuesto el umbral de la puerta y corría a través de la oscuridad y la lluvia.

Gordon siguió colgado mientras poco a poco iba girando más despacio. Luego respiró hondo y puso manos a la obra.

Tres veces intentó izarse para alcanzar la cuerda que le rodeaba los tobillos. Cada vez volvió a caer, gruñendo por la desgarradora agonía que le producía la súbita sacudida de la gravedad. La tercera fue casi insoportable. Le zumbaron los oídos y llegó a pensar que oía voces.

Con los ojos llenos de lágrimas le pareció entrever a varios espectadores de su lucha. Todos los fantasmas que había ido acumulando con los años parecieron alinearse en las paredes. Se le ocurrió que estaban haciendo balance de su situación.

«... Toma... —lo...», dijo *Cíclope* hablando por todos ellos en un código de luces ondulantes en los carbones de la chimenea.

—Marchaos —murmuró Gordon colérico, resentido con su imaginación. No tenía ni tiempo ni energías que perder en tales juegos. Suspiró con fuerza preparándose para realizar un intento más; luego, se elevó con todas sus fuerzas.

En esta ocasión logró coger la cuerda, resbaladiza por la lluvia que goteaba, y la aferró fuertemente con ambas manos. Todo su cuerpo se resintió por el esfuerzo, doblado como una navaja cerrada, pero sabía que no la dejaría escapar. Ya no le quedaba nada para efectuar otro intento.

Como tenía ambas manos ocupadas no podía desatarse. Tampoco tenía con qué cortar la cuerda. «Arriba —se concentró—. Será mejor que resistas.»

Se izó despacio por la cuerda, una mano después de otra. Le temblaban los músculos que amenazaban con sufrir calambres, y tenía un intenso dolor en el pecho y en la espalda; pero al fin «se puso en pie», los tobillos rodeados por la cortante soga, sosteniéndose con fuerza y oscilando como un incensario.

Junto a la pared, Johnny Stevens lo aclamaba desvergonzadamente.

Tracy Smith y las demás Exploradoras del Ejército sonreían. «Muy bien, para ser un macho», parecían decir.

Cíclope estaba en su nube de bruma superfría, jugando a las damas con la humeante estufa de Franklin. Ellos también parecían dar su aprobación.

Gordon trató de descender para llegar a los nudos, pero esto apretó tanto la cuerda de los tobillos que casi se desmayó de dolor. Tuvo que enderezarse de nuevo.

«De esa forma no.» Ben Franklin meneó la cabeza. El Gran Manipulador lo miró por encima de las gafas.

—Por encima de los... encima de... —Gordon miró la recia viga de la que colgaba la cuerda.

«Arriba y por encima, entonces.»

Levantó los brazos y pasó la soga en torno de ellos. «Hacías esto en clase de gimnasia, antes de la guerra», se dijo mientras empezaba a tirar.

«Sí. Pero ahora eres viejo.»

Cuando comenzó a ascender se le saltaron las lágrimas aunque se ayudaba donde podía con las rodillas. En su visión borrosa, sus fantasmas parecían más reales cuanto más se esforzaba. Habían pasado poco a poco de imaginaciones a alucinaciones de primera clase.

—¡Vamos, Gordon! —le animó Tracy.

El teniente Van alzó los pulgares. Johnny Stevens sonrió alentadoramente junto con la mujer que le había salvado la vida en las ruinas de Eugene.

Una sombra esquelética con una camisa de franela y una chaqueta de cuero le hizo un gesto y le mostró los descarnados pulgares levantados. Sobre su cráneo pelado llevaba una gorra azul con visera, en la que brillaba una insignia de latón.

Incluso *Cíclope* cesó su machaqueo cuando Gordon puso en la interminable escalada todo cuanto tenía.

«Arriba...», gimió, asiendo el resbaladizo cáñamo y luchando contra el abrumador empuje de la gravedad. «Arriba, intelectual inútil... Muévete o muere...»

Pasó un brazo por encima de la tosca viga de madera. Gordon se sostuvo y obligó al otro brazo a unirse con el que ya había pasado.

Y eso fue todo. No había nada más que dar. Se quedó colgado de las axilas incapaz de moverse. Con los ojos entrecerrados y empañados por las lágrimas vio que todos aquellos fantasmas lo miraban, claramente decepcionados.

—Oh, id y perseguíos unos a otros —les dijo en su interior, incapaz

incluso de hablar en voz alta.

«... ¿Quién asumirá la responsabilidad...?» Centellearon los carbones-en la chimenea.

—Estás muerto, *Cíclope*. ¡Todos estáis muertos! ¡Dejadme en paz! — Extenuado, Gordon cerró los ojos para escapar de ellos.

Solo allí, en la negrura, encontró al único espectro que se había quedado. Aquel al que había utilizado con mayor desvergüenza, aquel que lo había utilizado a él.

Era una nación. Un mundo.

Detrás de sus párpados aparecieron y desaparecieron rostros... millones de rostros, traicionados y arruinados pero esforzándose aún...

... Por unos Estados Unidos Restablecidos.

... por un Mundo Restablecido.

... por una fantasía... por una fantasía que se negaba obstinadamente a morir, que no podía morir... mientras él viviera.

Se preguntó, asombrado, si era ésa la razón que le había hecho mentir durante tanto tiempo, que le había obligado a relatar semejantes cuentos de hadas. Porque él los necesitaba, porque no podía desprenderse de ellos.

«Sin ellos, me habría ovillado y muerto.»

Tenía gracia que no lo hubiese visto antes de ese modo, con tan pasmosa claridad. En la oscuridad de su interior el sueño resplandeció, aunque no existiera en ninguna otra parte del Universo, fluctuando como una diatomea, como una brillante partícula revoloteando en un tenebroso mar.

En medio de la total oscuridad, le pareció que estaba frente a él y lo cogía en su mano, asombrado por la luz. La joya aumentó de tamaño. Y en sus facetas vio a más gente, a más generaciones.

Un futuro cobró forma a su alrededor, envolviéndolo, penetrando en su corazón.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba sobre la viga, incapaz de recordar cómo había llegado hasta allí. Se incorporó, parpadeando de incredulidad. Una luz espectral parecía salir de él en todas direcciones y atravesar los muros del ruinoso edificio como si éstos fueran la substancia del sueño y los rayos radiantes la verdadera realidad. La luminosidad se extendió cada vez más, sin límites. Durante un breve lapso de tiempo sintió como si pudiera ver para siempre en aquel fulgor.

Después, tan misteriosamente como había llegado, se fue. La energía pareció volver hacia el misterioso pozo que él había destapado. Con su marcha regresó la sensación física, la realidad de la extenuación y el dolor.

Temblando, Gordon forcejeó con los nudos que le apretaban los tobillos.

Los pies, desgarrados y desnudos, resbalaban a causa de la sangre. Cuando al fin desató las cuerdas, el regreso de la circulación fue como si un millón de furiosos insectos corrieran sin rumbo por su piel.

Al menos, sus fantasmas se habían ido; el coro que lo animaba parecía haber sido absorbido por el extraño resplandor, fuera lo que fuese. Gordon se preguntó si regresarían alguna vez.

Cuando deshizo el último nudo oyó disparos a lo lejos, los primeros desde que Macklin lo había dejado. Esperaba que eso significara que Phil Bokuto no estaba muerto aún. En silencio le deseó suerte a su amigo.

Se agazapó en la viga cuando se aproximaron unos pasos a la puerta del almacén. Ésta se abrió despacio y Charles Bezoar observó la habitación, vacía, la cuerda que colgaba flácida. El pánico inundó los ojos del antiguo abogado cuando sacó su automática y retrocedió.

Gordon hubiera preferido aguardar hasta que el hombre estuviera directamente bajo él, pero Bezoar no era ningún idiota. Una expresión de oscura sospecha cubrió su cara y comenzó a alzar la mirada...

Gordon saltó. La 45 subió y disparó en el mismo instante en que chocaron.

En el torrente hormonal que el combate produjo Gordon no pudo saber adonde fue la bala o de quién era el hueso que se quebró con tanto ruido a causa del impacto. Cuando rodaron juntos por el suelo intentó coger el arma.

—Te mataré —bramó el holnista, inclinando la 45 hacia el rostro de Gordon. Este tuvo que echarse a un lado cuando el arma volgió a rugir, y sintió un escozor en el cuello producido por la ardiente pólvora—. ¡Quédate quieto! —masculó Bezoar, acostumbrado a que le obedecieran—. Déjame...

Gordon forcejeó con todas sus fuerzas contra su enemigo y de pronto trató de hacer caer el arma con una mano dando golpes. Cuando la automática bajó hacia él, lanzó el puño derecho contra la base de la mandíbula de Bezoar. El cuerpo del holnista calvo sufrió una convulsión cuando su cabeza golpeó contra el suelo. La 45 disparó dos veces a la pared.

Entonces Bezoar quedó inmóvil.

En esta ocasión el peor dolor lo sentía Gordon en la mano. Se puso en pie despacio, con cautela, percatándose semiconscientemente de que debía de tener una costilla rota, además de otras muchas heridas.

—Nunca hables mientras peleas —le dijo al hombre inconsciente—. Es una mala costumbre.

Marcia y Heather salieron del almacén y le quitaron a Bezoar los cuchillos. Cuando Gordon vio lo que harían después, estuvo a punto de

decirles que se detuvieran, que en lugar de ello ataran al hombre.

Sin embargo, no lo hizo. Se volvió para dejarlas actuar como quisieran y cruzó la puerta trasera hacia el almacén.

Dentro, la oscuridad era aún mayor, pero cuando sus ojos se adaptaron, distinguió una esbelta figura tendida sobre una sucia sábana en el rincón. Una mano se levantó hacia él y una débil voz dijo:

—Gordon, sabía que vendrías por mí... ¿Verdad que es ridículo?... Parece... parece un cuento de hadas, pero... pero de alguna forma lo sabía.

Se arrodilló junto a la mujer agonizante. Habían intentado limpiar y vendar sus heridas, pero su enredado cabello y las prendas manchadas de sangre cubrían más lesiones de las que se atrevió incluso a mirar.

—Oh, Dena. —Volvió la cabeza y cerró los ojos. Ella le cogió la mano.

—Les dimos su merecido, cariño —le dijo con un hilo de voz—. Yo y las demás exploradoras... ¡En algunos sitios realmente cogimos a esos bastardos con los pantalones bajados! Es... —Dena hubo de parar cuando un acceso de tos casi la hizo doblarse y expulsó un fluido ocre. Tenía manchas oscuras en las comisuras de la boca; al parecer, de sangre seca.

—No hables —le dijo él—. Encontraremos un medio de sacarte de aquí.

Dena se aferró a la destrozada camisa de Gordon.

—Descubrieron nuestro plan, no sé cómo... en más de la mitad de los sitios estaban advertidos antes de que pudiésemos atacar...

»Quizás alguna de las chicas se enamoró de su violador, como dicen las leyendas que le ocurrió a Hipermnestra... —Dena meneó la cabeza, incrédula—. Tracy y yo estábamos preocupadas por esa posibilidad, porque Tía Susan dijo que algunas veces solía pasar, en los viejos tiempos...

Gordon no tenía ni idea de a qué se refería Dena. Balbuceaba. Interiormente hacía esfuerzos para hallar algún medio, cualquier medio, de trasladar a una mujer gravemente herida y delirante a través de kilómetros y kilómetros de líneas enemigas antes de que Macklin y los otros holnistas volvieran.

—Supongo que hicimos una chapuza, Gordon... ¡Pero lo intentamos! Intentamos... —Dena meneó la cabeza y las lágrimas se le derramaron cuando Gordon la tomó en sus brazos.

—Sí, lo sé, cariño. Sé que lo intentaste.

Se le empañaron los ojos. Por debajo de la suciedad y las heridas, reconoció su perfume. Y se dio cuenta, demasiado tarde, de lo que significaba para él. La estrechó con más fuerza de lo que sabía que debía hacer, pues no quería permitir que se marchara.

—Todo saldrá bien Dena. Te quiero. Estoy aquí y cuidaré de ti.

Dena suspiró.

—Estás aquí. Estás... —Dena se desplomó en su brazo—. Tú...

De pronto su cuerpo se arqueó y se estremeció.

—¡Oh, Gordon! —exclamó ella—. Veo... ¿Ves tú...?

Por un instante sus ojos se encontraron con los de Gordon. En ellos había una luz que él reconoció.

Después, todo terminó.

—Sí, la he visto —dijo él, sosteniendo aún su cuerpo en los brazos—. No con tanta claridad como tú, quizá. Pero también la he visto.

En un rincón de la habitación exterior, Heather y Marcia estaban ocupadas, vueltas de espaldas, en algo que Gordon no quiso mirar.

Más adelante, lo lamentaría. Precisamente en aquel momento había cosas de las que tenía que ocuparse, como sacar a aquellas mujeres de allí. Las posibilidades eran escasas, pero si lograba llevarlas hasta las Callahan, estarían a salvo.

Eso solo ya era bastante difícil, pero además tenía otras obligaciones. Regresaría a Corvallis, de alguna forma, si era humanamente posible, e intentaría dar vida a la ridícula y hermosa imagen que Dena había tenido de lo que se suponía era un héroe: morir defendiendo a *Cíclope*, tal vez, o dirigir una última carga de «carteros» contra el invencible enemigo. Se preguntó si le quedarían bien los zapatos de Bezoar, o si, como tenía los tobillos tan hinchados, no sería mejor que anduviera descalzo.

—Dejad de perder el tiempo —increpó a las mujeres—. Hemos de salir de aquí.

Pero cuando se inclinó para recoger del suelo la automática de Bezoar, una voz baja y áspera dijo:

—Muy buen consejo, mi joven amigo. Y, ¿sabe?, me gustaría llamar amigo a un hombre como usted.

»Por supuesto, eso no significa que no le mate si intenta coger ese arma.

Gordon dejó la pistola donde estaba y se irguió pesadamente. El General Macklin ocupaba el umbral, con una daga en la mano, en posición de lanzamiento.

—Déle una patada —dijo con calma.

Gordon obedeció. La automática fue girando hasta un polvoriento rincón.

—Eso está mejor. —Macklin envainó el cuchillo. Hizo ademán con la cabeza hacia las mujeres—. Marchaos —les indicó—. Corred. Intentad vivir, si queréis y sois capaces.

Con los ojos muy abiertos, Marcia y Heather pasaron esquivamente ante Macklin. Huyeron en la noche. Gordon no dudaba de que correrían bajo la lluvia hasta caer al suelo.

—Supongo que eso no me incluye a mí —observó cansinamente.

Macklin sonrió y sacudió la cabeza.

—Quiero que venga conmigo. Necesito su ayuda aquí.

Una linterna cubierta iluminaba parte del claro al otro lado de la carretera,

ayudado de vez en cuando por un distante relámpago y un ocasional destello de la luna entre las nubes de tormenta. La lluvia torrencial había empapado a Gordon al cabo de pocos minutos de cojear siguiendo a Macklin. Los tobillos le sangraban aún y dejaban un tinte rosáceo en los charcos que pisaba.

—Su hombre negro es mejor de lo que yo creía —dijo Macklin, situando a Gordon a un lado del círculo de luz de la lámpara—. O eso o cuenta con ayuda, lo cual es muy improbable. Mis muchachos que patrullan el río hubieran visto otras huellas además de las tuyas, si estuviese acompañado.

»En cualquier caso, Shawn y Bill merecieron lo que recibieron por ser descuidados.

Por primera vez, Gordon vislumbró lo que estaba sucediendo.

—¿Quiere decir...?

—No se alegre todavía —masculló Macklin—. Mis tropas están a menos de un kilómetro de aquí, y hay una gran pistola en mi alforja. Y no me ve vocear pidiendo socorro, ¿verdad? —Volvió a sonreír—. Ahora voy a mostrarle todo lo que ocurre en esta guerra. Tanto usted como su explorador pertenecen a la clase de hombres fuertes que deberían haber sido holnistas. Usted no lo es porque fue educado en la propaganda de la debilidad. Voy a aprovechar esta oportunidad para demostrarle lo débiles que les hace.

Macklin asió a Gordon del *bruzo* casi con la presión de un torniquete y gritó en la noche:

—¡Negro! Soy el General Volsci Macklin. Tengo aquí a tu comandante... ¡tu Inspector Postal de los Estados Unidos! —se burló.

»¿No te preocupa su libertad? Mis hombres estarán aquí al amanecer, así que tienes muy poco tiempo. ¡Acércate! ¡Lucharemos por él! ¡Tú mismo escogerás las armas!

—¡No lo hagas, Philip! Es un aum...

La advertencia de Gordon se convirtió en un quejido cuando Macklin le tiró del brazo, casi dislocándole el hombro. Aquello le hizo caer de rodillas. Las costillas le palpitaban y emitieron ondas de choque a través de todo su cuerpo.

—Vamos, vamos. Si su hombre no sabe todo lo referente a Shawn, eso significa que se cargó a mi guardaespaldas de un disparo afortunado. Si es así, ahora no merece ningún tipo de consideración especial, ¿está de acuerdo?

Le costó un poderoso esfuerzo de voluntad, pero Gordon levantó la cabeza jadeando a través de los dientes apretados. Superando las oleadas de náuseas, que llegaban una tras otra, logró ponerse en pie. Aunque el mundo le daba vueltas alrededor, no quería que le vieran arrodillado junto a

Macklin.

Éste le dedicó un gruñido en voz baja, como diciéndole que no esperaba menos de un auténtico hombre. El cuerpo del hombre aumentado estaba arqueado como el de un gato, crispado de expectación. Aguardaron juntos, fuera de los límites del círculo iluminado por la linterna. Transcurrieron los minutos mientras llovía y dejaba de llover de forma intermitente.

—¡Última oportunidad, negro! —En un instante el cuchillo de Macklin estuvo en la garganta de Gordon. Una garra de fuerza semejante a la de una boa le dobló el brazo izquierdo detrás de la espalda—. ¡Tu Inspector morirá en treinta segundos, a menos que te dejes ver! ¡Empiezan ya!

El medio minuto transcurrió más lentamente que ninguno de los vividos por Gordon. De forma extraña, él se sentía ajeno, casi resignado.

Al fin Macklin meneó la cabeza y su voz sonó decepcionada.

—Mal asunto, Krantz. —Le puso el cuchillo bajo la oreja izquierda—. Supongo que es más listo de lo que...

Gordon ahogó un grito. No había oído nada, pero de pronto advirtió que había otro par de mocasines en el borde de la luz, a menos de cinco metros.

—Me temo que sus hombres mataron a ese bravo soldado al que llamaba a gritos. —La suave voz del recién llegado continuó hablando mientras Macklin se volvía, poniendo a Gordon entre ambos—. Philip Bokuto fue un buen hombre —prosiguió la misteriosa voz—. Yo vengo en su lugar, para responder a su desafío como él habría hecho.

Una cinta de abalorios brilló en la cabeza del fornido hombre cuando éste penetró en el círculo iluminado. Llevaba el pelo canoso recogido en una cola de caballo.

Los angulosos rasgos de su cara expresaban una triste serenidad.

Gordon casi pudo sentir el júbilo de Macklin transmitido mediante la poderosa garra que lo asía.

—Bien, bien. Por la descripción que he oído, sólo puede ser el Propietario del Refugio de Sugarloaf, que ha bajado solo de su montaña al fin. El gusto es mayor de lo que puede pensar, señor. Bienvenido sea, ciertamente.

—Powhatan —masculló Gordon, incapaz siquiera de imaginar cómo o por qué estaba allí... —¡Lárgate, imbécil! ¡No tienes ninguna posibilidad! ¡El es un hombre aumentado!

Phil Bokuto había sido uno de los mejores luchadores que Gordon había conocido. Si él a duras penas había conseguido atrapar al más débil de aquellos demonios y había muerto en el intento, ¿qué posibilidad tenía este hombre viejo?

Powhatan escuchó la revelación de Gordon y frunció el entrecejo.

—¿Sí? ¿Te refieres a esos experimentos que se llevaron a cabo a principios de los noventa? Creía que todos habían sido normalizados o asesinados en la época en que estalló la guerra de los eslavos contra los turcos. Fascinante. Esto explica muchas cosas de las dos últimas décadas.

—Entonces ha oído hablar de nosotros —dijo Macklin con ironía.

Powhatan asintió.

—Oí hablar, antes de la guerra. También sé por qué se interrumpió ese experimento; principalmente porque habían reclutado la peor clase de hombres que existía como sujetos.

—Eso dijeron los débiles —convino Macklin—. Porque cometieron el error de aceptar voluntarios de entre los fuertes.

Powhatan negó con la cabeza. De las palabras podía deducirse que estaba manteniendo una cortés discusión sobre semántica. Sólo su pesada respiración parecía delatar algún signo de emoción.

—Aceptaron a guerreros —enfaticó—, esos tipos admirablemente locos tan valiosos cuando son necesarios, y tan problemáticos cuando no lo son. En los noventa se aprendió la lección. Tuvieron muchos quebraderos de cabeza con los hombres aumentados que volvieron a casa conservando su amor a la guerra.

—Problemas es la palabra —rió Macklin—. Permítame presentarle al Problema, Powhatan. —Echó a un lado a Gordon como si acabara de darse cuenta que se interponía entre ellos, y envainó el cuchillo antes de avanzar hacia el hombre que era su enemigo desde hacía tanto tiempo.

Chapoteando en una zanja por segunda vez, Gordon únicamente pudo tenderse en el lodo y gruñir. Sentía todo el costado izquierdo arañado y ardiente, como si se hubiera rozado con carbones encendidos. La conciencia fluctuó y se quedó sólo porque él se negó por completo a dejarla ir. Cuando, al fin, fue capaz de elevar la mirada a través de un túnel distorsionado por el dolor, vio a los otros dos hombres agarrándose el uno al otro, dentro del pequeño oasis de luz proporcionado por la lámpara.

Por supuesto, Macklin estaba jugando con su adversario. Powhatan era impresionante, para ser un hombre de su edad, pero los monstruosos bultos que sobresalían en el cuello, brazos y muslos de Macklin lograban que los músculos de un hombre normal parecieran patéticos en comparación. Gordon se acordó del atizador de la chimenea de Macklin que se había partido como un caramelo.

George Powhatan aspiraba con fuertes y rápidas bocanadas y tenía el rostro enrojecido. A pesar de lo desesperado de la situación, a Gordon le

sorprendió profundamente ver señales tan evidentes de miedo en el rostro del Propietario.

«Todas las leyendas deben de estar basadas en mentiras —pensó—. Exageramos, e incluso llegamos a creerlo después de un tiempo.»

Únicamente en la voz de Powhatan parecía quedar un resto de calma. De hecho, casi sonó indiferente.

—Hay algo que debería considerar, General —dijo entre rápidas aspiraciones.

—Después —rezongó Macklin—. Después podremos conversar sobre crianzas y destilerías, Propietario. Ahora voy a enseñarle un arte más práctico.

Veloz como un gato, Macklin atacó. Powhatan saltó a un lado, justo a tiempo. Pero Gordon sintió un estremecimiento cuando se revolvió y lanzó una patada que Macklin esquivó sólo por centímetros.

Gordon comenzó a concebir esperanzas. Quizá Powhatan fuese un natural cuya rapidez —incluso en la mediana edad— pudiera casi igualarse a la de Macklin. De ser así, y con su mayor envergadura, podía lograr mantenerse a distancia de la terrible garra de su enemigo...

El hombre aumentado se abalanzó de nuevo, consiguiendo aferrar la camisa de su oponente. Esta vez Powhatan escapó por menos margen aún, deshaciéndose de la bordada prenda y asestando una serie de golpes, cualquiera de los cuales podía haber matado a un novillo. Casi colocó un salvaje puñetazo en el riñón de Macklin, pero éste lo esquivó. Entonces, como una exhalación, el holnista se giró y asió la muñeca de Powhatan en el aire.

Tentando a la suerte, Powhatan se aproximó y consiguió liberarse con un revés.

Pero Macklin parecía esperar la maniobra. El General pasó de largo de su oponente, y cuando Powhatan se giró para seguirlo, lo asió velozmente y lo mantuvo sujeto por el otro brazo. Macklin sonrió cuando Powhatan trató de zafarse de nuevo, esta vez sin resultado.

A la distancia de un brazo, el hombre de Camas Valley tiró hacia atrás y jadeó. A pesar de la lluvia helada parecía acalorado.

«Ya está», pensó Gordon, perdiendo los ánimos. A pesar de sus pasadas diferencias con Powhatan, trató de pensar en algo que hacer para ayudarlo. Miró alrededor en busca de cualquier cosa que arrojar al monstruo aumentado, aunque sólo fuera para distraerlo a fin de que el otro pudiera alejarse.

Pero sólo había barro y varias ramitas mojadas. Y él apenas tenía fuerzas

para salir de la zanja adonde había sido empujado. Únicamente pudo quedarse allí y contemplar el desenlace, esperando su turno.

—Ahora —dijo Macklin a su nuevo cautivo—. Ahora diga lo que tenga que decir. Pero más le vale que sea divertido. Mientras yo sonrío, usted vivirá.

Powhatan hizo una mueca y tiró, poniendo a prueba la férrea garra de Macklin. Incluso después de un minuto entero no había dejado de respirar profundamente. Ahora la expresión de su rostro parecía distante, como resignada. Su voz resonó extrañamente rítmica cuando respondió al fin:

—Yo no deseaba esto. Les dije que no podría... demasiado viejo... la suerte se acaba... —inspiró profundamente y suspiró—. Les rogué que no me hicieran. Y ahora, ¿para terminar aquí...? —Los grises ojos chispearon —... Pero esto jamás termina... excepto con la muerte.

«Está deshecho —pensó Gordon—. Está destrozado.» No quería presenciar aquella humillación. «Y dejé a Dena para ir a buscar a este famoso héroe...»

—No me está divirtiendo, Propietario —dijo Macklin, fríamente—. No me aburra, si valora los momentos que le quedan.

Pero Powhatan parecía distraído, como si de hecho estuviera pensando en otra cosa, concentrándose en recordar algo, quizás, y manteniendo la conversación sólo por cortesía.

—Yo únicamente... creía que debía saber que las cosas cambiaron un poco... después de que ustedes dejaran el programa.

Macklin meneó la cabeza y frunció el entrecejo.

—¿De qué diablos está hablando?

Powhatan parpadeó. Un estremecimiento recorrió su cuerpo, lo que hizo sonreír a Macklin.

—Me refiero a que... a que ellos no estaban dispuestos a abandonar algo tan prometedor como el proyecto de los hombres aumentados... porque hubiera habido fallos la primera vez.

Macklin rezongó.

—Estaban demasiado asustados para continuar. ¡Demasiado asustados de nosotros!

Las pestañas de Powhatan se movieron ligeramente. Su respiración aún era acelerada. Algo le estaba ocurriendo a aquel hombre. El sudor relucía formando oleosas cuentas en sus hombros y pecho que eran arrastradas por la torrencial y pesada lluvia. Sus músculos se crispaban como si tuviera calambres.

Gordon se preguntó si se estaría desmoronando ante sus ojos.

La voz de Powhatan sonó remota, casi atontada.

—... las nuevas implantaciones no fueron ni tan grandes ni tan potentes... pretendían que fueran un suplemento del adiestramiento en ciertas artes orientales... en biorregeneración...

Macklin echó la cabeza hacia atrás y soltó una gran carcajada.

—¿Neohippies aumentados? ¡Oh! Bien, Powhatan. ¡Qué farol! ¡Magnífico!

Sin embargo, Powhatan no pareció haberlo oído. Se estaba concentrando, moviendo los labios como si recitara algo memorizado mucho tiempo atrás.

Gordon miró, parpadeó para eliminar las gotas de lluvia y volvió a mirar con mayor fijeza. Sobre los brazos y hombros de Powhatan parecían estar dibujándose tenues líneas, que le cruzaban cuello y pecho. Los temblores habían aumentado hasta alcanzar un ritmo uniforme que ahora ya no parecía caótico sino... deliberado.

—El proceso también requiere mucho aire —dijo Powhatan afablemente, coloquialmente. Inspirando todavía con profundidad, comenzó a erguirse.

Por entonces Macklin ya había dejado de reír. El holnista le miraba con franca incredulidad.

Powhatan siguió hablando.

—Estamos prisioneros en jaulas similares... aunque usted parece disfrutar mucho de la suya... También, ambos estamos atrapados por la arrogancia de una época arrogante...

—Usted no está...

—Vamos, General. —Powhatan sonrió a su captor sin malicia—. No se sorprenda... No creerá que usted y su generación fueron los últimos.

Macklin debía de haber sacado la misma conclusión que antes Gordon, al pensar que George Powhatan sólo hablaba para ganar tiempo.

—¡Macklin! —gritó Gordon. Pero el holnista no se distrajo. En un momento, su largo cuchillo, similar a un machete, estuvo a la vista, brillando húmedo a la luz de la lámpara antes de bajar hacia la inmovilizada mano derecha de Powhatan.

Inclinado aún y desprevenido, Powhatan reaccionó con un rapidísimo movimiento. El golpe sólo le arañó el brazo cuando sujetó la muñeca de Macklin con la otra mano.

Forcejearon y el holnista lanzó un grito. La fuerza superior del General empujaba la goteante hoja cada vez más cerca.

Con un repentino paso y un movimiento de la cadera, Powhatan cayó hacia atrás, lanzando a Macklin por encima de su cabeza. El General cayó de pie, todavía sujeto, y tiró con fuerza a su vez. Girando como los dos

brazos de un molinete, se midieron mutuamente, ganando momentos, hasta que desaparecieron en la negrura más allá del círculo de luz. Se oyó ruido de algo que se rompía. Luego otro. Gordon tenía la impresión de que eran elefantes aplastando la maleza.

Venciendo el dolor que le producía el mero movimiento, se arrastró fuera de la luz lo suficiente para que sus ojos se adaptaran a la oscuridad y se incorporó bajo un cedro rojo empapado por la lluvia. Escudriñó en la dirección en que se habían ido los dos hombres, pero era incapaz de hacer algo más que seguir la lucha por su fragor y por los ruidos que producían las diminutas criaturas del bosque al apartarse del camino de destrucción.

Cuando las dos siluetas que luchaban volvieron a aparecer en el claro, sus ropas estaban hechas trizas. Por sus cuerpos corrían rojos regueros desde veintenas de cortes y arañazos. El cuchillo había desaparecido, pero incluso desarmados los dos guerreros eran impresionantes. En su camino ninguna zarza ni vástago resistían. Una zona de devastación los seguía a dondequiera que fueran.

No había ritual ni elegancia en aquel combate. La figura más pequeña y poderosa se acercaba con ferocidad y trataba de agarrar a su enemigo. La más alta luchaba por mantener la distancia y lanzaba golpes que parecían cortar el aire.

«No exageres —se dijo Gordon—. Sólo son hombres, y viejos, además.»

Y aun así, una parte de Gordon se sentía emparentada con aquellos antiguos pueblos que creían en gigantes, en hombres iguales a los dioses, cuyas batallas hacían hervir los mares y derribaban cadenas de montañas. Cuando los combatientes volvieron a desaparecer en la oscuridad, experimentó una oleada de aquella abstracta sorpresa que siempre afloraba a su mente cuando menos lo esperaba. Pensó con imparcialidad en cómo el acrecentamiento, como tantos otros poderes descubiertos recientemente, había visto su primera utilidad en la guerra. Pero siempre se hacía así, antes de que se encontraran otros usos... con la química, las aeronaves, los vuelos espaciales... Aunque más tarde llegaba su verdadera utilidad.

¿Qué hubiera ocurrido, de no producirse la guerra Fatal? ¿Se habría fusionado esta tecnología con los ideales mundiales del Nuevo Renacimiento, siendo asequible a todos los ciudadanos?

¿De qué hubiera sido capaz la humanidad? ¿Qué podía haber quedado fuera de su alcance?

Gordon se apoyó en el áspero tronco del cedro y consiguió ponerse en pie. Se balanceó inseguro un instante; luego, puso un pie delante del otro y, paso a paso, cojeó en dirección al estrépito. No pensó en escapar, sólo en

presenciar el gran último milagro de la ciencia del Siglo Veinte destruyéndose a sí mismo bajo la lluvia y los relámpagos en un bosque de la edad oscura.

La linterna arrojaba tenebrosas sombras sobre las aplastadas zarzas, pero pronto salió de la zona iluminada. Se guió por los ruidos hasta que, de pronto, éstos cesaron. No hubo más gritos, ni más choques violentos, sólo el retumbar de los truenos y el rugir del río.

Sus ojos se adaptaron a la oscuridad. Protegiéndolos de la lluvia, finalmente vio, recortadas sobre las grises nubes, dos rígidas figuras rojizas en la cumbre de un promontorio que dominaba el río. Una, achaparrada, con cuello de toro, como el legendario Minotauro. La otra parecía más un hombre, con el pelo largo ondeando al viento como una bandera hecha jirones. Completamente desnudos ahora, los dos hombres aumentados frente a frente se bamboleaban jadeantes bajo el bramido de la tormenta.

Entonces, como a una señal, se atacaron por última vez.

Resonó un trueno. Una cegadora escalera de luz golpeó la montaña en la orilla opuesta del río, vapuleando las ramas del bosque con su bramido.

En ese instante, Gordon vio una figura que se destacaba contra la dentada escalera eléctrica, sosteniendo con los brazos extendidos otra figura que se debatía sobre su cabeza. El cegador resplandor duró sólo lo suficiente para que Gordon viera a la sombra erguida tensarse, flexionarse y arrojar a la otra al vacío. La negra silueta permaneció en el aire un instante antes de que el resplandor eléctrico se desvaneciera y la oscuridad cayera otra vez.

La inesperada imagen desapareció. Gordon sabía que aquella silueta tenía que caer de nuevo, al cañón y al helado torrente que discurría mucho más abajo. Pero en su imaginación vio que la sombra continuaba ascendiendo, como proyectada desde la Tierra.

Grandes cortinas de lluvia eran impulsadas hacia el sur por el angosto desfiladero. Gordon volvió a tuestas hasta el tronco de un árbol caído y se sentó pesadamente. Allí se limitó a esperar, incapaz incluso de pensar en moverse; sus recuerdos se agitaban como un río caudaloso y lleno de remolinos.

Por último, oyó un crujido de ramas rotas a su izquierda. Una figura emergió lentamente en la oscuridad y avanzó hacia él con cansancio.

—Dena decía que sólo contaban dos clases de hombres —comentó Gordon—. Siempre me pareció una idea descabellada. Pero nunca me di cuenta de que el gobierno también pensaba de ese modo, antes del final.

El hombre se desplomó en el tronco roto junto a él. Bajo su piel palpitaban un millar de pequeñas hebras. La sangre manaba de cientos de

rasguños por todo su cuerpo. Respiraba pesadamente, mirando al vacío.

—Ellos cambiaron su política, ¿verdad? —preguntó Gordon—. Al final, redescubrieron la sabiduría.

Sabía que George Powhatan le había oído, y había comprendido. Pero no hubo respuesta.

Gordon se enojó. Necesitaba una respuesta. Por alguna razón, muy profunda, tenía que saber si Estados Unidos había sido regido, en aquellos últimos años antes de la Calamidad, por hombres y mujeres de honor.

—¡Dime, George! Antes te he oído decir que dejaron de utilizar el tipo guerrero. ¿Quién más había allí, entonces? ¿Seleccionaron a los contrarios? ¿A los que sentían aversión por el poder? ¿A hombres que lucharan bien, pero sólo por cumplir su cometido?

Recordó a un estupefacto Johnny Stevens, siempre ansioso por aprender, siempre tratando de comprender el enigma de un gran líder que despreció una corona de oro por un arado. Nunca se lo había explicado del todo al chico. Y ahora era demasiado tarde.

—¿Y bien? ¿Revivieron el viejo ideal? ¿Buscaron soldados que se vieran a sí mismos principalmente como ciudadanos?

Asió los palpitantes hombros de Powhatan.

—¡Maldito seas! ¿Por qué no me lo dijiste, cuando hice todo el camino desde Corvallis para suplicarte?

¿No crees que yo, al menos, lo hubiera comprendido?

El Propietario de Camas Valley parecía hundido. Cruzó la mirada con Gordon brevemente; luego la apartó otra vez, estremeciéndose.

—Oh, suponías que yo lo comprendería, Powhatan. Sabía a lo que te referías cuando dijiste que las Grandes Cosas son insaciables —Gordon apretó los puños—. Las Grandes Cosas te arrebatarán todo lo que amas, y aún exigirán más. Tú lo sabes, yo lo sé... ese podre idiota de Cincinnatus lo sabía, cuando les dijo que podían quedarse con su estúpida corona.

»¡Pero tu error fue creer que eso puede acabar alguna vez, Powhatan! —Gordon se puso en pie, gritando al otro su ira—. ¿Crees sinceramente que tu responsabilidad terminó alguna vez?

Cuando Powhatan habló al fin, Gordon hubo de inclinarse para oírlo debido al rugido de la tormenta.

—Esperaba... estaba tan seguro de que podría...

—¡Tan seguro de que podrías decir no a todas las grandes mentiras! —Gordon rió sarcástica y amargamente—. ¿Seguro de que podrías decir no al honor, a la dignidad y a la patria?

»Entonces, ¿qué te hizo cambiar de opinión?

»Te reíste de *Cíclope* y de la promesa de tecnología. ¡Ni Dios, ni la compasión, ni Estados Unidos Restablecidos hubieran podido moverte! Dime pues, Powhatan, ¿qué poder fue lo bastante fuerte para hacer que siguieras a Phil Bokuto hasta aquí y me buscaras?

Sentado con las manos juntas, el más poderoso hombre vivo, la única reliquia de una época de semidioses, parecía replegarse en sí mismo como un muchacho, exhausto, avergonzado.

—Tienes razón —gruñó—. Nunca acaba. ¡Yo he cumplido mi parte, lo he hecho más de un millar de veces...! Lo único que quería era que me dejaras envejecer en paz. ¿Era demasiado pedir? ¿Lo es? —Tenía los ojos empañados—. Pero nunca, jamás acaba.

Powhatan alzó la mirada, encontró la de Gordon por primera vez y la sostuvo.

—Fueron las mujeres —prosiguió con voz baja, respondiendo al fin a la pregunta de Gordon—. Desde tu visita y aquellas condenadas cartas, no dejaron de hablar, de hacer preguntas.

»Luego llegó la historia de esa locura del norte, incluso a mi valle. Intenté... intenté explicarles que era un disparate lo que hicieron tus Amazonas, pero ellas...

A Powhatan se le quebró la voz. Meneó la cabeza.

—Bokuto armó gran revuelo al venir aquí solo... y cuando eso sucedió ellas siguieron mirándome... Me acosaron y me acosaron y me acosaron...

Gimió y se cubrió la cara con las manos.

—Dios del Cielo, perdóname. Las mujeres me empujaron a hacerlo.

Gordon parpadeó atónito. Entre las gotas de lluvia, las lágrimas corrían por el rostro anguloso y preocupado del último hombre aumentado. George Powhatan se estremecía y sollozaba dolorosamente.

Gordon se dejó caer en el áspero tronco junto a él; una gran pesadumbre lo inundaba como el cercano Coquille, crecido a causa de las nieves invernales. Al cabo de otro minuto, sus propios labios estaban temblando.

Los relámpagos destellaban. Rugía el río. Y lloraron juntos bajo la lluvia, lamentándose como únicamente los hombres pueden lamentarse de sí mismos.

Interludio

El crudo Invierno persiste
Hasta que Océano cumple con su deber
Empujándolo... con la Primavera

IV — Ningún caos

1

Una nueva leyenda recorrió Oregón, desde Roseburg por todo el norte hasta Columbia, desde las montañas hasta el mar. Viajó por carta y de boca en boca, creciendo cada vez que era contada.

Era una historia más triste que las dos que la precedieron, aquellas que hablaban de una máquina sabia y benevolente y de una nación renacida. También era más perturbadora. Y sin embargo esta nueva fábula poseía un importante elemento del que carecían sus predecesoras.

Era cierta.

La historia hablaba de una banda de cuarenta mujeres, de mujeres locas, al decir de muchos, que habían compartido un voto secreto: hacer lo imposible para terminar con una horrible guerra y hacerlo antes de que todos los hombres buenos muriesen tratando de salvarlas.

Actuaron por amor, explicaron algunos. Otros dijeron que lo hicieron por su país.

Incluso corría el rumor de que las mujeres consideraron su viaje al Infierno una forma de penitencia, para compensar algunas pasadas faltas cometidas por la mitad femenina de la humanidad.

Las interpretaciones variaban, pero la moraleja era siempre la misma, ya se transmitiese oralmente o mediante el Correo de EE UU. De aldea en aldea, de granja en granja, las madres, hijas y esposas leyeron las cartas o escucharon las palabras y las transmitieron.

Los hombres pueden ser brillantes y fuertes, se susurraron unas a otras. Pero los hombres también pueden estar locos. Y los locos pueden arrumar el mundo.

«Mujeres, vosotras debéis juzgarlos...»

Nunca más puede permitirse que las cosas lleguen a este punto, se dijeron unas a otras pensando en el sacrificio que habían hecho las Exploradoras.

Nunca más podemos consentir que la vieja lucha entre hombres buenos y malos continúe eternamente.

«Mujeres, debéis compartir la responsabilidad... y poner todo vuestro talento en la contienda...»

Y recordad siempre, concluía la moraleja: incluso los mejores hombres, los héroes, serán reacios a veces a cumplir con su trabajo.

«Mujeres, debéis recordarles, de cuando en cuando...»

2

28 de abril, 2012

Estimada Sra. Thompson:

Gracias por sus cartas. Me ayudaron inmensamente durante mi restablecimiento, en especial ya que estaba muy preocupado porque el enemigo pudiera haber invadido Pine View. Saber que Abby, Michael y usted estaban bien tuvo para mí mayor valor del que pueda imaginar.

Hablando de Abby: por favor, dígame que ayer vi a Michael. Llegó, sano y salvo, junto con los otros cinco voluntarios de Pine View enviados para ayudar en la guerra. Como tantos de nuestros reclutas, parecía impaciente por entrar en la lucha.

Espero no haberlo desanimado en exceso al contarle algunas de mis experiencias directas con los holnistas. Si bien creo que ahora prestará mayor atención al entrenamiento y estará un poco menos ansioso por ganar la guerra por su cuenta. Después de todo, queremos que Abby y la pequeña Carolina lo vean de nuevo.

Informe a Abby de que entregué su carta a algunos viejos profesores que han estado hablando de reiniciar las clases. Es posible que haya aquí una especie de universidad dentro de un año aproximadamente, suponiendo que la guerra vaya bien.

Por supuesto, esto último no es seguro en absoluto. Las cosas han cambiado, pero hemos de recorrer un larguísimo camino contra un terrible enemigo.

Su última pregunta es inquietante, señora Thompson, y ni siquiera sé si puedo contestarla. No me sorprende que la historia del Sacrificio de las Exploradoras llegase hasta usted, allá en las montañas. Pero debe saber, sin embargo, que ni siquiera aquí conocemos con exactitud los detalles.

Todo cuanto puedo decirle ahora es que sí, conocí bien a Dena Spurgen. Y no, no creo haberla comprendido en modo alguno. Sinceramente me pregunto si llegaré a conseguirlo alguna vez.

Gordon se hallaba sentado en un banco en el exterior de la estafeta de Corvallis. Apoyaba la espalda contra el tosco muro, recibiendo los rayos del sol matutino, y pensaba en las cosas que no podía mencionar en la carta a la señora Thompson... cosas para las que no acertaba a encontrar palabras.

Hasta que reconquistaron las aldeas de Chesire y Franklin, todo el pueblo de Willamette tuvo que contentarse con rumores, pues ninguna de las Exploradoras regresó nunca de esa aventura no autorizada, realizada en pleno invierno. No obstante, tras los primeros contraataques, esclavos recién liberados comenzaron a relatar partes de la historia. Poco a poco las piezas fueron encajando.

Un día de invierno, de hecho sólo dos días después de que Gordon dejase Corvallis para iniciar su largo viaje al sur, las Exploradoras empezaron a desertar de su ejército de granjeros y aldeanos. Varias de ellas se dirigieron al sur y al oeste, y se entregaron, desarmadas, al enemigo.

Algunas fueron asesinadas de inmediato. Otras violadas y torturadas por dementes que reían sin prestar atención a sus declaraciones cuidadosamente ensayadas.

Aunque la mayoría, como esperaban, fueron bien acogidas por el insaciable apetito de mujeres por parte de los holnistas.

Aquellas que pudieron expresarse con credibilidad, explicaron que estaban hartas de vivir como esposas de los granjeros y deseaban relacionarse con «hombres de verdad». Era una historia que los partidarios de Nathan Holn estuvieron dispuestos a aceptar, o así lo imaginaron quienes habían proyectado el plan.

Lo que siguió debió de ser duro, quizá más de lo que pueda imaginarse, pues las mujeres hubieron de fingir, y fingir convincentemente, hasta la programada noche roja de los cuchillos, la noche en la que se suponía iban a salvar los frágiles vestigios de la civilización de los monstruos que la estaban haciendo caer.

Todavía no estaba muy claro qué salió mal, cuando la contraofensiva de primavera se abrió paso por las primeras poblaciones reconquistadas. Tal vez algún invasor sospechó y torturó a alguna pobre muchacha hasta que consiguió que hablara. O quizás una de las mujeres se enamoró de su fiero bárbaro y abrió su corazón en traidora confesión. Dena estaba en lo cierto al decir que la historia cuenta que tales cosas ocurren. Podía haber sucedido aquí.

O tal vez algunas, simplemente, no pudieron mentir lo bastante bien u ocultar su repulsión cuando las tocaban sus nuevos amos.

Fuera lo que fuese, algo salió mal; la noche prevista fue roja, en efecto. Donde el aviso no llegó a tiempo, las mujeres robaron cuchillos de cocina, aquella noche, y se deslizaron de habitación en habitación, matando y volviendo a matar hasta que ellas mismas cayeron en la lucha.

En otras partes cayeron sin más, maldiciendo y escupiendo al fin a los

ojos de sus enemigos.

Por supuesto fue un fracaso. Cualquiera podría haberlo vaticinado. Incluso donde el plan tuvo «éxito», murieron pocos invasores para que hubiese valido la pena. El sacrificio de las mujeres soldado no consiguió nada en sentido militar.

El gesto fue un trágico fracaso.

Pero la consigna se difundió, por los frentes y por los valles. Los hombres escucharon con estupor y menearon la cabeza con incredulidad. Las mujeres también escucharon, y hablaron entre sí rápidamente, privadamente. Discutieron, gesticularon y meditaron.

Con el tiempo, la consigna llegó incluso muy al sur. Como leyenda ya, la historia alcanzó finalmente la montaña de Sugarloaf.

Y allí, muy por encima de la confluencia del rugiente Coquille, las Exploradoras consiguieron al fin su victoria.

Todo cuanto puedo decirle es que espero que esto no se convierta en un dogma, una religión. En mis peores sueños veo a mujeres adoptando una tradición de ahogar a sus hijos, si éstos muestran signos de convertirse en rufianes. Me las imagino «cumpliendo con su deber», dando la vida y la muerte a un niño antes de que llegue a ser una amenaza para lo que le rodea.

Puede que una fracción de nosotros, los hombres, estemos «demasiado locos para que se nos permita vivir». Pero esta «solución», llevada al extremo, es algo que me aterroriza... como ideología, es algo que mi mente ni siquiera acierta a entender.

Por supuesto, probablemente se equilibrará por sí mismo. Las mujeres son demasiado sensatas para llegar a estos extremos. Ésa, quizá, es la solución en que tenemos puestas nuestras esperanzas.

Y ahora es el momento de echar esta carta al correo. Intentaré escribirles a Abby y a usted otra vez desde Coos Bay. Hasta entonces, afectuosamente,
Gordon

—¡Mensajero!

Gordon hizo señas a un joven que pasaba, con los pantalones de dril y la bolsa de cartero. El joven se apresuró y saludó. Gordon le tendió el sobre.

—¿Quieres echar esto en el apartado regular para el este por mí?

—Sí, señor. ¡Al instante, señor!

—Sin prisas —sonrió Gordon—. Es sólo personal...

Mas el chico ya había partido a todo correr. Gordon suspiró. Los viejos tiempos de estrecha camaradería, de conocer a todos los del «servicio postal» habían terminado. Estaba demasiado por encima de estos jóvenes mensajeros para compartir un gesto de indolencia y quizás un minuto de charla.

«Sí, definitivamente es la hora.»

Se puso de pie sintiendo sólo una leve contracción de dolor al levantar sus alforjas.

—¿Así que va a volver a la carga, después de todo?

Se volvió. Eric Stevens estaba junto a la puerta lateral de la estafeta, mascando una brizna de hierba y contemplando a Gordon con los brazos cruzados.

Gordon se encogió de hombros.

—Parece que lo mejor es marcharse. No quiero una fiesta en mi honor. Todo ese ajetreo es una pérdida de tiempo.

Stevens hizo un gesto de asentimiento. Su tranquila fuerza había sido una bendición durante la recuperación de Gordon, especialmente su burlona negativa a cualquier sugerencia de Gordon de que era responsable de la muerte de su nieto. Para Eric, Johnny había muerto de la mejor forma que cualquier hombre podía esperar. La contraofensiva había sido prueba suficiente para él, y Gordon había decidido no hablar más de aquel asunto.

El anciano se protegió los ojos con la mano y miró más allá del terreno ajardinado, hacia el extremo sur de la Autopista 99.

—Están llegando más sureños.

Gordon se giró y vio una columna de hombres que cabalgaba despacio desde el sur hacia el campamento principal.

—Vaya —dijo riendo entre dientes Stevens—. Mire sus ojos desorbitados. Parece que nunca hayan visto una ciudad.

En efecto, los fuertes hombres barbudos de Sutherlin y Roseburg, de Camas y Coos Bay entraban en el pueblo parpadeando, notablemente asombrados ante desacostumbradas visiones: molinos de viento que generaban electricidad y tendidos eléctricos, activas tiendas de maquinaria y montones de niños limpios y bulliciosos jugando en los patios de los colegios.

«Llamar a esto ciudad puede ser exagerar las cosas», se dijo Gordon. Pero Eric tenía parte de razón.

La Vieja Gloria ondeaba sobre una atareada estafeta central. Con intervalos, mensajeros uniformados saltaban sobre caballos y partían veloces hacia el este y el sur, con abultadas alforjas.

Procedente de la Morada de *Cíclope* llegaba una música melodiosa de

otro tiempo, y en sus proximidades un pequeño dirigible con parches de color se balanceaba dentro de su andamiaje mientras unos trabajadores vestidos de blanco discutían en la antigua, arcana lengua de la ingeniería.

La diminuta aeronave llevaba pintada en un costado un águila que se alzaba sobre una pira. El otro lado lucía el penacho del soberano Estado de Oregón.

Finalmente, en los campos de entrenamiento, los recién llegados se encontrarían con grupos de mujeres soldado de ojos claros, voluntarias de las partes alta y baja del valle, que estaban allí para desempeñar un trabajo, el mismo que todos los demás.

Todo ello resultaba excesivo para que los rudos sureños lo asimilaran al instante. Gordon sonrió al contemplar a los fuertes y barbudos luchadores quedarse boquiabiertos e ir recordando lentamente cómo habían sido las cosas en otra época. Llegaban con la idea de que iban a salvar un norte exhausto y decadente. Pero regresarían a casa con otra distinta.

—Hasta luego, Gordon —dijo Eric Stevens, concisamente. Al contrario que algunos de los otros, tenía el buen gusto de hacer breves despedidas—. Buen viaje, y vuelva algún día.

—Lo haré —asintió Gordon—. Si puedo. Hasta luego, Eric. —Se echó al hombro las alforjas y comenzó a andar hacia los establos, dejando a sus espaldas el bullicio de la estafeta.

Los viejos campos de atletismo era un mar de tiendas de campaña cuando pasó. Los caballos relinchaban. Al otro lado de los campos, Gordon divisó la inconfundible figura de George Powhatan presentando sus nuevos oficiales a viejos camaradas de armas, reorganizando el débil Ejército de Willamette en la nueva Liga de Defensa de la Comunidad de Oregón.

Brevemente, al pasar Gordon, el hombre alto de pelo plateado alzó la cabeza y cruzó la mirada con él. Gordon hizo una inclinación de cabeza, diciéndole adiós sin palabras.

Después de todo, él había ganado, logrando que el Propietario, bajara de su montaña, aunque el precio de aquella victoria lo pagarían ambos durante el resto de sus vidas.

Powhatan le ofreció una leve sonrisa a cambio. Ambos sabían ya lo que puede hacer un hombre con cargas como aquéllas.

«Las sobrelleva», pensó Gordon.

Tal vez algún día pudieran sentarse los dos juntos en aquel pacífico refugio de montaña, con dibujos infantiles adornando las paredes, y hablar sobre la cría de caballos o el sutil arte de elaborar cerveza. Pero ese momento sólo llegaría cuando las Grandes Cosas se lo permitiesen. Ninguno

de los dos hombres contendría la respiración hasta entonces.

Powhatan tenía su guerra que librar. Y Gordon otra extensa labor que realizar.

Se llevó la mano a la visera de la gorra de cartero y se volvió para seguir su camino.

El día anterior los había asombrado a todos al dimitir del Consejo de Defensa.

—Mis obligaciones son para con la nación, no para con un pequeño rincón de ella —les había dicho, dejándoles creer cosas que en el fondo no eran mentiras—. Ahora que Oregón está a salvo —había anunciado— debo proseguir con mi tarea principal. Hay que extender a otros lugares la red postal, a gentes que han estado demasiado aisladas de sus compatriotas.

»Podéis continuar muy bien sin mí.

Todas las protestas habían sido inútiles. Porque aquello era cierto. Ya había dado lo que tenía que dar. Ahora sería más útil en otra parte. De cualquier modo, no podía permanecer allí más tiempo. En aquel valle todas las cosas le recordarían perpetuamente el daño que había causado al hacer el bien.

Había decidido irse de la ciudad en vez de asistir a la fiesta organizada en su honor. Se había recobrado lo suficiente para viajar, siempre que se lo tomase con calma; y había dicho adiós a quienes se quedaban, a Peter Aage y al doctor Lazarensky, y al armazón de esa pobre máquina muerta a cuyo fantasma ya no temía.

El caballerizo le llevó la joven yegua que Gordon había escogido para la primera etapa del viaje. Aún sumido en pensamientos, aseguró las alforjas que contenían sus pertenencias y dos kilos de correo. Cartas dirigidas, por vez primera, a destinatarios de fuera de Oregón.

Se iba completamente tranquilo respecto a un punto. La guerra estaba ganada, aunque aún habían de vivirse meses y años de violencia. Parte de su actual misión consistía en buscar nuevos aliados, nuevos medios para acelerar el fin. Pero ese fin ahora era inevitable.

No tenía ningún temor de que George Powhatan se convirtiera en un tirano después de haber logrado una victoria absoluta. Cuando todos los holnistas hubiesen sido eliminados, les diría a las gentes de Oregón en términos incuestionables que se ocuparan de sus propios asuntos, o que se fueran al infierno. Gordon deseaba poder estar allí para contemplar el trueno, si alguien le ofrecía una corona a Powhatan.

Los Funcionarios de *Cíclope* seguirían difundiendo su propio mito, alentando el renacer de la tecnología. Los jefes de correos nombrados por

Gordon seguirían mintiendo sin saberlo, sirviéndose del cuento de una nación restablecida para enlazar la tierra, hasta que ya no fuese necesario.

O hasta que, por realmente creerlo, la gente lo hiciese realidad.

Y, sí, las mujeres continuarían hablando sobre lo ocurrido allí, aquel invierno. Estudiarían las notas que Dena Spurgen había dejado, leerían los mismos viejos libros que leyeron las Exploradoras, y discutirían sobre las excelencias de juzgar a los hombres.

Gordon había resuelto que ahora apenas importaba si en realidad Dena había estado desequilibrada mentalmente. Los efectos perdurables no serían conocidos durante el tiempo que él viviera. Y ni siquiera tenía influencia para interferir en la leyenda en expansión ni deseaba hacerlo.

Tres mitos... y George Powhatan. Entre ellos, el pueblo de Oregón estaba en buenas manos. Del resto probablemente podrían ocuparse ellos mismos.

La briosa montura piafó cuando Gordon montó en la silla. Gordon dio unas palmadas a la yegua, que temblaba por la ansiedad de iniciar la marcha para tranquilizarla. La escolta de Gordon aguardaba ya en los límites del pueblo, dispuesta para llevarlo a salvo a Coos Bay y a la barca que lo transportaría el resto del camino.

«A California...», pensó.

Se acordó del emblema del oso, y del silencioso soldado moribundo que tanto les había dicho sin pronunciar palabra. Le debía algo a ese hombre. Y a Phil Bokuto. Y a Johnny, que había querido ir al sur.

«Y a Dena... ¡Cuánto deseo que hubieras podido recuperarte!»

Actuaría por ellos. Todos estaban ahora con él.

«Silenciosa California —preguntó—, ¿qué ha sido de ti durante todo estos años?»

Hizo girar a su montura y enfiló la carretera sur; dejaba atrás todo el ajetreo y los gritos de un ejército de hombres y mujeres libres, seguros de la victoria. Soldados que después regresarían alegremente a sus granjas y aldeas cuando su desagradable trabajo estuviese concluido al fin.

Su clamor era estrepitoso, irreverente, definido, impaciente.

Gordon pasó ante una ventana abierta de la que salía una fuerte música grabada. Alguien estaba siendo pródigo con la electricidad. ¿Quién sabía? Tal vez la estridente extravagancia fuera incluso en su honor.

Alzó la cabeza, y hasta el caballo levantó las orejas. Al fin reconoció que era una vieja balada de los Beach Boys, una que no había oído en veinte años... una melodía inocente, tremendamente optimista.

«Apostaría a que en California también tienen electricidad», pensó Gordon esperanzado.

Y tal vez...

La primavera estaba en el aire. Los hombres y las mujeres aplaudieron cuando el pequeño dirigible se elevó, chisporroteando, hacia el cielo.

Gordon hundió los talones y la yegua partió a medio galope. Una vez fuera de la población, no miró atrás.